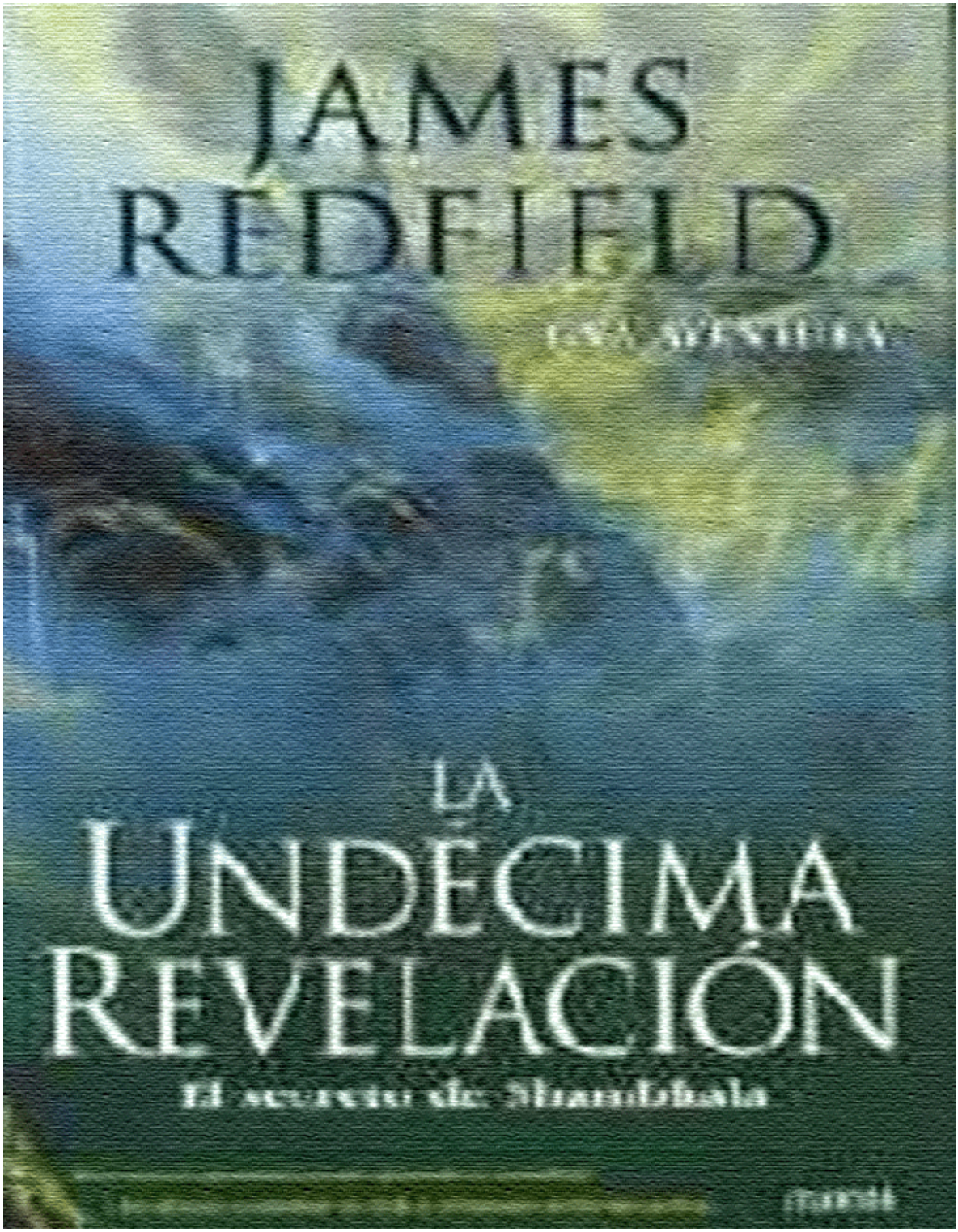
LA UNDÉCIMA REVELACIÓN, El secreto de Shambhala

James Redfield



LIBROdot.com

http://www.librodot.co

Agradecimientos

En la evolución de la conciencia espiritual hay muchos héroes. Se impone un agradecimiento especial a Larry Dossey, por su popularización precursora de la investigación científica de la oración y la intención; también a Marilyn Schlitz, que continúa impulsando el desarrollo de nuevos estudios de la intencionalidad humana, para el Instituto de Ciencias Noéticas. En cuanto al tema de la nutrición, es preciso reconocer el trabajo sobre elementos ácidos y alcalinos de Theodore A. Baroody y Robert Young.

Personalmente quisiera agradecer a Albert Gaulden, John Winthrop Austin, John Diamond y Claire Zion, todos los cuales continúan haciendo contribuciones especiales a esta obra. Y, sobre todo, un agradecimiento especial a Salle Merrill Redfield, cuyas intuición y poderosa fe sirven de constante recordatorio del misterio.

NOTA DEL AUTOR

Cuando escribí *La Novena Revelación* y *La Décima Revelación,* estaba firmemente convencido de que la cultura humana evolucionaba a través de series de revelaciones acerca de la vida y la espiritualidad, revelaciones que podían describirse y documentarse. Todo lo que ha ocurrido desde entonces no ha hecho más que profundizar esta creencia.

Vamos volviéndonos plenamente conscientes de un proceso espiritual más elevado que actúa "entre bambalinas" en la vida, y mientras tanto vamos dejando atrás una visión materialista del mundo que reduce la vida a la supervivencia, presta escasa atención a la religión los domingos y se vale de juguetes y distracciones para dejar a un lado el verdadero asombro de estar vivos.

Lo que deseamos, en cambio, es una vida llena de misteriosas coincidencias y súbitas intuiciones que nos indiquen que existe un sendero especial para nosotros en esta existencia y que nos impulsen a una búsqueda particular de información y experiencia... como si un destino predeterminado pujara por emerger. Este tipo de vida es como una historia de detectives que se desarrolla dentro de nosotros mismos, cuyas pistas pronto nos llevan adelante por medio de una revelación tras otra.

Descubrimos que nos espera una verdadera experiencia de lo divino que llevamos en nuestro interior, y si logramos encontrar esta conexión, nuestra vida se infunde de aún más claridad e intuición. Comenzamos a captar visiones de nuestro destino, de alguna misión que podemos cumplir, siempre que solucionemos nuestros hábitos distractivos, tratemos a los demás con una cierta ética y nos mantengamos leales a nuestro corazón.

De hecho, con la Décima Revelación esta perspectiva se expande aún más, para incluir todo el espectro de la historia y la cultura. En algún nivel, todos sabemos que venimos de otro lugar celestial a esta dimensión terrenal para participar en una meta general: la de crear, lentamente, generación por generación, una cultura por completo espiritual en este planeta.

Sin embargo, al comprender esta revelación vigorizadora, va llegando una nueva: la Undécima. **Nuestros pensamientos y actitudes cuentan para que nuestros sueños se tornen realidad.** De hecho, creo que nos hallamos al borde de comprender, por fin, la manera en que **nuestras intenciones mentales, nuestras oraciones, hasta nuestras opiniones y suposiciones secretas, influyen no sólo en nuestro propio éxito sino también en el de otros.**

Basado en mi propia experiencia, y en lo que está sucediendo a nuestro alrededor, este libro se ofrece como una ilustración de este próximo paso hacia la conciencia. Es mi creencia que esta revelación ya está emergiendo, remolineando

entre miles de conversaciones espirituales a altas horas de la noche, oculta apenas por debajo de la superficie del odio y el miedo que aún marcan a nuestra época. Como antes, nuestra única responsabilidad consiste en vivir de acuerdo con lo que sabemos, y luego tender la mano... y difundir el conocimiento.

James Redfield Verano de 1999

Asombróse entonces el rey Nabucodonosor y, levantándose apresuradamente, se dirigió a sus consejeros y dijo:
"¿No fueron tres los hombres a los que echamos atados en medio del fuego? [...] He aquí que yo veo cuatro hombres sueltos que se pasean en medio del fuego sin que hayan padecido daño alguno, y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de Dios. [...] ¡Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que ha enviado a su ángel y ha salvado a sus siervos que han confiado en Él!".
—Libro de Daniel

CAPÍTULO 1

Campos de Intención

Sonó el teléfono y me quedé mirándolo. Lo último que necesitaba en ese momento era una nueva distracción. Traté de borrármelo de la mente, mirando por la ventana los árboles y las flores silvestres, en la esperanza de perderme en el conjunto de colores otoñales del bosque que rodea mi casa.

Sonó otra vez, y tuve una imagen mental, vaga pero apremiante, de una persona que necesitaba hablar conmigo. Me apresuré a atender.

—Hola.

—Habla Bill —me dijo una voz conocida. Bill era un experto en agronomía que me había ayudado con mi jardín. Vivía cerro abajo, a pocos cientos de metros.

—Escucha, Bill, ¿puedo llamarte más tarde? —le dije—. Tengo una fecha de entrega que cumplir.

—Todavía no conoces a mi hija, Natalie, ¿verdad?

—¿Cómo?

No hubo respuesta.

—¿Bill?

—Escucha —respondió al fin—, mi hija quiere hablar contigo. Creo que podría ser importante. No sé muy bien cómo lo sabe, pero parece que está familiarizada con tu trabajo. Dice que tiene una información sobre un lugar que te interesaría. Un lugar en el norte del Tíbet. Insiste en que la gente de allí tiene una información importante.

—¿Cuántos años tiene tu hija?

Del otro lado de la línea, Bill rió entre dientes.

—Apenas catorce, pero últimamente habla de cosas muy interesantes. Deseaba conversar contigo esta tarde, antes de su partido de fútbol. ¿Alguna posibilidad?

Empecé a responderle que no, pero en mi mente la imagen anterior se expandió y comenzó a aclararse. Parecía ser de la jovencita y yo, y ambos estábamos hablando en algún lugar cercano al gran manantial próximo a la casa de ella.

—Sí, está bien —respondí—. ¿Qué te parece a las dos de la tarde?

—Perfecto —repuso Bill.

Mientras iba a pie hacia allá divisé una casa nueva del otro lado del valle, sobre el cerro septentrional. Con ésa llegaban casi a cuarenta, pensé. Todas construidas en los últimos dos años. Sabía que se iba difundiendo el rumor de la belleza de ese valle en forma de cuenco, pero en realidad no me preocupaba que el lugar se

superpoblara o que se estropearan los asombrosos paisajes naturales. Justo al lado de un bosque nacional, estábamos a poco más quince kilómetros de la población más cercana: demasiado lejos para la mayoría de la gente. Y la familia que poseía las tierras y ahora iba vendiendo lotes seleccionados para la construcción de casas en los cerros más alejados parecía decidida a mantener intacta la serenidad del lugar. Todas las casas debían ser bajas y construirse de modo de quedar ocultas entre los pinos y ocozoles que definían el horizonte.

Lo que más me molestaba era la preferencia por el aislamiento que mostraban mis vecinos. Por lo que veía, casi todos eran personajes de algún tipo, refugiados de diversas profesiones, que se habían labrado en sus carreras posiciones únicas que les permitían trabajar con horarios flexibles o viajar cuando más les conviniera, en calidad de consultores: una libertad necesaria si uno quería vivir tan lejos en aquel ambiente agreste.

Daba la impresión de que el vínculo común entre todos nosotros era un persistente idealismo, así como la necesidad de ampliar nuestras respectivas profesiones con una infusión de visión espiritual, todo en la mejor tradición de la Décima Revelación. Sin embargo, casi todos los que vivían en el valle eran muy reservados y se contentaban con concentrarse en sus diversos campos sin prestar mucha atención a la comunidad o a la necesidad de depender de nuestra visión común. Esto se aplicaba en especial a los que profesaban religiones diferentes. Por alguna razón, el valle había atraído a gente que practicaba una amplia variedad de creencias, entre las cuales se incluían el budismo, el judaísmo, el cristianismo tanto católico como protestante, y el islamismo. Y aunque no existía ningún tipo de hostilidad entre un grupo religioso y otro, tampoco reinaba un sentimiento de afinidad.

La falta de espíritu de comunidad me preocupaba, porque se observaban signos de que algunos de nuestros hijos mostraban los mismos problemas que se veían en los suburbios: demasiado tiempo solos, demasiado video y demasiada atención a los menosprecios y las humillaciones en la escuela. Comenzaba a preocuparme que no hubiera en su vida suficiente sentido de familia y comunidad como para quitar del primer plano estos problemas entre pares y ponerlos en la perspectiva adecuada.

Más adelante el sendero se estrechaba y tuve que abrirme paso entre dos grandes peñascos que se aguzaban hasta formar una caída a pico de unos sesenta metros. Una vez que los pasé, oí los primeros gorgoteos del manantial de Phillips, que llevaba el nombre de los cazadores de pieles que fueron los primeros en establecerse allí, a fines del siglo XVII. El agua bajaba en hilos finos por varios niveles de rocas hasta un estanque perezoso, a unos tres metros al otro lado, cavado, en su origen, por manos humanas. Las generaciones sucesivas habían agregado detalles, como manzanos en lo alto, cerca de la boca, y piedras unidas con argamasa para reforzar y profundizar el estanque. Me acerqué al agua y me agaché para tomar un poco en la mano; al inclinarme hacia adelante aparté una vara que flotaba allí. Pero la vara se deslizó por la superficie de la roca hasta meterse en un agujero.

—¡Una serpiente de agua! —exclamé en voz alta, al tiempo que retrocedía y sentía que se me cubría la frente de transpiración. Todavía implicaba ciertos peligros vivir allí, aunque quizá no los que enfrentó el viejo Phillips hace siglos, cuando cualquier día uno podía doblar por un sendero y encontrarse cara a cara con una gran puma que cuidaba de sus cachorros o, peor aún, con una manada de jabalíes con colmillos de ocho centímetros de largo, capaces de hacer un buen tajo en una pierna si uno no trepaba a un árbol con suficiente velocidad. Si ese día uno

tenía especial mala suerte, podía toparse con un cheroquí enojado o un seminola desterrado y harto de encontrar algún nuevo colono en sus terrenos de caza preferidos... y convencido de que una buena mordida en el corazón acabaría para siempre con la marea de europeos. No, todos los que vivieron en aquella generación —norteamericanos nativos y europeos por igual— enfrentaban peligros directos que en su momento pusieron a prueba su temple y su coraje.

En apariencia, nuestra generación lidiaba con otros problemas, más relacionados con nuestra actitud hacia la vida y con la constante batalla entre el optimismo y la desesperanza. En la actualidad las voces de la fatalidad resuenan en todas partes, mostrándonos pruebas tácticas de que el moderno estilo de vida occidental no puede mantenerse, que el aire se calienta, aumentan los arsenales de los terroristas, mueren los bosques y la tecnología crece en forma desmesurada hacia una suerte de mundo virtual que enloquece a nuestros hijos... y amenaza con llevamos cada vez más hacia la distracción y el surrealismo sin sentido.

Como contrapeso de este punto de vista, desde luego, están los optimistas, que afirman que en la historia han abundado siempre los pregoneros de catástrofes y desastres, que todos nuestros problemas pueden manejarse con la misma tecnología que produjo estos peligros, y que el mundo humano apenas ha comenzado a alcanzar su potencial.

Me detuve y contemplé de nuevo el valle. Sabía que la Nueva Visión Espiritual se encontraba en alguna parte entre esos polos. Abarcaba una creencia en el crecimiento sustentable y la tecnología humana, pero sólo si se los procuraba mediante un avance intuitivo hacia lo sagrado y un optimismo basado en una visión espiritual de adónde puede ir el mundo.

Una cosa era segura: si los que creen en el poder de la visión quieren establecer una diferencia, ésta debería comenzar ya mismo, cuando nos hallamos al borde del misterio del nuevo milenio. Este hecho aún me azoraba. La suerte que tenemos de estar vivos al cambiar no sólo de siglo, sino también un período de mil años. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué esta generación? Tenía la sensación de que en el camino, más adelante, aún había respuestas más amplias.

Contemplé un momento el manantial, a medias esperando que Natalie estuviera allí, en alguna parte. Tenía la certeza de que ésa era la intuición que había experimentado. En mi imagen mental, Natalie se hallaba en el manantial, pero yo la miraba como a través de una especie de ventana. Todo me resultaba muy confuso.

Cuando llegué, parecía que no había nadie. Caminé por la plataforma de la casa marrón oscura, en forma de A, y golpeé fuerte a la puerta. No hubo respuesta. Luego, al echar un vistazo por el lado izquierdo de la vivienda, algo me llamó la atención. Me hallaba frente a un sendero de piedras que pasaba ante la enorme huerta de Bill y subía hasta una pequeña pradera cubierta de hierba, en lo alto del cerro. ¿La luz había cambiado?

Miré hacia el cielo, tratando de explicarme lo ocurrido. Había visto un cambio en la luz en la pradera, como si el Sol hubiera salido de atrás de una nube y se hubiera asomado de pronto, iluminando esa zona específica. Pero no había nubes. Subí hasta la pradera y encontré a la muchachita sentada el borde de la hierba. Era alta, de cabello oscuro, y vestía un uniforme de fútbol azul; cuando me aproximé, se dio vuelta de golpe, sobresaltada. —No fue mi intención asustarte — le dije. Ella desvió la mirada un momento, a la manera tímida de una jovencita, de modo que me acuclillé para quedar al nivel de sus ojos y me presenté.

Me miró con ojos de una persona mucho mayor.

—Aquí no estamos viviendo las Revelaciones —me dijo. Me tomó por sorpresa.

—¿Cómo?

—Las Revelaciones. No estamos viviéndolas.

—¿Qué quieres decir? Me miró seria.

—Quiero decir que no nos lo hemos explicado por completo. Hay más que debemos saber.

—Bueno, no es tan fácil…

Callé. No podía creer que una jovencita de catorce años me encarara de semejante manera. Por un instante me recorrió un relámpago de enojo, pero entonces Natalie sonrió;
no era una sonrisa amplia, sino sólo una expresión de las comisuras de la boca que de pronto la tomó cautivadora. Me relajé y me senté en el suelo.

—Creo que las Revelaciones son reales —le dije—. Pero no son fáciles. Llevan tiempo. Natalie no estaba dispuesta a ceder.

—Pero hay gente que ya está viviéndolas. La miré un momento.

—¿Dónde?

—En Asia central, en los montes Kunlún. Los he visto en el mapa. —Hablaba con entusiasmo. —Tienes que ir allá. Es importante. Allá está cambiando algo. Debes ir ya mismo. Tienes que verlo.

Me decía esto con una expresión madura, autoritaria, como la de una persona de cuarenta años. Parpadeé con fuerza, sin creer lo que veía.

—Tienes que ir allá —repitió.

—Natalie —le dije—, no estoy seguro de entender qué me quieres decir. ¿Qué clase de lugar es?

Desvió la vista.

—Dijiste que lo viste en el mapa. ¿Puedes mostrármelo? Ignoró mi pregunta; parecía distraída.

—¿Qué… hora es? —preguntó con lentitud, tartamudeando.

—Las dos y cuarto.

—Debo irme.

—Espera, Natalie. Ese lugar del que me hablabas…

—Debo reunirme con el equipo —me dijo—. Voy a llegar tarde.

Comenzó a bajar con rapidez, y me esforcé por alcanzarla.

—¿Qué pasa con ese lugar de Asia? ¿Recuerdas dónde es?

Cuando se volvió a mirarme por sobre el hombro, vi sólo la expresión de una niña de catorce años con la mente puesta en el fútbol.

De regreso en casa, me sentí totalmente distraído. ¿De qué se trataba todo aquello? Me quedé mirando fijo mi escritorio, incapaz de concentrarme. Más tarde di una larga caminata y nadé en el arroyo, hasta que al fin decidí llamar
a Bill a la mañana siguiente y llegar al fondo del misterio. Me retiré a dormir temprano.

A eso de las tres de la madrugada, algo me despertó. La habitación se hallaba a oscuras. La única luz se filtraba por la base de las persianas. Agucé el oído, pero no oí más que los sonidos habituales de la noche: un coro intermitente de grillos, el croar monótono de las ranas toro junto al arroyo y, a lo lejos, el ladrido de un perro.

Pensé en levantarme y cerrar con llave las puertas de la casa, algo que muy rara vez hacía. Pero deseché la idea y me contenté con volver a adormilarme. Me habría dormido sin más, salvo que en mi último vistazo soñoliento a la habitación noté algo diferente en la ventana. Afuera había más luz que antes.

Me senté en la cama y volví a mirar. Sin la menor duda, entraba más luz por las persianas. Me puse unos pantalones, me acerqué a la ventana y entreabrí las tablillas de madera. Todo parecía normal. ¿De dónde venía la luz?

De pronto oí un suave golpeteo a mis espaldas. En la casa había alguien.

—¿Quién anda ahí? —pregunté sin pensar.

No hubo respuesta.

Salí del cuarto, hacia el vestíbulo que llevaba a la sala de estar, pensando en ir al armario y sacar el rifle, pero me di cuenta de que la llave estaba en el cajón de la mesa de noche, junto a la cama. De modo que continué avanzando con cuidado.

De repente una mano me tocó el hombro.

—Shhhh. Soy Wil.

Reconocí la voz. Cuando busqué el interruptor de luz en la pared, él me detuvo; luego cruzó la habitación y miró por la ventana. Mientras Wil se movía, noté en él algo diferente desde la última vez que nos habíamos encontrado. Se lo veía como carente de gracia, y sus rasgos parecían por entero comunes, no ligeramente luminosos, como antes.

—¿Qué buscas? —le pregunté—. ¿Qué pasa? Casi me matas del susto.

Volvió hacia a mí.

—Tenía que verte. Todo ha cambiado. Estoy de nuevo donde estaba antes.

—¿De qué hablas? Me sonrió.

—Creo que se supone que todo esto esté sucediendo, pero ya no puedo entrar mentalmente en las otras dimensiones, como antes. Todavía puedo elevar mi energía hasta cierto punto, pero ahora estoy firmemente aquí, en este mundo. —Desvió la mirada un instante. —Es casi como si lo que hicimos al comprender la Décima Revelación fuera sólo un paladeo, una vista previa, una vislumbre del futuro, como en una experiencia cercana a muerte, y ahora hubiera terminado. Hagamos lo que hiciéremos ahora, debemos hacerlo aquí mismo, en esta Tierra.

—De todos modos, yo jamás podría hacerlo de nuevo —dije.

Wil me miró a los ojos.

—Como sabes, hemos recibido mucha información sobre la evolución humana, sobre la actitud de prestar atención, sobre el dejarse guiar hacia adelante por la intuición y las coincidencias. Se nos ha dado un mandato de sostener una nueva visión, a todos nosotros. Sólo que no estamos haciendo que suceda en el nivel que podemos. Todavía falta algo en nuestro conocimiento.

Calló un minuto y luego añadió:

—Todavía no sé con certeza por qué, pero debemos ir a Asia... a un lugar cercano al Tíbet. Allá está ocurriendo algo. Algo que tenemos que saber.

Quedé perplejo. Natalie me había dicho lo mismo. Wil volvió a la ventana y miró hacia afuera.

—¿Por qué miras por la ventana? —le pregunté—. ¿Y por qué te introdujiste en la casa? ¿Por qué no golpeaste la puerta? ¿Qué está pasando?

—Probablemente nada —me respondió—. Sólo que hoy, hace unas horas, me pareció que alguien me seguía. No pude cerciorarme.

Regresó hacia mí.

—Ahora no puedo explicarlo todo. Ni siquiera yo estoy seguro de lo que sucede. Pero en Asia hay un lugar que debemos encontrar. ¿Puedes reunirte conmigo en el hotel Himalaya, en Katmandú, el 16?

—¡Espera un momento! Wil, tengo cosas que hacer aquí. Tengo un compromiso que...

Me miró con una expresión que yo no había visto nunca en el rostro de nadie, salvo en el suyo: una pura mezcla de aventura y total decisión.

—Está bien —me dijo—. Si no estás allá el 16, no importa. Sólo asegúrate, si vas, de permanecer perfectamente alerta. Ocurrirá algo.

Aunque de veras me daba la opción de ir o no, esbozaba una amplia sonrisa.

Aparté la mirada, nada divertido. Yo no quería ir.

A la mañana siguiente decidí no decirle a nadie adónde iba, salvo a Charlene. El único problema era que ella se hallaba cumpliendo una misión fuera del país y resultaba imposible contactarla en forma directa. Lo único que podía hacer era enviarle un mensaje de correo electrónico.

Fui a mi computadora y lo envié, aunque, como siempre, dudé en cuanto a la seguridad de Internet. Los *hackers* pueden meterse en las computadoras empresariales y gubernamentales más seguras. ¿Cuan difícil sería interceptar mensajes de correo electrónico... en especial cuando uno recuerda que, en sus orígenes, Internet fue creada por el departamento de Defensa para vincularse con sus investigadores informantes en las universidades más importantes? ¿Está vigilada toda Internet? Deseché esa preocupación, pues concluí que estaba actuando como un tonto. El mío era sólo un mensaje entre decenas de millones. ¿A quién le importaría?

También aproveché para hacer por computadora los contactos necesarios para llegar a Katmandú, Nepal, el 16, y alojarme en el hotel Himalaya. Tendría que partir en dos días, por lo cual dispondría de muy poco tiempo para preparativos.

Meneé la cabeza. A una parte de mí le fascinaba la idea de ir al Tíbet, cuya geografía es una de las más hermosas y misteriosas del mundo. Pero era también un país que se hallaba bajo el control represivo del gobierno chino, y yo sabía que podía ser un lugar peligroso. Mi plan consistía en avanzar con la aventura sólo hasta donde resultara seguro. Basta de meterme en cosas que no podía comprender y permitir que me arrastraran a algo que era incapaz de controlar.

Wil se había ido de mi casa con la misma rapidez con que había llegado, sin decirme nada más, así que mi mente abundaba en preguntas. ¿Qué sabíamos de ese lugar cercano al Tíbet? ¿Y por qué una adolescente me indicaba ir allá? Wil se mostraba muy cauteloso. ¿Por qué? No iría un paso más allá de Katmandú sin averiguarlo.

Cuando llegó el día, traté de permanecer muy alerta durante todos los largos vuelos a Francfort, Nueva Delhi y luego Katmandú, pero no ocurrió nada importante. Ya en el hotel Himalaya, me registré con mi propio nombre y puse mis cosas en la habitación; luego comencé a echar un vistazo, y terminé en el bar del vestíbulo. Sentado allí, esperaba que Wil entrara en cualquier momento, pero no sucedió nada. Al cabo de una hora se me ocurrió la idea de ir a la piscina, de modo que llamé a un botones y averigüé dónde se hallaba. Estaría un poco frío, pero brillaba el sol y yo sabía que el aire fresco me ayudaría a adaptarme a la altitud.

Salí y encontré la piscina, que se extendía frente a mí entre las alas en forma de L del edificio. Había allí más personas que las que habría imaginado, aunque pocas conversaban entre sí. Al sentarme a una de las mesas, noté que la gente que descansaba a mi alrededor —en su mayoría asiáticos, y unos cuantos europeos aquí y allá— parecía agotada o muy añorante de su hogar. Se miraban ceñudos y llamaban chasqueando los dedos a los asistentes del hotel para pedirles bebidas y papeles, evitando el contacto ocular en todo momento.

Poco a poco también mi estado de ánimo comenzó a declinar. Allí me encontraba —pensé—, encerrado en otro hotel a medio camino alrededor del mundo, sin un rostro cordial en ninguna parte. Respiré hondo y de nuevo me vino a la mente la advertencia de Wil en cuanto a que me mantuviera alerta; me recordé que se refería a **observar los sutiles giros y vueltas de la sincronicidad, esas misteriosas coincidencias que podían surgir en un segundo para empujar la vida de uno en una nueva dirección**.

Yo sabía que percibir el misterioso fluir seguía siendo la experiencia central de la verdadera espiritualidad, prueba directa de que, entre bambalinas del drama humano, actuaba algo más profundo. El problema siempre había sido la naturaleza esporádica de esta percepción, que nos acompaña por un tiempo, para atraernos, y luego, con la misma rapidez, desaparece.

Mientras contemplaba el lugar que me rodeaba, de pronto mis ojos se posaron en un hombre alto, de pelo negro, que salía por la puerta del hotel e iba directo hacia mí. Vestía pantalones negros y un elegante suéter blanco, y llevaba un diario doblado bajo un brazo. Avanzó por el sendero entre las personas que descansaban allí y se sentó a una mesa situada directamente a mi derecha. Al desplegar el diario miró alrededor y me saludó con un movimiento de la cabeza y una radiante sonrisa. Luego llamó a un asistente y pidió agua. En apariencia era asiático, pero hablaba fluido inglés, sin ningún acento identificable.

Cuando le llevaron el agua, firmó la boleta y se puso a leer. En ese hombre había algo inmediatamente atrayente, pero yo no lograba definir qué. Sólo irradiaba una actitud y una energía agradables, y de vez en cuando dejaba de leer y miraba alrededor esbozando una amplia sonrisa. En un momento hizo contacto visual con uno de los caballeros hoscos que se hallaban frente a mí.

Yo casi esperaba que el hombre malhumorado se apresurara a desviar la mirada, pero en cambio devolvió la sonrisa al hombre de cabello oscuro y ambos entablaron una charla superficial en un idioma que sonaba a nepalés. En determinado momento hasta rieron con ganas. Atraídas por la conversación, otras varias personas, sentadas a mesas cercanas, comenzaron a mostrarse afables, y una hizo un comentario que provocó otra ronda de carcajadas.

Yo observaba la escena con interés. Allí estaba ocurriendo algo, pensé. El estado de ánimo que me rodeaba comenzaba a cambiar.

—Dios mío —exclamó el hombre de pelo oscuro, mirando en dirección a mí—. ¿Ha visto esto?

Eché un vistazo a mi alrededor. Todos los demás parecían haber reanudado la lectura. El hombre señaló algo en el diario y movió la silla para acercarse a mí.

—Han realizado un nuevo estudio sobre el poder de la oración —agregó—. Es fascinante.

—¿Qué descubrieron? —pregunté.

—Estaban estudiando el efecto de la oración en la gente que sufre problemas médicos, y descubrieron que los pacientes que con regularidad eran receptores de oraciones elevadas por otras personas presentaban menos complicaciones y mejoraban más pronto, aun cuando no tuvieran conciencia de que se decían oraciones por ellos. Es prueba innegable de que la fuerza de la oración es real. Pero también descubrieron otra cosa: que **LAS ORACIONES MÁS EFICACES DE TODAS NO SE ESTRUCTURABAN COMO PEDIDOS, SINO COMO AFIRMACIONES.**

—No creo entender bien a qué se refiere —dije.

Me miraba fijo con unos ojos celestes casi transparentes.

—Prepararon el estudio con el objeto de poner a prueba dos clases de oración. El primero consistía sólo en pedir a Dios, o a lo divino, que interviniera para ayudar a una persona enferma. El otro consistía simplemente en afirmar, con fe, que Dios ayudará a la persona. ¿Ve la diferencia?

—Todavía no estoy del todo seguro.

—Una oración que pide a Dios que intervenga da por sentado que Dios puede intervenir, pero sólo si decide acceder a nuestro pedido. Da por sentado que nosotros no desempeñamos papel alguno, salvo el de pedir. La otra forma de oración da por sentado que Dios está deseoso y bien dispuesto, pero ha establecido

las leyes de la existencia humana de modo que el hecho de que el pedido se conceda depende en alguna medida de la certeza de nuestra creencia en que se cumplirá. De manera que nuestra oración debe ser una afirmación que dé expresión a esa fe. En el estudio, este tipo de oración demostró ser mas eficaz. Asentí. Comenzaba a comprender.

El hombre apartó la vista, como pensando, y luego continuó:

—Todas las grandes oraciones de la Biblia no son pedidos, sino afirmaciones. Piense en el padrenuestro, que dice: "Hágase Tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas...". No dice: "Por favor, ¿podrías darnos algo de comer?", y no dice: "Por favor, ¿puedes perdonarnos?". Se limita a afirmar que estas cosas ya están listas para suceder, y al suponer con fe que sucederán, hacemos que ocurran.

Hizo una nueva pausa, como esperando una pregunta, siempre sonriendo. Tuve que reírme. Su buen humor era contagioso. —Algunos científicos teorizan —prosiguió— que estos hallazgos implican también algo más, algo que tiene profunda significación para todas las personas. Sostienen que si nuestras expectativas, nuestras suposiciones de fe, son lo que hace que la oración surta efecto, entonces cada uno de nosotros irradia constantemente hacia el mundo una fuerza de energía de oración, nos demos cuenta o no. ¿Entiende la verdad de esto?

Continuó sin esperar que yo le respondiera:

—**Si la oración es una afirmación basada en nuestras expectativas, en nuestra fe, entonces todas nuestras expectativas surten un efecto de oración. De hecho, vivimos rezando todo el tiempo para que se cumpla algún tipo de futuro para nosotros mismos y otras personas, sólo que no tenemos plena conciencia de ello.**

Me miró como si acabara de arrojar una bomba.

—¿Se imagina? —continuó—. Ahora la ciencia comienza a confirmar las aseveraciones de los místicos más esotéricos de todas las religiones. **Todos afirman que tenemos una influencia mental y espiritual sobre lo que nos ocurre en la vida**. Recuerde las Escrituras, donde dice que la fe, aunque sea del tamaño de un grano de mostaza, puede mover montañas. —Le centellearon los ojos como si supiera más de lo que decía. —Todos debemos figurarnos cómo funciona esto. Ya es hora.

Yo lo miraba, también sonriente, intrigado por lo que afirmaba pero asombrado por la transformación del estado de ánimo que observaba alrededor de la piscina. En determinado momento eché en forma instintiva un vistazo a mi izquierda, como hacemos cuando sentimos que alguien nos está mirando. Vi que uno de los asistentes de la piscina me observaba desde la puerta de entrada. Cuando nuestros ojos se encontraron, desvió con rapidez la vista y regresó por la acera que llevaba a un ascensor.

—Discúlpeme, señor —dijo una voz a mi espalda. Cuando me volví, vi que el que me hablaba era otro asistente.

—¿Desea beber algo? —me preguntó.

—No... gracias —respondí—. Esperaré un rato.

Cuando miré otra vez al hombre de antes, se había ido. Por un momento escruté el lugar, buscándolo. Cuando al fin miré a mi derecha, donde se hallaba sentado el hombre de pelo oscuro, también él había desaparecido.

Me levanté y pregunté al huésped sentado a la mesa de enfrente si había visto en qué dirección se había ido el hombre del diario. Meneó la cabeza y desvió la vista con brusquedad.

Durante el resto de la tarde permanecí en mi habitación. Lo ocurrido en la

piscina me resultaba desconcertante. ¿Quién era el hombre que me había hablado de la oración? ¿Había una sincronicidad en juego en esa información? ¿Y por qué el asistente me miraba fijo? ¿Y dónde estaba Wil?

Cerca del atardecer, tras una larga siesta, volví a aventurarme afuera; decidí caminar unas cuantas cuadras calle abajo, hasta un restaurante al aire libre que oí mencionar a uno de los otros huéspedes.

—Muy cerca. Es de lo más seguro —me dijo el conserje cuando le pregunté cómo llegar—. Ningún problema.

Salí del vestíbulo a la luz declinante, siempre alerta por si veía a Wil. La calle estaba repleta de gente, así que debí abrirme paso casi a empujones. Cuando llegué al restaurante me asignaron una mesa pequeña en un rincón, junto a una reja de hierro forjado cubierta de hiedra que separaba de la calle la zona del comedor. Cené despacio mientras leía un diario inglés; permanecí sentado a la mesa más de una hora.

En determinado momento me sentí incómodo, como si de nuevo alguien me observara, aunque no conseguía identificar a nadie que lo hiciera. Miré las otras mesas, pero nadie parecía prestarme la más leve atención. Me puse de pie y miré por sobre la cerca, a la gente que caminaba por la calle. Nada. Empeñado en librarme de esa sensación, pagué la cuenta y regresé a pie al hotel.

Al acercarme a la entrada divisé a un hombre parado al borde de una hilera de arbustos, a unos seis metros a mi izquierda. Nuestros ojos se encontraron y él dio un paso hacia mí. Desvié la vista, con la intención de pasar de largo, pero me di cuenta de que era el asistente al que había sorprendido mirándome en la piscina, sólo que ahora vestía vaqueros, una camisa azul lisa y calzado deportivo. Daba la impresión de tener alrededor de treinta años; sus ojos eran muy serios.

Apresuré el paso.

—Discúlpeme —me llamó. Continué caminando.

—Por favor —insistió—. Debo hablar con usted. Avancé unos cuantos metros más, de modo de hallarme a la vista del portero y el personal del hotel, y entonces pregunté:

—¿De qué se trata?

Se acercó e hizo una especie de reverencia.

—Creo que usted es la persona a quien vine a encontrar aquí. ¿Conoce al señor Wilson James?

—¿Wil? Sí. ¿Dónde está?

—No ha podido venir. Me pidió que yo me encontrara con usted en su lugar. — Me tendió la mano y yo se la estreché reacio, al tiempo que le decía mi nombre.

—Me llamo Yin Doloe —se presentó.

—¿Es empleado del hotel? —le pregunté.

—No. Un amigo mío trabaja aquí. Le pedí prestada una chaqueta para poder echar una ojeada. Quería ver si usted se encontraba aquí.

Lo miré con atención. Mi instinto me indicaba que decía la verdad. ¿Pero por qué tanto secreto? ¿Por qué simplemente no se me había acercado en la piscina y me había preguntado mi nombre?

—¿Por qué Wil se ha demorado? —quise saber.

—No lo sé con certeza. Me pidió que me encontrara con usted y lo llevara a Lhasa. Creo que planea encontrarse con nosotros allá.

Miré para otro lado. Las cosas comenzaban a darme una sensación ominosa. Miré de nuevo al hombre de arriba abajo y le dije:

—No sé si deseo hacerlo. ¿Por qué no me ha llamado Wil?

—Estoy seguro de que tendrá un motivo importante —respondió Yin, al tiempo

que daba un paso hacia mí—. Wil me insistió mucho para que lo lleve a él. Lo necesita. Los ojos de Yin suplicaban.

—¿Por qué no me acompaña adentro? Tomaremos una taza de café y hablaremos de la situación. Miraba alrededor como si temiera algo.

—Por favor, volveré mañana a las ocho de la mañana. Wil ya ha conseguido un vuelo y una visa para usted. —Sonrió mientras se escabullía, sin darme tiempo a protestar.

A las ocho menos cinco salí por la puerta del vestíbulo principal sin más equipaje que un bolso; el hotel había accedido a guardarme todo lo demás. Mi plan consistía en regresar dentro de la semana… a menos, desde luego, que sucediera algo extraño una vez que me fuera con Yin. En ese caso, volvería de inmediato.

Exactamente puntual, Yin subió por el sendero de acceso en un viejo Toyota y nos dirigimos hacia el aeropuerto. En el camino, se mostró cordial, pero continuaba aduciendo ignorancia en cuanto a lo que sucedía con Wil. En un momento consideré decirle, sólo para ver su reacción, lo que me había dicho Natalie acerca del lugar misterioso del Tíbet, y lo que me había dicho Wil aquella noche en mi cuarto. Pero decidí no hacerlo. Opté por limitarme a observar a Yin con atención y ver qué sensación me daban las cosas en el aeropuerto.

En el mostrador de la aerolínea descubrí que de veras alguien había comprado un pasaje a mi nombre en un vuelo a Lhasa. Eché un vistazo alrededor y traté de sondear la situación. Todo parecía normal. Yin sonreía, obviamente de buen humor. Por desgracia, la empleada de los pasajes no; hablaba apenas un poco de inglés y era muy exigente. Cuando me pidió el pasaporte, me irrité aún más y le respondí con igual brusquedad. En un momento me miró furiosa, como si fuera a negarse de plano a darme los pasajes.

Yin se apresuró a intervenir y se puso a hablar con la empleada con voz calma, en su nepalés nativo. Al cabo de unos minutos el semblante y la actitud de la mujer comenzaron a cambiar. No volvió a mirarme, pero hablaba con tono amable con Yin, y hasta rió de algo que él le dijo. Unos minutos después, con nuestros pasajes y permisos de abordaje, nos hallábamos sentados a una pequeña mesa en una cafetería cercana a nuestra puerta de embarque. Había un fuerte olor a cigarrillo en todas partes.

—Tienes mucha ira —me dijo Yin de pronto—. Y no usas muy bien tu energía.

Me tomó por sorpresa.

—¿De qué me hablas? Me miró con amabilidad.

—Digo que no hiciste nada por ayudar a la mujer del mostrador y su mal humor.

De inmediato supe a qué apuntaba. En Perú, la Octava Revelación describía un método de levantar el ánimo de los demás concentrándose en sus caras de una manera particular.

—¿Conoces las Revelaciones? —pregunté. Yin asintió, sin dejar de mirarme.

—Sí —respondió—. Pero hay más.

—Acordarse de emitir energía no es tan fácil —agregué, a la defensiva.

Con tono muy deliberado, Yin contestó:

—Pero debes darte cuenta de que, de todos modos, ya estabas influyendo en esa mujer con tu energía, lo supiera ella o no. Lo importante es cómo dispones tu… campo de… de… —Yin no conseguía encontrar la palabra en inglés. —Campo de intención —dijo al fin—. Tu Campo de Oración.

Lo miré con intensidad. En apariencia, Yin hablaba de la oración del mismo modo que antes lo había hecho el hombre de cabello oscuro en la piscina.

—¿De qué hablas, exactamente? —le pregunté.

—¿Alguna vez has estado en una habitación llena de gente donde la energía y el estado de ánimo fueran bajos, y de pronto apareció alguien que elevó de inmediato la energía de todos, con sólo entrar? El campo de energía de esta persona va delante de ella y toca a todos los demás.

—Sí —respondí—. Ya sé a qué te refieres. Su mirada me penetró.

—Si vas a encontrar Shambhala, debes aprender a hacer eso en forma consciente.

—¿Shambhala? ¿De qué me hablas?

El rostro de Yin se puso pálido; su expresión reflejaba incomodidad. Meneó la cabeza, como si sintiera que se había excedido y revelado un secreto.

—No importa —respondió con humildad—. No es mi lugar. Es Wil quien debe explicártelo. —Iba formándose la cola para subir al avión; Yin se apartó con rapidez y avanzó hacia el encargado de controlar los pasajes.

Yo me devanaba los sesos tratando de ubicar la palabra "Shambhala". Por fin recordé. Shambhala era la comunidad mítica de la tradición de los budistas tibetanos, en la que se habían basado las leyendas sobre Shangri-La.

Miré a Yin.

—Ese lugar es un mito, ¿correcto?

Yin se limitó a entregar su pasaje a la azafata y avanzar por el pasillo.

En el vuelo a Lhasa, Yin y yo nos sentamos en secciones diferentes del avión, lo cual me dio tiempo para pensar. Lo único que sabía era que Shambhala era de gran significación para los budistas tibetanos, cuyos antiguos escritos la describían como una ciudad santa de diamantes y oro, llena de adeptos y lamas... y oculta en algún lugar de las vastas e inhabitables regiones del norte del Tíbet o China. En tiempos más recientes, empero, la mayoría de los budistas hablaba de Shambhala meramente en términos simbólicos, como la representación de un estado espiritual, no como una localidad real.

Tendí una mano y de un bolsillo del asiento extraje un folleto turístico del Tíbet, en la esperanza de obtener una renovada sensación de su geografía. Situado entre China, al norte, y la India y Nepal, al sur, el Tíbet es básicamente una gran meseta con pocas zonas más bajas de 1.800 metros. En su frontera sur están los imponentes Himalayas, incluido el monte Everest, y dentro de China, en la frontera septentrional, se encuentran los vastos montes Kunlún. En medio hay profundas gargantas, ríos inexplorados y cientos de kilómetros cuadrados de tundra rocosa. Según el mapa, la zona este del Tíbet parecía ser la más fértil y habitada, mientras que el norte y el oeste eran ralos y montañosos, con pocos caminos, todos de grava.

En apariencia hay sólo dos rutas principales hacia el Tíbet occidental: la ruta norte, que emplean sobre todo los camioneros, y la ruta sur, que bordea los Himalayas y es utilizada por peregrinos de toda la región para llegar a los paisajes sagrados del Everest y el lago Mansarowar y el monte Kailash, y más adelante, los misteriosos Kunlún.

Alcé la vista de mi lectura. Mientras volábamos a más de diez mil metros de altura, comencé a percibir un claro cambio de temperatura y energía afuera. Abajo se elevaban los Himalayas en torrecillas congeladas y rocosas, enmarcados por un cielo azul claro. Volábamos casi directamente por encima de la cumbre del monte Everest al pasar hacia el espacio aéreo del Tíbet, la tierra de las nieves, el techo del mundo. Era una nación de buscadores, viajeros interiores, y mientras contemplaba los valles verdes y las llanuras rocosas rodeadas de montañas increíbles no pude sino sentir reverencia por su misterio. Una pena que ahora estuviera brutalmente

administrada por un gobierno totalitario. ¿Qué hacía yo allí?, me pregunté.

Volví a mirar a Yin, sentado cuatro hileras detrás de mí. Me molestaba que se mostrara tan reservado. Decidí, una vez más, ser muy cauteloso. No iría más allá de Lhasa si no obtenía una completa explicación.

Cuando llegamos al aeropuerto, Yin resistió a todas mis preguntas sobre Shambhala, repitiendo su afirmación de que pronto nos encontraríamos con Wil, y entonces me enteraría de todo. Tomamos un taxi rumbo —según me dijo Yin— a un pequeño hotel cercano al centro de la ciudad.

Lo sorprendí mirándome.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Sólo quería ver cómo te adaptas a la altitud —me respondió—. Lhasa está a más de 3.600 metros. Debes tomarlo con calma por un rato.

Asentí, apreciando su preocupación, pero en ocasiones anteriores siempre me había adaptado con facilidad a la altitud. Iba a mencionárselo a Yin, cuando divisé a la distancia una enorme construcción, semejante a una fortaleza.

—Es el palacio Potala —me explicó Yin—. Quería que lo vieras. Era la residencia de invierno del Dalai Lama antes de su exilio. Ahora simboliza la lucha del pueblo tibetano contra la ocupación china.

Apartó la vista y guardó silencio hasta que el auto se detuvo no frente al hotel sino a unos treinta metros calle abajo.

—Wil ya debería estar aquí —dijo al fin, mientras se disponía a abrir la puerta—. Espera en el taxi. Entraré a ver.

Pero, en lugar de bajar, se detuvo a observar la entrada. Seguí su mirada y también yo me puse a mirar en esa dirección. La calle estaba colmada de transeúntes tibetanos y unos cuantos turistas, pero todo parecía normal. Luego mis ojos se posaron en un hombre bajo, chino, que estaba parado cerca de la esquina del edificio, con una especie de diario, aunque sus ojos escrutaban con atención la zona.

Yin miró apresuradamente los autos estacionados en el cordón, del otro lado de la calle con respecto al hombre del diario. Sus ojos se detuvieron en un viejo auto marrón con varios ocupantes, vestidos con trajes.

Rápidamente Yin dijo algo al taxista, que nos miró nervioso por el espejo retrovisor y avanzó con lentitud hacia la siguiente intersección. Mientras andábamos, Yin se inclinó para que no lo vieran los hombres del auto marrón.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

Yin me ignoró y le indicó al conductor que doblara a la izquierda y avanzara más hacia el centro de la ciudad. Le aferré el brazo.

—Yin, ¿qué está pasando? ¿Quiénes eran esos hombres?

—No sé —me contestó—. Pero Wil no está aquí. Hay un solo lugar más adonde creo que podría ir. Observa a ver si nos siguen.

Miré detrás de nosotros mientras Yin daba más instrucciones al conductor del taxi. Vi varios autos detrás de nosotros, pero todos doblaron. No había rastro del vehículo marrón.

—¿Ves a alguien allá atrás? —me preguntó Yin, al tiempo que se daba vuelta para mirar por sí mismo.

—No creo —respondí.

Estaba a punto de preguntarle de nuevo qué estaba ocurriendo, cuando noté que le temblaban las manos. Le miré bien la cara, pálida y cubierta de sudor. Me di cuenta de que estaba aterrado. Verlo así hizo que me recorriera el cuerpo un escalofrío de miedo.

Antes de que yo pudiera hablar, Yin señaló al taxista un espacio para estacionar

y se apresuró a hacerme bajar con mi bolso, para conducirme por una calle lateral y luego por un estrecho callejón. Tras caminar unos treinta metros, nos apoyamos contra la pared de un edificio y esperamos varios minutos, con los ojos fijos en la entrada de la calle de la que acabábamos de salir. Ninguno de los dos habló una palabra.

Cuando nos pareció que no nos seguía nadie. Yin procedió a bajar por el callejón hasta el edificio siguiente y golpeó varias veces. No hubo respuesta, pero el cerrojo de la puerta se abrió misteriosamente desde adentro.

—Espera aquí —me dijo Yin, al tiempo que abría la puerta—. Ya vuelvo.

Entró en silencio en el edificio y cerró la puerta. Cuando oí el cerrojo, me inundó una oleada de pánico. "¿Y ahora qué?", pensé. Yin estaba asustado. ¿Iba a abandonarme allí? Miré callejón abajo, hacia la calle colmada de gente. Eso era exactamente lo que yo más había temido. Al parece, alguien buscaba a Yin, y quizá también a Wil. Yo no tenía idea de en qué podía estar envuelto.

Tal vez fuera mejor si Yin de veras desaparecía, pensé. De ese modo yo podría correr de vuelta a la calle y esconderme entre la multitud hasta averiguar cómo regresar al aeropuerto. ¿Qué otra cosa podía hacer entonces, sino volver a casa? Quedaría absuelto de toda responsabilidad de buscar a Wil o hacer cualquier otra cosa en aquella desventura.

La puerta se abrió de golpe y Yin salió. De nuevo cerraron de inmediato.

—Wil dejó un mensaje —me dijo—. Vamos. Caminamos un poco más por el callejón y nos ocultamos entre dos grandes recipientes para basura mientras Yin abría un sobre y extraía una breve nota. Lo observé mientras la leía. Daba la impresión de estar más pálido todavía. Cuando terminó, me tendió la nota.

—¿Qué dice? —pregunté, al tiempo que tomaba la carta. Reconocí la letra de Wil y empecé a leer:

Yin: Estoy convencido de que se nos permite el ingreso en Shambhala. Pero debo seguir adelante. Es de suma importancia que traigas a nuestro amigo estadounidense lo más lejos que puedas. Ya sabes que los dakini te guiarán.

Wil

Miré a Yin, que me miró de reojo un momento y desvió la vista.

—¿A quién se refiere con "se nos permite el ingreso en Shambhala"? Lo dice en forma figurada, ¿verdad? Él no cree que sea un lugar real, ¿no?

Yin tenía la vista fija en el suelo.

—Por supuesto que Wil cree que es un lugar real —susurró.

—¿Y tú? —pregunté.

Miró para otro lado, con la apariencia de que le hubieran puesto sobre los hombros todo el peso del mundo. .

—Sí... Sí... —respondió—. Sólo que a la mayoría de la gente le ha resultado imposible siquiera concebir la noción de ese lugar, y ni hablar de llegar allí. Por cierto, tú y yo no podemos. —Calló de repente.

—Yin —le dije—, tienes que decirme lo que está pasando. ¿Adónde va Wil? ¿Quiénes son esos hombres a los que vimos en el hotel?

Se quedó mirándome fijo un instante y luego contestó:

—Creo que son oficiales de inteligencia chinos.

—¿Qué?

—No sé qué hacen aquí. En apariencia han sido alertados por toda la actividad y las conversaciones sobre Shambhala. Muchos de los lamas que hay aquí se dan cuenta de que algo está cambiando en este lugar sagrado. Se ha hablado mucho del

tema.

—¿Cambiando cómo? Cuéntame. Yin respiró hondo.

—Yo quería que te lo explicara Wil… pero supongo que ahora debo intentarlo. Debes comprender lo que es Shambhala. Las personas que viven allí son seres humanos de verdad, nacidos en ese lugar sagrado, pero pertenecen a un estado de evolución más elevado. Ayudan a sostener la energía y la visión para el mundo entero.

Desvié la mirada, pensando en la Décima Revelación.

—¿Son una suerte de guías espirituales?

—No como piensas —respondió Yin—. No son como miembros de una familia ni otras almas que se hallan en la otra vida y podrían estar ayudándonos desde esa dimensión. Son seres humanos que viven aquí mismo, en la Tierra. Los que viven en Shambhala tienen una comunidad extraordinaria y viven en un nivel de desarrollo más elevado. Ellos modelan lo que el resto del mundo logrará en última instancia.

—¿Dónde queda ese lugar?

—No lo sé.

—¿Conoces a alguien que lo haya visto?

—No. De joven estudié con un gran lama, que un día declaró que iba a Shambhala y al cabo de varias jomadas de celebración partió.

—¿Llegó allá?

—Nadie lo sabe. Desapareció y nunca más se lo vio en ningún lugar del Tíbet.

—Entonces en realidad nadie sabe si ese sitio existe o no. Yin guardó silencio un momento y luego dijo:

—Tenemos las leyendas…

—¿Quiénes tienen las leyendas?

Se quedó mirándome. Me di cuenta de que lo limitaba algún tipo de código de silencio.

—Yo no puedo decirte eso. Pero el jefe de nuestra secta, el lama Rigden, podría aceptar hablar contigo.

—¿Qué dicen las leyendas?

—Sólo puedo decirte que las leyendas son los adagios que dejaron aquellos que en el pasado intentaron llegar a Shambhala. Tienen siglos de antigüedad.

Yin estaba a punto de agregar algo más, cuando atrajo nuestra atención un sonido en la calle. Observamos con atención pero no vimos a nadie.

—Espera aquí —me dijo Yin.

De nuevo golpeó a la puerta y desapareció adentro. Con la misma rapidez salió y fue hasta un Jeep viejo y herrumbrado, con una cubierta de lona gastada. Abrió la puerta y me indicó que subiera.

—Vamos —me dijo—. Debemos apresurarnos.

CAPÍTULO 2
EL LLAMADO DE SHAMBHALA

Mientras Yin comenzaba a conducir el jeep hacia afuera de Lhasa yo permanecía en silencio, mirando las montañas por la ventanilla y preguntándome qué habría querido decir Wil con su nota. ¿Por qué había decidido continuar solo? ¿Y quiénes eran los dakini? Estaba por preguntarle a Yin, cuando un camión militar chino cruzó en la intersección frente a nosotros.

Verlos me sobresaltó; sentí que me invadía una oleada de nerviosismo. ¿Qué estaba haciendo yo ahí? Acabábamos de ver oficiales de inteligencia que acechaban ante la puerta del hotel donde se suponía que nos reuniéramos con Wil. Tal vez nos

buscaban a nosotros.

—Espera un minuto, Yin —dije—. Quiero ir a un aeropuerto. Todo esto parece demasiado peligroso para mí. Yin me miró alarmado.

—¿Y Wil? —preguntó—. Ya leíste la nota. Él te necesita.

—Sí, pero él está acostumbrado a este tipo de cosas. No creo que espere que yo me ponga en peligro de esta manera.

Yin asintió.

—Ya estás en peligro. Debemos salir de Lhasa.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—Al monasterio del lama Ridgen, cerca de Shigatse. Será tarde cuando lleguemos.

—¿Allá hay teléfono? —pregunté.

—Sí —respondió Yin—. Creo que sí... si funciona. Asentí y Yin volvió a concentrarse en el camino. Muy bien, pensé. No haría daño alejarme de aquel lugar antes de disponer lo necesario para volver a casa.

Durante horas avanzamos a los tumbos por la carretera mal pavimentada, pasando camiones y coches viejos por el camino. El paisaje era una mezcla de feas construcciones industriales y hermosas vistas. Bastante después de anochecer, Yin se detuvo en el patio de una casita construida con bloques de cemento. Al costado de un taller mecánico, a la derecha, había atado un perro grande y lanudo que nos ladraba furiosamente.

—¿Ésta es la casa del lama Ridgen? —pregunté.

—No, por supuesto que no —respondió Yin—. Pero conozco a la gente que vive aquí. Podemos conseguir comida y combustible que quizá necesitemos más adelante. Enseguida vuelvo.

Me quedé mirando mientras Yin subía los escalones de madera y golpeaba a la puerta. Salió una mujer mayor, tibetana, que de inmediato dio a Yin un fuerte abrazo. Yin señaló hacia mí, sonrió y dijo algo que no logré entender. Luego me hizo una seña; bajé del jeep y entré en la casa.

Oímos un débil chirrido de frenos que venía de afuera. Yin cruzó corriendo la habitación y apartó las cortinas para mirar. Yo me quedé de pie tras él. En la oscuridad, distinguí un auto oscuro, sin identificación, estacionado del otro lado del camino, a unos treinta metros de distancia.

—¿Quién es? —pregunté.

—No sé —respondió Yin—. Ve a traer nuestros bolsos. Rápido.

Lo miré con expresión interrogante.

—No te pasará nada —me aseguró—. Ve a buscarlos, pero apresúrate.

Con rapidez crucé el umbral y me acerqué al jeep, tratando de no mirar hacia el auto estacionado a la distancia. Metí una mano por la ventanilla lateral, tomé mi bolso y la mochila de Yin y enseguida volví adentro con paso veloz. Yin seguía mirando por la ventana.

—¡No! —exclamó de pronto—. Ahí vienen. Un relámpago de faros de auto iluminó la ventana, al tiempo que el auto avanzaba a gran velocidad hacia la casa. Yin me sacó su mochila y me condujo por la puerta de atrás hacia la oscuridad.

—Debemos ir por aquí —me gritó mientras comenzaba a guiarme por un sendero que ascendía hacia un grupo de estribaciones rocosas. Eché un vistazo a la casa, y para mi horror vi que los agentes de civil se apeaban del auto y rodeaban la vivienda. Otro vehículo que ni siquiera habíamos visto tomó con rapidez por un costado de la casa y varios hombres más bajaron de un salto y comenzaron a subir corriendo por la cuesta, a nuestra derecha. Yo sabía que, si continuábamos en la dirección en que íbamos, nos alcanzarían en pocos minutos.

—Yin, espera un momento —le dije en un susurro—. Van a alcanzarnos.

Se detuvo y acercó su cara a la mía en la oscuridad.

—A la izquierda —me dijo—. Los rodearemos.

En ese momento divisé a los otros agentes que corrían en esa dirección. Si seguíamos la ruta de Yin, con seguridad nos verían.

Miré la parte más escarpada de la pendiente. Algo me llamó la atención: un breve segmento del sendero lucía perceptiblemente más claro.

—No, tenemos que subir derecho —dije en forma instintiva, y nos encaminamos en esa dirección. Yin se demoró un instante a mis espaldas y luego se apresuró a seguirme. Nos abrimos paso por entre las rocas, mientras los agentes se cerraban desde la derecha hacia nosotros.

En la cima de una elevación, un agente daba la impresión de estar justo arriba de nosotros, de modo que nos agachamos entre dos grandes peñascos. La zona que nos rodeaba aún resultaba perceptiblemente más iluminada. El hombre, que no se hallaba a más de diez metros de distancia, avanzaba hacia un sitio desde el cual pronto nos vería con claridad. Entonces, cuando se aproximó a los bordes del ligero resplandor, a segundos de vernos, se detuvo en forma abrupta, comenzó a avanzar otra vez y volvió a detenerse, como si de pronto hubiera cambiado de idea. Sin dar un paso más, se volvió y bajó corriendo la colina.

Al cabo de unos momentos, le pregunté a Yin en un susurro si le parecía que el agente nos había visto. —No —respondió—. No lo creo. Vamos.

Continuamos ascendiendo la colina durante diez minutos más antes de detenernos en un precipicio de piedra para mirar hacia la casa. Alcanzamos a ver más autos oficiales que se acercaban. Uno era un coche patrullero más viejo, con una luz roja parpadeante. La escena me llenó de puro terror. Ya no quedaba la menor duda: esas personas iban tras nosotros.

También Yin miraba ansioso hacia la casa. De nuevo le temblaban las manos.

—¿Qué van a hacerle a tu amigo? —pregunté, horrorizado de lo que podría responderme.

Yin me miró con lágrimas y furia en los ojos, y continuó guiándome colina arriba.

Caminamos durante varias horas más, abriéndonos paso sólo a la luz de la Luna menguante, periódicamente oscurecida por las nubes. Yo quería preguntar por las leyendas que había mencionado Yin, pero él continuaba enojado y taciturno. En lo alto de la colina se detuvo y anunció que debíamos descansar. Mientras yo me sentaba en una roca cercana, él se alejó unos cuatros metros, sumido en la oscuridad, y permaneció de espaldas a mí.

—¿Por qué allá abajo estabas tan seguro de que debíamos subir derecho por la colina? —me preguntó sin darse vuelta.

Tomé aliento.

—Vi algo —balbuceé—. De algún modo, esa área estaba más clara. Parecía el camino indicado.

Se volvió, se acercó y se sentó en el suelo frente a mí.

—¿Ya antes habías visto algo similar? Traté de ahuyentar mi ansiedad. El corazón me latía con fuerza, y apenas podía respirar.

—Sí —respondí—. Varias veces, últimamente. Desvió la mirada y guardó silencio.

—Yin, ¿sabes de qué se trata?

—Las leyendas dirían que nos están ayudando.

—¿Quiénes?

De nuevo apartó la mirada.

—Yin, cuéntame lo que sepas sobre esto. No respondió.

—¿Son los dakini que Wil mencionaba en su nota? Siguió sin responder.

Sentí una oleada de enojo.

—¡Yin! Dime lo que sabes.

Se puso de pie con rapidez y me miró furioso.

—De algunas cosas se nos prohibe hablar. ¿No comprendes? El solo hecho de mencionar frívolamente los nombres de estos seres puede dejar mudo, o ciego, a un hombre durante años. Ellos son los guardianes de Shambhala.

Fue airado hasta una roca chata, la cubrió con su chaqueta y se recostó.

También yo me sentía agotado, incapaz de pensar.

—Debemos dormir —dijo Yin—. Por favor, mañana sabrás más.

Lo miré un momento y luego me eché sobre la roca donde estaba sentado y caí en un profundo sueño.

Me despertó un haz de luz que se levantaba entre dos picos nevados, a la distancia. Al mirar alrededor me di cuenta de que Yin no estaba. Me levanté de un salto y, con todo el cuerpo dolorido, escruté la zona inmediata. Yin no se hallaba en ningún lugar que yo alcanzara a ver.

Maldición, pensé. No tenía manera de saber dónde me encontraba. Me recorrió una profunda oleada de angustia.

Esperé treinta minutos, contemplando las colinas marrones y rocosas con pequeños valles de pasto verde, y él aún no regresaba. Entonces advertí por primera vez que cuesta abajo, a unos ciento veinte metros, había un camino de grava. Tomé mi bolso y bajé por entre las piedras hasta alcanzarlo; luego me dirigí hacia el norte. Según recordaba, por ahí se volvía a Lhasa.

No había andado ochocientos metros cuando me di cuenta de que, a menos de cien pasos detrás de mí, cuatro o cinco personas se encaminaban en la misma dirección. De un salto salí del camino y volví a subir, metiéndome entre las rocas, de modo de quedar oculto pero poder observarlos pasar. Cuando llegaron junto a mí me di cuenta de que formaban una familia, compuesta por un anciano, un hombre, algunas mujeres y dos jóvenes de aspecto adolescente. Llevaban grandes bolsos, y el hombre más joven tiraba de un carro lleno de posesiones. Parecían refugiados.

Pensé en aproximarme a ellos y al menos averiguar qué camino tomar, pero decidí no hacerlo. Tenía miedo de que pudieran denunciarme más adelante, de manera que los dejé pasar. Esperé veinte minutos más y luego caminé con cautela en la misma dirección. Durante unos tres kilómetros, el camino avanzaba sinuoso a través de las pequeñas colinas rocosas y mesetas, hasta que a la distancia, en lo alto de una de las colinas, distinguí un monasterio. Me desvié del camino y trepé entre las rocas hasta quedar a unos doscientos metros del lugar. Construido con ladrillos de color arena, el monasterio tenía un tejado plano, pintado de marrón, y dos alas a cada lado del edificio principal.

No alcanzaba a ver ningún movimiento, y al principio pensé que se hallaba vacío. Pero luego se abrió la puerta del frente y vi a un monje, ataviado con una túnica color rojo intenso, que salió y se puso a trabajar en un jardín cerca de un árbol solitario que se alzaba a la derecha del edificio.

Se lo veía bastante inofensivo, pero decidí no arriesgarme. Retrocedí hasta el camino de grava, lo crucé y describí un amplio rodeo por la izquierda del monasterio hasta pasarlo. Luego, con cuidado, procedí a volver a subir por el camino; sólo me detuve para sacarme la parka. El sol ya pegaba con fuerza y hacía un calor sorprendente. Al cabo de más o menos un kilómetro y medio, cuando me hallaba a punto de llegar a una pequeña elevación del camino, oí algo. Corrí hacia

las piedras y agucé el oído. Al principio pensé que era un pájaro, pero poco a poco me di cuenta de que era alguien hablando, lejos, a la distancia. ¿Quién?

Con suma cautela, subí entre las rocas hasta alcanzar una posición más elevada y observé el pequeño valle que se extendía más abajo. Se me congeló el corazón. Debajo de mí había una encrucijada de grava en la cual vi tres jeeps militares estacionados. Tal vez una docena de soldados se encontraban de pie allí, fumando cigarrillos y hablando. Retrocedí, siempre agachado. Desanduve el camino por el que había llegado hasta encontrar un lugar donde ocultarme, entre dos grandes rocas.

Desde allí oí algo más a la distancia, del otro lado de la barrera policial. Al principio era un zumbido bajo, y luego un ruido entrecortado que reconocí. Un helicóptero.

Asustado, eché a correr entre las rocas lo más rápido que podía, alejándome del camino. Crucé un arroyo y me resbalé, empapándome los pies y los pantalones hasta las rodillas. Me levanté de un salto y eché a correr de nuevo, pero se me enganchó un pie en una piedra y caí rodando por una colina, con lo cual me desgarré los pantalones y me lastimé una pierna. Me levanté con esfuerzo y seguí corriendo, en busca de un mejor lugar donde esconderme.

Mientras el helicóptero se acercaba, salté otra pequeña elevación y miré hacia atrás; en ese instante alguien me agarró y me arrastró al interior de una garganta no muy espaciosa. Era Yin. Nos quedamos inmóviles mientras el enorme helicóptero volaba directamente por encima de nosotros.

—Es un Z-9 —dijo Yin. Su rostro reflejaba pánico, pero me di cuenta de que también estaba furioso.

—¿Por qué me dejaste donde habíamos acampado? —me preguntó, casi gritando.

—¡Fuiste tú quien me dejó! —contesté.

—Estuve ausente menos de una hora. Deberías haberme esperado.

Dentro de mí estallaron el miedo y el enojo.

—¿Esperado? ¿Por qué no me avisaste que te ibas? Aún no le había dicho todo, pero oí que a la distancia el helicóptero volvía.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Yin—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—Volveremos al monasterio —respondió—. Es ahí adonde fui antes.

Asentí; luego me levanté y busqué el helicóptero con la vista. Por fortuna, se desviaba hacia el norte. Al mismo tiempo otra cosa me llamó la atención: el monje al que había visto antes, que descendía por la zanja hacia nosotros.

Se nos acercó y le dijo a Yin, en tibetano, algo que yo no entendí. Luego me miró.

—Ven, por favor —me dijo en inglés, al tiempo que me tomaba del brazo y me guiaba hacia el monasterio.

Cuando llegamos, primero atravesamos un portón y pasamos ante numerosos tibetanos cargados con bolsos y diversas pertenencias. Algunos eran muy pobres. Cuando llegamos al edificio principal del monasterio, el monje abrió las grandes puertas de madera y nos condujo a través de un amplio vestíbulo donde había más tibetanos esperando. Mientras pasábamos, reconocí a un grupo; era la familia a la que había dejado marchar delante de mí en el camino, un rato antes. Me miraron con ojos afectuosos.

Yin vio que yo los miraba y me preguntó por qué; le expliqué que los había visto en el camino.

—Estaban ahí para conducirte aquí —dijo Yin—. Pero tú tenías demasiado miedo para seguir la sincronicidad.

Me miró con seriedad y luego continuó caminando tras el monje hasta un

pequeño estudio decorado con bibliotecas y escritorios y varios molinillos de oraciones. Nos sentamos a una mesa de madera tallada, donde el monje y Yin sostuvieron una extensa conversación en tibetano.

—Permíteme mirarte la pierna —me pidió a nuestras espaldas otro monje, en inglés. Llevaba una pequeña canasta llena de vendas y varios frascos con gotero. A Yin se le iluminó la cara.

—¿Ustedes dos se conocen? —pregunté.

—Por favor —dijo el monje, ofreciéndome la mano al tiempo que hacía una leve reverencia—. Me llamo Jampa. Yin se inclinó hacia mí.

—Jampa está con el lama Rigden desde hace más de diez años.

—¿Quién es el lama Rigden?

Tanto Jampa como Yin se miraron como si no supieran con certeza cuánto revelarme. Por fin, Yin dijo:

—Ya te he mencionado las leyendas. El lama Rigden las comprende más que cualquier otra persona. Es uño de los principales expertos en Shambhala.

—Cuéntame exactamente lo que ha sucedido —me dijo Jampa mientras continuaba aplicando una especie de ungüento en mi pierna lastimada.

Miré a Yin, que con un gesto me indicó que así lo hiciera.

—Debo comunicarle al lama lo que te ha sucedido —explicó Jampa.

Procedí a contarle todo lo que me había ocurrido desde mi llegada a Lhasa. Cuando terminé, Jampa me miró.

—¿Y qué sucedió antes de venir al Tíbet?

Le conté acerca de la hija de mi vecino y acerca de Wil.

El monje y Yin se miraron.

—¿Y qué has estado pensando? —preguntó Jampa.

—Estuve pensando que esto me supera —respondí—. Planeo dirigirme al aeropuerto.

—No, no me refiero a eso —se apresuró a aclarar Jampa—. Esta mañana, cuando descubriste que Yin se había ido, ¿cuál fue tu actitud, tu estado de ánimo?

—Me asusté. Sólo sabía que los chinos caerían sobre mí en cuestión de minutos. Traté de figurarme cómo regresar a Lhasa.

Jampa se volvió y miró ceñudo a Yin.

—Él no sabe de los Campos de Oración. Yin meneó la cabeza y desvió la mirada.

—Ya lo hemos hablado —dije—. Pero no estoy seguro de saber qué importancia pueda tener eso. ¿Qué sabes tú de estos helicópteros? ¿Nos buscan a nosotros?

Jampa se limitó a sonreír y me dijo que no me preocupara, que allí me encontraría a salvo. Entonces fuimos interrumpidos por varios otros monjes que nos traían sopa, pan y té. Mientras comíamos, mi mente pareció despejarse y comencé a evaluar la situación. Quería saber todo acerca de lo que estaba sucediendo. En aquel mismo instante.

Miré a Jampa con determinación, y él me devolvió la mirada con profunda calidez.

—Sé que tienes muchas preguntas —me dijo—. Permíteme decirte lo que puedo. Somos una secta especial del Tíbet. Durante muchos siglos hemos mantenido la creencia de que Shambhala es un lugar real. También mantenemos él conocimiento de las leyendas, una sabiduría oral tan antigua como el Kalachakra, consagrado a la integración de toda verdad religiosa.

"Muchos de nuestros lamas están en contacto con Shambhala a través de sus sueños. Hace unos meses, tu amigo Wil comenzó a aparecer en los sueños del lama Rigden de Shambhala. Poco tiempo después, Wil fue conducido a este mismo

monasterio. El lama Rigden aceptó verlo, y descubrió que Wil solía tener el mismo sueño.

—¿Qué le dijo Wil? —pregunté—. ¿Adónde fue?

Meneó la cabeza.

—Temo que deberás esperar, a ver si el lama Rigden te da esa información.

Miré a Yin, que intentó sonreír.

—¿Y los chinos? —le pregunté a Jampa—. ¿De qué manera forman parte de esto? Jampa se encogió de hombros.

—No sabemos. Tal vez saben algo acerca de lo que está sucediendo. Asentí.

—Hay una cosa más —agregó Jampa—. En apariencia, en todos los sueños aparece otra persona. Un estadounidense. —Hizo una pausa y una pequeña reverencia. —Tu amigo Wil no estaba del todo seguro, pero le pareció que eras tú.

Después de bañarme y cambiarme de ropa en la habitación que me había asignado Jampa, salí al patio posterior. Varios monjes trabajaban en una huerta, como si los chinos no constituyeran la menor preocupación. Miré las montañas y escruté el cielo. No se veía ningún helicóptero por ninguna parte.

—¿Quisieras sentarte en aquel banco, allá arriba? —habló una voz detrás de mí. Al volverme vi que Yin salía por una puerta situada a mis espaldas.

Hice un gesto de asentimiento, y subimos por varias terrazas llenas de plantas ornamentales y comestibles, hasta alcanzar unos asientos que enfrentaban un elaborado santuario budista. Una gran estribación montañosa enmarcaba el horizonte detrás de nosotros, pero hacia el sur teníamos una vista panorámica del campo que se extendía por kilómetros. Se veían muchas personas andando por los caminos o tirando de carros.

—¿Dónde está el lama? —pregunté.

—No sé —respondió Yin—. Todavía no ha aceptado verte.

—¿Por qué?

Yin meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿Crees que él sabe dónde está Wil? De nuevo Yin negó con la cabeza.

—¿Crees que los chinos todavía nos buscan? —pregunté.

Yin se limitó a encogerse de hombros, con la vista fija en la distancia.

—Lamento que mi energía sea tan mala —se excusó—. Por favor, no dejes que te influya. Es sólo que mi ira me supera. Desde 1954 los chinos se han propuesto sistemáticamente destruir la cultura tibetana. Mira a esa gente que va caminando allá. Muchos son granjeros desalojados a causa de iniciativas económicas que han ordenado los chinos. Otros son nómadas que se mueren de hambre porque estas políticas han alterado su modo de vida. —Cerró ambos puños.

"Los chinos están haciendo lo mismo que Stalin hizo en Manchuria, al introducir en el Tíbet a miles de extranjeros, en este caso chinos de diversas etnias, para cambiar el equilibrio cultural e instituir las costumbres chinas.
Exigen que en nuestras escuelas se enseñe sólo el idioma chino.

—Esa gente que está ante las puertas del monasterio —pregunté—, ¿por qué viene aquí?

—El lama Rigden y los monjes trabajan para ayudar a los pobres que peor lo están pasando con la transición de su cultura. Es por eso que los chinos lo han dejado en paz: él ayuda a solucionar problemas sin agitar al populacho contra los invasores.

Lo dijo de una manera que reflejaba un leve resentimiento contra el lama, y de inmediato comenzó a disculparse.

—No —dijo—. No fue mi intención dar a entender que el lama coopera demasiado. Pero lo que hacen los chinos es despreciable. —Volvió a apretar los puños y se golpeó las rodillas. —Muchos creían, al principio, que el gobierno chino se mostraría respetuoso de las costumbres tibetanas, que podríamos existir dentro de la nación china sin perderlo todo. Pero el gobierno se ha propuesto destruirnos. Esto se ve con más claridad ahora, y debemos comenzar a hacerles las cosas más difíciles.

—¿Quieres decir tratar de combatirlos? —pregunté—. Yin, sabes que no pueden ganar esa batalla.

—Lo sé, lo sé —repuso—. Pero me enojo mucho cuando pienso en lo que están haciendo. Algún día los guerreros de Shambhala saldrán a derrotar a estos monstruos del mal.

—¿Qué?

—Es una profecía de mi pueblo. —Me miró y meneó la cabeza. —Ya sé que debo manejar mi ira. Destruye mi Campo de Oración.

En forma abrupta se puso de pie y agregó:

—Iré a preguntarle a Jampa si ha hablado con el lama. Por favor, discúlpame. —Hizo una ligera reverencia y se marchó.

Por un rato contemplé el paisaje tibetano, tratando de comprender plenamente el daño causado por la ocupación china. En un momento hasta me pareció oír otro helicóptero, pero sonaba demasiado lejos como para saberlo con certeza. Sabía que la ira de Yin estaba justificada, y reflexioné durante varios minutos más en las realidades de la situación política en el Tíbet. De nuevo pensé en preguntar por un teléfono, y me planteé cuán difícil sería hacer una llamada internacional.

Estaba por levantarme y entrar, cuando me di cuenta de que me sentía cansado, así que respiré hondo un par de veces y traté de concentrarme en la belleza que me rodeaba. Las montañas de picos nevados y los tonos verdes y marrones del paisaje eran severos y hermosos; el cielo, de un azul intenso con apenas unas cuantas nubes a lo largo del horizonte occidental.

Mientras miraba, noté que los dos monjes que se hallaban varios niveles más abajo de mí miraban fijamente en mi dirección. Eché un vistazo rápido a mis espaldas para ver si había algo allá arriba, pero no vi nada desacostumbrado. Los miré y les sonreí.

Al cabo de unos minutos uno de ellos comenzó a ascender por los escalones de piedra hacia mí, llevando una canasta llena de herramientas de mano. Cuando llegó a mi lado me dirigió un cortés saludo con la cabeza y comenzó a quitar las malas hierbas de un cantero de flores situado a unos seis metros a mi derecha. Varios minutos después se le unió el otro monje, que también se puso a cavar. De vez en cuando me miraban con ojos inquisitivos y respetuosos movimientos de cabeza.

Respiré hondo unas cuantas veces más y me concentré de nuevo en la lejana distancia, pensando en lo que me había dicho Yin sobre su Campo de Oración. Le preocupaba que su ira contra los chinos destruyera su energía.

¿Qué quería decir con eso?

De pronto comencé a sentir el calor del sol y a percibir su luminosidad en forma más consciente, experimentando una cierta apacibilidad que no había sentido desde mi llegada al país. Respiré hondo, con los ojos cerrados, y percibí algo más, una fragancia desusadamente dulce, como un ramo de flores. Lo primero que pensé fue que los monjes habían cortado algunas flores de las plantas que estaban podando y las habían dejado cerca de mí.

Abrí los ojos y miré, pero no había ninguna flor cerca. Me esforcé por distinguir alguna brisa que pudiera haber llevado hacia mí la fragancia, pero el aire no se

movía. Entonces noté que los monjes habían dejado sus herramientas y me miraban con intensidad, con los ojos agrandados y la boca semiabierta, como si hubieran visto algo extraño. De nuevo miré hacia atrás, tratando de figurarme qué sucedía. Al reparar en que me habían perturbado, juntaron con rapidez sus herramientas y canastas y bajaron casi corriendo el sendero que iba al monasterio. Los seguí con los ojos un momento, viendo cómo se agitaban y revoloteaban sus túnicas cuando se dieron vuelta a ver si yo los miraba.

En cuanto bajé y entré en el monasterio, supe que había alguna actividad importante en marcha. Los monjes se escurrían de un lado a otro y susurraban entre sí en el recinto.

Caminé por un pasillo hasta llegar a mi habitación, de nuevo planeando preguntar a Jampa cómo podía hacer para hablar por teléfono. Mi ánimo estaba mejor, pero de nuevo me cuestionaba mi sentido de autopreservación. En lugar de intentar salir de aquel país, algo o alguien me arrastraba más y más hacia lo que estaba sucediendo allí. ¿Quién sabía lo que podían hacer los chinos si me capturaban? ¿Sabían mi nombre? Incluso quizá fuera ya demasiado tarde para marcharme por aire.

Estaba a punto de ponerme de pie y buscar a Jampa, cuando él entró de pronto en la habitación.

—El lama ha accedido a verte —me anunció—. Es un gran honor. No te preocupes; habla perfecto inglés. Asentí, un poco nervioso. Jampa, de pie en la puerta, parecía expectante.

—Debo escoltarte… ahora.

Me levanté y seguí a Jampa, que me condujo a través de una habitación muy grande, con cielos rasos altos, hasta un cuarto más pequeño, del otro lado. Cinco o seis monjes, que sostenían molinillos de oraciones y pañuelos blancos, nos miraron con expectativa mientras nosotros íbamos hasta el frente y nos sentábamos. Yin me saludó con un ademán desde el otro extremo.

—Ésta es la sala de recibo —me dijo Jampa. El interior del recinto era de madera, pintada de celeste. Murales y mandalas tallados a mano adornaban las paredes. Esperamos unos minutos y entonces entró el lama. Era más alto que la mayoría de los otros monjes, pero vestía una túnica exactamente igual a las de los demás. Tras mirar a todos los presentes con gran detenimiento, pidió a Jampa que se adelantara. Se tocaron las frentes y el lama susurró algo al oído del monje.

De inmediato Jampa se volvió y comenzó a indicar con gestos a todos los otros monjes que salieran con él de la habitación. También Yin se dispuso a retirarse, pero mientras lo hacía me miró de soslayo y me dirigió un leve movimiento de cabeza, gesto que tomé como señal de aliento para mi inminente conversación. Muchos de los monjes me entregaron sus pañuelos, asintiendo con expresión de entusiasmo.

Cuando la habitación quedó vacía, el lama me indicó con la mano que me adelantara y me sentara en una pequeña silla de respaldo recto situada a su derecha. Al acercarme hice una leve reverencia y me senté.

—Gracias por recibirme —dije.

Asintió y sonrió; me miró un largo momento.

—¿Podría preguntarle por mi amigo Wilson James? —dije al fin—. ¿Usted sabe dónde está?

—¿Qué es lo que sabes tú de Shambhala? —me preguntó el lama a su vez.

—Supongo que siempre he pensado que es un lugar imaginario, una fantasía, como Shangri-La.

Ladeó la cabeza y respondió con tono práctico:

—Es un lugar real de la Tierra, que existe como parte de la comunidad humana.

—¿Por qué nadie ha descubierto nunca dónde está? ¿Y por qué tantos budistas prominentes hablan de Shambhala como una forma de vida, una mentalidad?

—Porque Shambhala en verdad representa una forma de ser y de vivir. Es una manera precisa de referirse a Shambhala. Pero además es un sitio verdadero donde gente verdadera ha logrado esta forma de ser en comunidad unos con otros.

—¿Usted ha estado allí?

—No, no. Todavía no he sido llamado.

—¿Entonces cómo puede estar tan seguro?

—Porque he soñado muchas veces con Shambhala, como muchos otros adeptos de la Tierra. Comparamos nuestros sueños, y son tan similares que sabemos que tiene que ser un lugar real. Y mantenemos el conocimiento sagrado, las leyendas, que explican nuestra relación con esta comunidad sagrada.

—¿Cuál es esa relación?

—Debemos preservar el conocimiento mientras esperamos el momento en que Shambhala se torne conocida a todos los pueblos.

—Yin me dijo que algunos creen que en algún momento los guerreros de Shambhala vendrán al fin a derrotar a los chinos.

—La ira de Yin es muy peligrosa para él.

—¿Está equivocado, entonces?

—Él habla desde el punto de vista humano, que ve la derrota en términos de guerra y lucha física. Todavía no se conoce la manera exacta en que se cumplirá esta profecía. Primero deberemos comprender Shambhala. Pero sabemos que ésta será una clase diferente de batalla.

Esta última declaración me resultó críptica, pero el lama hablaba de manera tan compasiva que sentí más reverencia que confusión.

—Nosotros creemos —continuó el lama Rigden— que está muy cerca el tiempo en que se conocerán en el mundo las costumbres de Shambhala.

—Lama, ¿cómo lo sabe?

—Una vez más, por nuestros sueños. Tu amigo Wil ha estado aquí, como sin duda ya sabrás. Lo hemos tomado como una gran señal, porque antes habíamos soñado con él. Él ha olido la fragancia y oído la emisión.

Me tomó por sorpresa.

—¿Qué clase de fragancia? Sonrió.

—La que tú mismo oliste hoy, hace un rato. Ahora todo cobraba sentido. La manera como habían reaccionado los monjes y la inmediata decisión del lama de recibirme.

—También a ti están llamándote —agregó—. El envío de la fragancia es algo muy raro. Yo lo he visto ocurrir una vez, cuando me hallaba con mi maestro, y de nuevo cuando estuvo aquí tu amigo Wil. Ahora ha ocurrido de nuevo contigo. Yo no sabía si recibirte o no. Es muy peligroso hablar de estas cosas de modo trivial. ¿Ya has oído el grito?

—No —respondí—. No comprendo qué es.

—Es también un llamado de Shambhala. Sigue prestando atención, a ver si percibes un sonido especial. Cuando lo oigas sabrás lo que es.

—Lama, no estoy seguro de querer ir a ningún lado. Este lugar parece muy peligroso para mí. En apariencia, los chinos saben quién soy. Creo que quiero volver a los Estados Unidos lo antes posible. ¿Puede decirme dónde encontrar a Wil? ¿Está en algún lugar cercano?

El lama meneó la cabeza, con expresión muy triste.

—No. Lo lamento, pero él se ha comprometido a continuar.

Guardé silencio un largo momento; el lama se limitaba a mirarme.

—Hay algo más que debes saber —añadió—. Según los sueños, está muy claro que, sin ti, Wil no podría sobrevivir a este intento. Para que él tenga éxito también tú deberás estar allí.

Me recorrió una oleada de miedo; desvié la mirada. Aquello no era lo que yo quería oír.

—Las leyendas dicen —prosiguió el lama— que en Shambhala cada generación tiene un cierto destino que se conoce y se habla públicamente. Lo mismo se aplica a las culturas humanas exteriores a Shambhala. A veces puede ganarse gran fuerza y claridad observando el coraje y la intención de la generación que nos precedió.

Me pregunté adónde quería llegar con aquello.

—¿Tu padre vive? —me preguntó. Negué con un movimiento de la cabeza.

—Murió hace un par de años.

—¿Sirvió en la gran guerra de la década de 1940? —preguntó.

—Sí —respondí—. Así es.

—¿Participó en la lucha?

—Sí, durante casi toda la guerra.

—¿Te contó de la situación de mayor miedo que vivió? Su pregunta me hizo retroceder mucho en el tiempo, llevándome a conversaciones sostenidas con mi padre durante mi juventud. Pensé un momento.

—Probablemente el desembarco en Normandía de 1944 en la playa Omaha.

—Ah, sí —repuso el lama—. He visto las películas estadounidenses sobre ese desembarco. ¿Tú las has visto?

—Sí —contesté—. Me conmovieron mucho.

—Hablaban del miedo y el coraje de los soldados —continuó.

—Sí.

—¿Tú crees que podrías haber hecho esas cosas?

—No sé. No entiendo cómo las hicieron ellos.

—Tal vez para ellos fue más fácil, porque era el llamado de toda una generación. En algún nivel lo percibían todos: los que luchaban, los que fabricaban las armas, los que cultivaban los alimentos. Salvaron el mundo en su momento de mayor peligro.

Calló un momento, como esperando que yo le formulara alguna pregunta, pero no hice más que mirarlo.

—**El llamado de tu generación es diferente** —me dijo—. **También ustedes deben salvar el mundo. Pero deben hacerlo de otra manera. Deben comprender que dentro de ustedes hay un gran poder que puede cultivarse y ampliarse, una energía mental que siempre se ha denominado "oración".**

—Así me han dicho —repuse—. Pero supongo que todavía no sé cómo usarlo.

Ante esto, sonrió y comenzó a ponerse de pie, mirándome con un brillo en los ojos.

—Sí —dijo—. Lo sé. Pero lo sabrás. Ya lo sabrás.

Me recosté en el catre de mi cuarto y pensé en todo lo que el lama me había dicho. Se había puesto de pie y concluido la conversación de manera abrupta, desechando con un ademán el resto de mis preguntas sin formular.

—Ahora ve a descansar —me dijo, tras lo cual hizo sonar una campanilla para llamar a varios monjes—. Mañana hablaremos de nuevo.

Más tarde, tanto Jampa como Yin me hicieron contarles en gran detalle todo lo dicho por el lama. Pero lo cierto era que Rigden me había dejado con más preguntas que respuestas. Todavía no sabía adónde había ido Wil o qué significaba en realidad el llamado de Shambhala. Todo sonaba fantasioso y peligroso.

Yin y Jampa se negaron a discutir cualquiera *de* estas cuestiones. Pasamos el resto de la tarde comiendo y contemplando el paisaje, y luego nos retiramos a dormir temprano. Ahora yo me encontraba mirando fijo el cielo raso, incapaz de dormir, la cabeza llena de pensamientos remolineantes.

Repasé mentalmente, varias veces, toda mi experiencia en el Tíbet, y al fin caí en un sueño intranquilo. Soñé que corría entre las multitudes de Lhasa, buscando refugio en uno de los monasterios. Los monjes que había en la entrada me miraban y se apresuraban a cerrar la puerta. Me perseguían soldados. Yo corría sin esperanza por callejones oscuros, hasta que, al final de una calle, distinguía a mi derecha una zona iluminada, similar a la que había visto despierto. Al acercarme, la luz desaparecía en forma gradual, pero delante de mí había un portón. Los soldados daban vuelta a la esquina, a mis espaldas. Yo atravesaba corriendo la puerta y me encontraba en medio de un paisaje helado...

Me desperté sobresaltado. ¿Dónde estaba? Poco a poco reconocí la habitación; me levanté y fui hasta la ventana. Hacia el este comenzaba a amanecer, de modo que traté de olvidar el sueño y volver a la cama, una idea que resultó por entero infructuosa. Estaba totalmente despierto.

Me puse unos pantalones y una chaqueta, bajé las escaleras y salí al patio situado junto a la huerta, donde me senté en un banco de metal ornado. Mientras contemplaba la salida del Sol, oí algo a mi espalda. Era la figura de un hombre que venía del monasterio hacia mí. El lama Rigden. Me puse de pie y él me hizo una profunda reverencia.

—Te has levantado temprano —me dijo—. Espero que hayas dormido bien.

—Sí —respondí, mirándolo mientras avanzaba y derramaba un puñado de granos en el estanque, para los peces. El agua remolineaba mientras los animales consumían la comida.

—¿Qué has soñado? —me preguntó sin mirarme. Le conté de la persecución y la zona iluminada. Me miró asombrado.

—¿También has tenido esa experiencia en la vigilia? —me preguntó.

—Varias veces en este viaje —contesté—. Lama, ¿qué está sucediendo?

Sonrió y se sentó en otro banco, frente a mí.

—Están ayudándote los dakini.

—No comprendo. ¿Qué son los dakini? Wil dejó una nota en la que se refería a ellos, pero antes de eso yo nunca los había oído mencionar.

—Son del mundo espiritual. En general aparecen como del sexo femenino, pero pueden adoptar cualquier forma que deseen. En Occidente se los conoce con el nombre de "ángeles", pero son mucho más misteriosos que lo que cree la mayoría. Temo que sólo los conozca en verdad la gente de Shambhala. Las leyendas afirman que se mueven con la luz de Shambhala.

Hizo una pausa y me dirigió una mirada intensa.

—¿Has decidido si vas a responder a este llamado?

—No sabría cómo proceder —repuse.

—Las leyendas te guiarán. Dicen que, cuando llegue el momento de que se conozca Shambhala, mucha gente comenzará a comprender cómo viven allí y la verdad que encierra la energía de la oración. La oración no es un poder que se manifiesta sólo cuando nos sentamos decididos rezar en una situación particular. La oración funciona en esos momentos, por supuesto, pero también funciona en otros.

—¿Se refiere a un Campo de Oración constante?

—TODO LO QUE ESPERAMOS, BUENO O MALO, CONSCIENTE O INCONSCIENTE, AYUDAMOS A TRAERLO A LA EXISTENCIA. Nuestra oración

es una energía o poder que emana de nosotros en todas direcciones. En la mayoría de la gente, que piensa de maneras comunes, este poder es muy débil y contradictorio. Pero en otros, que parecen lograr mucho en la vida y que son muy creativos y exitosos, este campo de energía es fuerte, aunque en general todavía es inconsciente. Los individuos de este grupo poseen un campo fuerte porque habitualmente han crecido en un ambiente donde aprendieron a esperar el éxito y más o menos darlo por sentado, porque tuvieron modelos fuertes a este respecto y los han emulado. Sin embargo, las leyendas dicen que pronto toda la gente se enterará de este poder y comprenderá que nuestra capacidad para usar esta energía puede fortalecerse y ampliarse.

"Te he dicho todo esto para explicarte cómo responder al llamado de Shambhala. Para encontrar ese lugar sagrado, debes ampliar sistemáticamente tu energía hasta que emanes suficiente fuerza creativa para ir allá. El procedimiento para lograrlo se explica en las leyendas y abarca tres pasos importantes. También existe un cuarto paso, pero sólo lo conoce en su totalidad la gente de Shambhala. Es por eso que encontrar Shambhala resulta tan difícil. Aunque uno logre ampliar su energía mediante los tres primeros pasos, debe contar con ayuda para realmente encontrar el camino a Shambhala. Los dakini deben abrir las puertas.

—Usted dijo que los dakini son seres espirituales. ¿Quiere decir almas que están en la Otra Vida y que actúan como guías con nosotros?

—No. Los dakini son seres diferentes, que actúan para despertar a los humanos y velar por ellos. No son humanos, y nunca lo fueron.

—¿Y son lo mismo que los ángeles? El lama sonrió.

—Son lo que son. Una realidad. Cada religión les da un nombre diferente, así como cada religión tiene una manera diferente de describir a Dios y la manera en que deben vivir los humanos. Pero en cada religión la experiencia de Dios, la energía del amor, es exactamente la misma. Cada religión tiene su propia historia de esta relación y su propia manera de hablar acerca de ella, pero existe una sola fuente divina. Lo mismo ocurre con los ángeles.

—¿De modo que ustedes no son estrictamente budistas?

—Nuestra secta y las leyendas que sostenemos tienen sus raíces en el budismo, pero abogamos por la síntesis de todas las religiones. Creemos que cada una tiene su verdad que debe ser incorporada con todas las otras. Es posible hacerlo sin perder la soberanía o verdad básica de la manera tradicional de cada una. En su esencia, yo también me denominaría cristiano, por ejemplo, y judío o musulmán. Creemos que los que están en Shambhala también trabajan en pos de una integración de toda verdad religiosa. Trabajan para esto en el mismo espíritu que el Dalai Lama hace conocidas las iniciaciones Kalachakra a cualquiera que posea un corazón sincero.

Me limité a mirarlo, tratando de absorberlo todo.

—No trates de comprenderlo todo ahora —me aconsejó el lama—. Sólo debes tener en cuenta que, **para que la fuerza de la energía de la oración crezca lo bastante como para resolver los peligros que plantean los que temen, es importante la INTEGRACIÓN DE TODAS LAS VERDADES RELIGIOSAS**.

Recuerda también que los dakini son reales.

—¿Por qué desean ayudarnos? —pregunté.

El lama respiró hondo, sumido en sus pensamientos. Al parecer, la pregunta constituía un punto de frustración para él.

—He trabajado toda mi vida para entender esta cuestión —respondió al fin—, pero debo admitir que no lo sé. Creo que ése es el gran secreto de Shambhala y no

será comprendido hasta que se comprenda Shambhala.

—¿Pero usted piensa —lo interrumpí— que los dakini están ayudándome?

—Sí —respondió con firmeza—. A ti y a tu amigo Wil.

—¿Y Yin? ¿Qué papel desempeña él en todo esto? —Yin conoció a tu amigo Wil en el monasterio. También Yin ha soñado contigo, pero en un contexto diferente del mío o del de los otros lamas. Yin estudió en Inglaterra y está muy familiarizado con las costumbres occidentales. Él será tu guía, aunque es muy reacio, como sin duda ya habrás observado. Esto sólo se debe a que no quiere decepcionar a nadie. Será tu guía y te llevará lo más lejos que pueda.

Hizo una nueva pausa y me miró expectante. —¿Y el gobierno chino? —pregunté— . ¿Qué están haciendo? ¿Por qué tienen tanto interés en lo que sucede? El lama bajó los ojos.

—No sé. Parece que intuyen que está pasando algo con Shambhala. Siempre han tratado de reprimir la espiritualidad tibetana, pero ahora parecen haber descubierto nuestra secta. Debes tener mucho cuidado. Nos temen mucho.

Desvié la mirada un momento, pensando todavía en los chinos.

—¿Te has decidido? —preguntó.

—¿Se refiere a si ir o no? Esbozó una sonrisa compasiva.

—Sí.

—No lo sé. No estoy seguro de tener el coraje de arriesgarme a perderlo todo.

El lama siguió mirándome, mientras movía con suavidad la cabeza.

—Usted habló del desafío de mi generación —le dije—. Todavía no lo entiendo.

—La Segunda Guerra Mundial, lo mismo que la Guerra Fría —comenzó el lama—, fue el desafío que debió enfrentar la generación anterior. Los grandes progresos en cuanto a tecnología habían puesto cantidades masivas de armas en manos de las naciones. En su fervor nacionalista, las fuerzas del totalitarismo intentaban conquistar a los países democráticos. Esta amenaza habría prevalecido si los ciudadanos comunes no hubieran luchado y muerto en defensa de la libertad, asegurando así el éxito de la democracia en el mundo.

"Pero la tarea de ustedes es diferente de la de nuestros padres. La misión de toda tu generación es diferente en su naturaleza misma de la tarea que debió cumplir la generación de la Segunda Guerra Mundial. Ellos tuvieron que combatir una tiranía particular con violencia y armas.

Ustedes deben pelear contra los CONCEPTOS de guerra y enemigos. Pero exige el mismo heroísmo. ¿Entiendes? De ningún modo los padres de ustedes podrían haber hecho lo que hicieron, pero perseveraron. Lo mismo deben hacer ustedes. **Las fuerzas del totalitarismo no han desaparecido; simplemente ya no se expresan a través de naciones que procuran imperios. Ahora las fuerzas de la tiranía son internacionales y mucho mas sutiles, y se aprovechan de nuestra dependencia de la tecnología y el crédito y el deseo de conveniencia. Por temor, buscan centralizar todo crecimiento tecnológico en manos de unos pocos, de modo de poder salvaguardar su posición económica y controlar la futura evolución del mundo.**

"Oponérseles con la fuerza es imposible. Ahora la democracia debe custodiarse con el paso siguiente en la evolución de la libertad. **DEBEMOS USAR EL PODER DE NUESTRA VISIÓN, Y LAS EXPECTATIVAS QUE FLUYEN DE NOSOTROS, COMO UNA ORACIÓN CONSTANTE. ESTE PODER ES MÁS FUERTE QUE LO QUE PUEDA LLEGAR A SABERSE HOY, Y DEBEMOS DOMINARLO Y COMENZAR A USARLO ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE**. Hay signos de que algo está cambiando en Shambhala. Está abriéndose, cambiando. El lama me miraba con determinación de acero.

—Debes responder el llamado de Shambhala —continuó—. Es la única manera de honrar lo que tus antepasados hicieron antes de ti.

Su comentario me llenó de ansiedad.

—¿Qué hago primero? —pregunté.

—Completa las extensiones de tu energía —respondió el lama—. No te resultará fácil, a causa de tu miedo e ira. Pero si persistes, el acceso se presentará ante ti.

—¿El acceso?

—Sí. Nuestras leyendas dicen que hay varios puntos de acceso a Shambhala: uno en los Himalayas orientales, en la India; otro en el noroeste, en la frontera con China; y un tercero en el extremo norte de Rusia. Las señales te guiarán hasta el más adecuado. Cuando todo parezca perdido, busca a los dakini.

Mientras el lama hablaba, salió Yin con nuestras mochilas.

—Muy bien —repuse, cada vez más aterrado—. Lo intentaré. —Mientras hablaba no podría creer en las palabras que me salían de la boca.

—No te preocupes —dijo el lama Rigden—. Yin te ayudará. Sólo recuerda que, antes de poder encontrar Shambhala, **DEBES AMPLIAR EL NIVEL DE ENERGÍA QUE EMANA DE TI HACIA EL MUNDO**. Si no logras eso, no podrás tener éxito. Debes dominar la fuerza de tus expectativas.

Miré a Yin, que esbozó una semisonrisa.

—Es hora —dijo.

CAPÍTULO 3
CULTIVAR LA ENERGÍA

Cuando salimos adveró un jeep marrón, de capota dura, de tal vez diez años de antigüedad, estacionado junto al camino. Mientras nos acercábamos vi que estaba lleno de recipientes de hielo, cajas de alimentos secos, bolsas de dormir y chaquetas gruesas. Había varios tanques de combustible externos sujetos con correas a la parte posterior.

—¿De dónde salió todo esto? —pregunté. Yin me guiñó un ojo.

—Hace un largo tiempo que venimos preparándonos para este viaje.

Desde el monasterio del lama Rigden, Yin se dirigió al norte unos cuantos kilómetros y luego salió del ancho camino de grava hacia una senda muy estrecha. Continuamos avanzando durante varios kilómetros sin decir nada.

La verdad era que yo no sabía qué decir. Había accedido a participar en ese viaje puramente a causa de las palabras del lama y por lo que Wil había hecho por mí en el pasado, pero ahora comenzaba a sentir desasosiego por la decisión. Traté de disipar el miedo y repasar en mi mente todo lo que me había dicho el lama Rigden. ¿Qué había querido decir con "dominar la fuerza de mis expectativas"?

Miré a Yin, que iba con la vista fija en el camino.

—¿Adónde nos encaminamos? —pregunté. Sin mirarme, respondió:

—Esto es un atajo a la Carretera de la Amistad. Debemos ir hacia el sudoeste, rumbo a Tingri, cerca del monte Everest. El trayecto nos llevará casi todo el día. También iremos subiendo en altitud.

—¿Es segura esa zona? Yin me miró de reojo.

—Tendremos mucho cuidado. Vamos a encontramos con el señor Hanh.

—¿Quién es?

—Es el que más sabe sobre la primera **extensión de la energía de oración** que debes aprender. Es de Tailandia, y muy culto.

Meneé la cabeza y desvié la mirada.

—No estoy seguro de comprender estas extensiones.
¿Qué son?

—**Sabes que tienes un campo de energía**, ¿correcto? Un Campo de Oración que fluye de ti todo el tiempo.

—Sí.

—Y sabes que **este campo surte un efecto en el mundo, en lo que sucede. Y sabes que puede ser pequeño y débil o extenso y fuerte**.

—Sí, supongo.

—Bueno, **hay maneras precisas de ampliar y expandir tu campo, de modo que puedas volverte más creativo y poderoso**. Las leyendas dicen que al final todos los humanos sabrán hacerlo. Pero tú debes hacerlo ahora, si quieres llegar a Shambhala y encontrar a Wil.

—¿Tú ya puedes realizar estas extensiones? —quise saber.

Yin me miró y arrugó la frente. —No dije eso.

Me limité a mirarlo. ¿Cómo se suponía que yo aprendiera a hacerlo, si hasta a Yin le costaba?

Durante horas anduvimos sin hablar. Nos detuvimos una sola vez para cargar combustible en una parada para camiones; comimos nueces y verduras mientras avanzábamos. Bastante después del anochecer atravesamos Tingri.

—Aquí debemos tener mucho cuidado —me advirtió Yin—. Estamos cerca del monasterio de Rongphu y el campamento del Everest, así que habrá soldados chinos observando a los turistas y montañistas. Pero también podremos ver los paisajes increíbles de la cara norte del Everest. Yin hizo varios giros hasta llegar a una zona de viejos edificios de madera. Del otro lado había una simple casa de ladrillos de barro.

El terreno que rodeaba la vivienda de Hanh lucía inmaculado, con canteros de flores plantadas con esmero y jardines de piedras. Mientras ascendíamos con el auto por el sendero, salió un hombre ataviado con una túnica colorida, bordada a mano. Parecía tener unos sesenta y tantos años, pero se movía como una persona mucho más joven. Tenía la cabeza completamente rapada.

Yin lo saludó con la mano mientras el hombre se esforzaba por ver quién era. Al reconocer a Yin esbozó una radiante sonrisa y avanzó hacia nosotros, que bajamos del jeep.

Los dos hombres hablaron un momento en tibetano; luego Yin me señaló y dijo:

—Éste es mi amigo estadounidense.

Le dije mi nombre a Hanh, que hizo una ligera reverencia y me estrechó la mano.

—Bienvenido —me dijo—. Por favor, pasen. Mientras Hanh entraba de nuevo en la casa. Yin se detuvo de pronto y sacó su mochila del jeep.

—Trae tu bolso —me indicó.

Dentro de la casa, la decoración era modesta pero llena de coloridos tapices y pinturas tibetanos. Entramos en una sala, desde la cual alcanzaba a ver casi todos los otros cuartos. A la izquierda había una pequeña cocina y un dormitorio, y a la derecha otra habitación, semejante a una especie de consultorio médico. En el centro se veía una camilla para masajes, y contra una pared había armarios y un pequeño lavabo.

Yin le dijo algo más a Hanh en tibetano, y lo oí repetir mi nombre. Hanh se inclinó hacia adelante, con una nueva expresión de alerta. Me miró de soslayo y respiró hondo.

—Eres muy miedoso —me dijo, mirándome con atención.

—¿En serio? —contesté.

Hanh rió entre dientes por mi sarcasmo.

—Debemos hacer algo para solucionarlo, si es que quieres completar tu viaje.

Caminó alrededor de mí, escrutándome el cuerpo.

—Los de Shambhala —comenzó a explicarme— viven en forma diferente de la mayoría de los demás humanos. Siempre lo han hecho. En realidad, a lo largo de los milenios ha existido un gran abismo entre los niveles de energía de la mayoría de la gente y los habitantes de Shambhala. Sin embargo, en tiempos recientes, como todos los humanos han evolucionado y aumentado su conciencia, esa distancia se ha reducido, aunque todavía es muy grande.

Mientras Hanh hablaba, yo miraba de reojo a Yin, que parecía tan nervioso como yo.

Hanh también lo captó.

—Yin tiene tanto miedo como tú —me dijo—. Pero él sabe que ese miedo puede manejarse. No creo que tú te des cuenta todavía. Debes comenzar a actuar y pensar como los habitantes de Shambhala. **Debes primero cultivar y luego estabilizar tu energía.**

Hanh calló y se concentró otra vez en mirar mi cuerpo; luego sonrió.

—Has vivido muchas experiencias —continuó—. Deberías ser más fuerte.

—Quizá no comprendo del todo bien la energía —observé.

—Oh, no. Sí que la comprendes. —Hanh esbozó una amplia sonrisa. — **SIMPLEMENTE NO QUIERES CAMBIAR LA FORMA EN QUE VIVES. QUIERES ENTUSIASMARTE CON LAS IDEAS Y LUEGO VIVIR DE MANERA INCONSCIENTE, MÁS O MENOS COMO HAS HECHO SIEMPRE.**

La conversación no se encaminaba por donde yo quería, así que mi miedo se transformó en una leve irritación.

Mientras yo continuaba de pie, Hanh caminó a mi alrededor varias veces más, siempre observándome con intensidad el cuerpo de arriba abajo.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—Cuando evalúo el nivel de energía de alguien, le miro primero la postura — respondió Hanh con tono práctico—. La tuya no está mal en este momento, pero tuviste que trabajar en ella, ¿no?

Su pregunta era muy perceptiva. De joven, hubo un año en que crecí con demasiada rapidez, y como resultado me encorvé terriblemente. Tenía la espalda siempre cansada y dolorida, y sólo mejoró cuando comencé a practicar unas posiciones básicas de yoga todas las mañanas.

—La energía todavía no fluye muy bien en la parte superior de tu cuerpo — agregó Hanh.

—¿Puedes darte cuenta con sólo mirarme? —contesté.

—Y sintiéndote. **LA CANTIDAD Y LA FUERZA DE LA ENERGÍA SE SIENTEN COMO EL GRADO DE PRESENCIA QUE TIENES EN LA HABITACIÓN. SIN DUDA DEBES DE HABER EXPERIMENTADO LA PRESENCIA DE ALGUIEN QUE AL ENTRAR EN UNA HABITACIÓN HACÍA SENTIR SU PRESENCIA O CARISMA.**

—Claro, por supuesto. —Pensé de nuevo en el hombre de la piscina del hotel, en Katmandú.

—CUANTA MÁS ENERGÍA TENEMOS, MÁS SIENTEN LOS DEMÁS NUESTRA PRESENCIA. A MENUDO SE TRATA DE ENERGÍA QUE SE DESPLIEGA A TRAVÉS DEL EGO, POR LO CUAL SE LA SIENTE FUERTE AL PRINCIPIO PERO LUEGO SE DISIPA CON GRAN RAPIDEZ. PERO EN OTROS INDIVIDUOS ES UNA ENERGÍA GERMINA Y CONSTANTE QUE PERMANECE ESTABLE.

Asentí.

—Una cosa a tu favor es que eres una persona abierta —continuó Hanh—. En algún momento del pasado has experimentado una apertura mística, una súbita

afluencia de energía divina, ¿verdad?

—Sí —respondí, evocando mi experiencia en las montañas de Perú, que hasta aquel momento aún permanecía vívida en mi memoria. En aquella oportunidad, me hallaba al límite de mis fuerzas, seguro de que estaba a punto de ser asesinado por soldados peruanos, cuando de pronto me inundaron una calma, una euforia y una levedad insólitas. Era la primera vez que experimentaba lo que los místicos de diversas religiones han denominado un estado transformador.

—¿Cómo te llenó la energía? —preguntó Hanh—. ¿Cómo ocurrió, exactamente?

—Fue una oleada de serenidad, y todo mi miedo se disipó.

—¿Cómo se movía?

Era una pregunta en la que yo nunca había pensado, pero con rapidez empecé a recordar.

—Parecía subirme por la columna vertebral y salir por lo alto de mi cabeza, levantando mi cuerpo. Sentí como si flotara. Como si hubiera una cuerda que me tiraba hacia arriba, desde la coronilla.

Hanh asintió con expresión aprobadora y me miró a los ojos.

—¿Cuánto duró?

—No mucho —respondí—. Pero HE APRENDIDO A ABSORBER LA BELLEZA QUE ME RODEA, CON EL OBJETO DE VOLVER A ENCENDER ESA SENSACIÓN.

—LO QUE TE FALTA PRACTICAR —afirmó Hanh— ES ABSORBER LA ENERGÍA Y LUEGO MANTENERLA CONSCIENTEMENTE EN UN NIVEL MÁS ALTO. ÉSTA ES LA **PRIMERA EXTENSIÓN** QUE DEBES REALIZAR. DEBES MANTENER TU ENERGÍA FLUYENDO HACIA ADENTRO EN FORMA MÁS PLENA. ESTO DEBES HACERLO DE UNA MANERA PRECISA, CUIDANDO DE QUE TUS OTRAS ACCIONES NO EROSIONEN TU CAMPO DE ENERGÍA UNA VEZ QUE LO HAS DESARROLLADO. Hizo una pausa.

—¿Comprendes? EL RESTO DE TU VIDA DEBE MANTENER TU ENERGÍA MÁS ELEVADA. DEBES SER CONGRUENTE. —Me echó una mirada traviesa. —DEBES VIVIR CON SABIDURÍA. Ahora, comamos.

Desapareció en la cocina y regresó con una bandeja de verduras acompañadas con salsa. Nos llamó a Yin y a mí a la mesa y sirvió las verduras en tres pequeños recipientes. Pronto se tornó evidente que también la comida formaba parte de la información que Hanh impartía.

Mientras comíamos, continuó:

—**MANTENER LA ENERGÍA MÁS ELEVADA DENTRO DE UNO MISMO RESULTA IMPOSIBLE SI UNO SE ALIMENTA DE MATERIAS MUERTAS.**

Desvié la mirada y dejé de prestar atención. Si aquello iba a ser un sermón sobre la alimentación, mejor que lo pasara por alto.

Al parecer, mi actitud enojó a Hanh.

—¿Estás loco? —casi me gritó—. Tu mismísima supervivencia depende de esta información, y no quieres poner un poco de tu parte para aprender. **¿QUÉ PIENSAS? ¿QUE PUEDES VIVIR DE CUALQUIER FORMA QUE QUIERAS Y AUN ASÍ HACER COSAS IMPORTANTES?**

Guardó silencio y me miró de soslayo. Me di cuenta de que, aunque el enojo era genuino, también formaba parte de su actuación. Tuve la impresión de que me pasaba información en más de un nivel. Cuando le devolví la mirada, no pude sino sonreír. Hanh era un hombre muy simpático. Me palmeó el hombro y me sonrió.

—La mayoría de las personas —continuó— están llenas de energía y entusiasmo en su juventud, pero después, durante la madurez, se sumen en una lenta caída cuesta abajo que fingen no notar. Al fin y al cabo, sus amigos se vuelven más lentos y sus hijos son activos, de modo que comienzan a pasar cada vez más tiempo senta-

dos y comiendo todo lo que tenga buen sabor.

"Antes de que pase mucho tiempo comienzan a quejarse y a padecer problemas crónicos, como dificultades digestivas o irritaciones de la piel, a los que restan importancia por considerarlos simple cuestiones de la edad, hasta que un día contraen una enfermedad seria que no se va. En general van a un médico que no hace hincapié en la prevención, y empiezan a tomar drogas, y a veces el problema mejora y a veces no. Y luego, a medida que pasan los años, sufren alguna enfermedad que en forma progresiva va empeorando, y se dan cuenta de que están muriendo. Su único solaz radica en pensar que les ocurre a todos, que es algo inevitable.

"Lo terrible es que este colapso de energía ocurre en cierto grado aun a las personas que en todo lo demás se proponen ser espirituales. —Se inclinó hacia mí y simuló mirar de un lado a otro, para ver si alguien lo escuchaba.

—Esto incluye a algunos de nuestros lamas más respetados.

Tuve ganas reír pero no me atreví.

—SI PROCURAMOS UNA ENERGÍA MÁS ELEVADA Y AL MISMO TIEMPO PRETENDEMOS CONSUMIR ALIMENTOS QUE NOS ROBAN ESA ENERGÍA —continuó Hanh—, NO LLEGAMOS A NINGUNA PARTE. SI QUEREMOS QUE NUESTRO CAMPO DE ENERGÍA PERMANEZCA FUERTE, DEBEMOS EVALUAR TODAS LAS ENERGÍAS QUE EN FORMA RUTINARIA PERMITIMOS QUE ENTREN EN NUESTRO CAMPO, EN ESPECIAL LOS ALIMENTOS, Y EVITAR TODOS SALVO LOS MEJORES. Volvió a inclinarse hacia mí.

—Esto es muy difícil para la mayoría de las personas, porque todos somos adictos a los alimentos que comemos, la mayoría de los cuales son horriblemente venenosos. Miré para otro lado.

—Sé que existe mucha información contradictoria sobre la alimentación —prosiguió—. Pero también hay informaciones veraces. CADA UNO DEBE HACER SU INVESTIGACIÓN Y OBLIGARSE A VER EL CUADRO GENERAL. SOMOS SERES ESPIRITUALES QUE VENIMOS A ESTE MUNDO PARA ELEVAR NUESTRA ENERGÍA. SIN EMBARGO, MUCHO DE LO QUE ENCONTRAMOS AQUÍ ESTÁ DESTINADO PURAMENTE AL PLACER SENSUAL Y LA DISTRACCIÓN, Y GRAN PARTE DE ELLO REDUCE NUESTRA ENERGÍA Y NOS TIRONEA HACIA LA DESINTEGRACIÓN FÍSICA. SI EN REALIDAD CREEMOS QUE SOMOS SERES ENERGÉTICOS, DEBEMOS SEGUIR UN SENDERO ESTRECHO POR ENTRE ESTAS TENTACIONES.

"SI CONTEMPLAMOS TODO EL CAMINO DE LA EVOLUCIÓN HASTA SUS ORÍGENES, VEMOS QUE DESDE EL PRINCIPIO TUVIMOS QUE EXPERIMENTAR CON LOS ALIMENTOS PURAMENTE MEDIANTE EL MÉTODO DE LA PRUEBA Y EL ERROR, CON EL FIN DE AVERIGUAR CUÁLES NOS HACÍAN BIEN Y CUÁLES PODÍAN MATARNOS. SI COMES ESTA PLANTA, SOBREVIVES; SI COMES AQUELLA DE ALLÁ, MUERES. EN ESTE PUNTO DE LA HISTORIA YA HEMOS AVERIGUADO QUÉ NOS MATA, PERO SÓLO AHORA COMENZAMOS A DARNOS CUENTA DE QUÉ ALIMENTOS BENEFICIAN NUESTRA LONGEVIDAD Y MANTIENEN ELEVADA NUESTRA ENERGÍA, Y CUÁLES TERMINAN POR DESGASTARNOS.

Calló un momento, como para determinar si yo lo comprendía.

—En Shambhala ven este cuadro general —continuó—. Saben quiénes somos como seres humanos. Damos la impresión de ser materia concreta, carne y hueso, ¡pero SOMOS ÁTOMOS! ¡PURA ENERGÍA! ESTE DATO LO HA CONSTATADO LA CIENCIA. CUANDO MIRAMOS MÁS HONDO EN LOS ÁTOMOS, VEMOS PRIMERO PARTÍCULAS Y LUEGO, EN NIVELES MÁS PROFUNDOS, LAS PARTÍCULAS

MISMAS DESAPARECEN EN ESQUEMAS DE PURA ENERGÍA, VIBRANDO EN UN CIERTO NIVEL. Y si contemplamos desde esta perspectiva la manera en que comemos, vemos que lo que ingresamos en nuestro cuerpo como alimento afecta nuestro estado vibratorio. Ciertos alimentos aumentan nuestra energía y nuestra vibración, y otros las disminuyen. La verdad es así de simple.

"**TODA ENFERMEDAD ES RESULTADO DE UNA REDUCCIÓN DE LA ENERGÍA VIBRATORIA, Y CUANDO NUESTRA ENERGÍA SE REDUCE A UN CIERTO PUNTO, EN EL MUNDO HAY FUERZAS NATURALES QUE ESTÁN DESTINADAS A DESINCORPORAR NUESTRO CUERPO.**

Me miró como si hubiera dicho algo muy profundo.

—Quieres decir desincorporar físicamente —planteé.

—Sí. Vuelve a observar el cuadro general. Cuando alguien muere... un perro atropellado por un auto, o una persona al cabo de una larga enfermedad... las células del cuerpo pierden de inmediato su vibración y se vuelven muy acidas en su composición química. Para los microbios del mundo, los virus, las bacterias y los hongos, el estado ácido es la señal de que es tiempo de descomponer ese tejido muerto. Ése es su trabajo en el universo físico: devolver un cuerpo a la tierra.

"Hace un rato te dije —continuó— que cuando nuestro cuerpo experimenta una reducción de energía a causa de la clase de alimentos que ingerimos, somos susceptibles a la enfermedad. Funciona de la siguiente manera: CUANDO INGERIMOS ALIMENTOS, ÉSTOS SON METABOLIZADOS Y DEJAN UN RESIDUO O CENIZA EN NUESTRO CUERPO. ESTA CENIZA ES, EN SU NATURALEZA, ACIDA O ALCALINA, SEGÚN EL ALIMENTO. SI ES ALCALINA, PUEDE EXTRAÉRSELA RÁPIDAMENTE DEL CUERPO CON POCA ENERGÍA. SIN EMBARGO, SI LOS RESIDUOS SON ÁCIDOS, PARA LA SANGRE Y EL SISTEMA LINFÁTICO RESULTA MUY DIFÍCIL ELIMINARLOS, POR LO CUAL SE LOS ALMACENA EN NUESTROS ÓRGANOS Y TEJIDOS COMO SÓLIDOS: FORMAS CRISTALINAS DE BAJA VIBRACIÓN QUE PRODUCEN BLOQUES O PERTURBACIONES EN LOS NIVELES VIBRATORIOS DE NUESTRAS CÉLULAS. CUANTOS MÁS DE ESOS SUBPRODUCTOS ÁCIDOS SE ALMACENEN, MÁS ÁCIDOS SE TORNAN ESTOS TEJIDOS, ¿y adivina qué?

Volvió a echarme una mirada dramática.

—Aparece un microbio de uno o otro tipo, que percibe todo este ácido y dice: "Ah, este cuerpo está listo para la descomposición".

"¿Entiendes? CUANDO UN ORGANISMO MUERE, SU CUERPO CAMBIA RÁPIDAMENTE A UN MEDIO ALTAMENTE ÁCIDO Y ES CONSUMIDO POR MICROBIOS A GRAN VELOCIDAD. SI COMENZAMOS A ASEMEJARNOS A ESTE MISMO ÁCIDO, ENTONCES COMENZAMOS A SUFRIR EL ATAQUE DE LOS MICROBIOS. TODAS LAS ENFERMEDADES HUMANAS SON RESULTADO DE TAL ATAQUE.

Lo que decía Hanh tenía perfecto sentido. Mucho tiempo atrás, yo había encontrado en Internet cierta información sobre el pH del cuerpo. Más aún, me parecía saberla en forma intuitiva.

—¿Estás diciéndome que lo que comemos nos predispone directamente a la enfermedad? —pregunté.

—Sí. LOS ALIMENTOS INADECUADOS PUEDEN REDUCIR TU NIVEL VIBRACIONAL HASTA EL PUNTO EN QUE LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA INICIAN EL PROCESO DE DEVOLVER EL CUERPO A LA TIERRA.

—¿Y las enfermedades que no son causadas por microbios?

—Todas las enfermedades se originan mediante la acción microbiana. Las investigaciones de ustedes mismos en Occidente lo muestran. Se ha descubierto

que diversos microbios guardan relación con las lesiones arteriales de las enfermedades cardíacas, así como con la producción de tumores en el cáncer. Pero recuerda que los microbios sólo hacen lo que hacen. Nuestra alimentación, que crea el ambiente ácido, es la verdadera causa.

Hizo una nueva pausa y luego añadió:

—Comprende esto plenamente: Nosotros, los humanos, podemos hallarnos en un estado de energía alta, alcalina, o bien en un estado ácido, lo cual da a los microbios que viven con nosotros, o que tenemos cerca, la señal de que estamos listos para la descomposición. La enfermedad es literalmente la podredumbre de alguna parte de nuestro cuerpo, porque los microbios que nos rodean han dado la señal de que ya estamos muertos.

Me echó otra mirada traviesa.

—Disculpa que sea tan brusco —se excusó—, pero no disponemos de mucho tiempo. LOS ALIMENTOS QUE COMEMOS DETERMINAN CASI POR ENTERO EN CUÁL DE ESTAS DOS CONDICIONES ESTAMOS. EN GENERAL, LOS ALIMENTOS QUE DEJAN RESIDUOS ÁCIDOS EN NUESTRO CUERPO SON LAS COMIDAS PESADAS, DEMASIADO COCIDAS O DEMASIADO PROCESADAS, Y LOS DULCES; POR EJEMPLO: LAS CARNES, LAS HARINAS, LOS PASTELES, EL ALCOHOL, EL CAFÉ Y LAS FRUTAS MÁS DULCES. LOS ALIMENTOS ALCALINOS SON MÁS VERDES, MÁS FRESCOS Y MÁS VIVOS, COMO LAS VERDURAS Y SUS JUGOS, LAS VERDURAS DE HOJA, LOS BROTES Y LAS FRUTAS COMO LA PALTA, EL TOMATE, EL POMELO Y LOS LIMONES. NO PODRÍA SER MÁS SIMPLE. SOMOS SERES ESPIRITUALES EN UN MUNDO ENERGÉTICO, ESPIRITUAL. USTEDES, LOS OCCIDENTALES, PODRÁN HABER CRECIDO CREYENDO QUE LA CARNE COCIDA Y LOS ALIMENTOS PROCESADOS NOS HACEN BIEN. PERO AHORA SABEMOS QUE CREAN UN MEDIO DE LENTA DESINCORPORACIÓN QUE CON EL TIEMPO SURTE EFECTOS NOCIVOS EN NOSOTROS.

"TODAS LAS ENFERMEDADES DEBILITANTES QUE ATORMENTAN A LA HUMANIDAD... ARTERIESCLEROSIS, APOPLEJÍA, ARTRITIS, SIDA, Y EN ESPECIAL LOS CÁNCERES... EXISTEN PORQUE CONTAMINAMOS NUESTRO CUERPO, LO CUAL DA LA SEÑAL A LOS MICROBIOS QUE TENEMOS DENTRO DE QUE ESTAMOS LISTOS PARA DESINTEGRARNOS, DESENERGIZARNOS, MORIR. SIEMPRE NOS PREGUNTAMOS POR QUÉ, ENTRE UN GRUPO DE PERSONAS EXPUESTAS A LOS MISMOS MICROBIOS, ALGUNAS NO CONTRAEN DETERMINADA ENFERMEDAD. LA DIFERENCIA RESIDE EN EL MEDIO CORPORAL INTERNO. LA BUENA NOTICIA ES QUE, AUNQUE TENGAMOS MUCHA ACIDEZ EN NUESTRO CUERPO Y COMENCEMOS A DESCOMPONERNOS, LA SITUACIÓN PUEDE REVERTIRSE SI MEJORAMOS NUESTRA NUTRICIÓN Y PASAMOS A UN ESTADO ALCALINO, O DE ENERGÍA MÁS ELEVADA.

Ahora agitaba ambos brazos y tenía los ojos muy abiertos, chispeantes.

—Vivimos en la Edad Media en lo que concierne a los principios de un cuerpo vibrante, de energía elevada. Se supone que los seres humanos debemos vivir más de ciento cincuenta años. Pero comemos de una manera que de inmediato comienza a destruirnos. En todas partes vemos personas que desincorporan ante nuestros ojos. Pero no tiene por qué ser así.

Hizo una pausa y tomó aliento.

—No es así en Shambhala. Al cabo de un momento más, Hanh se puso a caminar de un lado a otro, mirándome de arriba abajo una vez más.

—Entonces... ahí tienes —concluyó—. **LAS LEYENDAS DICEN QUE LOS HUMANOS APRENDERÁN PRIMERO LA VERDADERA NATURALEZA DE LOS ALIMENTOS Y QUÉ CLASES CONSUMIR. LUEGO, SEGÚN AFIRMAN LAS**

LEYENDAS, PODREMOS ABRIRNOS PLENAMENTE A LAS FUENTES INTERIORES DE ENERGÍA QUE AUMENTAN AÚN MÁS NUESTRA VIBRACIÓN.

Apartó la silla de la mesa y me miró.

—Estás manejando muy bien la altitud del Tíbet, pero me gustaría que descansaras un poco.

—Sería bueno —respondí—. Estoy agotado.

—Sí —convino Yin—. Ha sido un día muy largo.

—Asegúrate de esperar un sueño —agregó Hanh, al tiempo que me conducía a un dormitorio.

—¿Esperar un sueño? Hanh se volvió.

—Sí. Tienes más poder del que crees. Me reí.

Me desperté de pronto y miré por la ventana. El Sol estaba ya bien alto en el cielo. No había tenido ningún sueño. Me puse los zapatos y entré en la otra habitación.

Hanh y Yin se hallaban sentados a la mesa.

—¿Cómo dormiste? —me preguntó Hanh.

—Bien —respondí mientras me desplomaba en una de las sillas—. Pero no recuerdo haber soñado.

—Eso es porque no tienes bastante energía —afirmó Hanh, algo distraído. Otra vez me miraba intensamente el cuerpo. Me di cuenta de que se concentraba en la manera en que yo me había sentado.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—¿Así es como te despiertas por las mañanas? —me interrogó.

Volví a pararme.

—¿Qué tiene de malo?

—**DESPUÉS DE DORMIR, UNO DEBE DESPERTAR AL CUERPO Y COMENZAR A ACEPTAR LA ENERGÍA ANTES DE HACER CUALQUIER OTRA COSA**. —Estaba parado con las piernas separadas y las manos en las caderas. Mientras yo lo observaba, juntó los pies y levantó los brazos. Su cuerpo se elevó en un solo movimiento hasta que quedó parado sobre las puntas de los pies, con las palmas juntas directamente por encima de la cabeza.

Parpadeé. Había algo desacostumbrado en la forma en que movía el cuerpo, pero yo no podía concentrarme en ello con exactitud. Parecía haberse alzado como flotando, más que empleando los músculos. Cuando pude volver a enfocar, irradiaba una amplia sonrisa. Luego, con la misma rapidez, su cuerpo pasó de esa posición a ejecutar unos pasos llenos de gracia en dirección a mí. Parpadeé de nuevo.

—LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS SE DESPIERTAN CON LENTITUD —EXPLICÓ HANH—, Y ANDAN EN POSTURAS DESGARBADAS E INDOLENTES Y SE PONEN EN MARCHA CON UNA TAZA DE CAFÉ O TÉ. VAN A UN EMPLEO EN EL QUE SIGUEN DESGARBADAS E INDOLENTES O USAN UN SOLO CONJUNTO DE MÚSCULOS. LOS PATRONES DE CONDUCTA SE ASIENTAN Y, COMO YA TE DIJE, SE DESARROLLAN BLOQUEOS EN LA MANERA EN QUE FLUYE LA ENERGÍA A TRAVÉS DE NUESTRO CUERPO.

"DEBES ASEGURARTE DE QUE TU CUERPO ESTÉ ABIERTO EN TODAS PARTES, CON EL OBJETO DE RECIBIR TODA LA ENERGÍA QUE HAYA DISPONIBLE. ESO SE LOGRA MOVIENDO TODOS LOS MÚSCULOS, TODAS LAS MAÑANAS, A PARTIR DEL CENTRO DEL CUERPO. —SEÑALÓ UN PUNTO SITUADO APENAS POR DEBAJO DE SU OMBLIGO. —SI TE CONCENTRAS EN MOVERSE A PARTIR DE ESTA ZONA, TUS MÚSCULOS QUEDARÁN LIBRES PARA FUNCIONAR EN SU NIVEL DE COORDINACIÓN MÁS ALTO. ES EL NÚCLEO PRINCIPAL DE

TODAS LAS ARTES MARCIALES Y DISCIPLINAS DE DANZA. HASTA PUEDES INVENTAR TUS PROPIOS MOVIMIENTOS.

Con este comentario, se lanzó a una multitud de movimientos que yo nunca había visto antes. Se asemejaban a los cambios de peso y los giros que uno ve en el Tai-Chi, pero sin duda mucho más expandidos.

—Tu cuerpo —agregó Hanh— sabrá cómo moverse para ayudar a aflojar tus bloqueos individuales.

Se paró en una pierna, se inclinó y balanceó el brazo como si fuera a arrojar una pelota, sólo que su mano casi tocó el piso al realizar el movimiento. Luego se volvió e hizo lo mismo con la otra pierna. En ningún momento vi cómo cambió el peso de un miembro a otro, y de nuevo daba la impresión de flotar.

Sacudí la cabeza y traté de concentrarme, pero Hanh se había detenido donde se hallaba, como si un fotógrafo hubiera congelado sus movimientos en una instantánea, lo cual parecía imposible. De la misma manera súbita avanzó hacia mí.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté. Respondió:

—COMENCÉ POCO A POCO, RECORDANDO EL PRINCIPIO BÁSICO. SI TE MUEVES DESDE TU CENTRO Y ESPERAS QUE LA ENERGÍA FLUYA HACIA TI, TE MOVERÁS DE UN MODO CADA VEZ MÁS LIVIANO. POR SUPUESTO, PARA PERFECCIONAR ESTO DEBES PODER ABRIRTE A TODA LA ENERGÍA DIVINA QUE SE ENCUENTRA DISPONIBLE EN TU INTERIOR.

Calló y me miró.

—¿Cuánto recuerdas de tu apertura mística?

Volví a pensar en Perú y mi experiencia en la cumbre de la montaña.

—Bastante, creo.

—Qué bueno —continuó—. Salgamos.

Yin sonrió al ponerse de pie, y seguimos a Hanh hasta un pequeño jardín, donde subimos unos escalones hasta una zona cubierta de un ralo pasto pardo y grandes piedras irregulares. Las rocas tenían atractivas vetas de rojos y castaños. Durante diez minutos Hanh me condujo a lo largo de algunos de los movimientos que yo había visto antes, y luego me ofreció un lugar donde sentarme en el suelo; él tomó asiento a mi derecha. Yin lo hizo detrás de nosotros. A la distancia, el sol de la mañana bañaba las montañas con una cálida luz amarilla. Quedé impresionado por su belleza.

—**LAS LEYENDAS DICEN** —comenzó Hanh— **QUE ABRIRSE A UN ESTADO DE ENERGÍA MÁS ELEVADO ES UNA CAPACIDAD QUE TODOS LOS HUMANOS ADQUIRIREMOS ALGÚN DÍA. COMENZARÁ COMO UN CONOCIMIENTO GENERAL DE QUE TAL CONCIENCIA ES POSIBLE. DESPUÉS AVANZAREMOS HACIA UNA COMPRENSIÓN DE TODOS LOS FACTORES RELACIONADOS CON EL CULTIVO Y EL MANTENIMIENTO DE ESE NIVEL DE ENERGÍA MÁS ELEVADO.**

Hizo una pausa y me miró.

—**TÚ YA CONOCES EL PROCEDIMIENTO BÁSICO, PERO DEBES EXPANDIR TUS SENTIDOS. SEGÚN LAS LEYENDAS, PRIMERO DEBES CALMARTE Y CONTEMPLAR LO QUE TE RODEA. RARA VEZ MIRAMOS CON ATENCIÓN LAS COSAS QUE NOS RODEAN. LAS TOMAMOS COMO MEROS OBJETOS QUE OCUPAN UN LUGAR SECUNDARIO CON RESPECTO A CUALQUIER COSA QUE NOS OCUPE LA MENTE O DEBAMOS HACER. PERO ES PRECISO RECORDAR QUE EN EL UNIVERSO TODO ESTÁ VIVO, LLENO DE ENERGÍA ESPIRITUAL, Y ES UNA PARTE DE DIOS. DEBEMOS PEDIR EN FORMA INTENCIONAL CONECTARNOS CON LO DIVINO QUE HAY EN NUESTRO INTERIOR.**

"COMO BIEN SABES, LA MEDIDA PARA SABER SI ESTAMOS CONECTÁNDONOS O NO CON ESTA ENERGÍA ES NUESTRO SENTIDO DE LA BELLEZA. PLANTÉATE SIEMPRE ESTA PREGUNTA: ¿CUÁN HERMOSO LUCE TODO? NO IMPORTA CÓMO VEAMOS ALGO AL PRINCIPIO; SIEMPRE PODEMOS VER MÁS BELLEZA EN ELLO SI LO INTENTAMOS. EL GRADO DE BELLEZA QUE SOMOS CAPACES DE VER MIDE CUÁNTA ENERGÍA DIVINA ESTAMOS RECIBIENDO EN NUESTRO INTERIOR.

A continuación Hanh me pidió que dedicara algún tiempo a mirar, a mirar de verdad, todo lo que me rodeaba.

—UNA VEZ QUE COMENZAMOS A ESTABLECER NUESTRA CONEXIÓN —PROSIGUIÓ— Y EXPERIMENTAR LA ENERGÍA DIVINA, TODO COMIENZA A TENER MÁS PRESENCIA EN NUESTRA PERCEPCIÓN. LAS COSAS SOBRESALEN Y NOTAMOS SU FORMA Y SU COLOR ÚNICOS. CUANDO COMIENZA A MANIFESTARSE ESTA PERCEPCIÓN, PODEMOS ABSORBER AÚN MÁS ENERGÍA.

"VERÁS: EN REALIDAD LA ENERGÍA NO VIENE TANTO DE LAS COSAS QUE NOS RODEAN... AUNQUE PODEMOS ABSORBER ENERGÍA DIRECTAMENTE DE ALGUNAS PLANTAS Y LUGARES SAGRADOS. LA ENERGÍA SAGRADA VIENE DE NUESTRA CONEXIÓN CON LO DIVINO. TODO LO QUE NOS RODEA, TANTO NATURAL COMO HECHO POR EL SER HUMANO... LAS FLORES, LAS PIEDRAS, EL PASTO, LAS MONTAÑAS, EL ARTE... YA ES MAJESTUOSAMENTE HERMOSO Y ESTÁ PRESENTE MÁS ALLÁ DE CUALQUIER COSA QUE LOS HUMANOS PODAMOS PERCIBIR. LO ÚNICO QUE HACEMOS, CUANDO NOS ABRIMOS A LO DIVINO, ES ELEVAR NUESTRA VIBRACIÓN DE ENERGÍA Y ASÍ NUESTRA CAPACIDAD PERCEPTIVA, DE MODO QUE PODEMOS VER EL MUNDO DE LA MANERA EN QUE YA ES. ¿COMPRENDES? LOS HUMANOS YA VIVIMOS EN UN MUNDO DE INMENSA BELLEZA Y COLOR Y FORMA. EL PARAÍSO ESTÁ AQUÍ MISMO. SIMPLEMENTE NO NOS HEMOS ABIERTO A LA SUFICIENTE ENERGÍA INTERIOR PARA PODER VERLO.

Yo escuchaba con fascinación. Ahora todo aquello me resultaba más claro que nunca antes.

—**CONCÉNTRATE EN LA BELLEZA** —me indicó Hanh— **Y COMIENZA A ASPIRAR LA ENERGÍA QUE HAY DENTRO DE TI.** Respiré hondo.

—**AHORA PROCURA PERCIBIR CÓMO AUMENTA LA BELLEZA MIENTRAS RESPIRAS** —me instruyó Hanh.

Volví a mirar las piedras y las montañas, y, para mi asombro, noté que el pico más alto que se elevaba a la distancia era el monte Everest. Por alguna razón no había reconocido su forma hasta ese momento.

—Sí, sí, mira el Everest —me alentó Hanh. Mientras contemplaba la montaña, advertí que los picos cubiertos de nieve que había delante parecían formar pequeños escalones hacia la cumbre con forma de corona. La visión provocó un salto hacia afuera en mi percepción y de pronto la montaña más alta del mundo me pareció más cercana, de algún modo parte de mí, como si pudiera alcanzarla y tocarla.

—**SIGUE RESPIRANDO** —me indicó Hanh—. **TU VIBRACIÓN Y TU CAPACIDAD DE PERCIBIR AUMENTARÁN AÚN MÁS. TODO SE TORNARÁ MÁS BRILLANTE, COMO ILUMINADO DESDE ADENTRO**.

Respiré hondo de nuevo y comencé a sentirme más liviano; mi espalda se enderezó con poco esfuerzo. De manera increíble, me sentía exactamente como durante la experiencia en la montaña de Perú.

Hanh me miraba y movía la cabeza en gesto afirmativo.

—**TU CAPACIDAD PARA PERCIBIR LA BELLEZA ES LA MEDIDA PRIMARIA**

DE QUE LA ENERGÍA DIVINA ESTÁ FLUYENDO HACIA TI. PERO HAY OTRAS MEDIDAS TAMBIÉN.

"**TE SENTIRÁS MÁS LIVIANO** —continuó Hanh—. **LA ENERGÍA ASCENDERÁ A TRAVÉS DE TI Y TE ELEVARÁ**, como tú mismo dijiste, **COMO SI UNA CUERDA TIRARA DE TI DESDE LO ALTO DE TU CABEZA. Y SENTIRÁS UNA MAYOR SABIDURÍA ACERCA DE QUIÉN ERES Y LO QUE ESTÁS HACIENDO. RECIBIRÁS INTUICIONES Y SUEÑOS SOBRE LO QUE VIENE A CONTINUACIÓN EN EL SENDERO DE TU VIDA.**

Hizo una pausa y me miró el cuerpo. Yo permanecía erguido sin esfuerzo.

—**AHORA LLEGAMOS A LA PARTE MÁS IMPORTANTE** —prosiguió—. **DEBES APRENDER A SOSTENER ESTA ENERGÍA, A MANTENERLA FLUYENDO HACIA TI. AQUÍ DEBES USAR EL PODER DE TU EXPECTATIVA, EL PODER DE TU ENERGÍA DE ORACIÓN.**

Me limité a mirarlo. De nuevo estaba ahí esa palabra: expectativa. Nunca antes la había oído usada en ese contexto.

—¿Cómo lo hago? —pregunté, confundido; sentí que se reducía la energía de mi cuerpo y que se esfumaban los colores y las formas que me rodeaban.

Hanh abrió grandes los ojos y de inmediato echó a reír. Trató varias veces de parar, pero al fin se puso a rodar por el piso en incontrolable hilaridad. Recobró la compostura varias veces, pero echaba de nuevo a reír al mirarme. Hasta oí a Yin reír disimuladamente en el trasfondo.

Por fin Hanh respiró hondo varias veces y logró calmarse.

—Lo lamento mucho —se disculpó—. Es que esa expresión tuya fue muy graciosa... De veras crees no tener ningún poder, ¿no?

—No es eso —protesté—. Simplemente no entendí lo que quisiste decir con "expectativa". Hanh aún sonreía.

—Sí crees que tienes ciertas expectativas con respecto a la vida, ¿verdad? La expectativa de que salga el Sol. La expectativa de que tu sangre circule.

—Por supuesto.

—Y bien, **SÓLO TE PIDO QUE COMIENCES A VOLVERTE CONSCIENTE DE ESTAS EXPECTATIVAS. ES LA ÚNICA MANERA DE MANTENER Y EXTENDER EL NIVEL DE ENERGÍA MÁS ELEVADO QUE ACABAS DE EXPERIMENTAR. DEBES APRENDER A ESPERAR ESE NIVEL DE ENERGÍA EN TU VIDA, Y DEBES HACERLO EN FORMA MUY DELIBERADA Y CONSCIENTE. ES LA ÚNICA MANERA DE COMPLETAR LA PRIMERA EXTENSIÓN DE LA ORACIÓN.** ¿Deseas volver a intentarlo?

Dedicamos varios minutos a respirar e intensificar la energía. Cuando estaba viendo el nivel más elevado de belleza, tal como lo había experimentado antes, se lo transmití con un movimiento de la cabeza.

—**AHORA** —dijo Hanh— **DEBES ESPERAR QUE ESTA ENERGÍA QUE TE LLENA SIGA LLENÁNDOTE Y FLUYA FUERA DE TI EN TODAS DIRECCIONES. VISUALÍZALO SUCEDIENDO.**

Traté de mantener mi nivel de energía mientras preguntaba:

——Este efluvio... ¿cómo sé que está sucediendo realmente?

—**PODRÁS SENTIRLO. POR AHORA, SÓLO VISUALÍZALO**. Respiré hondo otra vez y visualicé la energía entrando en mí y fluyendo hacia afuera en todas las direcciones, hacia el mundo.

—Todavía no sé si está pasando realmente o no —dije. Hanh me miró directamente, con aspecto de sentirse levemente impaciente.

—**YA SABES QUE LA ENERGÍA ESTÁ FLUYENDO DE TI, PORQUE LA ENERGÍA SE MANTIENE, LOS COLORES Y LAS FORMAS SIGUEN ELEVADOS, Y**

SIENTES QUE TE LLENA Y LUEGO REBOSA.

—¿Cómo se lo siente? —pregunté.

Me miró con incredulidad.

—Ya conoces la respuesta.

Lo miré de soslayo y luego contemplé de nuevo las montañas, visualizando el flujo de energía que salía de mí hacia ellas. Continuaban hermosas y comenzaban a ser también inmensamente atrayentes. Entonces me colmó una oleada de profunda emoción y recordé lo que había experimentado en Perú.

Hanh asentía.

—¡Por supuesto! —exclamé—. **LA MEDIDA DE SI LA ENERGÍA FLUYE O NO HACIA AFUERA ES LA SENSACIÓN DE AMOR.** Hanh esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, ES UN AMOR QUE SE CONVIERTE EN UNA EMOCIÓN DE FONDO QUE PERMANECE CONTIGO MIENTRAS TU ENERGÍA DE ORACIÓN ESTÉ EMANANDO HACIA EL MUNDO. DEBES PERMANECER EN UN ESTADO DE AMOR.

Hizo una pausa y lo miré un momento.

—Me parece algo terriblemente idealista para los seres humanos comunes —comenté. Hanh rió entre dientes.

—No te estoy diciendo que seas un ser humano común. Te estoy diciendo cómo colocarte a la delantera de la evolución. Te estoy diciendo que seas un héroe. Sólo recuerda que **DEBES ESPERAR QUE LA ENERGÍA DIVINA ENTRE EN TI EN UN NIVEL MÁS ELEVADO, Y FLUYA DE TI COMO UNA COPA REBOSANTE. CUANDO TE DESCONECTES, RECUERDA ESTA SENSACIÓN DE AMOR. TRATA DE ENCENDER EN FORMA CONSCIENTE ESTE ESTADO**.

Sus ojos volvieron a chispear.

—**TU EXPECTATIVA ES LA CLAVE EN CUANTO A SI PUEDES O NO MANTENER ESTA EXPERIENCIA. DEBES VISUALIZARLA SUCEDIENDO, CREER QUE ESTARÁ ACCESIBLE A TI EN TODAS LAS SITUACIONES. ESTA EXPECTATIVA DEBE CULTIVARSE Y AFIRMARSE EN FORMA CONSCIENTE TODOS LOS DÍAS.**

Asentí.

—Ahora —añadió—, ¿entiendes todos los procedimientos de que te he hablado?

Antes de que pudiera responderle, agregó:

—**LA CLAVE RADICA EN CÓMO TE DESPIERTAS A LA MAÑANA**. Por eso te pedí que durmieras: para poder ver cómo despiertas. DEBES HACERLO CON DISCIPLINA. DESPIERTA TU CUERPO A LA AFLUENCIA DE ENERGÍA DE LA MANERA QUE TE MOSTRÉ. MUÉVETE DESDE TU CENTRO; SIENTE LA ENERGÍA DE INMEDIATO. ESPÉRALA DE INMEDIATO.

"INGIERE SÓLO ALIMENTOS QUE AÚN ESTÉN VIVOS, Y AL CABO DE UN TIEMPO LA ENERGÍA DIVINA INTERIOR SERÁ MÁS FÁCIL DE ABSORBER HACIA DENTRO DE TU SER. TÓMATE TIEMPO PARA LLENARTE DE ENERGÍA TODOS LOS DÍAS, Y DESPIÉRTATE CON MOVIMIENTO. RECUERDA LAS MEDIDAS. VISUALIZA QUE ESTA ENERGÍA ESTÁ ENTRANDO EN TI Y SIÉNTELA FLUIR HACIA EL MUNDO. SI HACES TODO ESTO, HABRÁS COMPLETADO LA PRIMERA EXTENSIÓN. PODRÁS NO SÓLO EXPERIMENTAR LA ENERGÍA DE VEZ EN CUANDO, SINO CULTIVARLA Y MANTENERLA EN UN NIVEL MÁS ELEVADO.

Hizo una profunda reverencia y sin agregar nada más comenzó a caminar de vuelta hacia la casa. Yin y yo lo seguimos. Cuando llegamos, Hanh se puso a seleccionar alimentos y guardarlos en una canasta grande.

—¿Y el punto de acceso? —le pregunté a Hanh. Se detuvo y me miró.

—Hay muchos puntos de acceso.

—Te pregunto si sabes dónde podemos encontrar el punto de acceso a

Shambhala. Me miró serio.

—Apenas has completado una extensión de tu energía de oración. Ahora debes aprender qué hacer con esa energía que fluye de ti. Y eres muy testarudo, y todavía proclive al miedo y la ira. Tendrás que superar estas tendencias antes de poder siquiera acercarte a Shambhala.

Con esta declaración, Hanh saludó con un movimiento de la cabeza a Yin y le entregó la canasta; luego se marchó a la otra habitación.

CAPÍTULO 4
ALERTA CONSCIENTE

Fui hasta el jeep, sintiéndome increíblemente bien. El aire estaba fresco y en todas direcciones las montañas seguían luciendo luminosas. Subimos al vehículo y Yin arrancó.

—¿Sabes adónde ir ahora? —le pregunté.

—Sé que debemos dirigirnos hacia el noroeste del Tíbet. Según las leyendas, ése es el punto de acceso más próximo a nosotros. Pero, como dijo el lama Rigden, tendrá que mostrársenos. —Calló un instante y me miró. —Es hora de que te cuente mi sueño.

—¿El sueño que mencionó el lama Rigden? —pregunté—. ¿El que tuviste conmigo?

—Sí, en ese sueño estábamos juntos viajando a través del Tíbet, buscando el punto de acceso. Y no podíamos encontrarlo. Viajábamos muy lejos y en círculos, perdidos. Pero en el momento de mayor desesperación, conocíamos a alguien que sabía adónde debíamos ir.

—¿Qué sucedía después?

—El sueño terminaba allí.

—¿Quién era la persona? ¿Era Wil?

—No, no creo.

—¿Qué piensas que significa el sueño?

—Significa que debemos estar muy alerta. Anduvimos unos momentos en silencio, hasta que pregunté:

—¿Hay soldados apostados en el noroeste del Tíbet?

—En general no —respondió—, salvo en las fronteras o en las bases militares. El problema consiste en atravesar los próximos quinientos o seiscientos kilómetros, hasta pasar el monte Kailash y el lago Mansarowar. Hay varios puestos militares de control.

Durante cuatro horas avanzamos sin incidentes, viajando un tramo por caminos de grava y luego tomando diversos caminos de tierra. Llegamos a Saga sin ninguna dificultad y alcanzamos lo que Yin me dijo era la ruta sur hacia la región oeste del Tíbet. Pasamos sobre todo grandes camiones de transporte, o lugareños que se trasladaban en autos viejos o en carro. Podían verse unos cuantos caminantes extranjeros cerca de las paradas de camiones, esperando que alguien los llevara.

Al cabo de una hora más, Yin desvió el jeep del camino principal hacia un sendero equivalente a una huella para caballos. El vehículo rebotó en hondos baches.

—En el camino principal, más adelante, suele haber un puesto de control chino —me explicó—. Debemos rodearlo.

Íbamos subiendo una cuesta empinada; cuando llegamos a lo alto de la colina, Yin detuvo el jeep y me condujo al borde del risco. Debajo de nosotros, a varios cientos de metros de distancia, vimos dos grandes camiones militares con insignias chinas. Había tal vez una docena de soldados parados junto al camino.

—Esto no es bueno —comentó Yin—. En estas encrucijadas suele haber unos pocos soldados. Es posible que todavía estén buscándonos.

Traté de disipar una oleada de ansiedad y mantener elevada mi energía. Me dio la impresión de que varios soldados miraban colina arriba hacia nosotros, de modo que me agaché.

—Está sucediendo algo —susurró Yin.

Cuando volví a mirar la encrucijada, los soldados estaban registrando una camioneta que había avanzado hasta ese puesto de control. Una mujer rubia de mediana edad, parada al borde del camino, respondía a un interrogatorio. Apenas llegábamos a distinguir que hablaba un idioma europeo, que sonaba muy parecido al holandés.

—¿Por qué los demoran? —le pregunté a Yin.

—No sé —respondió—. Quizá no tengan los permisos correctos, o quizá hayan formulado preguntas inconvenientes.

Me quedé mirando, con el deseo de poder ayudar.

—Por favor —dijo Yin—, debemos irnos. Subimos al jeep y Yin manejó con lentitud rodeando el resto de la colina hasta descender por la cuesta del otro lado. Abajo tomamos por otra estrecha senda de tierra y doblamos a la derecha, lejos de las encrucijadas, siempre en dirección al noroeste. Viajamos por ese camino durante unos diez kilómetros más, hasta volver a salir a la ruta principal y a Zhongba, un pequeño pueblo con varios hoteles y unos cuantos negocios. Ahí vimos gente caminando, conduciendo yaks y otros animales, así como varios vehículos que pasaban.

—Ahora somos sólo dos peregrinos más de los muchos que se dirigen al monte Kailash —comentó Yin—. No repararán tanto en nosotros.

No me sentía convencido. De hecho, ochocientos metros más adelante un camión militar chino paró en el camino directamente detrás de nosotros, y me invadió otra oleada de miedo. Yin tomó por una calle lateral y el camión pasó de largo hasta perderse de vista.

—DEBES MANTENERTE FUERTE —me advirtió Yin—. ES HORA DE QUE APRENDAS LA **SEGUNDA EXTENSIÓN**.

Continuó guiándome de nuevo a lo largo de la Primera Extensión hasta que pude visualizar y sentir mi energía fluyendo frente a nosotros y a la distancia.

—**AHORA QUE HAS HECHO EMANAR TU ENERGÍA, DEBES DISPONER ESTE CAMPO DE ENERGÍA PARA QUE SURTA UN CIERTO EFECTO.**

Su comentario me fascinó.

—¿Disponer mi campo?

—Sí. **PODEMOS DIRIGIR NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN PARA QUE ACTÚE SOBRE EL MUNDO DE DIVERSAS MANERAS. LO HACEMOS UTILIZANDO NUESTRAS EXPECTATIVAS**. Ya lo has hecho una vez, ¿recuerdas? Hanh te enseñó a esperar que la energía siga fluyendo a través de ti. Ahora debes disponer tu campo con otras expectativas, y hacerlo con verdadera disciplina. De lo contrario, toda tu energía puede derrumbarse rápidamente en miedo e ira.

Me miró con una expresión triste que nunca le había visto antes.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Cuando era joven vi cómo un soldado chino mataba a mi padre. Los odio y les temo intensamente. Y debo confesarte algo: yo mismo soy en parte chino. Ésa es la peor parte. Es este recuerdo y esta culpa lo que me corroe la energía, de modo que tiendo a anticipar lo peor. Aprenderás que, **EN ESTOS NIVELES MÁS ELEVADOS DE ENERGÍA, NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN ACTÚA CON GRAN RAPIDEZ PARA TRAERNOS EXACTAMENTE LO QUE ESPERAMOS. SI TEMEMOS, NOS**

TRAE LO QUE TEMEMOS. SI ODIAMOS, NOS TRAE LO QUE ODIAMOS.

"POR FORTUNA, CUANDO ENTRAMOS EN ESTAS EXPECTATIVAS NEGATIVAS, NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN SE DERRUMBA CON BASTANTE RAPIDEZ, PORQUE PERDEMOS NUESTRA CONEXIÓN CON LO DIVINO Y YA NO EMANAMOS AMOR. PERO AUN ASÍ UNA EXPECTATIVA DE MIEDO PUEDE RESULTAR PODEROSA. POR ESO DEBES CONTROLAR TUS EXPECTATIVAS CON MUCHO CUIDADO Y DISPONER TU CAMPO EN FORMA CONSCIENTE.

Me sonrió y agregó:

—Como tú no odias a los militares chinos como los odio yo, cuentas con una ventaja. Pero aun así tienes mucho miedo, y pareces capaz de experimentar mucha ira... lo mismo que yo. Tal vez sea por eso que estamos juntos.

Yo miraba el camino mientras avanzábamos, pensando en lo que Yin decía, sin creer que nuestros pensamientos pudieran ser tan poderosos. Interrumpí mis reflexiones cuando él aminoró la marcha del jeep y se detuvo frente a una línea de edificios.

—¿Por qué te detienes? —pregunté—. ¿De esta manera no llamaremos más la atención?

—Sí —respondió—. Pero debemos correr el riesgo. Los soldados disponen de espías en todas partes, pero nosotros no tenemos opción. No es seguro entrar en las regiones occidentales del Tíbet con un solo vehículo. No hay sitios donde hacer reparaciones. Debemos encontrar alguien que nos acompañe.

—¿Y si nos entregan? Yin me miró horrorizado.

—Eso no sucederá si encontramos a las personas adecuadas. Vigila tus pensamientos. Te advertí que tienes que disponer el campo correcto alrededor de nosotros. Es importante.

Comenzó a bajar del vehículo, pero vaciló.

—Debes hacerlo mejor que yo, o no tendremos probabilidad alguna. Concéntrate en disponer tu campo en rten *brel.*

Guardé silencio un momento.

—¿Rten brel? ¿Qué es eso?

—Es la palabra tibetana para expresar "sincronicidad". **DEBES DISPONER TU CAMPO PARA PERMANECER EN EL PROCESO SINCRÓNICO, PARA ATRAER LAS INTUICIONES, LAS COINCIDENCIAS, Y LOGRAR QUE NOS AYUDEN.**

Yin miró de reojo el edificio y bajó del jeep, al tiempo que me indicaba con la mano que quería que yo me quedara.

Durante casi una hora esperé, observando a la gente tibetana que pasaba caminando. De vez en cuando veía a alguien con aspecto indio o europeo. En un momento hasta me pareció ver pasar por una calle distante al holandés al que habíamos visto en el punto de control. Me esforcé por ver, pero no pude confirmarlo.

¿Dónde estaba Yin?, me pregunté. Lo último que necesitaba era separarme otra vez de él. Me imaginé manejando a través de ese pueblo yo solo, perdido, sin la menor idea de adónde ir. ¿Qué haría?

Por fin vi que Yin salía del edificio. Por un momento vaciló, mientras miraba con atención a ambos lados antes de regresar al jeep.

—Encontré a dos personas a las que conozco —dijo mientras volvía a ubicarse tras el volante—. Creo que nos acompañarán. —Lo intentaba, pero su tono de voz traicionaba sus dudas.

Puso el auto en marcha y continuamos viaje. Cinco minutos después pasamos ante un pequeño restaurante construido con latón corrugado. Yin estacionó a unos sesenta metros del local, ocultando el jeep detrás de unos tanques de combustible.

Ahora nos hallábamos en las afueras del pueblo y no había casi nadie en la calle. En el comedor había unas seis mesas desvencijadas. Una barra estrecha, pintada de blanco, nos separaba de la cocina, donde trabajaban varias mujeres de edad. Una nos vio sentarnos y se nos acercó.

Yin le habló brevemente en tibetano y yo capté la palabra "sopa". La mujer hizo un gesto afirmativo y me miró.

—Lo mismo —le dije a Yin, al tiempo que me sacaba la chaqueta y la colgaba de la silla—. Y agua. —Yin tradujo; la mujer sonrió y se marchó.

Yin se puso serio.

—¿Comprendiste lo que dije antes? AHORA DEBES DISPONER UN CAMPO QUE ATRAIGA MÁS SINCRONICIDAD.

Asentí.

—¿Cómo dispongo este campo?

—LO PRIMERO QUE DEBES HACER ES ASEGURARTE DE CONFIAR EN LA PRIMERA EXTENSIÓN. CERCIÓRATE DE QUE LA ENERGÍA ESTÁ FLUYENDO HACIA DENTRO DE TÍ Y HACIA AFUERA, HACIA EL MUNDO. SIENTE LAS MEDIDAS. DISPÓN TU EXPECTATIVA PARA QUE ESTA ENERGÍA SEA CONSTANTE. LUEGO DEBES ESPERAR QUE TU CAMPO DE ORACIÓN ACTÚE PARA PRODUCIR SÓLO LOS PENSAMIENTOS Y HECHOS NECESARIOS PARA QUE SE DESPLIEGUE TU MEJOR DESTINO. CON EL OBJETO DE DISPONER ESTE CAMPO ALREDEDOR DE TI, DEBES MANTENERTE EN UN ESTADO DE ALERTA CONSCIENTE.

—¿ALERTA A QUÉ?

—A LA SINCRONICIDAD. DEBES MANTENERTE EN UN ESTADO EN EL CUAL ESTÉS CONSTANTEMENTE BUSCANDO EL SIGUIENTE FRAGMENTO MISTERIOSO DE INFORMACIÓN QUE TE AYUDE A IR HACIA TU DESTINO. ALGUNA SINCRONICIDAD VENDRÁ A TI HAGAS LO QUE HICIERES, PERO PUEDES AUMENTARLA SI DISPONES UN CAMPO CONSTANTE, ESPERÁNDOLA SIEMPRE.

Busqué mi libreta en el bolsillo posterior de mis pantalones. Aunque no la había usado hasta el momento, tuve la intuición de tomar nota de lo que decía Yin. Había desaparecido. Recordé que la había dejado en el jeep.

—Está cerrado —dijo Yin, al tiempo que me tendía las llaves, con un movimiento de la cabeza—. No vayas a ninguna otra parte.

Fui directo al jeep y recuperé la libreta. Estaba a punto de regresar cuando me sobresaltó el ruido de unos vehículos que estacionaban ante el restaurante. Me oculté detrás de los tanques y observé la escena. Frente al local había dos camiones chinos grises. Cinco o seis hombres vestidos de civil atravesaban con rapidez la entrada. Desde donde yo me encontraba, podía ver adentro por las ventanas. Los hombres alinearon con rapidez a todos contra las paredes y comenzaron a registrarlos. Traté de localizar a Yin, pero no pude verlo por ninguna parte. ¿Había escapado?

Un nuevo patrullero se detuvo afuera, y un oficial chino, alto y flaco, vestido con uniforme militar, bajó y caminó con lentitud hacia la puerta. Era evidentemente el mandamás. Ya en la puerta, miró adentro un breve instante; luego se detuvo y se volvió, escrutando ambos lados de la calle, como percibiendo algo. Se dirigió hacia mi lado, así que me agaché de nuevo detrás de los recipientes, con el corazón acelerado.

Al cabo de un momento me arriesgué a echar un vistazo hacia el restaurante. Los chinos obligaban a salir a la gente y la cargaban en los camiones. Yin no se hallaba entre ellos. Uno de los autos se marchó mientras el oficial a cargo hablaba

con los hombres restantes. Parecía darles indicaciones de que iniciaran una búsqueda en la calle.

Me oculté detrás de los tanques y respiré hondo. Sabía que, si me quedaba ahí, en poco tiempo me encontrarían. Buscando opciones, noté un callejón de tierra, estrecho, que corría desde los tanques hasta la calle siguiente. Salté al jeep, lo puse en punto muerto y aproveché el leve declive del terreno para atravesar el callejón y doblar a la derecha hacia la esquina siguiente. Puse el auto en marcha, pero no tenía idea de adónde ir. Lo único que quería era poner algo de distancia entre los soldados y yo.

Después de unas cuadras tomé a la derecha por una calleja angosta que me llevó a una zona de pocos edificios. Cien metros más, y tuve la impresión de estar por completo fuera del pueblo. Al cabo de poco menos de dos kilómetros, salí del camino y estacioné detrás de un grupo de altos montículos de piedra, cada uno del tamaño de una casa.

"¿Y ahora qué?", pensé. Estaba completamente perdido, sin la más mínima noción de adónde dirigirme. Me recorrió un relámpago de ira y frustración. Yin debía haberme preparado para esa posibilidad. Probablemente en el pueblo había alguien a quien él conocía que pudiera ayudarme, pero ahora no tenía modo alguno de encontrarlo.

Una bandada de cuervos aterrizó en el montículo de mi derecha y luego voló en círculos encima del jeep, mientras graznaban fuerte. Miré por las ventanillas a uno y otro lado, seguro de que se acercaba alguien, por lo cual se habían perturbado los pájaros, pero no vi a nadie. Al cabo de unos minutos, casi todos los cuervos volaron hacia el oeste, todavía graznando. Pero uno se quedó en lo alto del montículo, mirando en silencio en dirección a mí. "Qué bueno —pensé—. Puede servirme de centinela." Me permitiría quedarme allí hasta decidir qué hacer.

En la parte posterior del jeep encontré unas frutas secas, nueces y galletas. Las comí sin pensar, mientras tomaba algunos sorbos nerviosos de la cantimplora de agua. Sabía que debía idear un plan. Se me ocurrió seguir subiendo por el camino hacia el oeste, pero decidí no hacerlo. A esa altura me abrumaba un gran miedo y sólo quería lo que había deseado desde el primer momento:
olvidar aquella excursión, volver a Lhasa y luego al aeropuerto. Sabía que conseguiría recordar parte del trayecto, pero el resto tendría que adivinarlo. No podía creer que no hubiera intentado llamar a alguien, en el monasterio del lama Rigden, o más tarde en la casa de Hanh, que me ayudara a esbozar un plan de escape.

Mientras pensaba qué hacer, se me congeló el corazón. Alcancé a oír los primeros ruidos de un vehículo que se aproximaba por el camino en dirección a mí. Pensé en poner en marcha el jeep e irme, pero me di cuenta de que el vehículo se acercaba con demasiada rapidez. En cambio, tomé la cantimplora y una bolsa de comida, corrí detrás del montículo más lejano y me oculté en un lugar apartado e inescrutable pero que me permitía ver lo que sucedía.

El vehículo aminoró la marcha. Cuando se detuvo, más o menos a mi altura, me di cuenta de que era la camioneta que había visto antes en el puesto de control. El conductor era el hombre rubio al que habían interrogado los soldados chinos; en el asiento del acompañante iba sentada una mujer.

Mientras yo observaba, detuvieron la camioneta por completo y se pusieron a hablar un breve instante. Pensé en salir y hablarles, pero de inmediato sentí una punzada de miedo. ¿Y si los soldados los habían alertado acerca de nosotros y habían insistido en que les notificaran si nos veían? ¿Me entregarían?

La mujer entreabrió la puerta, como para bajar, sin dejar de hablar con el

hombre. ¿Ya habían divisado el jeep? Mi mente pensaba acelerada. Decidí que, si ella se bajaba y se me acercaba, yo simplemente echaría a correr. De ese modo, sólo se quedarían con el jeep y yo me alejaría bastante de allí antes de que llegaran los oficiales.

Con ese pensamiento en mente, volví a espiar la camioneta. Los dos holandeses escrutaban los montículos, con expresión preocupada. Se miraron una vez más antes de que la mujer cerrara su puerta de un golpe y ambos se marcharan a buena velocidad hacia el oeste. Observé la camioneta subir la pequeña colina de mi derecha y desaparecer.

En el fondo, me sentí decepcionado. Tal vez ellos podrían haberme ayudado, pensé. Consideré la idea de correr al jeep y alcanzarlos, pero la deseché. Mejor no tentar al destino, reflexioné. Era más prudente volver a mi plan original e intentar encontrar mi camino de vuelta a Lhasa, y luego a mi país.

Al cabo de una media hora, regresé al jeep y puse el motor en marcha. El cuervo de mi izquierda graznó y voló camino abajo, en la dirección que había tomado la camioneta holandesa. Yo me dirigí hacia el otro lado, rumbo a Zhongba, por una serie de pequeños senderos, en la esperanza de pasar lejos de las calles principales y el restaurante. Anduve varios kilómetros más hasta alcanzar la cima de una colina. Reduje la velocidad del jeep al ascender, de modo de poder escrutar la larga extensión de una carretera que se veía a la distancia.

Quedé conmocionado. No sólo había allí un nuevo bloqueo del camino, a unos ochocientos metros montaña abajo, con docenas de soldados, sino que conté cuatro camiones grandes y dos jeeps llenos de tropas que avanzaban veloces hacia mí.
Me apresuré a describir un giro con el jeep y regresar rápidamente en la dirección en que había venido, en la esperanza de que no repararan en mí. Sabía que tendría suerte si lograba esquivarlos. Razoné que debía avanzar hacia el oeste lo más rápido que pudiera, y luego al sur y el este. Tal vez hubiera bastantes caminos secundarios como para poder volver a Lhasa tomando por ellos.

Decidí que valía la pena intentarlo, de modo que crucé a la carrera la calle principal y me encaminé por una serie de caminos laterales, siempre en dirección al sur. Tomé una curva y me di cuenta de que iba por el camino equivocado. Sin querer había retornado otra vez a la ruta principal. Antes de poder detenerme, me encontraba a menos de treinta metros de otro puesto de control chino. Había soldados por todas partes. Me detuve a un costado del camino, apreté los frenos y me deslicé hacía la parte inferior del asiento.

"¿Y ahora qué?", pensé. ¿La cárcel? ¿Qué me harían? ¿Me considerarían un espía?

Al cabo de unos momentos noté que los chinos parecían por entero indiferentes a mi presencia, aunque mi vehículo se hallaba estacionado a plena vista. Autos viejos y carros e incluso transeúntes en bicicletas pasaban a mi lado, y los soldados los detenían a todos, les pedían identificación, controlaban sus papeles y a veces los registraban. Sin embargo, no me prestaban la menor atención.

Eché un vistazo a la derecha y noté que estaba estacionado a poca distancia de un sendero que llevaba a una casita de piedra situada a varios metros de distancia. A la izquierda de la casa había una pequeña franja de pasto sin cortar y, más allá del pasto, divisé otra calle.

Justo en ese momento pasó a mi lado un camión que se detuvo frente a mí, bloqueándome la visión del puesto de control. Instantes después apareció un Toyota azul, conducido por otro hombre rubio; estacionó a la vuelta del camión. A continuación oí hablar fuerte y gritar en chino. El vehículo daba la impresión de retroceder, como si intentara dar la vuelta, pero los soldados lo rodeaban. Aunque

mi línea de visión estaba bloqueada, pude oír gritos airados en chino, entremezclados con temerosas súplicas en inglés con acento holandés.

—No, por favor —decía la voz—. Lo lamento. Soy turista. Mire, tengo un permiso especial para andar por esta ruta.

Se detuvo otro auto. El corazón me dio un salto en el pecho. Era el mismo oficial chino al que había visto antes en el restaurante. Me deslicé aún más en el asiento, tratado de esconderme mientras él pasaba cerca.

—¡Déme sus papeles! —pidió el oficial al holandés, en perfecto inglés.

Mientras escuchaba, noté que algo se movía a mi derecha y espié por la ventanilla del acompañante para ver de qué se trataba. El sendero que iba hacia la casa lucía bañado en un resplandor cálido y luminoso, exactamente el mismo resplandor que yo había visto al escapar con Yin en las afueras de Lhasa. Los dakini.

El jeep estaba en marcha, de modo que lo único que debí hacer fue avanzar lentamente hacia la derecha y por el sendero. Apenas respiraba mientras pasaba por la casa, atravesaba el pasto hasta la calle siguiente y doblaba a la izquierda. Un kilómetro y medio más adelante doblé de nuevo a la izquierda, en dirección al norte y fuera del pueblo por la calle lateral que había tomado antes. Diez minutos después me encontraba de nuevo en los montículos, preguntándome qué hacer. En el camino, hacia el oeste, oí graznar a otro cuervo. En forma instantánea decidí ir en esa dirección, el rumbo que podría haber tomado desde el principio.

El camino llevaba a una elevación empinada y luego se extendía por una larga planicie rocosa. Manejé durante varias horas mientras la luz de la tarde comenzaba a esfumarse. No se veían autos ni gente por ninguna parte, y casi no había casas. Media hora más tarde había oscurecido por completo, así que pensé en encontrar un lugar donde pasar la noche; entonces advertí un estrecho sendero de grava que salía a mi derecha. Reduje la velocidad del jeep y miré con más atención. Había algo apenas al costado del sendero; parecía una prenda de vestir.

Detuve el vehículo y con cuidado iluminé el objeto con una linterna que saqué por la ventanilla. Era una parka. Mi parka. La que había dejado en el restaurante poco antes de que llegaran los chinos.

Me apresuré a apagar la luz, sonriendo. *Yin* debía de haberla puesto allí. Bajé del jeep, la recogí y seguí ascendiendo con el jeep por el estrecho sendero, con las luces apagadas.

El camino me llevó unos ochocientos metros más arriba por un declive gradual hasta una pequeña casa con granero. Avancé con cautela. Varias cabras me miraban desde el otro lado de una cerca. En el porche de la casa reparé en un hombre sentado en un banco. Detuve el jeep y él se puso de pie. Reconocí la silueta. Era Yin.

Estacioné el vehículo y corrí hacia él. Me recibió con un abrazo tieso, pero sonriendo.

—Me alegro de verte —me dijo—. ¿Ves? Te dije que estaban ayudándote.

—Casi me atraparon los chinos —respondí—. ¿Cómo escapaste?

Un nerviosismo le volvió al rostro.

—Las mujeres del restaurante son muy astutas. Vieron a los oficiales chinos y me escondieron en el horno. A ninguno se le ocurrió mirar allí.

—¿Qué crees que les sucederá a las mujeres? —pregunté.

Me miró a los ojos pero no dijo nada por un largo momento.

—No sé —respondió—. Mucha gente está pagando un alto precio por ayudarnos.

Desvió la mirada y señaló el jeep.

—Ayúdame a traer algo de comida y prepararemos algo para comer.

Mientras Yin hacía un fuego me explicó que, después de que la policía se marchó, él volvió a la casa de sus amigos, que le sugirieron que se escondiera en aquella vieja choza mientras ellos buscaban otro vehículo.

—Sabía que te iba a abrumar el miedo y tratarías de volver a Lhasa —continuó Yin—. Pero también sabía que, si decidías continuar con este viaje, al final intentarías dirigirte otra vez hacia el noroeste. Éste era el único camino, así que puse tu chaqueta allí en la esperanza de que la vieras tú, y no los soldados.

—Fue muy arriesgado —comenté.

Asintió mientras ponía las verduras en una olla llena de agua y la colgaba de un gancho de metal encima del fuego, para que los vegetales se cocinaran al vapor. Las llamas de estiércol de yak lamían el fondo del recipiente.

Ver de nuevo a Yin disipó gran parte de mi miedo. Nos sentamos en unas sillas viejas y polvorientas junto al fuego.

—Tengo que admitir que sí intenté marcharme —confesé—. Pensé que era mi única posibilidad de sobrevivir.

Continué contándole todo lo ocurrido, salvo la experiencia de la luz alrededor de la casa. Cuando llegué a la parte en que me hallaba oculto tras los montículos y pasó la camioneta, se enderezó en la silla.

—¿Estás seguro de que era la misma camioneta que vimos en el bloqueo caminero? —preguntó con agudeza.

—Sí, eran ellos —afirmé.

Se lo veía totalmente exasperado.

—¿Viste a las personas a las que ya habíamos visto antes, y no encontraste un modo de hablar con ellas? —Su cara reflejaba un dejo de ira. —¿No recuerdas que te conté mi sueño, en el que encontrábamos a alguien que podía ayudamos a descubrir el punto de acceso?

—No quería correr el riesgo de que me delataran —protesté.

—¿Qué? —Me miró fijo; luego se inclinó y se tomó la cara en las manos un momento. Al fin volvió a mirarme.

—Estaba petrificado —me justifiqué—. No puedo creer la situación en que me he metido. Quería irme. Quería sobrevivir.

—Escúchame con atención —me dijo Yin—. Las pro-habilidades de que salgas del Tíbet ahora mediante una fuga son escasas. Tu única probabilidad de sobrevivir consiste en seguir adelante y hacer lo que tienes que hacer, utilizando la sincronicidad.

Miré para otro lado, sabiendo que era muy posible que él tuviera razón.

—Cuéntame lo que pasó cuando se aproximó la camioneta —me pidió Yin—. Todo lo que pensaste. Todos los detalles.

Le conté que la camioneta se había detenido, y que de inmediato sentí miedo. Le describí que la mujer actuó como queriendo bajar pero que cambió de opinión y ambos se marcharon.

Volvió a menear la cabeza.

—**MATASTE LA SINCRONICIDAD CON UN MAL USO DE TU CAMPO DE ORACIÓN. DISPUSISTE TU CAMPO CON EXPECTATIVAS TEMEROSAS, Y ESO LO DETUVO TODO**.

"Piensa en lo que sucedía cuando oíste que se acercaba la camioneta —continuó Yin—. Tenías dos opciones: podrías haber pensando que eso constituía una amenaza o una potencial ayuda. Por cierto tenías que considerar ambas cosas. Pero una vez que reconociste la camioneta, eso debió haberte indicado algo. El hecho de que fuera la misma camioneta que habíamos visto antes en la encrucijada era significativo, en especial puesto que esas mimas personas produjeron la distracción

que nos permitió pasar de largo sin que nos vieran. Desde ese punto de vista, ellos ya te habían ayudado, y ahora posiblemente estaban allí para ayudarte de nuevo.

Asentí. Yin tenía razón. Era evidente que yo había estropeado la situación.

Yin desvió la mirada, distraído por sus propios pensamientos; luego dijo:

—**PERDISTE POR COMPLETO TU ENERGÍA Y TU POSIBLE EXPECTATIVA**. ¿Recuerdas lo que te dije en el restaurante? **PARA DISPONER TU CAMPO A LA SINCRONICIDAD DEBES COLOCARTE EN UN ESTADO MENTAL PARTICULAR. ES FÁCIL PENSAR EN LA SIN- CRONICIDAD EN FORMA INTELECTUAL, PERO A MENOS QUE ENTRES EN EL ESTADO DE ÁNIMO EN QUE TU CAMPO DE ORACIÓN TE AYUDARÁ, LO ÚNICO QUE HACES ES VISLUMBRAR LAS COINCIDENCIAS MUY DE VEZ EN CUANDO. EN ALGUNAS SITUACIONES ESO BASTA Y TE CONDUCIRÁ ADELANTE POR UN TIEMPO, PERO AL FINAL PERDERÁS LA DIRECCIÓN. LA ÚNICA MANERA DE ESTABLECER UN FLUJO CONSTANTE DE SINCRONICIDAD CONSISTE EN PERMANECER EN UN ESTADO EN EL QUE TU CAMPO DE ORACIÓN MANTENGA ESTE FLUJO EN MOVI- MIENTO HACIA TI... UN ESTADO DE "ALERTA CONSCIENTE".**

—No estoy seguro de cómo entrar en este estado de ánimo.

—**HAY QUE ACORDARSE DE ADOPTAR UNA ACTITUD ALERTA EN TODO MOMENTO. DEBES VISUALIZAR QUE TU ENERGÍA EMANA DE TI Y ATRAE LAS CORAZONADAS ACERTADAS, LOS HECHOS CORRECTOS. Y TIENES QUE ESPERAR QUE OCURRAN EN CUALQUIER MOMENTO. DISPONEMOS NUESTRO CAMPO PARA QUE NOS TRAIGA SINCRONICIDAD MEDIANTE LA ACTITUD DE PERMANECER SIEMPRE VIGILANTES, SIEMPRE ESPERANDO EL PRÓXIMO ENCUENTRO. CADA VEZ QUE OLVIDAS MANTENERTE EN ESE ESTADO DE EXPECTATIVA, DEBES DETENERTE A RECORDAR.**

"CUANTO MÁS ESTÉS EN ESE ESTADO DE ÁNIMO, MÁS AUMENTARÁ LA SINCRONICIDAD. Y AL FINAL, SI MANTIENES ELEVADA TU ENERGÍA, ESTA POSTURA DE "ALERTA CONSCIENTE" SE CONVERTIRÁ EN TU ACTITUD PREDOMINANTE HACIA LA VIDA. LAS LEYENDAS DICEN QUE ALGÚN DÍA LAS EXTENSIONES DE LA ORACIÓN SE VOLVERÁN NUESTRA SEGUNDA NATURALEZA. LAS DISPONDREMOS A LA MAÑANA DE MANERA TAN RUTINARIA COMO NOS VESTIMOS. ÉSE ES EL LUGAR QUE DEBES ALCANZAR, EL ESTADO DE ÁNIMO EN EL QUE EXPERIMENTAS ESA EXPECTATIVA EN FORMA CONSTANTE.

Hizo una pausa y me miró un momento.

—Cuando oíste que se te acercaba el vehículo, de inmediato te dejaste ganar por el miedo. Por como lo cuentas, los holandeses intuyeron que debían detenerse en los montículos, aunque es muy probable que no supieran por qué. Sin embargo, cuando te colmó el miedo y pensaste que tal vez eran malas personas, tu campo se apagó y surtió un efecto en ellos: entró en sus campos y tal vez les hizo sentir que había algo errado, que estaban haciendo algo mal. Y entonces se fueron.

Lo que me decía era fantástico, pero yo lo sentía cierto.

—Cuéntame más sobre el modo en que nuestros campos afectan a la gente —le pedí. Meneó la cabeza.

—Te estás adelantando. El efecto de nuestros campos en otras personas es la Tercera Extensión. Por ahora, limítate a concentrarte en disponer un campo para la sincronicidad y no dejarte ganar por pensamientos de temor. Tienes tendencia a esperar lo peor. Recuerda que, cuando íbamos camino al monasterio del lama Rigden y te dejé solo, viste un grupo de refugiados que te habrían conducido directo al monasterio si les hubieras hablado. Pero en cambio supusiste que iban a entregarte y perdiste la sincronicidad. Este pensamiento negativo es un esquema

mental tuyo.

Me quedé mirándolo; me sentía cansado. Él sonrió y no volvió a mencionar ninguno de mis errores. Durante un buen rato hablamos con tono ameno acerca del Tíbet, y en un momento salimos a contemplar las estrellas. El cielo estaba claro y la temperatura era apenas fría. Por sobre nosotros había las estrellas más brillantes que yo hubiera visto nunca, y así se lo comenté a Yin.

—Por supuesto que se las ve grandes —contestó—. Estás parado en el techo del mundo.

A la mañana siguiente dormí hasta tarde y realicé una serie de movimientos de Tai-Chi con Yin. Esperamos todo lo que pudimos a sus amigos, pero no aparecieron. Nos dimos cuenta de que, al fin y al cabo, tendríamos que correr el riesgo de ir con un solo auto, así que cargamos el jeep y partimos al mediodía.

—Debe de haber sucedido algo —comentó Yin. Trataba de mostrarse fuerte, pero noté que estaba preocupado.

Íbamos de nuevo subiendo por el camino principal a través de una niebla espesa que había cubierto casi todo el paisaje y nos oscurecía la visión de las montañas.

—Con esto, para los chinos será difícil vernos —observó Yin.

—Qué bueno —contesté.

No entendía cómo habían hecho los chinos para saber de nuestra presencia en el restaurante de Zhongba, así qué le pregunté a Yin su parecer.

—Estoy seguro de que fue culpa mía —respondió—. Ya te dije cuánta ira y miedo siento por ellos. Sin duda mi Campo de Oración me trajo lo que yo estaba pidiendo.

Lo miré con dureza. Aquello era demasiado.

—¿Quieres decir —le pregunté— que, como tenías miedo, la energía que emanabas de algún modo trajo los chinos a nosotros?

—No, no sólo el miedo. Todos experimentamos una clase general de miedo. No es eso a lo que me refiero, sino de permitir que mi mente se entregue a visiones temerosas de lo que podría pasar, lo que podrían hacer los chinos. Los he visto actuar tanto tiempo en el Tíbet, que conozco sus métodos. Sé cómo oprimen a los individuos mediante la intimidación. **Me permití verlos venir por nosotros en mi mente, como en una pequeña visión, y no hice nada por contrarrestar .esa imagen.**

"**Debería haberme detenido allí y visualizado que no iban a encontrarnos, y luego mantenido esa expectativa. Mi miedo en general no fue los que los trajo. Perdí la conciencia y mantuve una imagen específica, una expectativa específica de que ellos vendrían a nosotros; ése fue el problema**. **SI MANTIENES UNA IMAGEN NEGATIVA DURANTE DEMASIADO TIEMPO, AL FINAL SE TORNA REALIDAD.**

Todavía me pasmaba aquella idea. ¿Podía ser cierto? Durante un largo tiempo había observado que la gente que temía un hecho en particular —un robo en su casa, por ejemplo, o enfermarse de algo en particular, o perder a un amante— a menudo experimentaba justamente ese hecho en su vida. ¿Era éste el efecto que describía Yin?

Recordé la imagen temerosa que yo había experimentado antes, cuando Yin se había ido a buscar en Zhongba a alguien que nos acompañara. Había imaginado que me quedaba solo en el jeep y manejaba solo, perdido, y fue exactamente eso lo que acabó por suceder. Me recorrió un escalofrío.

—¿Estás diciendo que todo lo negativo que nos sucede es resultado de nuestros propios pensamientos? —pregunté.

Arrugó el entrecejo.

—Por supuesto que no. MUCHAS COSAS SUCEDEN MERAMENTE A CAUSA DEL CURSO NATURAL DE LA VIDA CON OTROS SERES HUMANOS. SUS EXPECTATIVAS Y ACCIONES TAMBIÉN DESEMPEÑAN UN PAPEL. PERO SÍ TENEMOS ALGUNA INFLUENCIA CREATIVA, QUERAMOS CREERLO O NO. TENEMOS QUE DESPERTAR Y COMPRENDER QUE, CON RESPECTO A NUESTRA ENERGÍA DE ORACIÓN, UNA EXPECTATIVA ES UNA EXPECTATIVA, YA SE BASE EN EL MIEDO O EN LA FE. En este caso, yo no me vigilé con la suficiente atención. Ya te advertí que mi odio hacia los chinos es un problema.

Se volvió y nuestros ojos se encontraron. —También recuerda lo que te dije —agregó— en cuanto a que, **EN ESTOS NIVELES MÁS ELEVADOS DE ENERGÍA, EL EFECTO DE NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN ES MUY RÁPIDO. EN EL MUNDO COMÚN, LOS INDIVIDUOS TODAVÍA TIENEN UNA MEZCLA DE IMÁGENES DE MIEDO E IMÁGENES DE ÉXITO, DE MODO QUE AMBAS TIENDEN A ANULARSE MUTUAMENTE Y NO CAUSAR TANTO EFECTO. PERO EN ESTOS NIVELES PODEMOS AFECTAR CON GRAN RAPIDEZ LO QUE SUCEDE, AUNQUE UNA IMAGEN DE MIEDO TERMINE POR DERRUMBAR LA FUERZA DE NUESTRO CAMPO.**

"LA CLAVE CONSISTE EN ASEGURARTE DE QUE TU MENTE SE CONCENTRE EN LA SENDA POSITIVA DE TU VIDA, NO EN ALGUNA EXPECTATIVA TEMEROSA. POR ESO ES TAN IMPORTANTE LA SEGUNDA EXTENSIÓN. SI PERMANECEMOS EN UN ESTADO DE "ALERTA CONSCIENTE" A LA SIGUIENTE SINCRONICIDAD, NUESTRA MENTE CONTINÚA EN LO POSITIVO, LEJOS DE NUESTROS MIEDOS Y DUDAS. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Asentí pero no dije nada. Yin volvió a concentrarse en el camino.

—Tenemos que usar este poder ya mismo. Continúa lo más alerta que puedas —me dijo—. Con esta niebla, podríamos pasar por alto la camioneta con gran facilidad, y no queremos perder a los holandeses. ¿Estás seguro de que iban en esta dirección?

—Sí —respondí.

—Entonces, si pararon a pasar la noche, como hicimos nosotros, no pueden ir mucho más adelante.

Toda la mañana viajamos, siempre con rumbo noroeste. Por mucho que yo intentara mantenerlo elevado, no podía permanecer en el estado de expectativa consciente que describía Yin. Algo andaba mal. Yin lo notó y no cesaba de mirarme.

Por fin se volvió y me preguntó:

—¿Estás seguro de que esperas el pleno proceso sincrónico?

—Sí —respondí—. Creo que sí.

Arrugó levemente la frente y continuó mirándome. Yo sabía a qué apuntaba. Tanto en Perú como después, en los Apalaches, con la Décima Revelación, yo había experimentado que había un proceso en la sincronicidad. **Cada uno de nosotros, en determinado momento, tiene una pregunta fundamental acerca de su existencia, algo que necesita averiguar según la situación de vida particular en que se halle**. En nuestro caso, la pregunta era cómo encontrar la camioneta de los holandeses, y luego a Wil y el punto de acceso.

IDEALMENTE, UNA VEZ QUE RECONOCEMOS LA PREGUNTA CENTRAL DE NUESTRA VIDA, TENDREMOS UN PENSAMIENTO GUÍA, O UNA INTUICIÓN, ACERCA DE CÓMO RESPONDERLA. NOS ENCONTRAMOS CON UNA IMAGEN MENTAL QUE NOS SUGIERE IR A ALGUNA PARTE, EMPRENDER ALGUNA ACCIÓN, DECIR ALGO A UN EXTRAÑO. SIEMPRE EN EL PLANO DE LO IDEAL,

SI SEGUIMOS ESA INTUICIÓN OCURRIRÁ UNA COINCIDENCIA PARA DAMOS INFORMACIÓN REFERENTE A NUESTRA PREGUNTA. ESTA SINCRONICIDAD NOS CONDUCE MÁS ADELANTE EN NUESTRO CAMINO DE VIDA... Y, A SU VEZ, A UNA NUEVA PREGUNTA.

—¿Qué dicen las leyendas acerca de esto? —pregunté.

—**DICEN** —respondió Yin— **QUE AL FINAL LOS HUMANOS APRENDEREMOS QUE NUESTRA ENERGÍA DE ORACIÓN PUEDE INFLUIR EN GRAN MEDIDA EN EL FLUJO DE NUESTRA VIDA. MEDIANTE EL USO DE LA FUERZA DE NUESTRA EXPECTATIVA PODEMOS PROVOCAR EL PROCESO DE SINCRONICIDAD EN FORMA MÁS FRECUENTE. PERO DEBEMOS PERMANECER ALERTA A TODO EL PROCESO, COMENZANDO POR LA SIGUIENTE INTUICIÓN**. ¿Estás esperando conscientemente una intuición?

—Todavía no he captado nada —respondí.

—¿Pero esperas una? —me urgió.

—No lo sé. En realidad no estaba pensando en intuiciones.

Asintió.

—**RECUERDA QUE ESTO ES UNA PARTE DE LA ACTITUD DE DISPONER TU CAMPO DE ORACIÓN PARA LA SINCRONICIDAD. DEBES PERMANECER ALERTA Y ESPERAR QUE SE PRODUZCA TODO EL PROCESO: LA PREGUNTA, OBTENER UNA INTUICIÓN Y SEGUIRLA, Y BUSCAR LAS COINCIDENCIAS. RECUÉRDATE ESPERARLO TODO, ESTAR ALERTA A TODO, Y SI LO HACES, TU ENERGÍA IRÁ DELANTE DE TI Y AYUDARÁ A ATRAER EL FLUJO**.

Me dirigió una sonrisa, con la intención de levantarme el ánimo.

Asentí y respiré hondo varias veces; sentí que mi energía comenzaba a retornar. El humor de Yin era contagioso. Mi estado de alerta se agudizó.

Le devolví la sonrisa. Por primera vez valoré quién era Yin. A veces era tan temeroso como yo, y a menudo se mostraba demasiado brusco, pero tenía el corazón puesto en ese viaje y deseaba que todo saliera bien. Mientras pensaba en esto, caí en un ensueño en el que Yin y yo caminábamos a través de una región de dunas de arena y rocas, de noche, por un lugar cercano a un río. A la distancia había un resplandor, una fogata a los que queríamos llegar. Yin iba adelante y yo me sentía contento de seguirlo.

Volví a mirarlo. Me miraba con fijeza.

Me di cuenta de lo que había sucedido.

—Creo que acabo de captar algo —dije—. Tuve un pensamiento en que los dos caminábamos hacia un campamento. ¿Crees que signifique algo?

—Sólo tú lo sabes —repuso.

—Pero no lo sé. ¿Cómo se supone que lo sepa?

—Si tu pensamiento era una intuición guía, tendrá algo que ver con nuestra búsqueda de la camioneta. ¿Quién estaba en el campamento? ¿Cuál era la sensación?

—No sé quién estaba allí. Pero deseábamos intensamente alcanzar el campamento. ¿Hay alguna región arenosa por aquí cerca?

De inmediato Yin apartó el jeep del camino y se detuvo. La niebla comenzaba a disiparse.

—Este paisaje es todo arena y piedras durante ciento cincuenta kilómetros más —dijo. Me encogí de hombros.

—¿Y un río? ¿Hay algún río cerca? Se le iluminaron los ojos.

—Sí, pasando la población siguiente. Paryang, a unos doscientos kilómetros más adelante. —Calló un momento, sonriente. —Debemos permanecer alerta —dijo al fin—. Ésa es nuestra única pista.

Anduvimos bastante rápido y llegamos a Paryang para el crepúsculo. Atravesamos directamente el pueblo y luego seguimos avanzando otros veinticinco kilómetros, donde Yin dobló a la derecha y tomó un camino de tierra. Estaba casi por completo oscuro, pero podíamos distinguir las siluetas del río a poco menos de un kilómetro.

—Más adelante hay un puesto de control —me advirtió Yin—. Tendremos que rodearlo.

A medida que nos aproximábamos al río, el camino se angostaba y se tomaba muy trillado.

—¿Qué es eso? —preguntó Yin, al tiempo que detenía el jeep y retrocedía.

En un claro rocoso, a nuestra derecha, apenas visible, había un vehículo. Bajé el vidrio de la ventanilla para que pudiéramos verlo con más claridad.

—No es una camioneta —dijo Yin—, sino un auto azul. Me esforcé por ver.

—Espera un momento —le dije—. Es el vehículo que vi detenido en la barrera caminera cuando nos separamos.

Yin apagó las luces del jeep, y tuvimos la sensación de que nos tragaba la oscuridad.

—Vayamos un poco más adelante —dijo, e hizo avanzar nuestro vehículo varios metros más por el camino trillado.

—¡Mira! —exclamé, señalando. A nuestra izquierda estaba la camioneta, estacionada entre grandes piedras. No había nadie cerca.

Estaba a punto de bajar, cuando Yin echó de golpe el jeep hacia adelante y lo estacionó fuera de la vista, a varios cientos de metros al este.

—Será mejor que escondamos nuestro vehículo —me comentó, y cuando nos bajamos lo cerró.

Regresamos a la camioneta y echamos un vistazo alrededor.

—Las huellas van en esa dirección —dijo Yin, señalando hacia el sur—. Vamos.

Asentí y caminé tras él mientras nos abríamos paso entre las grandes piedras y la arena. La Luna menguante iluminaba nuestro paso. Al cabo de diez minutos, Yin se detuvo, me miró y olfateó el aire. Yo también lo percibía: el humo de una fogata.

Caminamos otros cincuenta metros en la oscuridad, hasta que pudimos ver el campamento. Había un hombre y una mujer acurrucados junto a las llamas: la pareja holandesa que yo había visto en la camioneta. El río corría poco más allá.

—¿Qué hacemos? —susurré.

—Tendremos que anunciarnos —respondió Yin—. Mejor hazlo tú, así se asustan menos.

—No sabemos quiénes son —protesté, resistiéndome.

—Ve y diles que estamos aquí.

Me paré y los miré con más claridad. Vestían ropa de fajina y camisas de algodón gruesas. Parecían meros turistas de excursión por el Tíbet.

—Hola —dije en voz alta—. Nos alegramos de verlos.

Yin me miró de reojo.

Las dos personas se pusieron de pie de un salto y miraron con atención mientras yo emergía de la oscuridad. Con una amplia sonrisa, agregué:

—Necesitamos su ayuda.

Yin me siguió, hizo una leve reverencia y dijo:

—Lamentamos molestarlos, pero estamos buscando a nuestro amigo Wilson James. Esperábamos que ustedes pudieran ayudarnos.

Estaban los dos como en estado de *shock;* no podían creer que hubiéramos entrado de esa manera en su campamento. Sin embargo, con lentitud, la mujer pareció darse cuenta de que éramos inofensivos y nos ofreció un lugar para

sentarnos junto al fuego.

—No conocemos a Wiison James —nos dijo—, pero sí lo conoce el hombre con el que hemos venido a encontrarnos aquí esta noche. Ya he oído mencionar su nombre.

Su compañero asintió, con aspecto muy nervioso.

—Espero que Jacob pueda encontrarnos. Ya lleva horas de atraso.

Estaba por decirles que habíamos visto otro vehículo estacionado no muy lejos, cuando la expresión del hombre cambió. Parecía petrificado. Sus ojos estaban fijos en algo situado a mis espaldas. Me di vuelta de golpe. Atrás, en la dirección de los vehículos, el terreno había cobrado vida, con vehículos y faros y docenas de voces que hablaban en chino, todos los cuales se movían en dirección a nosotros.

El hombre se puso de pie de un salto y comenzó a apagar el fuego. Tomó varios bultos y salió corriendo del campamento con la mujer.

—Vamos —dijo Yin, tratando de alcanzarlos. En unos minutos habían desaparecido por completo en la oscuridad. Por fin Yin se dio por vencido. Detrás de nosotros, las luces se acercaban. Nos agazapamos junto al río.

—Creo que puedo llegar a nuestro jeep —dijo Yin—. Si tenemos suerte, aún no lo habrán encontrado. Tú ve al norte, corriente arriba, más o menos un kilómetro y medio, y trata de alcanzar a los holandeses. Allí encontrarás otro camino que baja hasta la orilla del río. Presta atención para oírme llegar; pasaré a buscarte.

—¿Por qué no puedo ir contigo? —quise saber.

—Porque es demasiado peligroso. Un hombre solo podría huir, pero a dos nos verían.

Accedí de mala gana. Comencé a abrirme paso entre las piedras y los montículos de grava a la luz de la Luna, valiéndome de mi linterna sólo cuando resultaba absolutamente necesario. Sabía que el plan de Yin era una locura, pero parecía nuestra única probabilidad. Me pregunté de qué nos habríamos enterado si hubiéramos hablado más tiempo con la pareja holandesa o hubiéramos conocido al otro hombre. Al cabo de diez minutos me detuve a descansar. Tenía frío y me sentía agotado.

Oí un crujido más adelante. Agucé el oído. Sin duda, había alguien caminando. Debía de ser la pareja holandesa, pensé. Despacio avancé hasta alcanzar el sonido. A unos seis metros de distancia distinguí la silueta de una sola persona, un hombre. Sabía que debía decirle algo, o correría el riesgo de perderlo.

—¿Eres holandés? —balbuceé.

Se quedó inmóvil y no respondió, de modo que repetí la pregunta. Sonaba tonta, pero calculé que quizás obtuviera algún tipo de reacción.

—¿Quién eres? —fue la respuesta.

—Soy estadounidense —dije, dándome cuenta de que ése debía de ser el hombre con el que esperaba encontrarse la pareja de holandeses—. He visto a tus amigos.

Se volvió y me miró mientras yo luchaba entre las rocas por alcanzarlo. Era joven, de alrededor de veinticinco años, y se lo veía aterrado.

—¿Dónde viste a mis amigos? —preguntó con voz temblorosa.

Cuando enfocó los ojos en mí, sentí cuánto miedo tenía. Una oleada de miedo me recorrió el cuerpo. Me esforcé por mantener alta mi energía.

—Corriente abajo —respondí—. Nos dijeron que te esperaban.

—¿Estaban los chinos allá? —preguntó.

—Sí, pero creo que tus amigos escaparon. Se mostró aún más aterrorizado.

—Nos dijeron —me apresuré a agregar— que tú conoces a un hombre al que estoy buscando. Wilson James. Iba retrocediendo.

—Tengo que salir de aquí —dijo, e hizo ademán de marcharse.

—Ya te he visto antes —le dije—. Estabas detenido en un puesto de control en Zhongba.

—Sí —respondió—. ¿Tú también estabas ahí?

—Sí, detrás de ti, en el tránsito. Te estaba interrogando un oficial chino.

—Es cierto —repuso mientras miraba para todos lados, nervioso.

—¿Qué sabes de Wil? —le pregunté, esforzándome por mantener la calma—. Wilson James. ¿Lo conoces? ¿Te dijo algo acerca de un punto de acceso?

El joven no contestó. Tenía los ojos vidriosos de miedo. Se limitó a volverse y correr entre las rocas corriente arriba. Lo perseguí durante un rato, pero desapareció con rapidez en la oscuridad. Al fin me detuve y miré atrás, hacia donde se hallaban estacionados la camioneta y nuestro jeep. Todavía alcanzaba a ver luces y a oír voces apagadas.

Me volví y me dirigí de nuevo al norte, dándome plena cuenta de que había estropeado mi oportunidad. No había extraído información alguna del muchacho. Traté de restar importancia a mi fracaso; más importante era encontrar a Yin y tratar de escapar yo mismo. Al final encontré el
camino viejo, y minutos después oí el ruido débil de un jeep.

CAPÍTULO 5
EL CONTAGIO DE LA CONCIENCIA

Me estiré lo mejor que pude en el vehículo atestado. Estaba completamente exhausto y me preguntaba cómo hacía Yin para seguir manejando. Sabía que habíamos tenido suerte. Como suponía mi amigo, los militares chinos parecían desorganizados e indiferentes en cuanto a su búsqueda. Habían apostado a un solo guardia ante la camioneta de la pareja holandesa, mientras los demás registraban a desgana en la otra dirección, pasando totalmente por alto nuestro jeep. Yin se las había ingeniado para ponerlo en marcha sin hacer mucho ruido y rodear a los hombres sin que lo advirtieran, para ir a buscarme al río.

A esa altura Yin todavía manejaba con los faros apagados y mirando con gran concentración por el parabrisas para ver el camino oscurecido.

Al cabo de un momento me miró de soslayo.

—¿El joven holandés al que viste no te dijo nada?

—No —respondí—. Estaba muy asustado. Simplemente huyó.

Yin meneaba la cabeza.

—Es culpa mía, por no haberte dicho nada acerca de la siguiente extensión de la oración, la Tercera. Habrías tenido más éxito en cuanto a obtener información.

Comencé a preguntarle a qué se refería, pero me hizo callar con un ademán.

—**SÓLO RECUERDA DÓNDE ESTÁS** —me instruyó—. **HAS EXPERIMENTADO <u>LA PRIMERA EXTENSIÓN:</u> CONECTARTE CON LA ENERGÍA Y DEJARLA FLUIR A TRAVÉS DE TI, VISUALIZANDO QUE FORMA UN CAMPO DE ENERGÍA QUE FLUYE DELANTE DE TI ADONDEQUIERA QUE VAYAS. <u>LA SEGUNDA EXTENSIÓN</u>, COMO TE HE EXPLICADO, DISPONE TU CAMPO DE ENERGÍA DE MANERA QUE INTENSIFIQUE EL FLUIR DE TU VIDA. ESTO LO LOGRAS PERMANECIENDO SIEMPRE ALERTA Y EXPECTANTE.**

Yin me miraba con total seriedad.

—**<u>LA TERCERA EXTENSIÓN</u> CONSISTE EN DISPONER TU CAMPO DE ORACIÓN PARA QUE SALGA Y AUMENTE LA ENERGÍA Y LOS NIVELES VIBRATORIOS DE OTRAS PERSONAS. CUANDO TU CAMPO DE ORACIÓN ALCANZA A LOS DEMÁS DE ESTA MANERA, ELLOS SIENTEN UN IMPACTO DE ENERGÍA ESPIRITUAL, CLARIDAD, INTUICIÓN, Y SERÁ MÁS PROBABLE QUE TE DEN LA INFORMACIÓN CORRECTA.**

De nuevo supe con exactitud a qué apuntaba. En Perú, bajo la tutela de Wil y Sánchez, yo había explorado cómo enviar energía a otras personas, como una nueva postura ética hacia los demás. Ahora, en apariencia. Yin me aclaraba cómo hacerlo de manera más eficaz.

—Ya sé a qué te refieres —le dije—. **ME ENSEÑARON QUE EXISTE UNA EXPRESIÓN MÁS ELEVADA DEL YO, CAPAZ DE ENCONTRARSE EN EL ROSTRO DE CADA PERSONA. SI LE HABLAMOS A ESE YO, A ESA EXPRESIÓN, NUESTRA ENERGÍA AYUDA A LEVANTARLOS EN LA CONCIENCIA DE SU YO MÁS ELEVADO.**

—Sí —respondió Yin—, **PERO ESTE EFECTO AUMENTA SI UNO SABE CÓMO EXTENDER EL CAMPO DE ORACIÓN DE UNO, COMO EXPLICAN LAS LEYENDAS. DEBEMOS ESPERAR QUE NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN VAYA DELANTE DE NOSOTROS Y AUMENTE LA VIBRACIÓN DE LOS DEMÁS A CIERTA DISTANCIA, INCLUSO ANTES DE QUE NOS HALLEMOS LO BASTANTE CERCA COMO PARA VERLES LA CARA**. Lo miré con expresión interrogante.

—CONSIDÉRALO DE ESTE MODO: SI EN VERDAD ESTÁS PRACTICANDO LA PRIMERA EXTENSIÓN, LA ENERGÍA VIENE A TI Y TÚ VES EL MUNDO COMO ES EN REALIDAD: COLORIDO, VIBRANTE, HERMOSO COMO UN BOSQUE MÁGICO O UN DESIERTO COLORIDO. AHORA, PARA PRACTICAR LA TERCERA EXTENSIÓN, DEBES VISUALIZAR EN FORMA CONSCIENTE QUE TU ENERGÍA REBOSA HACIA EL CAMPO DE TODOS LOS QUE TE RODEAN Y ELEVA SU VIBRACIÓN DE MODO QUE TAMBIÉN COMIENCEN A VER EL MUNDO COMO EN REALIDAD ES. UNA VEZ QUE ESTO OCURRE, PUEDEN AFLOJAR EL PASO Y PERCIBIR LA SINCRONICIDAD. DESPUÉS DE DISPONER TU CAMPO DE ESTA MANERA ES MÁS FÁCIL OBSERVAR LA EXPRESIÓN MÁS ELEVADA DEL YO EN LAS CARAS DE LOS DEMÁS.

Hizo una pausa y me miró directamente, como si acabara de ocurrírsele otra cosa.

—RECUERDA TAMBIÉN —continuó— QUE HAY PELIGROS LATENTES QUE DEBEN EVITARSE CUANDO ELEVAS A ALGUIEN. CADA ROSTRO ES UN CONJUNTO DE RASGOS, COMO UNA... EH... MANCHA DE TINTA, Y PUEDES VER MUCHAS COSAS ALLÍ. PUEDES VER LA IRA DE UN PADRE ABUSADOR, LA INDIFERENCIA DE UNA MADRE NEGLIGENTE, O EL ROSTRO DE ALGUNA OTRA PERSONA QUE TE HA AMENAZADO. ESTO ES UNA PROYECCIÓN DE TU PASADO, UNA PERCEPCIÓN CREADA POR UNA SITUACIÓN TRAUMÁTICA QUE HA COLOREADO LA MANERA COMO ESPERAS QUE ACTÚEN LOS DEMÁS. CUANDO VES A UNA PERSONA QUE SE PARECE AUNQUE SEA UN POCO A ALGUIEN QUE TE HA HECHO DAÑO, LA TENDENCIA ES ESPERAR QUE ESE INDIVIDUO SE COMPORTE DEL MISMO MODO.

"ES MUY IMPORTANTE COMPRENDER ESTE PROBLEMA, Y HAY QUE VIGILARLO DE CERCA. TODOS DEBEMOS IR MÁS ALLÁ DE LAS EXPECTATIVAS DICTADAS POR NUESTRAS EXPERIENCIAS PASADAS. ¿Entiendes?

Asentí, ansioso de que prosiguiera.

—Ahora piensa otra vez en lo que te sucedió en el hotel de Katmandú. Debemos observarlo con más atención. ¿No dijiste que, cuando se sentó, el hombre de la piscina cambió el estado de ánimo de todos?

Asentí, recordando. Era una afirmación totalmente correcta. -Con su llegada, el hombre había dado la impresión de imponer un nuevo estado de ánimo en la zona de la piscina, incluso antes de haber dicho una palabra.

—Eso ocurrió porque su energía ya estaba dispuesta para ingresar en los

campos de energía de los demás y darles un impulso positivo. Piensa en la sensación exacta que eso causaba.

Desvié la mirada un momento, tratando de recrear en mi mente lo que había sucedido. Por fin dije:

—Dio la impresión de que todos los que se encontraban allí pasaron de un estado de irritación y descontento a un estado de ánimo más abierto y dispuesto a la conversación. Es difícil de explicar.

—La energía de ese hombre los abrió a explorar algo nuevo —continuó Yin—, en lugar de quedarse empantanados en el miedo o la desesperación o lo que fuere que estuvieran sintiendo.

Yin calló un breve instante, al tiempo que me miraba con atención.

—Por supuesto —prosiguió—, podría haber sucedido lo contrario. Si el hombre no hubiera sido lo bastante fuerte en su energía al entrar en la zona de la piscina, podría haber quedado abrumado por el estado de baja energía del resto de ustedes y haber descendido a ese nivel. Eso es lo que te ocurrió cuando te encontraste con el joven holandés. Él estaba aterrado, y su miedo te afectó. Permitiste que prevaleciera el estado de ánimo de él.

"Verás: **LOS CAMPOS DE ENERGÍA DE TODOS SE MEZCLAN, Y PREDOMINA EL MÁS FUERTE. ÉSA ES LA DINÁMICA INCONSCIENTE QUE CARACTERIZA AL MUNDO HUMANO. EL ESTADO DE NUESTRA ENERGÍA, ES DECIR, NUESTRAS EXPECTATIVAS PREDOMINANTES, SEAN CUALES FUEREN, SALEN E INFLUYEN EN EL ESTADO DE ÁNIMO Y LA ACTITUD DE TODOS LOS DEMÁS. EL NIVEL DE CONCIENCIA ENTRE LOS SERES HUMANOS Y TODAS LAS EXPECTATIVAS QUE LO ACOMPAÑAN SON CONTAGIOSOS.**

"ESTO EXPLICA LOS GRANDES MISTERIOS DE LA CONDUCTA DE LAS MULTITUDES: POR QUÉ PERSONAS DECENTES, INFLUIDAS POR UNOS CUANTOS QUE SON PRESA DE GRAN MIEDO O IRA, PUEDEN VERSE ENVUELTAS EN LINCHAMIENTOS, DISTURBIOS U OTROS ACTOS DESPRECIABLES. TAMBIÉN EXPLICA POR QUÉ FUNCIONA LA HIPNOSIS Y POR QUÉ LAS PELÍCULAS Y LA TELEVISIÓN EJERCEN UNA INFLUENCIA TAN GRANDE EN LOS INDIVIDUOS DE MENTE MÁS DÉBIL. EL CAMPO DE ORACIÓN DE CADA PERSONA DE LA TIERRA SE ENTREMEZCLA CON LOS DE TODAS LAS DEMÁS, PRODUCIENDO TODAS LAS NORMAS Y AFILIACIONES DE GRUPO Y NACIONALISMOS Y HOSTILIDADES ÉTNICAS QUE VEMOS POR AHÍ.

Yin sonrió.

—La cultura es contagiosa. Viaja a un país extranjero y fíjate cómo la gente no sólo piensa en forma diferente, sino que también siente en forma diferente, debido a una cuestión de estado de ánimo y perspectiva.

"ES UNA REALIDAD QUE DEBEMOS COMPRENDER Y DOMINAR. ES PRECISO RECORDAR DE MANERA CONSCIENTE UTILIZAR LA TERCERA EXTENSIÓN. CUANDO NOS RELACIONAMOS CON UNA PERSONA Y DESCUBRIMOS QUE ESTAMOS ADOPTANDO SU ESTADO DE ÁNIMO, QUE NOS ABRUMAN SUS EXPECTATIVAS, TENEMOS QUE RETROCEDER, LLENAMOS OTRA VEZ DE ENERGÍA POSITIVA Y EMANARLA EN FORMA MUY CONSCIENTE HASTA QUE EL ESTADO DE ÁNIMO SE ELEVE. Si hubieras podido hacer eso con el joven holandés, quizás habrías averiguado algo sobre Wil antes de que huyera.

Me sentía impresionado. Yin parecía tener pleno dominio de esta información.

—Yin —dije—, eres un erudito. Se le borró la sonrisa.

—Existe una diferencia entre saber cómo funciona todo esto —respondió— y poder hacerlo.

Debo de haber dormido durante horas, porque cuando me desperté se había

puesto el Sol y el jeep estaba estacionado en una región plana, por encima del camino. Me estiré y luego volví a desplomarme en el asiento. Durante unos minutos me quedé mirando más allá de varios montículos de piedras, la carretera de grava que corría abajo. Pasó un nómada que conducía un caballo y una pequeña carreta, pero salvo eso el camino se hallaba vacío. El cielo era claro como el cristal y desde algún punto a nuestras espaldas me llegó el llamado de un pájaro. Respiré hondo. Parte de la tensión del día anterior había cedido.

Yin comenzó lentamente a moverse; enseguida se sentó y me miró con una sonrisa. Bajó del jeep y se estiró; luego tomó de la parte posterior un calentador, sobre el cual puso un recipiente con agua para preparar avena cocida y té. Me le acerqué y traté de seguirlo en una serie de difíciles ejercicios semejantes a los del Tai-Chi.

Oí que se acercaba un vehículo por el camino, a buena velocidad. Esperamos detrás de una roca mientras el coche pasaba; los dos lo reconocimos al mismo tiempo.

—Era el joven holandés —dijo Yin, al tiempo que corría hacia el jeep. Recogí el calentador, lo arrojé a la parte de atrás y salté al vehículo mientras Yin daba la vuelta.

—A la velocidad que va, tendremos suerte si lo alcanzamos —comentó Yin mientras corríamos tras él.

Subimos por una colina y bajamos a un estrecho valle, hasta que al fin divisamos el vehículo, que avanzaba por el camino varios cientos de metros más adelante.

—Tenemos que alcanzarlo con nuestra energía de oración —dijo Yin.

Asentí y respiré hondo, visualizando que mi energía rebosaba camino arriba, ingresaba en el auto y ejercía su efecto sobre el joven. Imaginé que aminoraba la marcha y se detenía.

Mientras enviaba la imagen, en realidad el vehículo aceleró, distanciándose de nosotros. Me sentí confundido.

—¿Qué haces? —me gritó Yin.

—Utilizo mi campo para hacerlo parar.

—**NO USES TU ENERGÍA DE ESE MODO** —se apresuró a advertirme—. **SURTE EL EFECTO OPUESTO**. Lo miré sin comprender.

—¿QUÉ HACES CUANDO ALGUIEN TRATA DE MANIPULARTE PARA QUE HAGAS ALGO?

—**Me resisto** —respondí.

—**Correcto** —continuó Yin—. **EN EL NIVEL INCONSCIENTE, EL HOLANDÉS PUEDE SENTIR QUE TRATAS DE ORDENARLE QUÉ HACER. SE SIENTE MANIPULADO, Y ESO LE DA LA SENSACIÓN DE QUE EL QUE LO INTENTA NO SE PROPONE NADA BUENO, LO CUAL LE PRODUCE MÁS MIEDO Y AUMENTA SU DETERMINACIÓN DE HUIR.**

"LO ÚNICO QUE PODEMOS HACER ES VISUALIZAR QUE NUESTRA ENERGÍA SE EXTIENDE Y AUMENTA EL NIVEL DE VIBRACIÓN GENERAL DEL JOVEN. ESTO LE PERMITE SUPERAR EN FORMA MÁS PLENA SU MIEDO Y PONERSE EN CONTACTO CON LAS INTUICIONES DE SU YO MÁS ELEVADO, que, espero, lo conduzcan a tenemos menos miedo y quizás a arriesgarse a una conversación. Eso es todo lo que podemos hacer con nuestra energía de oración. **PRETENDER ALGO MÁS EQUIVALE A PRESUMIR QUE NOSOTROS SABEMOS CUÁL ES SU MEJOR CURSO DE VIDA, Y ESO SÓLO ÉL LO SABE**. Tal vez resulte que su intuición más elevada, una vez que le enviemos suficiente energía, le indique abandonarnos y salir del país. **TENEMOS QUE ESTAR ABIERTOS A ESO.**

SÓLO PODEMOS AYUDARLO A TOMAR LA DECISIÓN DESDE EL NIVEL DE ENERGÍA MÁS ELEVADO POSIBLE.

Tomamos por una curva del camino, y el vehículo azul ya no se veía por ninguna parte. Yin aminoró la marcha. A nuestra derecha se abría un camino más angosto que parecía destacarse.

—¡Por ahí! —exclamé, señalando.

Unos cien metros más adelante, al pie de una pequeña colina, había un afluente ancho pero de poca profundidad. En el medio se hallaba el vehículo del holandés, acelerando el motor, con las ruedas girando y escupiendo lodo, pero sin ir a ninguna parte. Estaba atascado.

El joven miró hacia atrás, nos vio y abrió la puerta, dispuesto a salir corriendo. Pero al reconocerme apagó el motor y bajó, hundido en el agua hasta las rodillas.

Mientras deteníamos el jeep cerca, Yin me miró con atención, y por su expresión me di cuenta de que me advertía que empleara mi energía. Le hice una seña afirmativa.

—Podemos ayudarte —le dije al joven.

Por un momento nos miró con desconfianza, pero poco a poco se ablandó. Yin y yo avanzamos por el agua y empujamos el guardabarros de su auto, al tiempo que él aceleraba el motor. Las ruedas giraron en el aire un instante, arrojando barro contra mis pantalones; luego el auto dio un salto, salió del bache y cruzó al otro lado del río. Lo seguimos en nuestro jeep. El joven nos miró un momento, como decidiendo si escapar o no, pero al fin bajó y vino hacia nosotros. Mientras se aproximaba, nos presentamos. Nos dijo que se llamaba Jacob.

Mientras hablábamos comencé a buscar en su rostro la expresión más sabia que pude detectar.

Jacob meneaba la cabeza, aún aterrado; durante varios minutos averiguó quiénes éramos y nos interrogó con respecto a sus amigos perdidos.

—No sé por qué vine al Tíbet —dijo al fin—. Siempre pensé que era demasiado peligroso. Pero mis amigos querían que los acompañara. No tengo idea de por qué accedí. ¡Dios mío, había soldados chinos por todas partes! ¿Cómo sabían que íbamos a estar ahí?

—¿Pediste indicaciones a alguien a quien no conocías?

Nos miró con dureza.

—Sí. ¿Creen que nos delataron a los soldados?

Yin asintió, y en apariencia Jacob se asustó aún más; miraba hacia todos lados con nerviosismo.

—Jacob —le pregunté—, tengo que saberlo: ¿conociste a Wilson James?

El joven aún parecía incapaz de concentrarse.

—¿Cómo sabemos que los chinos no nos pisan los talones?

Le busqué los ojos, y al fin logré que me mirara.

—Esto es importante, Jacob. ¿Recuerdas haber visto a Wil? Parece peruano, pero habla inglés con acento de los Estados Unidos.

Jacob continuaba confundido.

—¿Por qué es importante? Debemos encontrar una manera de salir de aquí.

Mientras lo escuchábamos, Jacob continuó haciendo varias sugerencias acerca de dónde podíamos acampar hasta que los chinos abandonaran la zona, o mejor aún, de qué manera podíamos realizar una riesgosa travesía por los Himalayas hasta la India. Al final comenzó a mirarme.

—¿Por qué quieren encontrar a ese hombre? —preguntó.

—Creemos que necesita nuestra ayuda. Él me pidió que viniera al Tíbet.

Me miró un momento, al parecer tratando de enfocar.

—Sí —respondió al fin—. Conocí a tu amigo. Lo vi en el vestíbulo de un hotel de Lhasa. Estábamos sentados uno frente al otro y nos pusimos a hablar de la ocupación china. Hace un largo tiempo que estoy furioso con los chinos, y supongo que vine acá porque quería hacer algo, cualquier cosa. Wil me dijo que me había visto tres veces ese día en diversos lugares del hotel, y que eso significaba algo. No sé a qué se refería.

—¿Te mencionó un lugar llamado Shambhala? —le pregunté.

Su expresión mostró interés.

—No exactamente. Mencionó algo al pasar, algo al respecto de que el Tíbet no sería liberado hasta que se comprendiera Shambhala. Algo así.

—¿Te mencionó un punto de acceso?

—No creo. No recuerdo mucho de la conversación. En realidad fue muy breve.

—¿Y te dijo cuál era su destino? —preguntó Yin—. ¿Te mencionó adónde iba?

Jacob desvió la mirada, pensando; luego dijo:

—Creo que mencionó un lugar con un nombre muy extraño... Dormar, creo... y algo más, sobre las ruinas y un viejo monasterio que hay ahí...

Miré a Yin.

—Conozco el lugar —dijo—. Queda en el noroeste, a cuatro o cinco días de viaje. Será difícil... y frío.

Pensar en tener que internamos tanto en las regiones más salvajes del Tíbet descalabró mi energía.

—¿Quieres venir con nosotros? —le preguntó Yin a Jacob.

—No, gracias —respondió el joven—. Tengo que irme de aquí.

—¿Estás seguro? —presionó Yin—. Parece que los chinos están muy activos en este momento.

—No puedo —respondió Jacob, apartando la vista—. Soy el único que queda para contactarse con mi gobierno y buscar a mis amigos, si es que logro encontrar una manera de irme.

Yin garabateó algo en un papel, que le dio a Jacob.

—Busca un teléfono y llama a este número —le indicó al holandés—. Menciona mi nombre y déjales un número adonde puedan llamarte para indicarte qué hacer. Diles quién eres, cuéntales lo que pasó, y te ayudarán. —A continuación Yin le indicó el mejor camino para volver a Saga, y lo acompañamos de vuelta a su vehículo.

Una vez que subió, nos dijo:

—Buena suerte... Espero que encuentren a su amigo. Asentí.

—Si lo encuentran —agregó—, entonces tal vez resulte que es por esto que vine al Tíbet, ¿no? Para poder ayudar.

Se volvió y puso el motor en marcha; nos miró una vez más y se marchó. Yin y yo nos apresuramos a subir a nuestro jeep y mientras salíamos al camino principal vi que sonreía.

—¿Ahora comprendes la Tercera Extensión? —me preguntó—. Piensa en todo lo que produce.

Lo miré un momento, reflexionando en su pregunta. **LA CLAVE DE ESTA EXTENSIÓN, AL PARECER, ERA LA IDEA DE QUE NUESTROS CAMPOS PUEDEN IMPULSAR A OTROS, ELEVARLOS A UNA CONCIENCIA MÁS ALTA, EN LA QUE PUEDEN RECURRIR A SUS PROPIAS INTUICIONES GUÍA. PARA MÍ, LO QUE MÁS EXPANDÍA ESTA IDEA, ADEMÁS DE TODO LO QUE HABÍA OÍDO EN PERÚ, ERA EL CONCEPTO DE QUE NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN FLUYE DELANTE DE NOSOTROS, Y QUE PODEMOS DISPONERLO PARA ELEVAR A CUALQUIERA CON QUIEN ENTRE EN CONTACTO, AUN CUANDO NO LES**

HABLEMOS DIRECTAMENTE NI, INCLUSO, LES VEAMOS LA CARA. PODEMOS LOGRARLO VISUALIZANDO PLENAMENTE QUE ASÍ SUCEDE... MEDIANTE EL HECHO DE ESPERARLO.

DESDE LUEGO, ES PRECISO NO ACTUAR DE UN MODO CONTROLADOR CON ESTA ENERGÍA, PORQUE DE LO CONTRARIO PRODUCE EL EFECTO OPUESTO, tal como yo había visto cuando intenté hacer que Jacob detuviera su auto. Le mencioné todo esto a Yin.

—**LO QUE VAS COMPRENDIENDO ES EL ASPECTO MÁS IMPORTANTE DE LA MENTE HUMANA** —me explicó Yin—. **EN ALGÚN SENTIDO, TODOS COMPARTIMOS MENTES. POR CIERTO TENEMOS CONTROL SOBRE NOSOTROS MISMOS Y PODEMOS RETIRARNOS, AISLARNOS, PENSAR EN FORMA INDEPENDIENTE. PERO, COMO YA TE DIJE, LA VISIÓN HUMANA DOMINANTE DEL MUNDO ES SIEMPRE UN CAMPO GIGANTE DE CREENCIA Y EXPECTATIVA. LA CLAVE DEL PROGRESO HUMANO RADICA EN CONTAR CON SUFICIENTES PERSONAS CAPACES DE IRRADIAR UNA EXPECTATIVA MÁS ELEVADA DE AMOR HACIA ESTE CAMPO HUMANO. ESTE ESFUERZO NOS PERMITE CONSTRUIR UN NIVEL DE ENERGÍA SIEMPRE MÁS ELEVADO, E INSPIRARNOS MUTUAMENTE HACIA NUESTRO MAYOR POTENCIAL**.

Yin dio la impresión de relajarse un momento; me sonrió.

—La cultura de Shambhala —añadió— se construye alrededor de la suposición de un campo como el que te describo.

No pude sino devolverle la sonrisa. Aquel viaje comenzaba a tener sentido de un modo que aún no conseguía articular.

Los dos días siguientes pasaron sin sobresaltos, sin ninguna señal de los militares chinos. Todavía en la ruta sur en dirección al noroeste, cruzamos otro río cercano a la cima de Mayun-La, un alto paso de montaña. El paisaje era espectacular, con picos cubiertos de hielo a cada lado del camino. Pasamos la primera noche en Hor Qu, en una posada que Yin conocía, y por la mañana continuamos viaje hacia el lago Mansarowar.

Cuando nos aproximábamos al lago, Yin me advirtió:

—Aquí tendremos que tener mucho cuidado otra vez. El lago y el monte Kailash, que queda más adelante, son destinos clave para gente de toda la región: la India, Nepal y China, además del Tíbet. Es un lugar sagrado como ninguno. Habrá muchos peregrinos, así como muchos puestos de control chinos.

Varios kilómetros más adelante Yin salió de la ruta principal y tomó por una vieja senda, por la que avanzamos rodeando uno de los puestos de control; luego comenzamos a divisar el lago. Miré a Yin, que sonreía. La vista era increíble: una enorme perla turquesa que se extendía sobre el terreno rocoso, marrón oliváceo, y el conjunto enmarcado contra las montañas cubiertas de nieve del fondo. Una de las montañas, según me señaló Yin, era el monte Kailash.

Mientras pasábamos en el jeep ante el lago, alcanzamos a ver numerosos grupos de peregrinos parados alrededor de grandes mástiles con banderas.

—¿Qué son? —pregunté.

—Banderas de oración —respondió Yin—. Plantar banderas que simbolicen nuestras plegarias es una tradición tibetana desde hace siglos. Las banderas de oración se dejan flamear al viento, y esto envía continuamente a Dios las plegarias que contienen. Las banderas de oración también se dan a la gente.

—¿Qué tipo de plegarias contienen?

—Plegarias que piden que predomine el amor en toda la humanidad.

Guardé silencio.

—Irónico, ¿verdad? —agregó Yin—. La cultura del Tíbet vive dedicada por entero

a la vida espiritual. Podría decirse que somos los más religiosos del globo. Y nos ha atacado el gobierno más ateo de la Tierra, el de China. Es un contraste perfecto para que lo vea todo el mundo. Prevalecerá una visión o la otra.

Sin hablar más, atravesamos otra población pequeña y luego entramos con cautela en Darchen, el pueblo más próximo al monte Kailash, donde Yin contrató a dos mecánicos conocidos para que revisaran el jeep en busca de potenciales problemas. Acampamos con los lugareños lo más cerca de la montaña que pudimos sin despertar sospechas. Yo no podía apartar los ojos de la cumbre nevada.

—Desde aquí, Kailash parece una pirámide —comenté.

Yin asintió.

—¿Qué te dice eso? Tiene poder.

Mientras el Sol se hundía en el horizonte, contemplamos una vista asombrosa. Un ocaso increíble llenaba el cielo occidental con capa tras capa de nubes color durazno, y al mismo tiempo el Sol, debajo del horizonte, aún brillaba contra las laderas nevadas del monte Kailash, convirtiéndolas en un deslumbrante espectáculo de amarillo y naranja.

—A lo largo de toda la historia —dijo Yin— grandes emperadores han viajado miles de kilómetros a lomo de caballo o en carros para admirar estas vistas del Tíbet. Se creía que la primera luz de la mañana y la última de la tarde encerraban grandes poderes rejuvenecedores y visionarios.

Mientras él hablaba, yo me sentía incapaz de apartar los ojos de la luz majestuosa que me rodeaba. De veras me sentía rejuvenecido, y casi sereno. Frente a nosotros, hacia el Kailash, los valles llanos y las estribaciones bajas lucían bañados en estratos alternados de reflejos pardos de sombra y luz que daban un contraste fantasmal a los cerros más elevados, iluminados por el Sol, que parecían relucir desde adentro. La vista era surrealista; por primera vez me di cuenta de por qué los tibetanos eran tan espirituales. La luz de esa sola región los impulsaba de manera inexorable a una conciencia más plena.

A la mañana siguiente, temprano, nos hallábamos de nuevo en marcha; en cinco horas habíamos alcanzado las afueras de Ah. El cielo estaba encapotado y la temperatura descendía con rapidez. Yin tomó por varios caminos casi intransitables, con el objeto de no pasar por la parte principal del pueblo.

—Ahora esto es principalmente una zona china —dijo Yin—, con bares y locales desnudistas para los soldados. tenemos que atravesarla sin que nadie repare en nosotros.

Cuando volvimos a tomar por un camino decente, ya estábamos al norte del pueblo. En un momento divisé un edificio de oficinas recién construido, ante el cual había estacionados varios camiones más nuevos. No se observaba ningún movimiento en el terreno.

Yin lo vio al mismo tiempo; salió del camino principal hacia un viejo acceso para autos y se detuvo.

—Es un edificio chino nuevo —me explicó—. No lo conocía. Fíjate, a ver si alguien de allí nos observa mientras pasamos.

En ese momento se levantó un viento y comenzó a nevar copiosamente, lo cual ayudó a oscurecer nuestra identidad. Mientras pasábamos, miré con mucha atención el lugar. La mayoría de las ventanas del edificio estaban cubiertas con colgaduras.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Una antigua estación de explotación petrolera, creo. Pero quién sabe.

—¿Qué pasa con el clima?

—Parecería que viene una tormenta. Podría ayudarnos.

—Crees que es probable que nos busquen también aquí, ¿verdad? —pregunté.

Me miró con profunda tristeza, que se convirtió en furiosa ira.

—Éste es el pueblo donde mataron a mi padre —dijo. Meneé la cabeza.

—Qué terrible que hayas tenido que presenciar semejante horror.

—Les ha sucedido a miles de tibetanos —comentó, con la vista fija adelante. Percibí su odio. Meneó la cabeza y me miró.

—Es importante no pensar en eso. Tenemos que evitar ese tipo de imágenes. En especial tú. Como ya te dije, quizá yo no sea capaz de controlar mi ira. Tú debes actuar mejor que yo con este problema, de modo que puedas continuar solo, de ser necesario.

—¿Qué?

—Escúchame con atención —me dijo—. Debes comprender con exactitud dónde te encuentras. Has aprendido las tres primeras extensiones. Has podido elevar en forma consistente tu energía y crear un campo fuerte. No obstante, al igual que yo, todavía caes en el miedo y la ira. Hay algunas otras cosas que puedo contarte en cuanto a fijar tu efluvio de energía.

—¿Qué quieres decir con "fijar"? —quise saber.

—**DEBES ESTABILIZAR MEJOR TU FLUJO DE ENERGÍA, DE MODO QUE SALGA DE TI HACIA EL MUNDO CON FUERZA, CUALQUIERA SEA TU SITUACIÓN. CUANDO LO LOGRAS, LAS TRES EXTENSIONES QUE HAS APRENDIDO SE CONVIERTEN EN UNA MENTALIDAD Y UN MODO DE VIDA CONSTANTES.**

—¿Ésa es la Cuarta Extensión? —pregunté.

—Es el comienzo de la Cuarta. Lo que estoy por decirte es la última información que tenemos sobre las extensiones. El resto de la Cuarta Extensión sólo lo conoce con claridad la gente de Shambhala.

"IDEALMENTE, LAS EXTENSIONES DEBERÍAN FUNCIONAR JUNTAS DE LA SIGUIENTE MANERA: TU ENERGÍA DE ORACIÓN DEBE PROVENIR DE TU CONEXIÓN DIVINA INTERIOR Y FLUIR ANTE TI, PRODUCIENDO LA SINCRONICIDAD ESPERADA Y ELEVANDO A TODOS LOS QUE TOQUE HACIA SUS YOES MÁS ELEVADOS. DE ESTE MODO MAXIMIZA LA MISTERIOSA EVOLUCIÓN DE NUESTRA VIDA, ASÍ COMO LA CONCIENCIA Y LA PLENITUD DE NUESTRAS MISIONES INDIVIDUALES EN ESTE PLANETA.

"POR DESGRACIA, CHOCAMOS CON OBSTÁCULOS EN EL CAMINO, DESAFÍOS QUE PRODUCEN UN ESTADO DE MIEDO QUE, COMO YA HEMOS HABLADO, PROVOCAN DUDA Y POR LO TANTO DERRUMBAN NUESTRO CAMPO. PEOR AÚN, ESTE MIEDO PUEDE PRODUCIR IMÁGENES NEGATIVAS, EXPECTATIVAS MALAS, LO CUAL PUEDE CONTRIBUIR A CREAR EN NUESTRA VIDA LO QUE MÁS TEMEMOS. LO QUE DEBES APRENDER AHORA ES UNA MANERA DE FIJAR TU ENERGÍA MÁS ELEVADA DE MODO DE PERMANECER CON MÁS FRECUENCIA EN EL FLUJO POSITIVO.

"EL PROBLEMA DEL MIEDO —PROSIGUIÓ YIN— ES QUE PUEDE SER MUY SUTIL E INTRODUCIRSE SUBREPTICIAMENTE EN NOSOTROS CON GRAN RAPIDEZ. VERÁS: UNA IMAGEN DE MIEDO SIEMPRE TIENE QUE VER CON ALGÚN RESULTADO O CONSECUENCIA QUE NO QUEREMOS QUE OCURRA. TEMEMOS FRACASAR, COLOCARNOS EN SITUACIONES VERGONZOSAS PARA NOSOTROS O PARA NUESTRA FAMILIA, PERDER NUESTRA LIBERTAD O A ALGUIEN A QUIEN QUEREMOS, O LA PROPIA VIDA. LA PARTE DIFÍCIL RADICA EN QUE, CUANDO COMENZAMOS A SENTIR TAL MIEDO, A MENUDO SE CONVIERTE CON RAPIDEZ EN IRA, Y USAMOS ESTA IRA PARA AUMENTAR NUESTRAS FUERZAS Y LUCHAR CONTRA CUALQUIER PERSONA A QUIEN

SINTAMOS QUE CONSTITUYE UNA AMENAZA.

"YA SINTAMOS MIEDO O IRA, DEBEMOS DARNOS CUENTA DE QUE ESTAS EMOCIONES VIENEN DE UNA SOLA FUENTE: AQUELLOS ASPECTOS DE NUESTRA VIDA A LOS QUE QUEREMOS AFERRAMOS.

"LAS LEYENDAS DICEN QUE, PUESTO QUE EL MIEDO Y LA IRA PROVIENEN DE LA PREOCUPACIÓN POR LA POSIBILIDAD DE PERDER ALGO, LA MANERA DE EVITAR ESTAS EMOCIONES CONSISTE EN DESPRENDERSE DE TODOS LOS RESULTADOS O CONSECUENCIAS.

Estábamos ya bien al norte del pueblo y la nieve caía aún más densa. Yin se esforzaba por ver el camino y me miraba de reojo muy brevemente mientras hablaba.

—Tomemos nuestro caso, por ejemplo —continuó—. Estamos buscando a Wil y el punto de acceso a Shambhala. Las leyendas dirían que, al mismo tiempo que disponemos nuestros campos para esperar sólo las intuiciones y los sucesos correctos para que nos guíen, deberíamos desprendernos por completo de cualquier resultado particular. A esto apuntaba yo cuando te advertí acerca de apegarte demasiado a si Jacob se detenía o no. Lo importante del desprendimiento, o desapego, es el gran mensaje de Buda y el don a la humanidad que brindan todas las religiones orientales.

Yo estaba familiarizado con el concepto, pero en aquel momento me costaba comprender su valor.

—Yin —protesté—, ¿cómo podemos desprendernos por completo? Para mí, a menudo esta idea suena como la teoría de la torre de marfil. Podría ser una cuestión de vida o muerte que ayudemos a Wil. ¿Cómo podemos no preocupamos por eso?

Yin desvió el jeep del camino y se detuvo. Ahora la visibilidad era casi cero.

—NO DIJE QUE NO HAY QUE PREOCUPARSE —continuó—. **DIJE QUE NO HAY QUE APEGARSE A NINGÚN RESULTADO EN PARTICULAR. LO QUE OBTENEMOS EN LA VIDA ES SIEMPRE LIGERAMENTE DIFERENTE DE LO QUE DESEAMOS. DESPRENDERSE ES DARSE CUENTA DE QUE SIEMPRE HAY UN PROPÓSITO MÁS ELEVADO QUE SE PUEDE ENCONTRAR EN CUALQUIER SUCESO, EN CUALQUIER RESULTADO. SIEMPRE PODEMOS ENCONTRAR UN HILO DE PLATA, UN SIGNIFICADO POSITIVO, A PARTIR DEL CUAL PODAMOS CONSTRUIR.**

Asentí. Era un concepto que conocía de Perú.

—Comprendo el valor de mirar las cosas de ese modo en general —repuse—, pero ¿una perspectiva así no tiene sus límites? ¿Y si estamos a punto de ser asesinados, o torturados? Es difícil desprenderse ante esas cosas, o ver en ellas un hilo de plata.

Yin me miró con dureza.

—Pero... ¿y si ser torturado es siempre el resultado de que no nos desprendemos lo suficiente durante los hechos que llevan a tal situación crítica? **NUESTRAS LEYENDAS DICEN QUE CUANDO APRENDEMOS EL DESPRENDIMIENTO NUESTRA ENERGÍA PUEDE PERMANECER LO BASTANTE ELEVADA COMO PARA EVITAR TODOS ESOS SUCESOS EN EXTREMO NEGATIVOS. SI CONSEGUIMOS MANTENERNOS FUERTES, ESPERANDO SIEMPRE LO POSITIVO, YA SEA EL RESULTADO EXACTAMENTE LO QUE PENSAMOS O NO, ENTONCES COMIENZAN A OCURRIR MILAGROS**. Yo no podía creerlo.

—¿QUIERES DECIR QUE TODO LO MALO QUE NOS SUCEDE OCURRE PORQUE PASAMOS POR ALTO ALGUNA OPORTUNIDAD SINCRÓNICA DE EVITARLO?

Me miró sonriente.

—**Sí, es exactamente lo que estoy diciendo**.

—¡PERO ES ESPANTOSO! ¿ESO NO ASIGNA LA CULPA, DIGAMOS, A ALGUIEN QUE SUFRE UNA ENFERMEDAD TERMINAL, CON EL ARGUMENTO DE QUE ES RESPONSABLE DE SU ENFERMEDAD PORQUE PASÓ POR ALTO LA OPORTUNIDAD DE CURAR?

—NO, NO EXISTE NINGUNA CULPA. TODOS HACEMOS LO MEJOR QUE PODEMOS. PERO LO QUE TE HE DICHO ES UNA VERDAD QUE DEBEMOS ACEPTAR SI QUEREMOS ALCANZAR LOS NIVELES MÁS ELEVADOS DE ENERGÍA DE ORACIÓN. DEBEMOS MANTENER NUESTROS CAMPOS LO MÁS FUERTES POSIBLE, Y PARA HACERLO DEBEMOS SIEMPRE CREER, CON UNA FE PODEROSA, QUE SEREMOS SALVADOS DE TALES PROBLEMAS.

"A VECES PASAREMOS ALGO POR ALTO —CONTINUÓ—. EL CONOCIMIENTO HUMANO ES INCOMPLETO, Y PODRÍAMOS MORIR O SER TORTURADOS A CAUSA DE FALTA DE INFORMACIÓN. PERO LA VERDAD ES ÉSTA: SI POSEYÉRAMOS TODO EL CONOCIMIENTO QUE AL FINAL TENDRÁN LOS HUMANOS, SIEMPRE PODRÍAMOS GUIAMOS DE MODO DE SALIR DE UNA SITUACIÓN PELIGROSA. ALCANZAMOS NUESTRO MAYOR PODER CUANDO ASUMIMOS QUE YA ES ASÍ. ÉSTE ES EL MODO EN QUE PODEMOS PERMANECER DESPRENDIDOS Y FLEXIBLES Y CONSTRUIR UN PODEROSO CAMPO DE EXPECTATIVA.

Me limité a mirarlo. Todo comenzaba a adquirir sentido. YIN ME DECÍA QUE DEBÍAMOS ASUMIR EL PROCESO SINCRÓNICO QUE SIEMPRE NOS ALEJA DEL CAMINO DEL DAÑO, Y QUE SABRÍAMOS POR ADELANTADO QUÉ MOVIMIENTOS REALIZAR, PORQUE ESA CAPACIDAD ES NUESTRO DESTINO. SI LO CREEMOS, TARDE O TEMPRANO SE TOMARÁ UNA REALIDAD PARA TODOS LOS SERES HUMANOS.

—TODOS LOS GRANDES MÍSTICOS —prosiguió Yin— AFIRMAN QUE ACTUAR A PARTIR DE LA FE TOTAL ES IMPORTANTE. El apóstol Juan, en la Biblia occidental, describe el resultado de este tipo de fe. Lo pusieron en una cuba de aceite hirviente y él salió indemne. A otros los encerraron con leones hambrientos, y salieron ilesos. ¿Son meros mitos?

—¿Pero cómo tiene que ser nuestra fe para lograr semejante nivel de invulnerabilidad? —pregunté.

—Debemos alcanzar un nivel que se acerque al de la gente de Shambhala —respondió Yin—. ¿No ves la coherencia de todo esto? Si nuestra continua expectativa de oración es lo bastante fuerte, los dos esperamos sincronicidad y enviamos energía a los demás de modo que también ellos puedan esperar sincronicidad. El nivel de energía sigue subiendo. Y mientras tanto están siempre los dakini...

Se apresuró a mirar hacia otro lado, en apariencia horrorizado de haber vuelto a mencionar a estos seres.

—¿Qué pasa con los dakini? —pregunté. Guardó silencio.

—Yin —insistí—, tienes que decirme a qué te refieres. ¿Cómo entran los dakini en todo esto?

Al fin respiró hondo y contestó:

—Sólo te digo lo que yo mismo comprendo. Las leyendas afirman que sólo la gente de Shambhala comprende a los dakini, y que debemos tener mucho cuidado. No puedo decirte más.

Lo miré enojado.

—Bien, tendremos que averiguarlo después, ¿no? Cuando lleguemos a Shambhala.

Me miró con gran tristeza.

—Ya te dije que he tenido demasiada experiencia con los militares chinos. Mi odio y mi ira erosionan mi energía.

Si en algún momento veo que te estoy reteniendo, deberé irme. Y tú tendrás que continuar solo.

Me quedé mirándolo; no quería pensar en eso.

—SÓLO RECUERDA —continuó Yin— LO QUE TE DIJE SOBRE EL DESPRENDIMIENTO Y SOBRE CONFIAR EN QUE SIEMPRE SERÁS GUIADO PARA SUPERAR CUALQUIER PELIGRO.

Calló un instante, mientras ponía de nuevo el jeep en marcha y comenzaba a atravesar la nieve.

—Puedes apostar —dijo al fin— a que tu fe será puesta a prueba.

CAPÍTULO 6
EL PASAJE

Viajamos rumbo al norte durante cuarenta minutos, hasta Yin tomó por un trillado camino para camiones en dirección a una alta cadena montañosa que se elevaba unos treinta o cuarenta kilómetros. Continuaba nevando con intensidad. Débilmente al principio y luego cada vez más fuerte, se tornó perceptible un zumbido bajo por encima del ruido del motor y el viento.

Yin y yo nos miramos mientras los sonidos se volvían reconocibles al fin.

—¡Helicópteros!— Gritó Yin, al tiempo que desviaba el jeep del sendero y atravesaba una abertura en las rocas.

El vehículo rebotaba salvajemente. —Lo sabía. No sé cómo hacen para volar con este clima.

Lo miré mientras el jeep seguía avanzando a los tumbos.

—¿Qué quieres decir con que lo sabías?

Mientras en lo alto se intensificaban los ruidos, me pareció oír dos helicópteros. Uno volaba directamente por encima de nosotros.

—Es culpa mía— gritó Yin por sobre el ruido—. ¡Debes bajar! ¡Ya!

¡¿Qué!? – chillé-. ¿Estás loco? ¿Adónde iré?

Me gritó en la oreja:

—No olvides permanecer alerta. ¿Me oyes? ¡Sigue rumbo al noroeste, hacia Dormar! ¡Debes llegar a los montes Kunlún!

Con un diestro movimiento abrió mi puerta y me empujó.

Aterricé de pie pero tropecé varias veces en un banco de nieve. Me incorporé y me empeñé en divisar el jeep, que ya iba alejándose; además, la tormenta de nieve me oscurecía la visión. Me inundó una oleada de puro pánico.

En ese momento me llamó la atención un movimiento a mi derecha. A través de la nieve alcancé a ver, a unos tres metros de distancia, la figura de un hombre alto, vestido con pantalones negros de cuero de yak y chaleco y gorro de piel de oveja. Estaba de pie, inmóvil, pero tenía la cara cubierta en parte por una bufanda de lana. Reconocí esos ojos. ¿De dónde? Al cabo de unos segundos más alzó la vista hacia el helicóptero, que hizo otra pasada y se alejó.

Sin advertencia, hicieron erupción tres o cuatro terroríficas explosiones en la dirección en la que se había ido el jeep; hicieron volar rocas y nieve que me cayeron encima y llenaron el aire de un humo sofocante. Me puse en pie y me alejé tambaleante mientras varias explosiones más, de menor intensidad, resonaban todo alrededor. El viento estaba impregnado de algún tipo de gas pernicioso. Comenzó a darme vueltas la cabeza.

Oí la música antes de recuperar por completo la conciencia. Era de un

compositor chino clásico al que ya había oído con anterioridad. Me desperté con un sacudón y me di cuenta de que me encontraba en un dormitorio de elaborado estilo chino. Me senté en la cama ornada y retiré las sábanas de seda. Estaba vestido sólo con una bata de hospital, y me habían bañado. La habitación medía por lo menos seis metros por seis, y cada pared, cubierta de paneles de madera, mostraba un mural diferente. Una mujer china me espiaba por la puerta entreabierta.

La puerta se abrió y entró un erecto oficial militar chino, vestido de uniforme. Me recorrió un escalofrío. Era el mismo oficial al que había visto ya varias veces. El corazón me latía con fuerza. Traté de extender mi energía, pero ver al oficial me desanimó por completo.

—Buen día —me saludó el hombre—. ¿Cómo se siente?

—Considerando que me arrojaron gas —respondí—, bastante bien. Sonrió.

—No tiene un efecto duradero, se lo aseguro.

—¿Dónde estoy?

—En Ali. Lo han visto los médicos y se encuentra bien. Pero debo hacerle unas preguntas. ¿Por qué viajaba con el señor Doloe, y adónde iban?

—Queríamos visitar algunos de los antiguos monasterios.

—¿Por qué?

Decidí no decirle nada más,

—Porque soy turista. Tengo visa. ¿Por qué me atacaron? ¿La embajada estadounidense sabe que me han retenido?

Sonrió y me miró con expresión ominosa a los ojos.

—Soy el coronel Chang, y su situación es la siguiente:

Nadie sabe que se encuentra aquí, y si ha violado alguna ley nadie podrá ayudarlo. El señor Doloe es un delincuente, miembro de una organización religiosa ilegal que está perpetrando un fraude en el Tíbet.

Al parecer, se estaban cumpliendo mis peores miedos.

—No sé nada de eso —afirmé—. Quisiera llamar a alguien.

—¿Por qué el señor Doloe y los demás están buscando... este Shambhala?

—No sé de qué me habla. Se me acercó un paso más.

—¿Quién es Wilson James?

—Un amigo mío —respondí.

—¿Está en el Tíbet?

—Así creo, pero no lo he visto.

Chang me miró con un dejo de desagrado; sin agregar nada más, se volvió y se marchó.

"Esto es malo —pensé—. Muy malo." Estaba a punto de levantarme de la cama, cuando regresó la enfermera con media docena de soldados, uno de los cuales empujaba un enorme aparato de hierro, con unas patas altas y separadas, en apariencia para poder deslizarlo encima de alguien acostado en una cama.

Sin darme tiempo a protestar, los soldados me sujetaron y colocaron la máquina encima de mi cuerpo. La enfermera lo encendió, con lo cual se produjo un leve zumbido y una luz intensa apuntada directamente a mi cara. Incluso con los ojos cerrados podía ver cómo se movía la luz de derecha a izquierda por sobre mi cabeza, como el escáner de una fotocopiadora.

En cuanto la máquina se detuvo, los soldados se la llevaron y se marcharon de la habitación. La enfermera se quedó un momento, revisándome.

—¿Qué era eso? —balbuceé.

—Sólo un encefalógrafo —respondió en cuidadoso inglés mientras se dirigía a un armario y retiraba mi ropa, que estaba lavada y doblada con prolijidad.

—¿Para qué lo hicieron? —insistí.

—Para controlar todo, para asegurarse de que usted está bien.

En ese momento volvió a abrirse la puerta y regresó el coronel Chang. Entró, tomó una silla situada junto a la pared y se sentó cerca de mi lecho.

—Tal vez debiera decirle a qué nos enfrentamos aquí

—dijo mientras se sentaba en la silla. Se lo veía cansado. Asentí.

—En el Tíbet hay muchas sectas religiosas, y muchas procuran dar la impresión en todo el mundo de que son un pueblo religioso oprimido por los chinos. Y admito que nuestras primeras políticas, en la década de 1950 y durante la revolución cultural, fueron duras. Pero en los años recientes estas políticas han cambiado. Tratamos de ser tan tolerantes como podemos, dado que la política oficial del gobierno chino es el ateísmo.

"Estas sectas deben recordar que también el Tíbet ha cambiado. Ahora viven aquí numerosos chinos, algunos de los cuales han vivido siempre en esta región, y muchos de ellos no son budistas. Todos debemos convivir. Es imposible que el Tíbet pueda retornar alguna vez al dominio lamaísta.

Hizo una pausa y me miró.

—¿Entiende lo que le digo? El mundo ha cambiado. Aunque quisiéramos dar al Tíbet su libertad, no sería justo para con los chinos.

Esperó que yo contestara algo, y pensé en enfrentármele al respecto de la política del gobierno chino de importar ciudadanos chinos al Tíbet con el fin de diluir la cultura tibetana.

En cambio, le dije:

—Creo que sólo quieren ser libres para practicar su religión sin interferencias.

—Lo hemos permitido en parte, pero cambian constantemente lo que hacen. En cuanto creemos saber quién está a cargo, la situación cambia. Creo que vamos llegando a una buena relación con algunos sectores de la jerarquía budista oficial, pero es preciso considerar que hay expatriados tibetanos en la India, y este otro grupo del que forma parte el señor Doloe, que sigue algún conocimiento oral críptico y provoca todas estas habladurías sobre Shambhala. Eso distrae al pueblo. En el Tíbet hay mucho trabajo importante que hacer. La gente es muy pobre. Hay que elevar la calidad de vida.

Me miró y esbozó una sonrisa semejante a una mueca.

—¿Por qué esta leyenda de Shambhala se toma tan en serio? Parece casi infantil, una idea de niños.

—Los tibetanos creen que existe otra realidad, más espiritual, más allá del mundo físico que podemos ver, y que Shambhala, aunque se encuentra aquí, en la Tierra, radica en ese reino espiritual.

No podía creer que estaba arriesgándome a debatir con él.

—¿Pero cómo pueden pensar que ese lugar existe? —continuó Chang—, Hemos registrado cada centímetro del Tíbet desde el aire y desde satélites, y no hemos visto nada.

Guardé silencio.

—¿Usted sabe dónde se supone que esté ese lugar?

—me presionó—. ¿Es por eso que se encuentra aquí?

—Me encantaría saber dónde está —respondí—, o por lo menos qué es, pero lamentablemente lo ignoro. Tampoco deseo tener problemas con las autoridades chinas.

Me escuchaba con atención, así que continué:

—De hecho, todo esto me asusta muchísimo, y en realidad preferiría irme.

—Ah, no. Queremos que usted comparta lo que sabe

—me dijo—. Si ese lugar existe, si es una cultura oculta, queremos conocer esa

información. Comparta su conocimiento y permítanos ayudarlo. Tal vez se pueda hacer una concesión.

Lo miré un momento y repliqué:

—Me gustaría contactarme con la embajada estadounidense, si no hay problema.

Trató de disimular su impaciencia, pero la vi con claridad en sus ojos. Me miró fijo un instante más; luego fue hasta la puerta y se volvió.

—No será necesario —contestó—. Está libre de irse.

Minutos después yo iba caminando por las calles de Ali, cerrándome la parka. No nevaba pero hacía mucho frío. Un rato antes me habían obligado a vestirme frente a la enfermera y luego me habían escoltado hasta fuera de la casa. Mientras continuaba caminando, revisé el contenido de mis bolsillos. Me sorprendió comprobar que estaba todo: un cortaplumas, mi billetera, una bolsita de almendras.

Me sentía aturdido y fatigado. ¿Era por la ansiedad? ¿Por los efectos del gas? ¿Por la altitud? Traté de animarme.

Ali era una población en que se veían muchos chinos y tibetanos caminando por las calles, y vehículos por todas partes. Sus edificios y negocios modernos resultaban algo desconcertantes, dados los caminos malos y las terribles condiciones en que acabábamos de viajar para llegar allí. Al echar un vistazo alrededor no vi a nadie que me diera la impresión de hablar inglés, y al cabo de varias cuadras comencé a sentirme aún más aturdido. Tuve que sentarme junto al camino, en un viejo bloque de cemento. El temor creciente se convirtió casi en pánico. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué le había pasado a Yin? ¿Por qué el coronel chino me había dejado ir así? No tenía sentido.

Con esos pensamientos, apareció en mi mente una imagen plena de Yin, y sentí un recordatorio. Estaba permitiendo que se derrumbara mi energía. El miedo me abrumaba, y había olvidado hacer algo para evitarlo. Respiré hondo e intenté elevar mi energía.

Unos minutos después empecé a sentirme mejor. Mis ojos se posaron en un edificio grande, situado a varias cuadras de distancia. En un costado tenía un cartel en chino que no pude leer, pero a medida que me concentraba en la forma de la construcción tuve la clara impresión de que era una casa de huéspedes o un hotel pequeño. Sentí alegría. Allí habría un teléfono, quizás, o incluso algunos turistas a los que pudiera unirme.

Me puse de pie y caminé en esa dirección, con cuidado de mantenerme vigilante de las calles que me rodeaban. En pocos minutos me encontré a varias puertas de la casa de huéspedes Shing Shui, pero me sentía vacilante y miré alrededor con cautela. En apariencia, no me seguía nadie. Cuando me hallaba casi en la puerta, oí un ruido. Algo había aterrizado en la nieve. Miré a mi alrededor. Estaba parado en la calle directamente frente a un callejón estrecho, solo salvo varios viejos que caminaban hacia el otro lado, a unos seis metros. Oí el ruido otra vez. Había sonado cerca. Cuando bajé la vista a mis pies vi una pequeña piedra que salía volando del callejón y caía con un ruido seco en la nieve.

Di un paso hacia la entrada y traté de mirar por la sombría abertura. Avancé varios pasos más, intentando adaptar la vista.

—Soy yo —dijo una voz.

Supe de inmediato que era Yin. Corrí al callejón y lo encontré apoyado contra una pared de ladrillos.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —le pregunté.

—No lo sabía —fue su respuesta—. Sólo adiviné. —Se deslizó por la pared y se

sentó en el suelo; noté que tenía la parka quemada en la parte posterior. Cuando movió el brazo le vi un manchón de sangre en el hombro.

—¡Estás herido! —exclamé—. ¿Qué pasa?

—No es gran cosa. Arrojaron una especie de bomba y me golpeé contra las rocas cuando fui expelido del jeep. Logré alejarme a la rastra antes de que aterrizaran. Los vi llevarte y cargarte en un camión que venía hacia aquí. Me figuré que, si escapabas, te dirigirías a la casa de huéspedes más grande. ¿Qué sucedió?

Le conté de mi despertar en la casa china, el interrogatorio del coronel Chang y mi posterior liberación.

—¿Por qué me empujaste fuera del jeep? —pregunté.

—Ya te lo dije antes —respondió Yin—. No puedo controlar mis expectativas temerosas. Mi odio por los chinos es demasiado grande. Ellos pueden seguirme.

—Hizo una pausa. —¿Por qué te liberaron?

—No lo sé —contesté.

Yin se movió un poco e hizo una mueca de dolor.

—Probablemente porque Chang intuye que puede seguirte también a ti.

Yo sacudí la cabeza. ¿Aquello podía ser real?

—Él no debe de saber cómo funciona todo esto, por supuesto —continuó Yin—, pero cuando esperas que vengan soldados, en realidad tu expectativa envía al ego de Chang el pensamiento de venir hacia donde estás. Es probable que crea que se debe a algún poder que él posee.

Me miró con dureza.

—Debes aprender de mi problema. **DEBES DOMINAR TUS PENSAMIENTOS**.

Yin me miró un momento más; luego, agarrándose el brazo, me condujo callejón abajo, a través de una brecha angosta entre dos edificios, hacia una construcción de aspecto abandonado.

—Necesitas que te vea un médico —observé.

—¡No! —exclamó Yin—. Escúchame. Me pondré bien. Aquí hay personas que me ayudarán. Pero no puedo ir contigo a las ruinas del antiguo monasterio; tendrás que ir solo.

Me volví; me embargaba el miedo.

—No creo poder hacerlo. Yin se mostró alarmado.

—Debes controlar tu miedo, retomar al desprendimiento. Se te necesita para que ayudes a encontrar Shambhala. Debes continuar.

Me quedé mirándolo, y él se esforzó por sentarse, haciendo muecas de dolor mientras se acercaba más a mí.

—¿No entiendes cuánto ha sufrido el pueblo tibetano? Sin embargo, han esperado el día en que Shambhala se dé a conocer al mundo. —Me miró a los ojos. —Piensa en cuánta gente nos ha ayudado a llegar hasta aquí. Muchos lo han arriesgado todo. A algunos tal vez los hayan encarcelado, o incluso los hayan matado a tiros.

Alcé una mano y se la mostré; temblaba en forma perceptible.

—Mírame. Apenas puedo moverme. Los ojos de Yin me horadaron.

—¿No crees que tu padre se sentía aterrado cuando bajó de la lancha de desembarco y corrió por las playas de Francia en la Segunda Guerra Mundial? ¿Lo mismo que todos los demás? ¡Pero lo hizo! ¿Qué habría sucedido si no lo hubiera hecho? ¿Si ninguno de los demás lo hubiera hecho? Podrían haber perdido esa guerra. Se podría haber perdido la libertad de todos.

"Los tibetanos hemos perdido nuestra libertad, pero lo que está ocurriendo ahora no tiene que ver sólo con el Tíbet. Tiene que ver con cosas más importantes que tú o yo. Tiene que ver con lo que debe suceder para que sean honrados todos

los sacrificios de muchas generaciones. Comprender Shambhala, **APRENDER A USAR LOS CAMPOS DE ORACIÓN EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA, ES EL SIGUIENTE PASO DE LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD. ES LA GRAN TAREA DE TODA NUESTRA GENERACIÓN.** Si fracasas, decepcionaremos a todos los que vivieron antes que nosotros.

Yin hizo una mueca de dolor y desvió la mirada. Vi que se formaban lágrimas en sus ojos.

—Yo iría si pudiera —agregó—. Pero ahora creo que tú eres nuestra única oportunidad.

Oímos el ruido de unos camiones grandes y observamos con atención mientras pasaban dos vehículos de transporte de tropas.

—No sé adónde ir —protesté.

—El antiguo monasterio no queda tan lejos —respondió Yin—. Es posible llegar en un día de viaje. Puedo conseguir a alguien que te lleve.

—¿Y qué se supone que haga allá? Antes dijiste que sería puesto a prueba. ¿A qué te referías?

—**Para atravesar el punto de acceso tendrás que permitir plenamente que la energía divina fluya a través de ti y disponer tu campo de la manera como has aprendido. Saber que este campo sale de ti y ejerce un efecto en lo que sucede. Lo más importante: debes controlar tus imágenes de miedo y mantener el desapego. Todavía temes ciertos resultados. No quieres perder la vida.**

—¡Por supuesto que no quiero perder la vida! —repliqué, casi gritando—. Tengo muchas razones por las que vivir.

—Sí, lo sé —repuso con amabilidad—. Pero ésos son pensamientos muy peligrosos. Tienes que abandonar todo pensamiento de fracaso. Yo no puedo hacerlo, pero creo que tú sí. Tienes que estar seguro con toda tu fe de que vas a ser salvado, de que vas a tener éxito.

Hizo una pausa para ver si yo entendía.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí —respondió—. Si todo lo demás falla, continúa afirmando que Shambhala está, ayudándote. Busca a los... Calló y sólo me miró, pero supe a qué aludía.

A la mañana siguiente me encontraba en la cabina de un viejo camión de cuatro ruedas, apretujado entre un pastor y su hijo de cuatro años. Yin había sabido con exactitud qué hacer. Pese a su dolor, nos habíamos escabullido a lo largo de varias cuadras hasta una antigua casa de ladrillos de adobe, donde nos dieron una comida caliente y un lugar donde pasar la noche. Él se quedó despierto hasta tarde, hablando con varios hombres. Supuse que eran mineros del grupo secreto de Yin, pero no hice preguntas.

Nos levantamos temprano; minutos después apareció el camión rural y subí a bordo.

Ahora íbamos viajando por un camino de tierra cubierto de nieve, subiendo aún más por las montañas. Mientras el camión avanzaba a los tumbos, tomamos por una curva y llegamos a un punto panorámico desde donde alcanzábamos a contemplar todo el lugar donde Yin y yo nos habíamos despedido. Le pedí al conductor que redujera la velocidad, para poder ver.

Para mi horror, abajo toda la zona estaba llena de vehículos militares y soldados.

—Espere un momento —le dije al conductor—. Yin podría necesitar ayuda. Tenemos que detenernos. El viejo negó con la cabeza.

—¡Debemos ir! ¡Debemos ir! —me contestó. Él y su hijo hablaban alborotados en tibetano, mirándome de vez en cuando, como si supieran algo que yo ignoraba. El

viejo aceleró el camión; atravesamos un paso y comenzamos a bajar entre las montañas.

Una punzada de miedo me estalló en el estómago. No sabía qué hacer. ¿Y si Yin había escapado y me necesitaba? Por otro lado, me parecía saber lo que él habría querido. Habría insistido en que yo continuara viaje. Traté de mantener elevada mi energía, pero una parte de mí se preguntaba si toda la conversación acerca de los puntos de acceso y Shambhala no resultaría ser sólo un mito. Y aunque fuera cierto, ¿por qué se me iba permitir entrar a mí y no a otro, como Jampa o el lama Rigden? Nada tenía sentido.

Ahuyenté estos pensamientos y traté de mantener alta mi energía, mientras contemplaba los picos cubiertos de nieve. Observé con atención mientras cruzábamos varios pueblos chicos, incluido Dormar. Al fin, después de almorzar una sopa fría y unos tomates secos, me dormí por un largo rato. Cuando desperté eran las últimas horas de la tarde y de nuevo caían grandes copos de nieve, que pronto cubrieron el camino con un manto fresco de blancura. Mientras continuábamos viajando, el terreno se tornaba cada vez más montañoso y noté que el aire se volvía más denso. A la distancia se alzaba una nueva estribación de altas montañas.

Debían de ser los montes Kunlún, pensé, los que había mencionado Yin. Una parte de mí continuaba sin creer que todo aquello estuviera sucediendo. Pero otra parte sabía que así era, y que ahora me encontraba solo, enfrentado a la monolítica presencia china, con todos sus soldados y su escepticismo ateo.

Oí a nuestras espaldas el zumbido de un helicóptero. Comenzó a latirme con fuerza el corazón, pero me mantuve alerta.

El pastor, en apariencia indiferente a la amenaza, continuó andando treinta minutos más; luego sonrió y señaló adelante. A través de la nevada alcancé a distinguir la silueta más oscura de una gran estructura de piedra que se levantaba en uno de los primeros cerros. Varios muros del lado izquierdo estaban derrumbados. Detrás del monasterio se elevaban enormes agujas de piedra, cubiertas de nieve. El monasterio tenía tres o cuatro pisos de alto, aunque el tejado se había echado a perder hacía mucho; miré con atención durante un momento, en busca de señales de gente o movimiento. No vi nada. Parecía hallarse por completo abandonado desde largo tiempo atrás.

En la base de la montaña, a unos ciento cincuenta metros más abajo del monasterio, el camión se detuvo y el hombre señaló la estructura en ruinas. Vacilé, mientras contemplaba la nieve que seguía cayendo. El pastor volvió a señalar, urgiéndome con su expresión excitada.

De la parte posterior del camión tomé la mochila que me había preparado Yin y bajé. Empecé a subir por la cuesta. Aunque la temperatura era cada vez más fría, calculé que, con la carpa y la bolsa de dormir, no iba a morir congelado. Pero, ¿y los soldados? Contemplé el camión hasta que se perdió de vista; agucé el oído pero no oí nada más que el viento.

Eché un vistazo general y encontré un camino rocoso cerro arriba; empecé a trepar. Al cabo de unos sesenta metros me detuve y miré hacia el sur. Desde allí no alcancé a ver nada más que montañas blancas por kilómetros.

Al ir acercándome al monasterio pude ver que en realidad no se alzaba sobre un cerro sino sobre un gran precipicio que se extendía a partir de la montaña posterior a la construcción. El sendero llevaba directamente a la abertura que otrora había sido una gran puerta; entré con cautela. Enormes piedras de diversos matices yacían desparramadas por el piso de tierra; me encontré frente a un largo vestíbulo que corría a lo largo de toda la estructura.

Avancé por allí, pasando ante varias habitaciones que se abrían a ambos lados. Por fin llegué a una habitación más grande, que tenía un umbral que daba a la parte posterior del monasterio. De hecho, la mitad de la pared posterior se había derrumbado, y más piedras, algunas grandes como mesas, yacían en el suelo en la parte de afuera.

Por el rabillo del ojo vi un movimiento cerca del muro derrumbado. Quedé inmóvil. ¿Qué era eso? Con cuidado fui hasta la abertura y miré para todos lados. Había sido a unos treinta metros desde la puerta hasta la cara de roca desnuda de la montaña. En apariencia, allí no había nadie.

Mientras continuaba mirando, divisé otro movimiento vago, también por el rabillo del ojo. Esta vez era más lejos, cerca de la base de la montaña. Me recorrió un escalofrío. ¿Qué estaba sucediendo? Pensé en tomar mi mochila y bajar corriendo la ladera, pero decidí no hacerlo. Sin duda estaba asustadísimo, pero mi energía permanecía fuerte.

Enfoqué la vista lo mejor que pude a través de la nevada y me dirigí a los riscos donde me había parecido ver el movimiento. Cuando llegué, no encontré nada. Los muros del risco se entrelazaban con grietas verticales, incluida una muy grande que al principio me dio la impresión de ser una cueva estrecha. Al examinarla de cerca, comprobé que tenía muy poca profundidad como para que alguien se escondiera allí, y que estaba llena de nieve. Observé los alrededores en busca de huellas, y aunque la nieve alcanzaba veinticinco o treinta centímetros de profundidad, no encontré más que las mías.

Ahora nevaba con mucha más fuerza, así que regresé al monasterio y encontré un rincón de la habitación que todavía conservaba un saliente de piedra que me protegería de la nieve y el viento. Me atacó una punzada de hambre, así que mastiqué unas zanahorias mientras sacaba el pequeño calentador de gas y cocía una sopa de verduras deshidratada y congelada que Yin me había puesto en la mochila.

Mientras mi comida hervía a fuego lento, pensé en lo que estaba sucediendo. Quedaba una hora para que oscureciera, y yo no tenía idea de por qué me encontraba ahí arriba. Revisé la mochila y no encontré ningún tipo de linterna. ¿Por qué Yin no había empacado una? El gas del calentador no duraría toda la noche; tenía que encontrar algo de madera o estiércol de yak para hacer fuego.

Mi mente ya me engañaba, pensé. ¿Qué podía pasar si debía pasar toda la noche allí arriba en total oscuridad? ¿Y si esos viejos muros comenzaban a caer a causa del viento?

En cuanto pensé eso oí un ruido de algo que se desmoronaba en el otro extremo del monasterio. Salí al vestíbulo y, justo mientras miraba, vi que una piedra enorme se estrellaba contra el suelo.

—¡Santo Dios! —exclamé en voz alta—. ¡Tengo que salir de aquí!

Apagué el calentador, tomé las demás cosas y salí corriendo hacia la nevada. Enseguida me di cuenta de que debía buscar refugio, de modo que corrí de vuelta a los riscos, en la esperanza de haber pasado por alto alguna hendedura o saliente lo bastante grande como para acampar.

Cuando llegué a los riscos busqué en vano una abertura. Ninguna de las grietas tenía suficiente profundidad. El viento aullaba. En un momento cayó de una roca un enorme terrón de nieve que aterrizó a mis pies. Alcé la vista a las toneladas de nieve acumulada que cubría los costados de la montaña que se cernía ante mí. ¿Y si se producía una avalancha? En mi imaginación vi la nieve que caía rodando por la montaña.

De nuevo, en cuanto tuve ese pensamiento, oí un retumbo en lo alto, a la

derecha. Tomé mi equipo y corrí de regreso al monasterio justo cuando un rugido estrepitoso llenaba el aire y caía rodando la nieve por la ladera de la montaña a unos quince metros de mí. Corrí lo más rápido que pude y me desplomé a medio camino del monasterio, aterrorizado. ¿Por qué estaba sucediendo todo aquello?

Con este pensamiento me acudió a la mente un recuerdo de Yin, que me decía: **"EN ESTOS NIVELES DE ENERGÍA, EL EFECTO DE TUS EXPECTATIVAS ES INMEDIATO. SERÁS PUESTO A PRUEBA".**

Me incorporé. ¡Por supuesto! Ésa era la prueba. Yo no estaba controlando mis imágenes de miedo. Corrí al antiguo monasterio y entré. La temperatura descendía con rapidez; debía arriesgarme a permanecer adentro. Dejé mi equipo en el suelo y dediqué varios minutos a imaginar que las piedras permanecían en su lugar.

Me recorrió un escalofrío. "Ahora —pensé— tengo que hacer algo para mitigar el frío." Me imaginé sentado junto a un fuego cálido. Combustible. Tenía que encontrar combustible.

Salí a explorar el resto del monasterio. Sólo había llegado al vestíbulo cuando me detuve en seco sobre mis pasos. Olía a humo, humo a madera que ardía. ¿Y ahora qué?

Con lentitud avancé por el pasillo, mirando en cada habitación por la que pasaba, sin encontrar nada. Cuando quedaba una sola habitación, espié por el marco de la puerta. En un rincón había una fogata encendida y una pila de madera.

Entré y eché un vistazo. No había nadie. Ese cuarto tenía otra puerta que llevaba afuera, y más de un tejado en lo alto. Ahí hacía muchos menos frío. ¿Pero quién había encendido el fuego? Fui hasta la abertura exterior y miré por entre la nieve. No había huellas. Estaba por dar la vuelta, en dirección a la puerta, cuando a la media luz vi una figura alta, parada al borde del umbral. Traté de enfocarla directamente, pero sólo la distinguía con mi visión periférica. Me di cuenta de que era el mismo hombre al que había visto en la nieve cuando Yin me empujó del jeep. Otra vez traté de enfocarlo directamente, pero se esfumó. Se me erizaron los pelos de la nuca y me recorrió un escalofrío. No podía creer lo que estaba sucediendo.

Con cautela atravesé el umbral y escruté el pasillo en ambas direcciones, sin ver nada. Pensé de nuevo en huir del monasterio y bajar por la montaña, pero sabía que la temperatura seguía descendiendo con rapidez y que sí me marchaba era muy probable que muriera congelado. Mi única opción consistía en tomar mis cosas y quedarme junto a ese fuego. Así que fui a buscar mi equipo y regresé, atisbando nervioso cada rincón.

Cuando me senté, una ráfaga de viento agitó el fuego e hizo volar cenizas por todas partes; me quedé contemplando las llamas un momento mientras volvían a avivarse.

Había imaginado un fuego, y éste se había manifestado. Pero era demasiado creer que mi Campo de Oración podía ser tan fuerte. Había una sola explicación: me estaban ayudando. La figura que vi era un dakini.

Por fantasmal que resultara, esta conclusión me tranquilizó la mente, así que arrojé más madera al fuego y terminé la sopa. Luego desempaqué la bolsa de dormir. Al cabo de unos minutos me acosté y caí en un profundo sueño.

Cuando desperté, miré alrededor como enloquecido. El fuego se había apagado y afuera emergían las primeras luces del alba. La nieve caía con tanta fuerza como la noche anterior. Algo me había despertado. ¿Qué?

Oí el zumbido monótono de los helicópteros, que se tornaba cada vez más fuerte; venían hacia mí. Me puse de pie de un salto y recogí mis cosas. En unos segundos los helicópteros volaban directamente por sobre mi cabeza, intensificando el remolineo del viento.

Sin advertencia, medio monasterio comenzó a desmoronarse y caer hacia adentro, lo cual creaba una tormenta de polvo enceguecedor. Avancé a tientas hasta salir por la abertura posterior y corrí afuera, abandonando mi equipo. La tormenta, que todavía hacía volar la nieve en forma horizontal, sólo me permitía ver unos pocos metros más adelante, pero sabía que, si continuaba corriendo en esa dirección, pronto llegaría a la cara de la montaña que había visto el día anterior.

Con gran esfuerzo continué hasta que pude distinguir la ladera rocosa. Estaba directamente frente a mí, a unos quince metros de distancia, pero conjeturé que a la luz del amanecer no podía resultar tan visible. Era como si la montaña se hallara bañada en un suave color ligeramente ámbar, en especial cerca de una de las grandes grietas que había visto antes.

Me quedé mirando un momento más, sabiendo lo que significaba; luego eché a correr hacia la luz al tiempo que a mis espaldas caía otra parte del monasterio. Cuando alcancé la pared del cerro, los helicópteros parecían volar directamente encima de mí. Lo que quedaba del antiguo monasterio se derrumbó del todo, sacudiendo el suelo y desprendiendo la nieve de la grieta más cercana, lo cual reveló una estrecha abertura. ¡Era una cueva, después de todo!

Atravesé el pasadizo, tambaleándome, hacia la total oscuridad, y avancé a tientas. Encontré la pared del fondo y luego otra abertura que tenía menos de un metro y medio de altura y se curvaba hacia la derecha. La crucé gateando, al tiempo que vislumbraba un pequeñísimo rayo de luz más adelante, a la distancia. Continué con esfuerzo.

En un momento tropecé con una piedra grande y caí de cabeza en el piso de tierra y grava, raspándome el codo y el brazo, pero el sonido ya más lejano de los helicópteros me impulsaba a proseguir. Sin prestar atención al dolor, continué avanzando en dirección a la luz. Después de haber recorrido unos cuantos metros más, aún podía ver la pequeña abertura, pero no parecía más próxima.

Continué durante casi una hora, a tientas, hacia la minúscula iluminación que distinguía a la distancia.

Por fin la luz dio la impresión de acercarse, y cuando estuve a unos tres metros me encontré en forma abrupta con una ráfaga de aire más cálido y la fragancia que había percibido antes en el monasterio. En algún lugar, a lo lejos, oí también un grito humano, fuerte y melodioso, que reverberó en todo mi cuerpo, produciéndome un calor interior y euforia. ¿Era el llamado que había mencionado el lama Rigden? El llamado de Shambhala.

Trepé por la última roca que quedaba y asomé la cabeza por la abertura. Ante mí se extendía una vista increíble. Me hallaba frente a un gran valle, de aspecto pastoral, y un cielo azul claro. Del otro lado del valle había enormes picos nevados de montañas. Todos eran impresionantemente hermosos a la intensa luz del Sol. La temperatura era apenas fresca, y por todas partes crecían plantas verdes. Frente a mí una colina trazaba una suave cuesta descendente hacia el fondo del valle.

Mientras cruzaba la abertura y comenzaba a bajar por la ladera, me sentí inundado por la energía del lugar; comenzó a costarme enfocar. Luces y colores remolineaban juntos, hasta que me sentí caer de rodillas. Sin control, empecé a rodar cuesta abajo. Rodé y rodé, casi como si estuviera a medias dormido, perdido todo sentido del tiempo.

CAPÍTULO 7
LA ENTRADA EN SHAMBHALA

Sentí que alguien me tocaba, unas manos humanas que me envolvían en algo y me llevaban a alguna parte. Comencé a sentirme a salvo, incluso eufórico. Al cabo

de un rato percibí de nuevo esa fragancia dulce, sólo que ahora lo abarcaba todo y llenaba mi conciencia.

—Trata de abrir los ojos —me dijo una voz de mujer. Mientras me empeñaba en enfocar, pude distinguir la figura de una mujer corpulenta, quizá de un metro noventa de estatura. Me tendía un tazón.

—Toma —me dijo—. Bebe esto.

Abrí la boca y bebí una sopa caliente y sabrosa de tomates, cebollas y una especie de brócoli dulce. Mientras bebía me di cuenta de que se había intensificado mi percepción gustativa. Podía discernir con precisión cada sabor. Bebí casi toda la taza, y en pocos momentos se me despejó la cabeza y conseguí enfocar de nuevo todo lo que me rodeaba.

Me encontraba en una casa, o algo semejante a una casa. La temperatura era cálida. Estaba recostado en una reposera tapizada con un género azul verdoso. El piso era de mosaicos lisos de piedra marrón, y había numerosas plantas, en macetas de cerámica. Por sobre mí, el cielo azul y las ramas colgantes de varios árboles grandes. La morada daba la impresión de no tener techo ni muros exteriores.

—Ya deberías sentirte mejor. Pero debes respirar —me dijo la mujer, en buen inglés.

La miré, hechizado. Era de aspecto asiático y llevaba un vestido ceremonial tibetano, colorido y bordado, y unas babuchas sencillas, de aspecto suave. A juzgar por la profundidad de su mirada y la sabiduría de su voz, tendría unos cuarenta años, pero su cuerpo y sus movimientos le daban la apariencia de una persona mucho más joven. Y aunque su cuerpo tenía proporciones perfectas y hermosas formas, cada una de sus partes era excepcionalmente grande.

—Debes respirar —repitió—. Sé que sabes hacerlo, o no estarías aquí.

Por fin comprendí a qué se refería, y comencé a aspirar la belleza de lo que me rodeaba y a visualizar cómo la energía venía a mí.

—¿Dónde estoy? —pregunté—. ¿Esto es Shambhala? La mujer sonrió con gesto aprobador y no pude creer la belleza de su rostro. Era ligeramente luminoso.

—En parte —respondió—. Es lo que llamamos el perímetro de Shambhala. Bastante más al norte están los templos sagrados.

A continuación me dijo que se llamaba Ani, y yo me presenté.

—Cuéntame cómo llegaste aquí —me pidió. De manera algo desordenada le conté toda la historia, comenzando por una breve descripción de mi conversación con Natalie y Wil, las Revelaciones y mi viaje al Tíbet, incluida la reunión con Yin y el lama Rigden y lo que había oído sobre las leyendas; por ultimo, el hallazgo del punto de acceso. Hasta mencioné mis percepciones de la luz, en apariencia obra de los dakini.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me preguntó. La miré un momento.

—Sólo sé que Wil me pidió que viniera y que era importante encontrar Shambhala. Me dijeron que aquí hay un conocimiento que se necesita.

Asintió y miró hacia otro lado, pensativa.

—¿Cómo aprendiste a hablar tan buen inglés? —le pregunté. Me sentía débil otra vez. Sonrió.

—Aquí hablamos muchos idiomas.

—¿Has visto a un hombre llamado Wilson James?

—No —repuso—. Pero por los puntos de acceso se puede ingresar en otros lugares del perímetro. Tal vez esté aquí en algún sitio. —Fue hasta donde se hallaban las plantas en sus macetas y acercó una a mí. —Creo que debes descansar un rato. Trata de absorber algo de energía de estas plantas.

Dispón en tu campo la intención de que la energía de ellas entre en ti, y luego duérmete.

Cerré los ojos y obedecí sus instrucciones; en pocos momentos me dormí.

Un rato después me despertó un ruido sibilante. La mujer se hallaba parada de nuevo frente a mí. Se sentó al borde de la reposera.

—¿Qué fue ese ruido? —pregunté.

—Vino de afuera.

—¿A través del vidrio?

—En realidad no es vidrio, sino un campo de energía que sólo parece vidrio, pero no puedes romperlo. En las culturas exteriores aún no se ha inventado.

—¿Cómo se crea? ¿Es electrónico?

—En parte, pero tenemos que participar mentalmente para activarlo.

Contemplé el paisaje que se extendía al otro lado de la casa. Había otras viviendas desparramadas en las suaves colinas y praderas, hasta llegar al valle llano. Algunas tenían paredes exteriores transparentes, como la de Ani. Otras parecían de madera y eran de un estilo tibetano de diseño único. Todas se integraban en el paisaje sin obstruirlo.

—¿Y esas casas de allá, de arquitectura diferente?

—pregunté.

—Están todas creadas por un campo de fuerza —respondió—. Ya no utilizamos madera ni metales. Simplemente creamos con los campos lo que deseamos. Me sentí fascinado.

—¿Y la construcción interna, el agua y la electricidad?

—Por supuesto que tenemos agua, pero se manifiesta directamente del vapor de agua del aire, y la energía de los campos nos da todo lo demás que necesitamos.

Miré de nuevo afuera, incrédulo.

—Cuéntame de este lugar. ¿Cuánta gente hay aquí?

—Miles. Shambhala es un lugar muy grande. Interesado, bajé las piernas de la reposera y apoyé los pies en el piso, pero experimenté un intenso mareo. Se me nubló la visión.

Ani se levantó, tendió una mano detrás de la reposera y me dio más sopa.

—Bebe esto y aspira de nuevo la energía de las plantas—me indicó.

Así lo hice, y al fin regresó mi energía. Mientras absorbía más aire, todo se tornó más intenso y hermoso que antes, incluida Ani. Su cara se volvió más luminosa, resplandeciendo desde adentro, exactamente como yo había visto a Wil en algunas ocasiones anteriores.

—Dios mío —exclamé, mirando alrededor.

—Es mucho más fácil elevar tu energía aquí que en las culturas exteriores —comentó Ani—, porque todos damos energía a todos y disponemos un campo para un nivel cultural más alto. —Dijo con énfasis la frase "nivel cultural más alto", como si tuviera un significado mayor.

Yo no podía apartar los ojos del entorno. Cada forma, desde las plantas cercanas a mí hasta los colores del piso de mosaicos y los verdes exuberantes de afuera, daba la impresión de relucir desde adentro.

—Todo esto parece increíble —balbuceé—. Me siento como si estuviera en una película de ficción científica. Me miró seria.

—MUCHA FICCIÓN CIENTÍFICA ES PROFÉTICA. LO QUE VES AQUÍ ES SIMPLE PROGRESO. SOMOS HUMANOS, LO MISMO QUE TÚ, Y ESTAMOS EVOLUCIONANDO DE LA MISMA MANERA QUE COMO AL FINAL EVOLUCIONARÁN USTEDES, LOS DE LAS CULTURAS EXTERIORES, SI NO SE

SABOTEAN.

En ese momento entró corriendo en la habitación un muchachito de unos catorce años, que me saludó con educación y anunció:

—Volvió a llamar Pema. Ani se volvió hacia él.

—Sí, me enteré. ¿Irías a buscar nuestros abrigos, y uno para nuestro huésped?

Me costaba dejar de mirar al chico. Su semblante parecía de una persona mucho mayor, y su apariencia me resultaba familiar. Me recordaba a alguien, pero no conseguía identificar a quién.

—¿Puedes venir con nosotros? —me preguntó Ani—.Podría ser importante que lo vieras.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—A la casa de una vecina. Sólo para ver cómo está. Cree haber concebido un hijo hace unos días, y quiere que yo la revise.

—¿Eres médica?

—En realidad aquí no tenemos médicos, porque ya no existen las enfermedades con que ustedes están tan familiarizados. Hemos aprendido a mantener nuestra energía por encima de ese nivel. Yo ayudo a la gente a controlarse, extender su energía y mantenerla así.

—¿Por qué dices que es importante que yo lo vea?

—Porque en este momento estás aquí. —Me miró como si yo fuera lerdo. —Por cierto debes entender el proceso sincrónico.

Regresó el chico, que me fue presentado. Se llamaba

Tashi. Me dio una chaqueta azul intenso; parecía una parka común, salvo las costuras. De hecho, no tenía ninguna costura. Era como si las partes de género se hubieran unido sencillamente juntándolas. Y, de manera sorprendente, aunque al ponérmela la sentía como si fuera de algodón, no pesaba casi nada.

—¿Cómo las fabrican? —pregunté.

—Son campos de fuerza —me respondió Ani, al tiempo que ella y Tashi atravesaban la pared con un ruido sibilante. Traté de seguirlos, pero reboté contra el campo, que percibí como una pieza sólida de Plexiglás. Desde afuera, el chico rió.

Con otro sonido como los anteriores, Ani volvió, también sonriendo.

—Tendría que haberte indicado qué hacer —me dijo—. Discúlpame. Debes visualizar que el campo de energía se abre para que pases. Inténtalo.

Le eché una mirada escéptica.

—Imagínalo abriéndose en tu mente y luego atraviésalo.

Seguí sus indicaciones y avancé. En verdad pude ver el campo abriéndose. Parecía una distorsión del espacio, algo como los rayos de calor que se ven en una carretera al sol.

Con una especie de zumbido lo atravesé y aparecí en la acera exterior. Ani me siguió.

Meneé la cabeza. ¿Dónde me hallaba?

Siguiendo a Tashi, anduvimos por un sendero sinuoso que bajaba en forma gradual por la ladera de la colina. Al mirar atrás, vi que la casa de Ani quedaba casi por completo oculta por los árboles, y entonces otra cosa me llamó la atención. Cerca de la casa había una unidad cuadrada, negra, de aspecto metálico, del tamaño de una valija grande.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Ani.

—Es nuestra unidad de energía —me contestó—. Nos ayuda a calentar y enfriar la casa y disponer los campos de fuerza.

Quedé totalmente confundido.

—¿Qué quieres decir con que los "ayuda"?

Iba caminando delante de mí; seguíamos descendiendo por la ladera. Aminoró el paso y me permitió alcanzarla.

—La unidad de energía que está junto a la casa no crea nada por sí misma. Lo único que hace es amplificar a un nivel más elevado el Campo de Oración que ya conoces, de modo que podamos manifestar directamente lo que necesitamos.

La miré de reojo.

—¿Por qué te suena tan fantástico? —preguntó Ani, sonriendo—. Ya te dije: es mero progreso.

—No sé —respondí—. Supongo que, durante todo el tiempo en que intentaba llegar a Shambhala, en ningún momento me detuve a pensar cómo sería este lugar. Tal vez pensé que iba a encontrar simplemente un grupo de lamas supremos en estado de meditación en alguna parte. Ésta es una cultura con tecnología. Es fantástico...

—No es la tecnología lo que importa, sino cómo la hemos utilizado para acrecentar nuestros poderes mentales.

—¿A qué te refieres?

—Todo esto no es tan extravagante como piensas. Simplemente hemos descubierto las lecciones de la historia. Si observas con atención la historia humana, puedes ver que la tecnología siempre ha sido una precursora de lo que luego podría hacerse sólo con la mente humana.

"Piénsalo. A lo largo de toda la historia la gente creó tecnología para realzar su capacidad de actuar y estar cómoda en el mundo. En el comienzo fueron sólo recipientes para contener nuestros alimentos y herramientas con que cavar, y después, casas y edificios más elaborados. Para crear estos elementos, extrajimos metales y minerales y les dimos las formas que veíamos en nuestra mente. Quisimos viajar en forma más efectiva, de modo que inventamos la rueda y luego vehículos de diversos tipos.

Quisimos volar, de modo que fabricamos aviones que nos ayudaron a hacerlo.

"Quisimos comunicarnos con más rapidez, entre grandes distancias, en cualquier momento en que quisiéramos, así que inventamos cables y telégrafos, teléfonos, radios y televisión... que nos permitieran ver qué estaba sucediendo en otros sitios.

Me miró con expresión interrogadora.

—¿Ves el esquema? Los humanos inventamos la tecnología porque queríamos llegar a diversos lugares y conectarnos con más gente, y en el fondo de nuestro corazón sabíamos que nos era posible hacerlo. La tecnología ha sido siempre sólo un escalón para avanzar hacia lo que podemos hacer por nosotros mismos. El verdadero papel de la tecnología ha sido el de ayudamos a reforzar la fe en que podemos hacer todas estas cosas por nuestros propios medios, con nuestro propio poder interior.

"De modo que, en los principios de la historia de Shambhala, comenzamos a hacer evolucionar la tecnología hasta que sirviera en forma consciente al desarrollo de la mente humana. Nos dimos cuenta del verdadero potencial de nuestros Campos de Oración y comenzamos a remodelar nuestra tecnología de manera que meramente amplificara nuestros campos. Aquí, en el perímetro, todavía utilizamos los aparatos de amplificación, pero estamos al borde de poder apagarlos y usar sólo nuestros Campos de Oración para manifestar todo lo que necesitamos o queremos hacer. Algo que la gente de los templos ya puede hacer.

Quería formularle muchas preguntas, pero mientras dábamos vuelta a un recodo vi un arroyo ancho que corría colina abajo a nuestra derecha. Más adelante resonaba el ruido del agua apresurada.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté.

—Más arriba hay una cascada —me contestó—. ¿Sientes que necesitas verla?

—¿Quieres decir intuitivamente? —pregunté.

—Por supuesto que quiero decir intuitivamente —respondió, sonriendo—. Vivimos mediante la intuición. Tashi se había detenido y miraba hacia atrás. Ani se volvió hacia él.

—¿Por qué no vas a avisarle a Pema que ya vamos?

El chico sonrió y salió corriendo.

Nosotros subimos por la cuesta rocosa que se alzaba a nuestra derecha, acercándonos al arroyo, y nos abrimos paso entre unos árboles más pequeños y frondosos hasta llegar al borde del agua. El arroyo tenía unos siete metros de ancho y fluía con rapidez. Entre las ramas de nuestra izquierda vi que el agua pasaba por sobre un saliente. Ani me indicó que la siguiera. Caminamos junto al arroyo y bajamos varios escalones de piedra hasta quedar justo debajo de las cascadas. Desde allí podíamos ver la caída de quince metros hacia un gran estanque que se extendía abajo.

Me llamó la atención un movimiento, y me asomé al borde de la roca para mirar hacia abajo. Para mi sorpresa, a través de la bruma y el rocío del extremo del estanque alcancé a ver a dos personas que caminaban una hacia otra, las dos rodeadas por una luz suave, rosada. Aunque la luz no era muy intensa, lucía notablemente densa, en especial alrededor de los hombros y las caderas. Me esforcé por distinguir el contorno completo de las dos personas, y cuando lo hice me di cuenta de que estaban desnudas.

—¿Así que me hiciste subir aquí para ver esto? —me dijo Ani, divertida.

Yo no podía quitar los ojos de lo que sucedía. Sabía que estaba contemplando los campos de energía de un hombre y una mujer. A medida que se acercaban uno a otro, sus campos se fundían. Por fin, con gran lentitud, vi otra luz que se formaba en la parte media del cuerpo de la mujer. Al cabo de unos minutos se separaron y la mujer se palpó el vientre. La luz más pequeña se tornó más intensa, y los dos volvieron a abrazarse y parecían hablar, pero yo no podía oír nada a causa de la cascada. De pronto las dos personas simplemente desaparecieron.

Me di cuenta de que habían estado haciendo el amor, y me sentí incómodo.

—¿Quiénes son esas personas? —pregunté.

—No los reconocí —respondió Ani—. Pero son de alguna parte de la región.

—Me dio la impresión de que concibieron un hijo —dije—. ¿Crees que era lo que se proponían? Estalló en risitas.

—Esto no es las culturas exteriores. Por supuesto que se proponían concebir. En estos niveles de energía e intuición, traer un alma a la Tierra es un proceso muy deliberado.

—¿Cómo hicieron para desaparecer así?

—Viajaron allí proyectándose mentalmente a través de un Campo de Viaje. El aparato de amplificación nos permite hacer eso. Descubrimos que el mismo campo electromagnético que envía imágenes de televisión puede usarse para vincular el espacio de un lugar remoto con el espacio donde estamos. Cuando hacemos eso, podemos simplemente mirar una escena siempre que lo deseamos, o incluso pasar al otro lado, utilizando nuestro Campo de Oración amplificado. Algunos teóricos de las culturas exteriores ya están trabajando en tales teorías en la actualidad, sólo que no tienen plena conciencia de a qué conducirán.

Me limité a mirarla, tratando de absorber la nueva información.

—Pareces abrumado —me dijo Ani. Asentí y logré esbozar una sonrisa.

—Vamos. Te llevaré a la casa de Pema.

Cuando llegamos, vi que la casa era como la de Ani, salvo que estaba construida en la ladera de una colina y tenía muebles diferentes. Noté una caja negra idéntica en la parte exterior, y entramos a través del campo de fuerza, igual que antes. Nos salieron al encuentro Tashi y otra mujer, que se presentó como Pema.

Era más alta y más delgada que Ani. Tenía el cabello renegrido y largo y llevaba sólo un vestido blanco largo. Aunque sonreía, me di cuenta de que algo no andaba del todo bien. Pidió ver a Ani a solas, así que ambas mujeres fueron a otra habitación, dejándonos a Tashi y a mí sentados en una sala de estar.

Estaba por preguntarle qué ocurría, cuando sentí una electricidad en el aire, a mis espaldas. Vi que la distorsión ondeada se abría, igual que como había visto en el campo de fuerza que rodeaba la casa de Ani, sólo que esta vez apareció en el medio de la habitación. Parpadeé, tratando de entender lo que ocurría. Al enfocar, a través de la distorsión vi un campo con pequeñas plantas, como si fuera una ventana. Para mi sorpresa, un hombre atravesó la abertura y entró en la habitación.

Tashi se puso de pie y nos presentó. El hombre se llamaba Dorjee. Me saludó con un gesto amable y
preguntó dónde se hallaba Pema. Tashi señaló hacia la habitación.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Tashi. Me miró con una sonrisa.

—Llegó de la granja el marido de Pema. ¿En las culturas exteriores no hay gente capaz de hacer esto?

Le conté brevemente de los rumores y los mitos acerca de los yoguis capaces de proyectarse a lugares distantes.

—Pero yo personalmente nunca he visto nada semejante —agregué, tratando de recobrar la compostura— ¿Cómo se hace, exactamente?

—Visualizamos el lugar al que queremos ir, y el amplificador nos ayuda a crear una ventana en ese lugar, justo frente a nosotros. También crea una abertura en la otra dirección, para regresar. Así como pudimos ver dónde estaba Dorjee antes de que llegara.

—¿Y el amplificador es la caja negra de afuera?

—Correcto.

—¿Y todos ustedes pueden hacer esto?

—Sí, y es nuestro destino hacerlo sin el amplificador. Calló y me miró; luego preguntó:

—¿Quieres hablarme de la cultura de la que vienes, en el mundo exterior?

Antes de que yo pudiera responder, oímos una voz que decía en el dormitorio:

—Ha vuelto a suceder.

Tashi y yo nos miramos.

Después de unos minutos Ani salió de la habitación con Pema y al marido, y todos se sentaron en la sala junto a nosotros.

—Me sentía tan segura de que estaba embarazada —dijo Pema— Podía ver la energía y sentirla por momentos, y luego, tras unos pocos minutos, desaparecía. Debe de ser la transición.

Tashi la miraba con intensidad, totalmente fascinado.

—¿Qué crees que pasó? —pregunté.

—Hemos intuido —dijo Ani— que existe una suerte de embarazo paralelo y que el niño se ha ido a otra parte. Dorjee y Pema se miraron un largo momento.

—Volveremos a intentarlo —afirmó Dorjee— Casi nunca sucede dos veces en una misma familia.

—Debemos irnos —dijo Ani, que se puso de pie y abrazó a la pareja. Tashi y yo la seguimos a través del campo de fuerza.

Yo continuaba abrumado. En algunos aspectos la cultura de aquel lugar parecía extraordinaria; en otros, por entero fantástica. Yo trataba de absorberlo todo mientras Ani nos conducía unos doce metros hasta un hermoso saliente de rocas que daba al inmenso valle verde de más abajo.

—¿Cómo puede haber un ambiente templado tan extenso en el Tíbet? —pregunté de pronto.

Ani sonrió.

—La temperatura se controla con nuestros campos, y resultamos invisibles para los que poseen menos energía. Aunque las leyendas dicen que eso comenzará a cambiar cuando se acerque la transición.

Quedé perplejo.

—¿Conoces las leyendas? —pregunté. Ani asintió.

—Por supuesto. Shambhala es el origen de las leyendas, así como de muchas profecías a lo largo de toda la historia. Nosotros ayudamos a llevar información espiritual a las culturas exteriores. También sabemos que es sólo una cuestión de tiempo hasta que ustedes comiencen a descubrirnos.

—¿Quiénes? —quise saber.

—Cualquier persona de las culturas exteriores. Sabíamos que, como algunos de ustedes elevaron en general su nivel de energía y conciencia, comenzarían a tomar a Shambhala en serio y podrían llegar aquí. Eso es lo que dicen las leyendas. En el momento del cambio, o la transición, de Shambhala, llegará gente de las culturas exteriores. Y no sólo los ocasionales adeptos de Oriente, que siempre nos han encontrado en forma periódica, sino también personas de Occidente, a las que se ayudará a llegar aquí.

—Dijiste que las leyendas predicen una transición. ¿Qué es?

—LAS LEYENDAS DICEN QUE, CUANDO LAS CULTURAS EXTERIORES COMIENCEN A COMPRENDER TODOS LOS PASOS NECESARIOS PARA EXTENDER EL CAMPO DE ORACIÓN HUMANO... ES DECIR, CÓMO CONECTARSE CON LA ENERGÍA DIVINA Y DEJARLA FLUIR A TRAVÉS DEL AMOR, Y DISPONER EL CAMPO PARA PRODUCIR EL PROCESO SINCRÓNICO Y ELEVAR A OTROS, ASÍ COMO FIJAR ESTE CAMPO CON EL DESPRENDIMIENTO... ENTONCES SE TORNARÁ CONOCIDO LO QUE HACEMOS AQUÍ, EN SHAMBHALA.

—¿Hablas del resto de la Cuarta Extensión?

Me miró con expresión conocedora.

—Sí. Eso es, al fin y al cabo, lo que has venido a ver aquí.

—¿Puedes decirme qué es?

Meneó la cabeza.

—Debes avanzar de a un paso por vez. Primero debes darte cuenta de adónde se dirige la humanidad. No en forma intelectual, sino con tus ojos y tus sentimientos. Shambhala es el modelo de ese futuro.

Asentí, mirándola.

—ES HORA DE QUE EL MUNDO SEPA DE QUÉ SON CAPACES LOS SERES HUMANOS, DE ADÓNDE NOS LLEVA LA EVOLUCIÓN. UNA VEZ QUE LO COMPRENDAS PLENAMENTE, PODRÁS EXTENDER AÚN MÁS TU CAMPO, VOLVERTE AÚN MÁS FUERTE.

Meneó la cabeza y agregó:

—Pero comprende que yo no poseo toda la información sobre la Cuarta Extensión. Podré guiarte a través de algunos de los pasos siguientes, pero hay más, que sólo conoce la gente de los templos.

—¿Qué son los templos? —quise saber.

—Son el corazón de Shambhala. El lugar místico que imaginaste. Donde se hace

el verdadero trabajo de Shambhala.

—¿Dónde están ubicados?

Señaló al norte, del otro lado del valle, donde se alzaba un extraño grupo circular de montañas a la distancia.

—Allá, pasando esas cumbres —respondió. Mientras nosotros hablábamos, Tashi guardaba silencio, escuchando cada palabra. Ani lo miró y le acarició el pelo.

—Tuve la intuición de que para este momento iban a llamar a Tashi a los templos... pero él parece más interesado en la vida en tu mundo.

Me desperté sobresaltado, transpirando. Había soñado que caminaba por los templos con Tashi y otra persona, al borde de comprender la Cuarta Extensión. Estábamos en un laberinto de estructuras de piedra, la mayoría de un color arena broncíneo, pero a la distancia había un templo de tono azulado. En la puerta había parada una persona ataviada con un llamativo atuendo tibetano. En el sueño yo huía del oficial chino al que ya había visto varias veces antes. Él me perseguía por entre los templos, que eran destruidos. Yo lo odiaba por lo que hacía.

Me incorporé en la cama y traté de enfocar, recordando apenas la caminata de regreso a la casa de Ani. Ahora me hallaba en uno de sus dormitorios y era la mañana. Tashi estaba sentado frente a la cama en un gran sillón, mirándome fijo.

Respiré hondo y traté de calmarme.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Sólo un sueño pavoroso —respondí.

—¿Me contarás de las culturas exteriores?

—¿No puedes ir allá a través de una ventana o una abertura, o como sea que lo llamen? Negó con la cabeza.

—No, eso no es posible, ni siquiera en los templos. Mi abuela intuyó que podía hacerse, pero nadie lo ha logrado, a causa de las diferencias en los niveles de energía entre los dos lugares. La gente de los templos puede ver lo que está sucediendo en las culturas exteriores, pero eso es todo.

—Tu madre parece saber mucho sobre el mundo exterior.

—Obtenemos nuestra información de la gente que reside en los templos. Vienen aquí a menudo, en especial cuando perciben que alguien está listo para unírseles.

—¿Unírseles?

—Aquí casi todos aspiran a ocupar un lugar en los templos. Es el mayor honor y una oportunidad de influir en las culturas exteriores.

Mientras hablaba, su voz y su nivel de madurez me recordaron a los de una persona de treinta años. Aunque era corpulento, resultaba desconcertante mirar ese rostro de catorce años.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Deseas ir a los templos? Sonrió y miró hacia la otra habitación, como si no quisiera que su madre lo oyera.

—No. No dejo de pensar en la forma de ir a las culturas exteriores. ¿Me contarás sobre ellas?

Durante media hora le conté todo lo que pude sobre el actual estado de cosas en el mundo: cómo vivía la mayoría de la gente, lo que comían casi todos, la lucha por instituir la democracia en todo el globo, la influencia corruptora del dinero sobre el gobierno, los problemas ambientales. Lejos de mostrarse alarmado o decepcionado, lo absorbía todo con entusiasmo.

En eso entró Ani en la habitación, percibió que se desarrollaba una conversación importante y calló. Ninguno de nosotros dijo nada; yo volví a desplomarme contra la almohada.

Ani me miró. —Tenemos que infundirte más energía —observó—. Ven conmigo.

Me puse la ropa y me reuní con ella en la sala; luego la seguí afuera y dimos la

vuelta a la parte posterior de la casa. Allí los árboles eran muy grandes y estaban plantados a unos diez metros uno de otro. Entre ellos había césped y docenas de otras plantas semejantes a enormes helechos. Ani me urgió a mover el cuerpo, así que intenté hacer los ejercicios que me había enseñado Yin.

—Ahora siéntate aquí —me dijo cuando terminé—. Y eleva de nuevo tu energía.

Cuando se sentó a mi lado, comencé a aspirar y enfocar la belleza que me rodeaba, visualizando que la energía venía a mí desde adentro. Lo mismo que antes, los colores y las formas comenzaron a sobresalir con gran facilidad.

Miré a Ani y vi en su cara una expresión de profunda sabiduría.

—Así está mejor —me dijo—. Ayer, cuando visitamos a Pema, todavía no estabas por completo aquí. ¿Recuerdas lo que sucedió?

—Por supuesto —respondí—. La mayor parte.

—¿Recuerdas lo que ocurrió cuando ella creyó haber concebido?

—Sí.

—Parecía que el embarazo era real, pero al momento siguiente había desaparecido.

—¿Qué crees que sucedió? —pregunté.

—En realidad nadie lo sabe. Estas desapariciones ocurren desde hace un largo tiempo. De hecho, comenzaron conmigo, hace catorce años. En ese entonces tuve la certeza de haber concebido mellizos, una nena y un varón, y luego, en un instante, uno de los dos desapareció. Di a luz a Tashi, pero siempre he sentido que su hermana vivía en algún lugar.

"Desde entonces las parejas de aquí han tenido a menudo la misma experiencia. Las mujeres se sienten seguras de haber concebido, y luego, de pronto, se dan cuenta de que tienen el útero vacío. Todas logran quedar embarazadas de nuevo y dar a luz, pero jamás olvidan lo sucedido. Este fenómeno ha estado ocurriendo con regularidad en todo Shambhala durante los últimos catorce años.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Tiene algo que ver con la transición, tal vez incluso con el hecho de que estés aquí. Desvié la mirada.

—No sé.

—¿No tienes ninguna intuición?

Pensé un momento y entonces recordé el sueño. Estaba a punto de contárselo, pero como no lograba develar lo que significaba, no lo hice.

—En realidad, ninguna intuición —dije—. Sólo muchas preguntas. Asintió, esperando.

—¿Cómo funciona la economía aquí? ¿Qué hace la mayoría de la gente con su tiempo? —inquirí.

—Hemos evolucionado hasta un punto en el que ya no usamos dinero —me explicó Ani—, y ya no fabricamos ni construimos objetos, como en las culturas exteriores. Decenas de miles de años atrás llegamos de culturas que fabricaban las cosas que necesitaban, como ustedes. Pero, como te dije, poco a poco llegamos a entender que el verdadero destino de la tecnología es el de emplearla para desarrollar nuestras capacidades mentales y espirituales.

Palpé la manga suave de mi parka.

—¿Quieres decir que todo lo que tienen es un campo de energía creado?

—Así es.

—¿Y qué es lo que lo mantiene?

—Una vez creados, estos campos perduran mientras la energía no sea alterada por algún tipo de negatividad.

—¿Y los alimentos?

—Los alimentos pueden crearse del mismo modo, pero descubrimos que es mejor que la comida sea cultivada por individuos en un proceso natural. Las plantas alimenticias responden a nuestra energía y nos la devuelven. Desde luego, ya no tenemos necesidad de comer mucho para mantenernos vibrantes. En los templos, la mayoría no come nada.

—¿Y la energía eléctrica? ¿Cómo se alimentan de energía los amplificadores?

—Esa energía es gratis. Hace mucho tiempo descubrimos un dispositivo, empleando procesos que ustedes denominarían fusión en frío. Creaba energía virtualmente gratuita para nuestra cultura, lo cual nos liberó de arruinar el ambiente y nos permitió automatizar nuestra producción masiva de mercaderías. En forma gradual todo nuestro tiempo llegó a concentrarse en nuestros senderos espirituales, en la percepción sincrónica, y en descubrir nuevas verdades sobre nuestra existencia y brindar esta información a otros.

Mientras ella hablaba reconocí que describía un futuro humano del que por primera vez me enteré en las Novena y Décima Revelaciones.

—A medida que nos desarrollábamos espiritualmente, aquí, en Shambhala —prosiguió—, comenzamos a comprender que el propósito humano en este planeta es el de evolucionar hacia una cultura espiritual en todos sus aspectos. Y después nos dimos cuenta de que teníamos un gran poder dentro de nosotros para que nos ayudara a lograr lo que debía hacerse. Aprendimos las extensiones de la oración y las utilizamos para desarrollar aún más nuestra tecnología, como ya te he explicado, para ayudar a facilitar este poder creativo. A esta altura vivimos simplemente en la naturaleza y la única tecnología que queda son estas unidades que nos ayudan a crear mentalmente todo lo demás que necesitamos.

—¿Toda esa evolución tuvo lugar aquí mismo? —pregunté.

—No, en absoluto —respondió—. Shambhala se ha mudado muchas veces.

Por alguna razón su declaración me conmocionó, así que le hice más preguntas.

—Nuestras leyendas son muy antiguas y provienen de muchas fuentes —me aclaró—. Todos los mitos de Atlantis y las leyendas hindúes de Meru se originan en antiguas civilizaciones que existieron realmente en el pasado, en las que se llevó a cabo la más temprana evolución de Shambhala. Desarrollar nuestra tecnología constituyó el paso más difícil, porque, para poner la tecnología al pleno servicio de nuestro desarrollo espiritual individual, todos deben avanzar a un punto en que la comprensión espiritual sea más importante que el dinero y el control.

"Eso lleva algún tiempo, porque la gente que está encerrada en. el miedo, y cree que necesita manipular personalmente el curso de la evolución humana con su ego, a menudo desea utilizar los avances de la tecnología de maneras negativas, para controlar a los demás. En muchas civilizaciones tempranas, unos cuantos controladores trataron de subvertir el uso de las máquinas de amplificación e intentaron usarlas para vigilar y controlar los pensamientos de otras personas. Muchas veces estas tentativas terminaron en guerra y destrucción masiva, y la humanidad tuvo que volver a empezar desde cero.

"Las culturas exteriores enfrentan este problema en la actualidad. Hay personas que quieren dominar a todos los demás empleando vigilancia, *chips* implantados y controles de ondas cerebrales.

—¿Y los aparatos de esas antiguas culturas de que hablas? ¿Por qué no se ha encontrado casi nada?

—La deriva continental y el hielo han enterrado una gran parte, y además, una vez que una cultura progresa hasta un punto en que los bienes materiales se crean en forma mental, si algo sale mal y una ola de negatividad derrumba la energía, simplemente todo desaparece.

Tomé aliento y me encogí de hombros. Lo que decía Ani tenía perfecto sentido, pero al mismo tiempo me resultaba en extremo desconcertante. Una cosa era plantearse hipótesis sobre la evolución de la civilización humana hacia un futuro espiritual, y otra muy distinta, encontrarse inmerso en una cultura que ya había alcanzado ese grado de evolución.

Ani se acercó.

—Recuerda sólo que lo que hemos logrado nosotros es el curso natural de la evolución humana. Vamos delante de ustedes, pero, como hemos hecho lo que hemos hecho, el camino puede resultar más fácil para ustedes, los de las culturas exteriores.

Hizo una pausa. Esbocé una sonrisa.

—Ahora tu energía parece muy mejorada —comentó.

—No creo que nunca me haya sentido tan alerta. Asintió.

—Como te dije antes, es el nivel de energía que mantenemos los individuos de Shambhala. Es contagioso. También hay mucha gente aquí que sabe cómo atraer energía y proyectarla a los demás de manera que produzca un efecto multiplicador, en el que cada uno absorbe la energía de oración que ha recibido de los otros y la envía de nuevo a todos. ¿Ves cómo crece? Todas las suposiciones y expectativas de todos los que componen una cultura fluyen juntas y conforman un solo y gran Campo de Oración cultural.

"**El nivel general que alcanza cualquier cultura es determinado casi únicamente por cuánta conciencia tengan sus integrantes acerca, en primer lugar, de la existencia de sus Campos de Oración en general, y segundo, de cómo los extiendan en forma consciente. Cuando al fin se practican las extensiones, el nivel de energía se eleva muchísimo. Si en las culturas exteriores todos supieran cómo atraer energía y hacerla fluir, haciendo una prioridad de las extensiones de la oración, podrían lograr con toda facilidad el nivel que tenemos en Shambhala. —Hizo chasquear los dedos para dar énfasis a sus palabras, y luego agregó: —Es en eso en lo que estamos trabajando en los templos. Usamos nuestras extensiones de oración para ayudar a elevar la conciencia en las culturas exteriores**. Hace miles de años que lo hacemos.

Reflexioné en sus palabras y pregunté:

—Cuéntame todo lo que sabes de la Cuarta Extensión.

Guardó silencio un momento, al tiempo que me miraba muy seria.

—**Ya sabes que debes avanzar paso a paso —respondió—. Te han ayudado, pero para llegar aquí tenías que saber las primeras tres extensiones y parte de la Cuarta. Ahora debes parar y comprender con exactitud cómo funcionan en verdad las extensiones.**

"Cuando se completa una extensión, la energía de uno fluye más lejos hacia afuera y se fortalece. Esto ocurre porque, cuando haces emanar tu energía para atraer experiencias sincrónicas y elevar a otros, y cuando fijas esta energía con desprendimiento y fe, promueves el plan divino, y cuanto más puedas actuar y pensar en armonía con lo divino, más fuerte se torna tu poder. ¿Entiendes? Hay un dispositivo de seguridad incorporado, como sin duda habrás visto. Dios no va a encender el poder que hay en ti a menos que estés en armonía con la intención universal.

Me tocó un hombro.

—De modo que lo que tienes que hacer ahora es ver con más claridad adónde se supone que debe ir la humanidad, cómo debe evolucionar la cultura humana en general. Es hora de que esto ocurra. Es por eso que tú y otros están viendo y comprendiendo al fin a Shambhala. Éste es el paso siguiente de

la Cuarta Extensión. Debes comprender de verdad el futuro destinado a la humanidad.

"Ya has comprendido cómo nosotros hemos dominado la tecnología y la hemos puesto al servicio de nuestra evolución espiritual interior. Experimentar esto extiende tu energía aún más, porque ahora puedes disponer esta expectativa en tu Campo de Oración.

"Es importante comprender cómo funciona. Ya sabes cómo enviar un campo delante de ti mientras vas por este mundo, y sabes cómo disponerlo para aumentar la energía y el flujo sincrónico en ti mismo y en otros. Extiendes tu campo un paso más cuando no sólo visualizas que tu campo eleva a más altas intuiciones a la gente que te rodea, sino que lo haces con una certeza de adónde conducen las intuiciones más elevadas de todos, tanto tuyas como de los demás; hacia una cultura espiritual ideal, como la que ves aquí, en Shambhala. Cuando así lo haces, los ayudas a encontrar el papel que deben desempeñar en esta evolución.

Asentí, ansioso por obtener más información.

—No vayas demasiado rápido —me advirtió—. Todavía no lo has visto todo en cuanto a cómo vivimos aquí. No sólo hemos dominado la tecnología, sino que también hemos reestructurado nuestro mundo para concentrarnos por entero en la evolución espiritual... en los misterios de la existencia... en el proceso de la vida en sí.

CAPÍTULO 8
EL PROCESO DE LA VIDA

Tomé una bifurcación del sendero de atrás de la casa de Ani y Tashi, hacia la izquierda, y anduve por entre las piedras y los árboles durante casi un kilómetro y medio. Ani había concluido nuestra conversación en forma abrupta, diciendo que debía hacer unos preparativos de los que me hablaría más tarde, y yo había decidido salir a caminar solo.

Mientras contemplaba el follaje verde, mi mente se llenaba de preguntas. Ani había dicho que me hacía falta ver cómo Shambhala era el modelo de una cultura enfocada en el proceso de la vida. ¿Qué quería decir?

Mientras reflexionaba sobre este interrogante, noté que por el sendero venía un hombre caminando hacia mí. Era mayor, en apariencia de alrededor de cincuenta años, y caminaba a paso vivaz. Cuando me alcanzó, demoró un momento su mirada en la mía y pasó de largo. Por el rabillo del ojo vi que se volvía una vez a observarme.

Caminé un poco más, irritado por no haberme detenido y entablado conversación. Di la vuelta y me encaminé en la dirección en que iba el hombre, en la esperanza de encontrarlo. Lo divisé más adelante, doblando un recodo, y lo perdí de vista. Cuando llegué al mismo recodo, había desaparecido. Aunque me sentí decepcionado, regresé a la casa de Ani sin pensar más en ello.

Ella me saludó en la puerta, con unos vaqueros y una camisa en la mano.

—Vas a necesitarlos —me dijo.

—Déjame adivinar —repliqué—. Los creaste con tu campo.

Hizo un gesto afirmativo.

—Comienzas a comprendernos.

Me senté en una silla y la miré. No creía comprender nada de nada.

—Ha llegado el padre de Tashi —me anunció Ani.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—Adentro, con Tashi. —Señaló un dormitorio.

—¿De dónde vino?

—Ha pasado un tiempo en los templos.

Levanté la cabeza, atento.

—¿Acaba de llegar?

—Sí, poco antes de que regresaras.

—Creo que hace un rato pasé junto a él en el sendero.

Ani calló un instante y luego dijo:

—Creo que ha venido a prepararnos.

—¿Para qué?

—Para la transición. Calcula que nos acercamos al momento en que Shambhala se mudará.

Estaba por preguntarle más, pero noté que miraba para otro lado, en apariencia sumida en profundos pensamientos.

—¿Me contaste que viste al padre de Tashi en el sendero? —me preguntó.

Asentí.

—Entonces el mensaje que nos trae debe de ser importante también para ti. Tenemos que ser muy conscientes del proceso.

Me miró expectante.

—Mencionaste el proceso de la vida —le dije—. ¿Puedes explicarme con exactitud cómo lo entiende la gente de Shambhala?

Hizo un gesto afirmativo.

—Contemplemos el cuadro completo de cómo puede evolucionar una sociedad una vez que comienza a elevar su nivel de energía de oración. Lo primero que sucede es que los que crean la tecnología comienzan a hacerla cada vez más eficiente y automatizada, de modo que haya robots que puedan encargarse cada vez más de fabricar los bienes materiales de la sociedad. Esto ya está ocurriendo en todas las industrias de la cultura exterior y es un desarrollo positivo, pese a ser en especial peligroso, pues puede colocar demasiado poder en las manos de unos pocos individuos o corporaciones, a menos que se lo descentralice. También puede provocar desempleo, por lo cual muchas personas deben adaptarse y cambiar su manera de ganarse la vida.

"Lo que modera estos problemas, sin embargo, es el hecho de que, a medida que se automatiza la producción material, la economía general comienza a desplazarse hacia una economía de información y servicio... brindando a los demás la información correcta en el momento debido... lo cual exige que todos se vuelvan más intuitivos y alertas y enfocados en la percepción sincrónica como manera de vida.

"A medida que aumenta el conocimiento espiritual y la gente se torna más consciente del poder creativo que puede alcanzar con sus Campos de Oración, la tecnología evoluciona un paso más. Es entonces cuando se descubren los amplificadores de ondas de pensamiento, de modo que los individuos puedan crear todo lo que necesitan por medio de la mente.

"Cuando sucede esto, la cultura se encuentra libre para concentrarse por completo en los temas espirituales, o lo que nosotros denominamos el proceso de la vida en sí. Ése es el punto en que nos encontramos ahora en Shambhala y al cual el resto de la humanidad está destinada a llegar. Toda nuestra sociedad se educa con miras a la realidad más amplia del espíritu. En determinado momento todas las culturas deben comprender que somos seres espirituales y que nuestros cuerpos son sólo átomos en una vibración particular, una vibración capaz de elevarse mediante el aumento de nuestra conexión y nuestro poder de oración.

"Aquí, en Shambhala, ya lo comprendemos, y también comprendemos que hemos llegado aquí, a partir del plano puramente espiritual, a lograr algo. Venimos aquí con una misión para llevar el mundo a la plena conciencia espiritual, generación por generación, y para hacerlo de la manera más consciente posible. Es por eso que participamos plenamente en este proceso de la vida desde el principio mismo... de hecho, antes del nacimiento.

Me miró para ver si yo entendía, y enseguida continuó:

—Antes del nacimiento, siempre existe una relación intuitiva entre la madre y el padre y el hijo que aún no ha nacido.

—¿Qué clase de relación? —pregunté.

Sonrió.

—Aquí todos saben que el alma comienza a contactarse con los padres antes de la concepción. Hace conocer su presencia, en especial con la madre. Forma parte del proceso de decidir si el futuro padre o madre es en realidad el adecuado.

La miré con asombro.

—Esto ya ocurre en las culturas exteriores —me explicó Ani—, pero sólo ahora la gente comienza a hablarlo y desarrollar su percepción. Pregunta a cualquier grupo de madres y fíjate lo que dicen.

"Este mismo tipo de intuición actúa también en el proceso del matrimonio, si lo piensas bien. Cuando los seres humanos buscan una pareja en forma consciente, la principal medida es la pasión, pero ése no es el único factor. También tenemos intuiciones de cómo será la vida con una persona en particular. Evaluamos, ya tengamos plena conciencia de ello o no, si el estilo de vida con ese individuo representará un progreso con respecto al estilo y las actitudes con que nos criamos.

"¿Entiendes a qué me refiero? Elegir la pareja adecuada es importante desde un punto de vista evolutivo. A medida que evolucionamos espiritualmente, los seres humanos estamos destinados a formar pareja en forma consciente, con el objeto de establecer un hogar, o tener una actitud de hogar, que represente un modo de vida más genuino en comparación con la generación anterior. De manera intuitiva sabemos que debemos construir una vida que aumente la sabiduría que encontramos cuando llegamos al mundo. ¿Comprendes el proceso?

"Luego, cuando llegan las intuiciones acerca de un hijo que quiere nacer a nosotros, siempre plantean preguntas:
¿Por qué este niño quiere nacer en nuestra familia? ¿Qué quiere ser cuando crezca? ¿Cómo ampliará y expandirá este niño la comprensión que ha encontrado con nosotros?

—Espera un momento —la interrumpí—. ¿No debemos cuidarnos de suponer que sabemos cómo resultarán nuestros hijos? ¿Y si nos equivocamos y tratamos de colocarlos en un casillero que no es el mejor para ellos? Mi madre creía que yo iba a ser predicador rural, y eso no era acertado.

—Sí, por supuesto. Éstas son sólo intuiciones; la realidad apenas si se acercará a lo que pensamos. Nunca será exacto. La humanidad pasó siglos arreglando matrimonios y obligando a los hijos a adoptar profesiones elegidas por los padres. ¿Pero no entiendes? Eso era un mal uso de una intuición real. Nosotros podemos aprender de sus errores. No recibimos un conocimiento definitivo sobre nuestros hijos, ni deberíamos ejercer el control total. Meramente recibimos instrucciones, imágenes amplias de lo que van a hacer con su vida... aunque yo apostaría a que tu madre no estaba tan equivocada en cuanto a ti. Me reí. Ani tenía razón, desde luego.

—De modo que puedes ver adónde conduce todo esto. Sabemos que, mientras la madre y el padre intuyen cómo utilizará el hijo la sabiduría que encontrará con

ellos, y luego la extenderá aún más, el alma no nacida hace lo mismo en una visión previa a la vida de lo que quiere lograr. A continuación viene el proceso de la concepción.

Me miró un momento.

—¿Recuerdas la pareja que vimos en la cascada?

—Sí.

—¿Qué piensas de eso?

—Parecía algo muy deliberado.

—Sí, lo era. Una vez que una pareja decide intentar la concepción para traer al alma que intuyen, el acto físico es una suerte de fusión de campos de energía que de una manera muy real abre orgásmicamente una puerta al cielo y permite entrar al alma.

Pensé en lo que había visto en la cascada. La energía de la pareja se fundía, y comenzaba a crecer una energía nueva.

—En la mentalidad materialista de la ciencia de las culturas exteriores —prosiguió Ani—, la unión sexual se ha reducido a mera biología, apenas un acto físico. Pero aquí conocemos la energía espiritual de lo que en realidad sucede. Las dos personas fundieron sus campos de energía en uno solo, y el hijo fue producto de esa fusión.

"Una vez más, la ciencia prefiere considerar que la concepción es una combinación fortuita de genes, y por cierto así lo parece cuando se lo estudia superficialmente en un tubo de ensayo. Sin embargo, en realidad los genes del padre y la madre se combinan para hacer un niño cuyas características son sincrónicas con los mejores destinos que ese niño visualiza en una visión previa a la vida, y los genes se combinan de una manera precisa para dar al hijo las tendencias y los talentos necesarios para cumplir esa visión. Con el tiempo, los científicos de las culturas exteriores acabarán por encontrar un modo de confirmar este proceso.

"Por eso es tan peligrosa la recombinación física de genes por parte de científicos y médicos. Ayudar a combatir la enfermedad es una cosa, pero recombinar para aumentar la inteligencia o el talento, o simplemente a causa de una u otra preferencia, es algo que parte del ego y puede resultar desastroso. Esta práctica por sí misma llevó a la destrucción de algunas civilizaciones anteriores.

"Lo que quiero decir en última instancia —concluyó— es que aquí, en Shambhala, tomamos muy serio el proceso de la maternidad y paternidad. En su forma ideal, la intuición de los padres y la intuición del hijo trabajan juntas con el fin de dar al hijo la mejor preparación para lograr el propósito de su vida.

Lo que me decía Ani me hizo pensar otra vez en las concepciones desaparecidas que ocurrían en Shambhala.

—¿Qué crees que sucede con las concepciones que han desaparecido aquí? —pregunté.

Se encogió de hombros, al tiempo que echaba una mirada de reojo a la puerta cerrada de la habitación de Tashi.

—No sé, pero quizás el padre de Tashi pueda decírnoslo. Me acudió a la mente otra pregunta, así que la formulé:

—No comprendo quiénes van a los templos y quiénes se quedan en el perímetro.

Ani rió.

—Supongo que resulta un poco confuso. Nuestra cultura se divide en los que enseñan y los que son llamados a los templos. Sin embargo, muchos de los que van a los templos van y vienen cada pocos días para mantener las relaciones humanas y sociales, en especial si tienen hijos. La situación puede cambiar en cualquier momento, sobre la base de la intuición. Los que trabajan en los templos pueden

volver a enseñar, y los que han estado enseñando van a los templos. Es todo muy fluido y sincrónico.

Hizo una breve pausa; con un ademán la insté a seguir hablando.

—A continuación, en el proceso de la vida, viene la tarea de ayudar al hijo a despertar. Recuerda que todos olvidamos hasta cierto punto por qué vinimos y qué debemos hacer de nuestra vida, así que es preciso dar al hijo las circunstancias históricas que rodean el suceso de su nacimiento.

"Lo importante es darle un contexto de vida, de modo que sepa lo que ha ocurrido antes de su llegada, y dónde se ubica él. Esto incluye la historia personal de su familia, remontándose varias generaciones. En Shambhala guardamos estos datos en un aparato similar a un grabador de video, salvo que se almacenan en forma electrónica.

"Tashi, por ejemplo, pudo ver a sus parientes de siete generaciones atrás contándole sus vidas, cuáles fueron sus sueños, qué salió bien y qué no, y, al final de su existencia, lo que habrían hecho de manera diferente. Todo esto constituye información inmensamente importante, que el hijo escucha de boca de sus parientes. Ayuda a los jóvenes a trazar el curso de su propia vida aprendiendo de los errores y construyendo sobre la sabiduría de los que los antecedieron. Tashi ha aprendido mucho de sus antecesores, aunque su pariente preferido sigue siendo su abuela. Me colmaba el asombro.

—Grabar a los parientes es una excelente idea. Me pregunto por qué en mi país no nos tomamos tiempo para hacerlo.

—No se toman el tiempo para hacerlo porque todavía postergan hasta el último instante el hecho de hablar sobre la muerte, y entonces es casi siempre demasiado tarde. Y en las culturas exteriores la existencia aún se concentra demasiado en lo material, no en el proceso de la vida en sí. Esto se tomará más fácil con el paso del tiempo, cuando las culturas exteriores comiencen a sostener su vibración y a aprender las extensiones de oración. En la actualidad todavía reducen la vida a lo común, a lo mundano, cuando en verdad es un proceso constantemente informativo y misterioso.

Me miró como si estas últimas palabras suyas encerraran un significado más hondo.

—Tú mismo debes superar la tendencia y permanecer concentrado en el proceso de lo que está sucediéndote. Has llegado a Shambhala en un momento en que ingresamos en la transición. El padre ha venido a hablar con Tashi sobre su futuro y la situación en los templos. Sin embargo, mi hijo no siente una inclinación intuitiva a ir a los templos. En cambio, le interesa ir a tu mundo. Y tú apareces en el medio de esto. Todo esto significa algo.

Como para puntualizar lo que Ani acababa de decir, los dos oímos un débil estruendo a la distancia, que se apagó con rapidez.

Ani mostró una expresión confundida.

—No se parece a nada que haya oído antes.

Me recorrió un escalofrío.

—Creo que podría ser un helicóptero —dije.

De nuevo pensé en contarle mi sueño, pero antes de que pudiera hacerlo ella continuó:

—Debemos apresurarnos —me urgió—. Tienes que conocer quiénes somos, la cultura que hemos creado. Estábamos hablando de la importancia de que los jóvenes comprendan la secuencia de las generaciones que los antecedieron. Esta historia es algo de lo que todos los individuos del perímetro toman conciencia a muy temprana edad, cuando despiertan a su propia espiritualidad y perciben lo que

vinieron a hacer aquí.

Levantó un dedo.

—Aquí todos tienen en claro que el mundo humano evoluciona a través de la sucesión de generaciones. Una generación establece un modo de vida y enfrenta determinados desafíos, y luego viene la siguiente generación y extiende esa visión del mundo. Lamentablemente, en las culturas exteriores sólo ahora comienzan a tomar en serio esta evolución. Con más frecuencia lo que ocurre es que los padres quieren que los hijos sean como ellos, que tengan la misma visión de todo. Es un deseo natural en cierto modo, porque todos queremos que nuestros hijos refuercen las elecciones que hemos hecho.

"Pero a menudo el proceso se vuelve antagónico. Los padres critican los intereses de los hijos, y los hijos critican las costumbres anticuadas de los padres. En cierta medida es parte del proceso: los hijos contemplan las vidas de los padres y piensan: "En general me gusta cómo viven, pero yo habría hecho las cosas de otra manera". Todos los hijos saben qué hay de incompleto en el modo de vida de los padres. Al fin y al cabo, así es el sistema: **ELEGIMOS A NUESTROS PADRES EN PARTE PARA QUE SE NOS DESPIERTE A LO QUE FALTA, A LO QUE DEBE AGREGARSE A LA COMPRENSIÓN HUMANA, E INICIAMOS ESE PROCESO MEDIANTE EL HECHO DE SENTIMOS INSATISFECHOS CON LO QUE ENCONTRAMOS EN NUESTRA VIDA CON ELLOS.**

"Sin embargo, no tiene por qué ser antagónico. Una vez que conocemos el proceso de la vida, podemos participar en forma consciente. Los padres pueden mostrarse abiertos a las críticas de los hijos y respaldarlos en sus sueños. Por supuesto, hacer esto causa que los padres tengan que extender su propia manera de pensar y evolucionar junto con los hijos, lo que puede resultar difícil.

Yo ya lo había oído antes: Ani se desvivía por describirme con claridad el proceso de la evolución. Le hice unas preguntas más, y dedicó varios minutos a darme los detalles de la vida en el perímetro de Shambhala. Me explicó que, una vez que los hijos llegaban a comprender la historia y la familia, el paso siguiente consistía en aprender a extender su Campo de Oración creativo, tal como lo había hecho yo. Después debían encontrar un modo de hacer progresar la cultura, ya fuera enseñando en el perímetro o utilizando su Campo de Oración en los templos.

—Al final éste será también el estilo de vida en las culturas exteriores —agregó— . Algunos se dedicarán a enseñar a los niños, y otros ingresarán en las muchas instituciones de cultura humana y los ayudarán a avanzar hacia el ideal espiritual.

Estaba por preguntarle más acerca de lo que hacían en los templos, cuando se abrió la puerta de la habitación de Tashi. El chico salió, seguido por el padre.

—Mi padre desea verte —me dijo Tashi. El hombre hizo una leve reverencia y Tashi nos presentó; ambos nos sentamos a la mesa. El padre vestía los tradicionales pantalones y chaleco de piel de oveja de los pastores tibetanos, salvo que su ropa estaba inmaculadamente limpia y era de un color castaño claro. Él era bajo y fornido; me miraba con ojos bondadosos y expresión de entusiasmo juvenil.

—¿Sabes que Shambhala está a punto de entrar en transición? —me preguntó. Miré a Ani y luego a él.

—Sólo sé lo que dicen las leyendas.

—**LAS LEYENDAS DICEN** —me contestó— **QUE, EN UN MOMENTO PRECISO DE LA EVOLUCIÓN DE SHAMBHALA Y LAS CULTURAS EXTERIORES, OCURRIRÁ UN GRAN CAMBIO. ESTE CAMBIO SÓLO PUEDE SUCEDER CUANDO EN LAS CULTURAS EXTERIORES EL NIVEL DE CONCIENCIA HAYA ALCANZADO UN PUNTO PARTICULAR.** Pero cuando así sea, Shambhala se mudará.

—¿Mudarse adónde? —pregunté—. ¿Lo sabes? Sonrió.

—Nadie lo sabe con exactitud.

Por alguna razón, su declaración me colmó de una oleada de ansiedad y un ligero aturdimiento. Por un momento me costó enfocar la vista.

—Todavía no está tan fuerte —comentó Ani, refiriéndose a mí.

El padre de Tashi me miró.

—He venido a causa de mi intuición de que es importante que Tashi se una a nosotros en los templos durante esta transición. **LAS LEYENDAS DICEN QUE HABRÁ UNA ETAPA DE GRAN OPORTUNIDAD PERO TAMBIÉN DE SERIO PELIGRO. POR UN TIEMPO LO QUE HEMOS ESTADO HACIENDO EN LOS TEMPLOS SE TRASTORNARÁ. NO PODREMOS AYUDAR TANTO.** Miró al hijo.

—Esto sucederá cuando la situación en las culturas exteriores se vuelva crítica. Muchas veces, durante la historia oculta de la humanidad, los seres humanos se han desarrollado espiritualmente hasta este punto y luego han perdido el camino y vuelto a caer en la ignorancia.

Comenzaron a usar mal su tecnología, trastornando así el curso natural de la evolución.

"Por ejemplo, en este momento, en las culturas exteriores, algunas personas distorsionan el proceso natural de la alimentación mediante la manipulación genética de las semillas, para darles características antinaturales. Esto se hace primordialmente con el objeto de patentar esas semillas y controlar el mercado.

"Lo mismo está ocurriendo en la industria farmacéutica, donde alteran genéticamente un remedio de hierbas, accesible a todos, para poder lucrar. En el preciso sistema de energía del cuerpo, estas manipulaciones pueden acarrear terribles consecuencias para la salud. Lo mismo se aplica a los alimentos irradiados, el cloro y otros aditivos a la provisión de agua, y ni hablar de las denominadas drogas químicas.

"Al mismo tiempo, la tecnología de los medios ha alcanzado un punto en que puede tener una influencia dramática. Si responde sólo a las necesidades de las corporaciones y los políticos corruptos, puede crear realidades distorsionadas y antinaturales. A medida que continúe la fusión de corporaciones, de modo que controlen una parte cada vez mayor de la tecnología y quieran usar más publicidad para crear necesidades falsas, este problema crecerá.

"Más imperativa es la situación de poder y vigilancia del gobierno, aun en los países democráticos. Alegando la necesidad de combatir a traficantes de drogas o terroristas, el gobierno viola cada vez más la intimidad del ser humano común. Ya se restringen las transacciones en efectivo e Internet está completamente vigilada. El paso siguiente consistirá en imponer una sociedad sin dinero en efectivo controlada por una autoridad central.

"Este crecimiento hacia una autoridad gubernamental central y carente de espíritu, en un mundo virtual de alta tecnología, divorciado de los procesos naturales, donde el alimento, el agua y las rutinas de la vida diaria se han trivializado y distorsionado, sólo conduce al desastre. Cuando se subvierte la salud en un mero ciclo comercial de empeoramiento de la alimentación, nuevas enfermedades y más drogas, el resultado es Armaguedón, y ya ha ocurrido varias veces en la prehistoria. Podría volver a suceder, sólo que esta vez en una escala mucho mayor. Le sonrió a Ani.

—Pero no tiene por qué ocurrir. De hecho, nosotros estamos a sólo un pequeño paso de conciencia de evitarlo. **SI CONSEGUIMOS AVANZAR DEL TODO HACIA LA IDEA DE QUE SOMOS SERES ESPIRITUALES EN UN MUNDO ESPIRITUAL, ENTONCES LA COMIDA, LA SALUD, LA TECNOLOGÍA, LOS MEDIOS Y EL**

GOBIERNO VOLVERÁN TODOS A OCUPAR SUS DEBIDOS LUGARES EN LA EVOLUCIÓN Y LA PERFECCIÓN DE ESTE MUNDO. PERO PARA QUE ELLO OCURRA, EN LAS CULTURAS EXTERIORES DEBEN COMPRENDERSE POR COMPLETO LAS EXTENSIONES DE ORACIÓN. DEBEN COMPRENDER QUÉ HACEMOS EN LOS TEMPLOS. LA TRANSICIÓN DE SHAMBHALA FORMA PARTE DEL PROCESO, PERO HAY QUE APROVECHAR LA OPORTUNIDAD.

Miró profundamente a Tashi.

—Para que esto suceda, tu generación debe fundirse con las últimas dos en un Campo de Oración integrado... uno que incluya la unidad definitiva de todas las religiones.

Tashi lo miró confundido, y el padre se le acercó.

—En todo el mundo, la generación nacida en las primeras décadas del siglo XX, lo que nuestro amigo de Occidente denominaría la generación de la Segunda Guerra Mundial, utilizó el coraje y la tecnología para salvar la democracia y la libertad de la amenaza de los dictadores que buscaban establecer un imperio. Ganaron, empleando el poder tecnológico, y continuaron expandiendo esta tecnología en una economía mundial. Después llegó a la Tierra la generación siguiente/y sus intuiciones les indicaron que poner el foco en el materialismo, sólo en la tecnología, no era correcto. Había demasiada contaminación, demasiada influencia corporativa en el gobierno, demasiada vigilancia por parte de las organizaciones de inteligencia.

"Estas críticas constituían la manera normal para que una nueva generación se expandiera y nos condujera intuitivamente hacia adelante. Estos nuevos individuos crecieron en un materialismo ganado con gran esfuerzo o, en algunos países, mediante el deseo de lo material, y comenzaron a reaccionar, a expresar la idea de que en la vida había otras cosas, que en la historia humana había un propósito espiritual que podía captarse en mayor detalle.

"Ésa fue la base de lo que sucedió en Occidente en las décadas de los 60 y 70: el rechazo del sistema de status basado en lo material, la exploración de otras religiones, la popularidad de la filosofía, la explosión de pensamiento en el Movimiento de Potencial Humano. Todo fue resultado de una serie de revelaciones acerca de que en la vida había algo más que lo que conocía nuestra visión material del mundo.

Me miró con un guiño, como si lo supiera todo sobre mis experiencias con las Revelaciones.

—Las intuiciones de las últimas generaciones fueron muy importantes —prosiguió— porque comenzaron a poner en perspectiva la tecnología y la abundancia material, y a entender la profunda intuición de que en este planeta la tecnología se desarrolla para sustentar una cultura en la que podamos concentramos no sólo en la supervivencia, sino también en nuestro desarrollo espiritual.

Calló un momento.

—Y ahora, desde fines de la década de los 70 hasta la de los 80, ha estado llegando una nueva generación, para impulsar la cultura humana aún más adelante. —Miró a Tashi. —Tú y tus coetáneos son los últimos miembros de esta generación. ¿Entiendes cuánto énfasis traen al mundo?

Mientras Tashi reflexionaba en el interrogante, también yo pensé en la cuestión.

LOS HIJOS Y LAS HIJAS DE LA GENERACIÓN POSTERIOR A LA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL SE HAN CARACTERIZADO POR REACCIONAR AL IDEALISMO Y LA AMBIVALENCIA DE SUS PADRES CON RESPECTO A LA TECNOLOGÍA, TORNÁNDOSE MÁS PRÁCTICOS Y, DE HECHO, DESARROLLANDO UN AMOR POR LA TECNOLOGÍA QUE VA MÁS ALLÁ DE

CUALQUIER COSA QUE SE HAYA VISTO ANTES.

Todos me miraron como si hubieran oído mis pensamientos. Tashi asentía con gesto de conformidad.

—Intuimos que la tecnología tiene un propósito espiritual —dijo.

—Ahora —continuó el padre, mirándonos a todos—, ¿entienden cómo las tres generaciones fluyen juntas? La generación de la Segunda Guerra Mundial luchó contra la tiranía y demostró que la democracia podía no sólo florecer en el mundo moderno, sino expandirse tremendamente y conectar las economías del globo. Después, en medio de la abundancia, llegó la generación siguiente para alertar respecto de que había problemas con esta expansión, que estábamos contaminando el mundo natural y perdiendo el contacto con la naturaleza y una realidad espiritual que existe por debajo de los caprichos de la historia.

"Y AHORA HA VENIDO LA GENERACIÓN SIGUIENTE PARA CONCENTRARSE DE NUEVO EN LA ECONOMÍA, PARA REMODELAR LA TECNOLOGÍA DE MODO QUE PUEDA SUSTENTAR EN FORMA CONSCIENTE NUESTRA CAPACIDAD MENTAL Y ESPIRITUAL, como ha ocurrido aquí, en Shambhala... en lugar de permitir que la tecnología caiga únicamente en las manos de aquellos que la usarían para restringir la libertad y controlar a los demás.

—PERO ESTA NUEVA GENERACIÓN NO ES PLENAMENTE CONSCIENTE DE LO QUE ESTÁ HACIENDO —comenté.

—No, no por completo —respondió—. **SIN EMBARGO, ESTE CONOCIMIENTO DE SÍ MISMOS, ESTA REVELACIÓN, SE EXPANDE DÍA A DÍA. DEBEMOS DISPONER UN CAMPO DE ORACIÓN QUE LOS ELEVE EN ESA DIRECCIÓN. DEBE SER UN CAMPO GRANDE Y FUERTE. LA NUEVA GENERACIÓN DEBE AYUDARNOS A UNIFICAR LAS RELIGIONES**.

"Esto es muy importante, porque siempre habrá controladores dispuestos a manipular a esta generación para que invente usos negativos de la tecnología, o para aprovechar su alienación.

Mientras nos hallábamos sentados allí, todos volvimos a oír el zumbido bajo de los helicópteros, aún a la distancia.

—**ESTÁ COMENZANDO LA TRANSICIÓN** —anunció el padre de Tashi, mirando a su hijo—. **HAY MUCHOS PREPARATIVOS QUE HACER. SÓLO QUERÍA TRANSMITIR QUE LA GENERACIÓN QUE TÚ REPRESENTAS AHORA DEBE AYUDAR A EMPUJARNOS A TODOS HACIA ADELANTE. <u>TÚ PERSONALMENTE TIENES ALGÚN PAPEL QUE DESEMPEÑAR</u>** en la expansión hacia las culturas exteriores de lo que ha estado haciendo Shambhala. Pero sólo tú puedes decidir qué debes hacer.

El joven desvió la mirada. El padre lo abrazó un momento. Luego abrazó a Ani y se marchó de la casa.

Tashi lo siguió con los ojos y regresó solo a su habitación.

• • •

Lleno de preguntas, seguí a Ani hasta el jardín.

—¿Adónde fue el padre de Tashi? —quise saber.

—Se está preparando para la transición —respondió ella, mirándome de soslayo—. Tal vez no sea fácil. Tal vez todos seamos desalojados por un tiempo. Hay muchos que están volviendo de los templos a ayudar.

Meneé la cabeza.

—¿Qué crees que sucederá?

—Nadie lo sabe —contestó—. Las leyendas no son específicas. Lo único que

sabemos es que habrá una transición.

La incertidumbre comenzó a disminuir de nuevo mi nivel de energía, así que me senté en uno de los bancos cercanos.

Ani se sentó a mi lado.

—Pero sí sé lo que debes hacer tú —me dijo—: Debes continuar en pos del resto de la Cuarta Extensión. Todo lo demás se cuidará solo.

Asentí con desánimo.

—Concéntrate en lo que has aprendido aquí. Has visto cómo debe evolucionar la tecnología, y ya has comenzado a ver cómo nuestra cultura se concentra en el proceso de la vida, el milagro del nacimiento y la evolución consciente. Sabes que éste es el foco que crea la mayor inspiración y la mayor alegría.

"La vida materialista de las culturas exteriores palidece en comparación. Somos seres espirituales, y nuestra vida debe girar en torno de los misterios de la familia y el talento y la búsqueda de la misión individual. Te repito: tú ya sabes cómo es una cultura así, y cómo se la siente.

"LAS LEYENDAS AFIRMAN QUE SABER CON CERTEZA CÓMO PUEDEN EVOLUCIONAR LAS CULTURAS EXTIENDE EL CAMPO DE ORACIÓN DE TODOS Y LE DA MÁS PODER. AHORA, CUANDO TE CONECTES CON TU INTERIOR Y VEAS TU CAMPO FLUYENDO DELANTE DE TI, ACTUANDO PARA PRODUCIR SINCRONICIDAD Y ELEVAR A LOS DEMÁS AL PROCESO SINCRÓNICO, PUEDES HACERLO CON MAYOR EXPECTATIVA, PORQUE SABES CON CERTEZA ADÓNDE NOS LLEVA A TODOS ESTE PROCESO, SI PERMANECEMOS FIELES A ÉL Y EVITAMOS EL MIEDO Y EL ODIO.

Tenía razón. Las extensiones iban develándose.

—Pero no lo he visto todo —objeté. Me miró profundamente a los ojos.

—No. Debes continuar comprendiendo el resto de la Cuarta Extensión. Hay más. Tu Campo de Oración puede volverse aún más poderoso.

En ese momento oímos de nuevo los helicópteros, y su ruido me llenó de ira. Parecía que se acercaban. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podían saber dónde estaba Shambhala?

—Malditos sean —murmuré, lo cual produjo una expresión de horror en Ani.

—Tienes mucha ira —observó.

—Bueno, es difícil no sentir ira cuando te das cuenta de lo que están haciendo los militares chinos.

—**La ira es un patrón de comportamiento en ti**. Sin duda te habrán advertido de su efecto.

Evoqué todo lo que había tratado de explicarme Yin.

—Sí, así es. Pero no consigo dejar de hacerlo. Vi que Ani estaba preocupada.

—**Tendrás que dominar este problema** —me advirtió—. **Pero no te culpes demasiado, porque eso envía una oración negativa que te mantiene donde estás. Por otro lado, no puedes simplemente ignorar tu ira. Debes tener presente el problema, permanecer consciente, y al mismo tiempo disponer tu Campo de Oración para superarte y desechar ese antiguo patrón de comportamiento.**

Yo sabía que era difícil y que me exigiría un trabajo consciente.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté.

—¿Qué crees?

—¿Debo ir a los templos?

—¿Ésa es tu intuición?

Pensé de nuevo en mi sueño y al fin se lo conté. Abrió los ojos con asombro.

—¿Soñaste que ibas a los templos con Tashi? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—Bien —repuso, seria—, ¿no crees que deberías decírselo?

Fui hasta la habitación de Tashi y toqué la pared.

—Entra —me dijo, y apareció una abertura. Tashi estaba estirado en su cama. De inmediato se incorporó y me indicó una silla situada frente a él. Me senté. Por un momento guardó silencio, como si sostuviera el peso del mundo sobre sus hombros. Al fin dijo:

—Todavía no sé qué hacer.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté.

—No lo sé. Estoy confundido. Lo único en que puedo pensar es en ir a las culturas exteriores. Mi madre dice que debo encontrar mi propio camino. Ojalá estuviera mi abuela aquí.

—¿Dónde está tu abuela?

—En alguna parte de los templos.

Nos quedamos mirándonos un largo momento y luego agregó:

—Si al menos pudiera entender el sueño que tuve...

Me enderecé en la silla.

—¿Qué sueño?

—Estaba con un grupo de gente. No podía verles la cara, pero sé que uno de ellos era mi hermana.

Hizo una pausa. —También podía ver un lugar con agua. De algún modo había llegado a las culturas exteriores.

—También yo tuve un sueño —le dije—. Estabas conmigo, en uno de los templos... Era azul... y allí encontramos a otra persona.

Una sombra de sonrisa le cruzó la cara.

—¿Qué dices? —me preguntó—. ¿Que se supone que debo ir a los templos en lugar de a las culturas exteriores?

—No —respondí—. No quiero decir eso. Me comentaste que todos creen imposible llegar a las otras culturas a través de los templos. Pero... ¿y si no es así?

Se le encendió el rostro.

—¿Me sugieres que vaya a los templos y trate de ir a las culturas exteriores desde allí?

Me limité a mirarlo. —Eso debe ser —dijo, y se puso de pie—. Y tal vez he sido convocado, al fin y al cabo.

CAPÍTULO 9
LA ENERGÍA DEL MAL

En cuanto salimos de la habitación aumentó el ruido de los helicópteros a la distancia.

Ani entró en la casa y sacó tres pesadas mochilas de un armario. Nos las dio junto con dos parkas. Noté que parecían de confección convencional, con género y costuras. Iba a preguntarle, pero se apresuró a hacernos salir de la vivienda y conducirnos por un sendero que corría a nuestra izquierda.

Mientras caminábamos, Ani se acercó a Tashi, y alcancé a oír que él le contaba de su decisión de ir a los templos. El ruido de los helicópteros se acercaba cada vez más; el cielo azul se tornó denso y encapotado.

En un momento le pregunté a Ani adónde nos dirigíamos.

—A las grutas —me respondió—. Necesitarás algo de tiempo para prepararte.

Bajamos por un sendero rocoso que atravesaba el costado de un risco escarpado hasta una meseta que se extendía del otro lado. Allí Ani nos hizo señas para que entráramos en una pequeña hondonada, donde nos agachamos, aguzando el oído.

Los helicópteros avanzaron en un reducido círculo por sobre los riscos durante un momento y siguieron nuestro sendero exactamente como si volaran justo por encima de nosotros. Ani miraba horrorizada.

—¿Qué está sucediendo? —grité.

Sin responder, salió de la hondonada y nos indicó que la siguiéramos. Corrimos unos ochocientos metros a través de la meseta hasta otra zona de cerros, donde nos detuvimos a esperar. Lo mismo que antes, los helicópteros volaron en círculo detrás de nosotros hasta llegar directamente por sobre nosotros.

Nos golpeó una ráfaga de aire frío que casi me derribó. Al mismo tiempo desapareció toda la ropa de nuestros cuerpos, salvo los gruesos abrigos.

—Calculé que iba a pasar esto —dijo Ani, mientras sacaba más ropa de las mochilas. Yo aún tenía puestas mis botas, pero las de Tashi y Ani habían desaparecido. Le dio a su hijo un par de botas de cuero y ella se calzó otro. Cuando terminamos, subimos por la cuesta, trepando entre las rocas hasta llegar a una zona más plana. Comenzaba una intensa nevada y bajaba la temperatura. Parecía que por el momento los helicópteros habían perdido el rumbo.

Contemplé el valle otrora verde. La nieve cubría casi todo y las plantas ya empezaban a marchitarse a causa del frío.

—Es el efecto de la energía de los soldados —me explicó Ani—. Está destruyendo nuestro campo ambiental.

Eché una mirada de reojo hacia el lugar de donde provenía el ruido de los helicópteros; sentí una nueva oleada de ira. Se unieron de inmediato y se encaminaron directo hacia nosotros.

—¡Vamos! —gritó Ani.

• • •

Me acerqué a la pequeña fogata, sintiendo el frío de la mañana. Habíamos caminado una hora más y pasado la noche en una gruta. Pese a varias capas de ropa interior aislante, me sentía aterido. Tashi se hallaba acurrucado junto a la madre, y Ani miraba por la abertura el mundo helado de afuera. Hacía horas que nevaba.

—Ya ha desaparecido todo —dijo Ani—. Ahora, afuera no hay más que hielo.

Me acerqué a la abertura y miré. Lo que antes había sido un valle frondoso con cientos de viviendas ahora no era más que nieve y montañas irregulares. Aquí y allá quedaban despojos vencidos de árboles, pero no se podía ver ni una sola mancha de color. Todas las casas sencillamente se habían esfumado, y el río que corría por el centro del valle estaba congelado.

—La temperatura debe de haber caído unos cuarenta grados —comentó Ani.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Cuando los chinos nos encontraron, el poder de sus pensamientos y sus expectativas de un clima gélido contrarrestó el campo que habíamos dispuesto para mantener una temperatura templada. Por lo común, la fuerza de los campos que provee la gente de los templos habría sido lo bastante fuerte como para impedir que se acercaran los chinos, pero ellos sabían que ha llegado el momento de la transición.

—¿Qué? ¿Los dejaron entrar adrede?

—Era la única manera. Si se permitió la entrada a tí y a los otros que nos han encontrado, no había modo de impedir que entraran los soldados. Tú no eres lo bastante fuerte para mantener fuera de tu mente todos los pensamientos negativos. Y los chinos te han seguido hasta aquí.

—¿Quieres decir que es culpa mía? —pregunté.

—No te aflijas. Es parte de la dispersión. Sus palabras no me consolaban. Volví junto al fuego, y Ani me siguió. Tashi había preparado un guiso de verduras deshidratadas.

—Debes darte cuenta —me dijo Ani— de que a la gente de Shambhala no le pasará nada. Todo esto se esperaba. Todos los que estaban aquí se encuentran bien. Vino bastante gente de los templos para llevarlos a través de las ventanas espaciales a un nuevo lugar de seguridad. Nuestras leyendas nos han preparado bien.

Señaló el valle.

—Debes concentrarte en lo que estás haciendo. Tú y Tashi tienen que llegar a los templos sin que los capturen los militares. Debe conocerse el resto de lo que ha estado haciendo Shambhala por la humanidad.

Calló y los dos oímos el débil ruido de un helicóptero distante. El sonido se tornó más lejano, hasta que al fin desapareció.

—**Y TÚ DEBES TENER MUCHO MÁS CUIDADO** —me advirtió Ani—. **CREÍ QUE SABÍAS QUE NO DEBES PERMITIR IMÁGENES NEGATIVAS EN TU MENTE, EN ESPECIAL PENSAMIENTOS DE ODIO O DESPRECIO.**

Sabía que ella tenía razón, pero aun así me sentía confundido en cuanto a cómo funcionaba aquello.

Me miró con dureza.

—Tarde o temprano vas a tener que enfrentar tu ira.

Estaba por hacerle una pregunta, cuando por la abertura de la gruta vimos varias docenas de personas que bajaban por una cuesta helada, a nuestra derecha. Ani se puso de pie y miró a Tashi.

—No hay más tiempo —le dijo—. Tengo que irme. Debo ayudar a esas personas a encontrar una salida. Tu padre estará esperándome.

—¿No puedes venir con nosotros? —le preguntó Tashi, y se le acercó más.

Vi que tenía lágrimas en los ojos.

Ani lo miró un instante, y luego, por la abertura, a la otra gente.

—No puedo —respondió, y le dio un abrazo fuerte—. Mi lugar está aquí, para ayudar con la transición. Pero no te preocupes. Te encontraré, estés donde estuvieres.

Fue hasta la boca de la gruta y se volvió hacia nosotros dos.

—No les pasará nada malo —afirmó—. Tengan cuidado. No pueden elevar su energía si los abruma la ira. No deben tener ningún enemigo.

Calló y agregó algo que yo ya había oído varias veces en aquel viaje:

—**Y RECUERDEN** —añadió sonriendo— **QUE LOS ESTÁN AYUDANDO**.

Tashi miró por sobre el hombro y me sonrió mientras avanzábamos pesadamente por la nieve profunda. El frío se intensificaba, y yo me esforzaba por mantener mi energía. Para alcanzar la estribación montañosa en que hallaban los templos debíamos bajar del cerro en que nos encontrábamos, atravesar el valle helado y trepar casi en línea recta por otra montaña. Habíamos avanzado casi cuatrocientos metros sin dificultad, pero ahora parecía que íbamos alcanzando el borde de un precipicio rocoso. Debajo había una caída a pico de casi quince metros. Tashi se volvió a mirarme.

—Tendremos que deslizamos. No hay otra manera.

—Es demasiado peligroso —protesté—. Es probable que haya rocas debajo de la nieve. Si empezamos a deslizamos sin control, podríamos herirnos. —Mi energía caía a toda velocidad.

Tashi sonrió, nervioso.

—No hay problema —me aseguró—. Está bien tener miedo. Sólo mantén tu

visualización de un resultado positivo. En realidad, el miedo atraerá más cerca a los dakini.

—Espera un momento —le dije—. Nunca me lo habían dicho antes. ¿A qué te refieres?

—¿No has recibido ayuda en forma misteriosa, inexplicable?

—Yin me dijo que me estaba ayudando Shambhala.

—¿Y bien?

—No entiendo la relación. He tratado de averiguar qué es lo que determina cuándo nos ayudan los dakini.

—Eso lo sabe únicamente la gente de los templos. Yo sólo sé que el miedo siempre acerca a estos guardianes, si conseguimos mantener nuestra fe hasta cierto punto. Es el odio lo que los aleja.

Tashi me llevó hasta el borde del saliente y comenzamos a deslizamos por la nieve lisa, sin control alguno. Me golpeé un pie contra una piedra, di una vuelta en el aire y empecé a resbalar de cabeza. Sabía que, si me golpeaba la cabeza contra otra piedra, podía terminar todo.

Pero pese al miedo logré sostener la visión de un aterrizaje seguro.

Con ese pensamiento una sensación particular comenzó a inundarme, y me colmó un sentimiento de paz y bienestar. El terror cedió. Momentos después di contra el fondo de la caída y me detuve. Tashi aterrizó contra mi espalda. Me quedé un momento echado allí, con los ojos cerrados. Los abrí despacio, recordando otras situaciones peligrosas de mi vida en que me había embargado una paz inexplicable.

Tashi se levantó de la nieve; le sonreí.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—Había alguien aquí.

Tashi se sacudió la nieve de la ropa y echó a andar.

—¿VES LO QUE SUCEDE CUANDO TE MANTIENES POSITIVO? CUALQUIER FUERZA TEMPORARIA QUE PROVENGA DE LA IRA NO PUEDE COMPARARSE CON ESTE MISTERIO.

Asentí, con la esperanza de poder recordarlo.

Durante dos horas avanzamos por el valle; cruzamos el río desierto y nos abrimos paso por la cuesta gradualmente ascendente hasta la base de las escarpadas montañas. La nieve comenzaba a caer con más fuerza. De pronto Tashi se detuvo.

—Adelante se movió algo —dijo. Me esforcé por ver.

—¿Qué era?

—Parecía una persona. Vamos. Subimos por la ladera de la montaña. La cumbre daba la impresión de estar seiscientos metros más arriba.

—Tiene que haber un paso en alguna parte —dijo Tashi—. No podemos llegar a la cima.

Delante de nosotros oímos ruido a nieve y rocas que caían. Tashi y yo nos miramos y rodeamos con lentitud una serie de grandes peñascos. Al superar el último vimos a un hombre que se sacudía de encima la nieve. Se lo veía exhausto. Tenía una venda ensangrentada alrededor de una de las rodillas. Yo no daba crédito a mis ojos. Era Wil.

—No hay de qué preocuparse —le dije a Tashi—. Conozco a este hombre. —Me paré y me arrastré por las rocas.

Wil nos oyó y se zambulló a un costado, listo, a pesar de su pierna, para huir corriendo de nosotros.

—¡Soy yo! —lo llamé.

Wil se detuvo un momento y luego volvió a desplomarse en la nieve. Vestía una

gruesa parka blanca y pantalones aislantes.

—Era hora —contestó, sonriendo—. Te esperaba antes.

Tashi corrió hasta él y le inspeccionó la pierna. Los presenté. Con la mayor rapidez posible, le expliqué a Wil todo lo que me había sucedido, el encuentro con Yin, la huida de los chinos, el aprendizaje de las extensiones, el hallazgo del punto de acceso, y por último mi llegada al perímetro de Shambhala.

—No sabía cómo encontrarte —agregué, señalando el valle—. Todo se ha arruinado. Es el efecto de los chinos.

—Lo sé —repuso Wil—. Ya me he topado con ellos. A continuación nos contó sus experiencias. Lo mismo que yo, había extendido su Campo de Oración lo mejor posible y se le había permitido el ingreso en Shambhala. Había estado en otra parte del perímetro, donde otra familia lo instruyó más acerca de las leyendas.

—Los templos son muy difíciles de alcanzar —dijo—. En especial ahora, con la venida de los soldados chinos. **DEBEMOS ASEGURARNOS DE NO CAER EN ORACIONES NEGATIVAS.**

—Me parece que en eso no me va muy bien —repliqué. Me echó una mirada penetrante, preocupado.

—Pero era para eso que estuviste con Yin. ¿No te mostró lo que puede suceder?

—Creo entender cómo evitar las imágenes generales de miedo. Es mi ira contra los soldados chinos lo que me hace volver a caer en lo mismo.

Wil me miró más alarmado, y estaba por decir algo cuando oímos el ruido de los helicópteros que se acercaban a la distancia. Comenzamos a trepar por la montaña, abriéndonos camino entre las rocas y los profundos bancos de nieve. Todo parecía muy frágil e inestable. Continuamos subiendo durante veinte minutos, sin hablar. El viento se intensificaba y la nieve nos azotaba la cara.

Wil se detuvo y se hincó en una rodilla.

—¡Escuchen! —dijo—. ¿Qué es eso?

—Es el helicóptero de nuevo —respondí, luchando con mi irritación.

Mientras escuchábamos, el helicóptero atravesó las nubes bajas y se dirigió en línea recta hacia nosotros.

Cojeando un poco, Wil logró subir más por la cuesta helada, pero yo me detuve un instante, pues había oído otra cosa por sobre el ruido del helicóptero. Sonaba como un tren de carga.

—¡Cuidado! —gritó Wil, delante de mí—. ¡Es una avalancha!

Traté de correr para salir del camino, pero era demasiado tarde. La plena fuerza de la nieve rodante me dio en la cara y me arrojó de espaldas cuesta abajo. Caí tropezando y deslizándome, a veces por completo cubierto por el peso de la avalancha atronadora, a veces rodando sobre la superficie de la masa en movimiento.

Al cabo de un momento que me pareció eterno, sentí que me detenía. Estaba enterrado en la nieve, incapaz de moverme, el cuerpo en una posición retorcida. Traté de respirar, pero no había aire. Sabía que iba a morir.

Hasta que alguien agarró mi brazo estirado y comenzó a sacarme. Sentía que otras personas cavaban a mi alrededor, y al fin mi cabeza quedó libre. Jadeé en busca de aire y me saqué la nieve de los ojos, esperando ver a Wil.

En cambio, vi a una docena de soldados chinos, uno de los cuales aún me aferraba el brazo. En el fondo, caminando hacia mí, estaba el coronel Chang. Sin hablar, indicó con gestos a varios de los otros soldados que me llevaran a uno de los helicópteros que sobrevolaban el lugar. Cayó una escala de soga y algunos soldados se apresuraron a subir a bordo; luego arrojaron un arnés, que me colocaron. El coronel dio la orden y me izaron a bordo, al tiempo que también subían él y los

soldados restantes. En unos minutos nos alejábamos por el aire.

Yo miraba por la ventana del tamaño de un ojo de buey de una tienda aislada, de nueve metros por nueve. En total alcanzaba a contar por lo menos siete tiendas grandes y tres remolques chicos, portátiles, de un tamaño que podía transportarse por aire con facilidad. En un rincón del complejo zumbaba un generador activado con gasolina, y divisé varios helicópteros posados en un área de la izquierda. Había dejado de nevar pero en el suelo se habían acumulado entre treinta y treinta y cinco centímetros de nieve.

Me esforcé por ver a mi derecha. Por la configuración de las montañas del fondo llegué a la conclusión de que me habían llevado en el helicóptero sólo hasta más o menos el centro del valle. Aullaba un viento nocturno que hacía aletear las costuras exteriores de la tienda.

A mi llegada me habían dado de comer, obligado a tomar una ducha tibia y dado una ropa interior aislante y un traje de fajina abrigado, de confección china. Al menos, por fin no tenía frío.

Me volví y miré al guardia chino armado sentado a la entrada. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos con una mirada gélida que me causaba escalofríos en el alma. Cansado, me senté en uno de los dos catres del ejército que había en un rincón. Traté de evaluar mi situación, pero no podía pensar. Me sentía atontado, petrificado, tan temeroso, de hecho, que sabía que no estaba alerta. No podía entender por qué me sentía tan incapacitado. Era un pánico más intenso del que hubiera experimentado jamás.

Traté de respirar hondo y crear energía, pero no conseguía siquiera empezar. Las lamparillas eléctricas desnudas que colgaban del techo de la tienda bañaban el lugar con una luz mortecina y parpadeante y ominosas sombras. No lograba encontrar belleza en nada de lo que me rodeaba.

Se abrió la aleta de la tienda y el soldado se puso de pie en posición de firme. Entró el coronel Chang, que se sacó la parka y saludó con un gesto al guardia. Luego se concentró en mí. Miré para otro lado.

—Debemos hablar —me dijo, al tiempo que tomaba una silla y se sentaba a un metro y medio de mí—. Debo obtener las respuestas a mis preguntas. —Me miró con frialdad un momento. —¿Por qué está usted aquí? Decidí responder en la forma más veraz que podía.

—He venido a estudiar las leyendas tibetanas. Ya se lo dije.

—Ha venido a buscar Shambhala.

Guardé silencio.

—¿Es eso? —me preguntó—. ¿Está en este valle? El miedo me retorció el estómago. ¿Qué haría el coronel si yo me negaba a responder?

—¿Usted no lo sabe? —repliqué.

Esbozó una leve sonrisa.

—Yo diría que usted y el resto de su secta ilegal creen que esto es Shambhala. —Adoptó una expresión perpleja, como si hubiera recordado algo más. —Hemos divisado a otra gente aquí. Pero han conseguido eludirnos en la nieve.

¿Dónde están? ¿Adónde fueron?

—No lo sé —contesté—. Ni siquiera sé dónde estamos.

Se movió para acercarse a mí.

—También hemos encontrado restos de plantas, que estaban vivas hace poco. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudieron crecer aquí?

Me quedé mirándolo.

Me dirigió una sonrisa fría.

—¿Cuánto sabe usted en realidad acerca de las leyendas de Shambhala?

—Un poco —balbuceé.

—Yo sé mucho. ¿Me cree? He tenido acceso a todos los escritos antiguos, y debo admitir que son deliciosamente interesantes, como mitología. Imagínese: una comunidad ideal formada por seres humanos esclarecidos que están mucho más avanzados, mentalmente, que cualquier otra cultura de este planeta.

"Y también sé el resto: la idea de que estos individuos de Shambhala tienen de algún modo un poder secreto para el bien que penetra a todo el resto de la humanidad y los empuja en esa dirección. Material fascinante, ¿no le parece? Antiguas tradiciones que hasta podrían llegar a apreciarse... de no ser tan engañosas y peligrosas para el pueblo del Tíbet.

"¿No cree que si algo semejante fuera real ya lo habríamos descubierto? Dios, espíritu... es todo un sueño infantil. Mire la mitología tibetana sobre los dakini, la idea de que existen seres angélicos capaces de interactuar con nosotros, de ayudarnos...

—¿Usted en qué cree? —le pregunté, con la intención de mitigar la situación. Se señaló la cabeza.

—Creo en los poderes de la mente. Es por eso que usted debe hablar, ayudarnos. Nos interesa mucho la idea del poder psíquico, el espectro más amplio de las ondas cerebrales y su efecto a distancia en la electrónica y en la gente. Pero no confunda esto con espiritualismo. Los poderes de la mente son un fenómeno natural que puede investigarse y descubrirse en forma científica.

Concluyó su declaración con un gesto airado de la mano, con lo cual me causó una honda punzada de miedo en el estómago. Sabía que aquel hombre era en extremo peligroso y absolutamente despiadado.

Me miraba, pero algo atrajo mi atención en la pared de la tienda, detrás de él, directamente del otro lado de la puerta donde estaba parado el guardia. De pronto esa área se había vuelto más luminosa. La lamparilla que colgaba en lo alto parpadeó apenas, y deseché mi percepción como una suba de intensidad del generador.

El coronel se levantó y caminó unos pasos hacia mí, con expresión más enojada.

—¿Usted cree que me gusta internarme en este páramo? No entiendo cómo se puede sobrevivir aquí. Pero no nos iremos. Vamos a ampliar este campamento hasta que dispongamos de tropas suficientes para registrar toda esta región a pie. Encontraremos a quienquiera que se oculte aquí, y lo trataremos con suma rudeza.

Forzó una semisonrisa.

—Pero nuestros amigos serán compensados en la misma medida. ¿Entiende?

En ese momento me invadió otra oleada de miedo, pero diferente. Era un miedo mezclado con un gran desprecio. Comenzaba a detestar la amplitud de la maldad de aquel hombre.

Eché un vistazo detrás de él, al área que parecía más luminosa, pero ahora estaba opaca y llena de sombras. La luminosidad había desaparecido; me sentí totalmente solo.

—¿Por qué hace esto? —le pregunté—. El pueblo tibetano tiene derecho a sus propias creencias religiosas. Ustedes tratan de destruir su cultura. ¿Cómo pueden hacerlo? —Sentía que mi ira me fortalecía.

Al parecer, mi enfrentamiento no hizo más que energizarlo.

—Ah, conque tiene opiniones —se burló—. Lástima que sean tan ingenuas. Usted cree que lo que hacemos es insólito. Pero el gobierno de usted también está desarrollando maneras de controlarlos. Chips que pueden insertarse en el cuerpo de las tropas y de los alborotadores, sin que lo sospechen.

"Y eso no es todo. —Chang casi gritaba. —Ahora sabemos que, cuando la gente

piensa, irradia un esquema específico de ondas cerebrales. Todos los gobiernos trabajan en máquinas capaces de identificar esas ondas cerebrales, en especial las de sentimientos airados o contrarios al gobierno.

Sus palabras me escalofriaron. Hablaba del mal uso de la amplificación de las ondas cerebrales de que me había advertido Ani, el que había condenado a la ruina a algunas civilizaciones anteriores.

—¿Sabe por qué hacen esto sus gobiernos autodenominados democráticos? —continuó Chang—. Porque tienen mucho más miedo de la gente que nosotros. Nuestros ciudadanos saben que el papel del gobierno es gobernar, saben que ciertas libertades deben ser limitadas. El pueblo de usted cree que puede existir la autodirección individual. Y bien, aunque haya sido cierto en el pasado, en un mundo altamente técnico donde una pequeña arma puede destruir una ciudad ya no puede funcionar. Con ese tipo de libertad, los humanos no sobrevivirán. La dirección y los valores de la sociedad deben controlarse y dirigirse para el bien de la mayoría. Por eso esta leyenda de Shambhala es tan peligrosa: porque se basa en la absoluta autodirección.

Mientras él hablaba, me pareció oír que se abría la puerta a mis espaldas, pero no me di vuelta. Me hallaba por completo concentrado en la actitud de ese hombre. Allí estaba la manifestación de lo peor de la tiranía moderna, y cuanto más hablaba él más se intensificaba mi aborrecimiento.

—Lo que usted no entiende —le dije— es que los humanos pueden encontrar una motivación interior para crear bien en el mundo. Se rió con cinismo;

—¿De veras lo cree así? En la historia no hay nada que sugiera que la gente sea otra cosa que egoísta y codiciosa.

—Si ustedes tuvieran su propia espiritualidad, verían lo bueno. —También mi voz se elevaba, airada.

—No —replicó, cortante, casi gritando—. La espiritualidad es el problema. Mientras exista religión no puede haber unidad entre la gente. ¿No entiende? Cada institución religiosa es como un obstáculo insuperable en el camino del progreso. Cada una pelea con la otra. Los cristianos gastan todo su tiempo y su dinero queriendo convertir a todos a su doctrina de enjuiciamiento. Los judíos quieren permanecer aislados en un sueño de elegidos. Los musulmanes creen que su religión se trata de camaradería y poder colectivo y odio sagrado. Y nosotros, en Oriente, somos los peores. Desechamos el mundo real en pos de una vida interior de fantasía que nadie consigue comprender. Con todo este caos de metafísica, nadie puede concentrarse en el progreso, en alivianar la carga de los pobres, en ocuparse de que todos los niños tibetanos reciban educación.

"Pero no se preocupe —continuó—. Nosotros vamos a encargarnos de resolver el problema. Y usted nos ha ayudado. Desde que Wilson James lo visitó en los Estados Unidos, hemos vigilado sus movimientos y los movimientos del grupo holandés. Yo sabía que usted vendría, que participaría en esto.

Debo de haber traicionado mi sorpresa. —Ah, sí, lo sabemos todo sobre usted. Operamos en los Estados Unidos con más libertad de la que usted cree. El gobierno de ustedes puede controlar Internet; ¿piensa que nosotros no? Usted y su secta jamás me eludirán. ¿Cómo cree que pudimos seguirlo con este clima? Fue mediante el poder de la mente de "mi" mente. Supe dónde estaría usted. Incluso después de haberlo perdido en el páramo, lo supe. Sentía su presencia. Al principio era a su amigo Yin al que podía seguir. Ahora ha sido a usted.

"Y eso no es todo. Ya ni siquiera necesito valerme de mi instinto para localizarlo. Tengo su esquema de ondas cerebrales. —Hizo un gesto en dirección a la puerta. —En una cuestión de minutos nuestros técnicos habrán montado nuestro nuevo

equipo de vigilancia. Entonces podremos localizar a cualquiera a quien hayamos sometido al escáner cerebral.

Al principio no conseguí recordar a qué se refería, pero luego evoqué mi experiencia en la casa china de Ali, después de que me arrojaron el gas. Los soldados me habían puesto bajo una máquina. Una nueva oleada de miedo me abrumó, pero se convirtió de inmediato en una ira aún más honda.

—¡Está loco! —grité.

—Así es... Para usted, estoy loco. Pero soy el futuro. —Ahora se alzaba por sobre mí, con la cara roja, virtualmente explotando de ira. —Qué inocencia estúpida. Usted va a decírmelo todo, ¿entiende? ¡Todo!

Yo sabía que Chang no me habría dado tanta información si planeara liberarme, pero en aquel momento no me importaba. Estaba hablando con un monstruo, y me embargaba una ira abrumadora. Iba a insultarlo, cuando desde el otro lado de la habitación llamó una voz:

—i No lo hagas! ¡Te debilita!

El coronel se dio vuelta y se quedó mirando fijo; seguí su mirada. Junto a la puerta había otro guardia, y junto a él, derrumbado contra una pequeña mesa, se hallaba Yin. El guardia lo empujó al piso.

Me puse de pie de un salto y corrí hacia Yin mientras el coronel decía algo en chino a los custodios y salía como una tromba. Yin tenía magulladuras y cortes en la cara.

—Yin, ¿te encuentras bien? —le pregunté, al tiempo que lo ayudaba a llegar hasta un catre.

—Sí, estoy bien —respondió, y me tironeó de un brazo para que me sentara a su lado—. Vinieron a buscarnos en cuanto te fuiste. —Sus ojos reflejaban intensa agitación. —Cuéntame lo que pasó. ¿Llegaste a Shambhala?

Lo miré y me llevé un dedo a los labios.

—Es probable que nos hayan puesto juntos para ver qué decíamos —susurré—. Puedes apostar a que en este lugar hay micrófonos. No debemos hablar.

—Tendremos que correr el riesgo —contestó Yin—. Ven junto al calefactor; es ruidoso. Cuéntame lo que pasó.

Durante la media hora siguiente le conté todo sobre el mundo que había encontrado en Shambhala, y luego, en un levísimo susurro, mencioné los templos.

Se le abrieron grandes los ojos.

—¿Así que no has descubierto la totalidad de la Cuarta Extensión?

—Está en los templos —le dije, sólo moviendo los labios.

A continuación le conté de Tashi y Wil y lo que había dicho Ani acerca de aprender lo que se hacía en los templos.

—¿Y qué más dijo? —preguntó Yin.

—Que no debemos tener ningún enemigo —respondí. Yin hizo una mueca de dolor y contestó:

—Pero tú estás haciendo exactamente lo contrario con el coronel. Utilizas tu ira y tu desprecio para sentirte fuerte. Los mismos errores que cometí yo. Tienes suerte de que no te haya matado de inmediato.

Me desplomé en el catre, pues sabía que mis emociones se hallaban fuera de control.

—¿No recuerdas cuando tu expectativa negativa alejó a la pareja holandesa que iba en la camioneta, y te perdiste una importante sincronicidad? En ese caso tuviste una expectativa de miedo, de que quizás iban a hacerte daño. Ellos sintieron esa expectativa de tu parte y es probable que comenzaran a sentir que si se detenían fueran a hacer algo mal, de modo que se marcharon.

—Sí, lo recuerdo.

—**TODAS LAS SUPOSICIONES O EXPECTATIVAS NEGATIVAS QUE EXPERIMENTAMOS ACERCA DE OTRO SER HUMANO** —continuó Yin— **SON ORACIONES QUE EMANAN DE NOSOTROS Y ACTÚAN PARA CREAR ESA REALIDAD EN ESA PERSONA. RECUERDA QUE NUESTRAS MENTES SE CONECTAN: NUESTROS PENSAMIENTOS Y EXPECTATIVAS INFLUYEN EN LOS DEMÁS PARA QUE PIENSEN DEL MISMO MODO QUE NOSOTROS. ESO ES LO QUE HAS ESTADO HACIENDO CON EL CORONEL. HAS ESPERADO QUE ÉL SEA MALVADO.**

—¡Espera un momento! Sólo lo veo tal como es.

—¿De veras? ¿Qué parte de él? ¿Su ego o su yo superior, el de su alma?

Yin tenía razón. Todo aquello era algo que yo creía haber aprendido con la Décima Revelación, pero no actuaba en consecuencia.

—Cuando estaba huyendo de él —dije—, pudo seguirme. Dijo que lo hizo con su mente y su intuición.

—¿Ibas pesando en él? —preguntó Yin—. ¿Esperabas que te siguiera?

—Debo de haberlo hecho.

—¿No recuerdas? Es lo que pasó antes conmigo. Y ahora tú haces lo mismo. Esa expectativa creaba en la mente de Chang los pensamientos de dónde te encontrabas. Era un pensamiento del ego, pero llegaba a él porque tú esperabas... rezabas, de hecho... que te encontrara.

"¿No entiendes? —prosiguió Yin—. Lo hemos hablado muchas veces. **NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN OBRA EN FORMA CONSTANTE EN EL MUNDO, EMITIENDO NUESTRAS EXPECTATIVAS, Y EN EL CASO DE OTRA PERSONA, EL EFECTO ES CASI INSTANTÁNEO. POR SUERTE, COMO YA TE DIJE, UNA ORACIÓN NEGATIVA NO ES TAN FUERTE COMO UNA ORACIÓN POSITIVA, PORQUE DE INMEDIATO TE AÍSLAS DE LAS ENERGÍAS DE TU YO MÁS ELEVADO, PERO AUN ASÍ SURTE UN EFECTO. ÉSTE ES EL PROCESO OCULTO DE LA REGLA DE ORO.**

Lo miré un momento, sin comprender. Demoré un minuto en recordar a qué se referia: el mandato bíblico de hacer a los otros lo que nos gustaría que nos hicieran a nosotros. Como no conseguía entender con exactitud la conexión, le pedí que me explicara.

—Esa regla —dijo Yin— suena como si debiéramos cumplirla porque produce una buena sociedad. ¿Correcto? Como una postura ética. Pero lo cierto es que existe una razón espiritual, energética, kármica, que va más allá de la noción de que tal actitud es conveniente. Es importante cumplir esta regla porque uno se ve afectado en forma personal.

Hizo una pausa dramática y agregó:

—La expresión más completa de esta regla debería ser:

"**HAZ A LOS DEMÁS LO QUE QUISIERAS QUE TE HICIERAN A TI, PORQUE COMO LOS TRATES O PIENSES DE ELLOS ES EXACTAMENTE COMO VAN A TRATARTE". LA ORACIÓN QUE EMITES CON TU SENTIMIENTO O ACCIÓN TIENDE A PRODUCIR EN LOS DEMÁS EXACTAMENTE LO QUE ESPERAS.**

Asentí. Comenzaba a captar la idea.

—**En el caso del coronel, cuando llegas a la conclusión de que es malvado, tu energía de oración fluye de ti y entra en la energía de él e intensifica sus tendencias. Y así él comienza a actuar del modo como tú esperas que actúe: de manera airada y despiadada. Como el coronel no está conectado con una energía divina más profunda, la energía de su ego es débil y maleable: adopta el papel que tú esperas de él. Piensa en cómo suelen funcionar las cosas en la**

cultura humana. Este efecto está en todas partes. Recuerda que los humanos compartimos actitudes y estados de ánimo. Es todo muy contagioso. Cuando miramos a otros y emitimos juicios acerca de que el otro es gordo o flaco o incapaz o feo o está mal vestido, en realidad enviamos nuestra energía a esa persona y ésta comienza a pensar mal de sí misma. Nos entregamos a algo que sólo puede denominarse energía del mal. Es el contagio de la oración negativa.

—¿Pero qué se supone que debemos hacer? —protesté—. ¿No tenemos que ver las cosas como son?

—Por supuesto que tenemos que ver las cosas como son, pero después debemos de inmediato cambiar nuestras expectativas de "lo que es" a "lo que podría ser". En el caso del coronel, deberías haberte dado cuenta de que, aunque actúe como un malvado, aislado de cualquier cosa espiritual, su yo más elevado es capaz de ver la luz en un instante. Ésa es la expectativa que deseas sostener, porque entonces en realidad le envías un Campo de Oración para que él eleve su energía y su conciencia en esa dirección. Debes retomar a esa postura mental, siempre, no importa lo que veas.

Hizo una nueva pausa, sonriendo, lo cual me pareció extraño, dada nuestra situación y su cara magullada y cortada.

—¿Te pegaron? —le pregunté.

—No me hicieron nada que yo no les haya deseado a ellos —respondió, recalcando una vez más lo que quería transmitirme—. ¿Entiendes cuán importante es todo esto? —me preguntó—. Mientras no lo comprendas, no puedes avanzar con las extensiones. La ira siempre será una tentación, pues da una sensación gratificadora, hace que el ego crea que se está fortaleciendo. Sin embargo, debes ser más inteligente. No puedes alcanzar los niveles más fuertes de energía creativa mientras no seas capaz de evitar todos los tipos de oración negativa. Ya hay bastante mal en el mundo, como para aumentarlo en forma inconsciente. Ésta es la gran verdad del código de compasión tibetano.

Desvié la mirada, pues sabía que lo que me decía Yin era cierto. Yo había vuelto a caer en la ira. ¿Por qué seguía haciéndolo una y otra vez?

Yin me miró a los ojos.

—**Éste es el núcleo de la idea: al corregir un patrón de comportamiento contraproducente... en nuestro caso, la ira y la condena... es imperativo no emitir una oración negativa en cuanto a nuestras propias posibilidades. ¿Comprendes a qué me refiero? Si hacemos comentarios autodenigrantes, como: "No puedo superar este problema" o: "Siempre seré así", en verdad pedimos seguir siendo como somos. Tenemos que sostener la visión de que encontraremos una energía más elevada y superaremos nuestros patrones de comportamiento. Tenemos que elevarnos con nuestra energía de oración.** Se recostó contra el catre.

—Ésta es la lección que yo mismo tuve que aprender. Nunca pude comprender la actitud de compasión que tenía el lama Rigden hacia el gobierno chino. Ellos estaban destruyendo nuestro país y yo quería verlos derrotados. Nunca había estado lo bastante cerca de ninguno de los soldados como para mirarlos a los ojos, para verlos como personas atrapadas en un sistema tiránico.

"Pero una vez que vi más allá de sus egos, su socialización, al fin conseguí aprender a no aumentar la energía del mal con mis suposiciones negativas. Por fin pude sostener una visión más elevada para ellos y para mí. Tal vez porque he aprendido esto, también puedo sostener una visión más elevada de que también tú lo aprenderás.

Desperté con los primeros ruidos del campamento. Alguien estaba haciendo

barullo con unos barriles o latas grandes. Me levanté de un salto, me vestí y eché un vistazo hacia la puerta. Los guardias habían sido sustituidos por otros dos soldados, que me miraban soñolientos. Caminé unos pasos y miré por la ventana. El día estaba oscuro y nublado y el viento ululaba. En una de las otras tiendas había movimiento; una de las puertas se abrió. Era el coronel, que venía hacia nuestra tienda.

Me acerqué al catre de Yin y él se dio vuelta, tratando de despertarse. Tenía la cara hinchada y entrecerró los ojos para verme.

—Vuelve el coronel —le dije.

—Ayudaré en todo lo que pueda —me dijo—. Pero tú tendrás que sostener un Campo de Oración diferente con él. Es tu única oportunidad.

La puerta de tela se abrió y los soldados se apresuraron a adoptar la posición de firmes. El coronel entró y les indicó con un gesto que esperaran afuera. Miró de reojo a Yin una vez, antes de acercarse a mí.

Yo respiraba hondo e intentaba extender mi campo lo más posible. Visualicé que mi energía rebosaba y me concentré en verlo no como un torturador sino sólo como un alma presa del miedo.

—Quiero saber dónde están esos templos —dijo en voz baja y ominosa, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

—Sólo podrá verlos si su energía es lo bastante elevada —respondí, expresando lo primero que me acudió a la mente.

Dio la impresión de que lo había tomado desprevenido.

—¿De qué me habla?

—Usted me dijo que cree en los poderes de la mente.

¿Y si uno de esos poderes consistiera en elevar el nivel de su energía?

—¿Qué energía?

—Afirmó que las ondas cerebrales eran reales y podía manipularlas una máquina. ¿Y si pudieran manipularse internamente, mediante nuestra intención, y fortalecerse, elevando el nivel de su energía?

—¿Cómo es posible semejante cosa? —preguntó—.

La ciencia jamás ha demostrado nada similar.

Yo no podía creerlo. Parecía que el coronel iba abriendo su mente. Me concentré en la expresión de su cara, que traslucía que estaba considerando honestamente lo que yo le decía.

—Pero en realidad es posible —continué—. **Las ondas cerebrales, o quizás otro tipo de ondas que van más lejos, pueden intensificarse hasta un punto en que pueden influir en lo que sucede.**

Me miró con interés.

—¿**Está diciéndome que usted sabe cómo utilizar las ondas cerebrales para hacer que ocurran ciertas cosas**?

Mientras hablaba, de nuevo vi un resplandor detrás de él, contra la pared de la tienda.

—**Sí —proseguí—, pero sólo aquellas cosas que llevan nuestra vida en la dirección que se supone deben ir. De lo contrario la energía acaba por derrumbarse**.

—¿"Adonde se supone que deben ir"? —preguntó, confundido.

El área de la tienda situada a sus espaldas continuaba más luminosa, y yo no podía evitar mirarla. Chang se volvió y miró también hacia allí.

—¿Qué mira? —me preguntó—. Dígame **qué quiere decir con "adonde se supone que deben ir".** Yo me considero libre. Puedo llevar mi vida adonde quiera.

—Sí, por supuesto, es cierto. Pero **existe una dirección que es mejor, más**

inspirada, y le da más satisfacción que todas las demás, ¿o no? —No podía creer cuán luminoso se tornaba ese espacio detrás de él, pero no me atrevía a mirar directamente.

—No sé de qué me habla —replicó Chang.

Parecía confundido, pero yo seguía concentrado en la parte de su expresión que escuchaba.

—**Somos libres** —le dije—. **Pero también pertenecemos a un designio que proviene de una parte mayor de nosotros mismos, con la que podemos conectarnos. Nuestro verdadero yo es mucho más grande de lo que creemos.**

Se limitaba a mirarme. En algún lugar, en el fondo de su conciencia, daba la impresión de comprender.

Nos interrumpieron los guardias de afuera al golpear la aleta de entrada en la tienda. En ese momento me di cuenta de que el viento había estallado en un fuerte ventarrón. Oíamos que volaban y se volcaban cosas en todo el complejo.

Un guardia había abierto la aleta y gritaba fuerte en chino. El coronel corrió hacia él. Mientras tanto, nosotros alcanzamos a ver tiendas que salían volando por todas partes. Chang se volvió y nos miró a Yin y a mí, y en ese instante una tremenda ráfaga de viento voló el lado izquierdo de nuestra tienda, arrancándola de las estacas y desgarrándola; el coronel y los guardias quedaron cubiertos con la lona, que los arrojó al suelo.

Yin y yo recibimos el impacto del viento y la nieve que soplaban por la abertura.

—¡Yin! —grité—. ¡Los dakini! Yin se puso con esfuerzo de pie.

—¡Ésta es tu oportunidad! —me dijo—. ¡Corre!

—Vamos —lo urgí, aferrándolo de un brazo—. Podemos irnos juntos. Me empujó.

—No puedo. No haré más que entorpecerte el camino.

—¡Lo lograremos! —insistí. Gritó contra el viento:

—Ya he hecho lo que vine a hacer. Ahora tú debes cumplir con tu misión. Todavía no conocemos el resto de la Cuarta Extensión.

Asentí y le di un rápido abrazo; luego tomé el grueso abrigo del coronel y salí corriendo por el agujero de la tienda hacia la tormenta.

CAPÍTULO 10
RECONOCER LA LUZ

Corrí hacia el norte unos treinta metros y me detuve a mirar atrás, en dirección al campamento. Aún podía oír los ruidos de las cosas que volaban por el complejo, y el alboroto de los gritos.

Delante de mí se extendía un sólido manto blanco. Me dirigía penosamente de vuelta a las montañas cuando oí que el coronel gritaba:

—¡Lo encontraré! —chillaba enojado por sobre el viento—. i No se saldrá con la suya!

Continué caminando, apresurándome lo más posible en la nieve profunda. Demoré quince minutos en avanzar cien metros. Por fortuna, el viento todavía era fuerte, así que pasaría algún tiempo hasta que los chinos pudieran utilizar los helicópteros.

Oí un débil sonido. Al principio pensé que era el viento, pero se tornó gradualmente más fuerte. Me agaché. Alguien me llamaba por mi nombre. Por fin pude distinguir a alguien que se movía en medio de la nevada. Era Wil.

Lo abracé.

—Por Dios, cuánto me alegra verte. ¿Cómo me encontraste?

—Observé en qué dirección se iba el helicóptero —me dijo— y seguí caminando

hasta que vi el campamento. Estuve ahí toda la noche. Si no hubiera llevado el calentador, habría muerto congelado. Intentaba encontrar un modo de sacarte de ahí, pero la ventisca solucionó el problema. Vamos, tenemos que tratar de llegar a los templos.

Vacilé.

—¿Qué pasa? —me preguntó Wil.

—Yin quedó allá —respondí—. Está herido.

Wil pensó un momento, mientras mirábamos hacia el complejo.

—Deben de estar organizando un grupo de búsqueda —conjeturó—. No podemos volver. Tendremos que tratar de ayudarlo después. Si no salimos de aquí y encontramos los templos antes que el coronel, todo estará perdido.

—¿Qué fue de Tashi? —quise saber.

—Nos separamos cuando empezó la avalancha —me explicó Wil—, pero después lo vi subiendo la montaña solo.

Caminamos durante más de dos horas y, extrañamente, una vez que salimos del área que rodeaba el campamento chino, el viento comenzó a amainar, aunque todavía nevaba con intensidad. Mientras andábamos le conté a Wil todo lo que me había dicho Yin en la tienda, así como lo que había sucedido con el coronel.

Por fin alcanzamos la zona de la montaña donde había tenido lugar la avalancha. Pasamos ese punto y continuamos rumbo al oeste, subiendo más por la cuesta.

Sin hablar más, Wil me guió montaña arriba durante otras dos horas. Por fin se detuvo y se sentó a descansar detrás de un enorme banco de nieve.

Nos miramos un largo momento, los dos respirando agitados. Wil sonrió y me preguntó.

—¿Ahora entiendes lo que te decía Yin? Guardé silencio. Aunque con Chang había visto cómo actuaba todo aquello, todavía me resultaba difícil de creer.

—Me entregué a la oración negativa —dije al fin—.

Así fue como pudo seguirme el coronel.

—No podemos ir más allá hasta que ambos consigamos evitarlo —dijo Wil—. **PARA PROSEGUIR CON EL RESTO DE LA CUARTA EXTENSIÓN, NUESTRA ENERGÍA DEBE PERMANECER CONSISTENTEMENTE ELEVADA. DEBEMOS TENER MUCHO CUIDADO DE NO VISUALIZAR LA MALDAD DE LOS QUE TEMEN. TENEMOS QUE VERLOS EN FORMA REALISTA Y TOMAR PRECAUCIONES, PORQUE SI NOS FIJAMOS DEMASIADO EN SU CONDUCTA O SOSTENEMOS IMÁGENES QUE VAN A CAUSARNOS DAÑO, ENVIAMOS ENERGÍA A LA PARANOIA DE ELLOS, Y HASTA PODEMOS DARLES LA IDEA DE HACER JUSTAMENTE LAS COSAS MALAS QUE ESPERAMOS. POR ESO ES TAN IMPORTANTE NO PERMITIR QUE NUESTRAS MENTES VISUALICEN LAS COSAS NEGATIVAS QUE PODRÍAN OCURRIRNOS. ES UNA ORACIÓN QUE ACTÚA PARA PRODUCIR ESOS MISMOS SUCESOS.**

Meneé la cabeza, sabiendo que todavía me resistía a esa idea. Si era cierta, nos resultaría una pesada carga vigilar cada uno de nuestros pensamientos. Le expresé mis preocupaciones a Wil. Él casi se echó a reír. —**POR SUPUESTO QUE DEBEMOS VIGILAR CADA PENSAMIENTO.**

DE TODOS MODOS TENEMOS QUE HACERLO PARA NO PASAR POR ALTO UNA INTUICIÓN IMPORTANTE. ADEMÁS, LO ÚNICO QUE HACE FALTA ES VOLVER A UNA ALERTA CONSCIENTE Y VISUALIZAR SIEMPRE QUE LA CONCIENCIA DE TODOS AUMENTA. LAS LEYENDAS LO DICEN CON MUCHA CLARIDAD. PARA MANTENER EXTENDIDO NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN DE LA MANERA MÁS PODEROSA, ES PRECISO QUE JAMÁS NOS PERMITAMOS

USARLO EN FORMA NEGATIVA. SI NO LOGRAMOS EVITAR ESTE PROBLEMA POR COMPLETO, NO PODREMOS AVANZAR MÁS.

—¿Cuántas leyendas se te han dado a conocer? —pregunté.

Al responder mi pregunta, Wil comenzó a hablar de sus experiencias durante aquella aventura en mayor detalle que antes.

—Cuando fui a tu casa —empezó— no entendía por qué mi energía había caído con respecto al punto en que se hallaba cuando exploramos la Décima Revelación. Entonces me puse a pensar en el Tíbet y me encontré en el monasterio del lama Rigden, donde conocí a Yin y oí mencionar los sueños. No lo comprendía todo, pero también yo tenía sueños similares. Sabía que tú participabas de algún modo en esto y tenías algo que hacer allí. Fue entonces cuando empecé a estudiar las leyendas en detalle y a aprender las extensiones de la oración. Estaba resuelto a reunirme contigo en Katmandú, pero vi que me seguían los chinos, así que le pedí a Yin que fuera en mi lugar. Tuve que confiar en que al fin nos encontraríamos.

Hizo una breve pausa; sacó de la mochila una camiseta blanca y se cambió el vendaje de la rodilla. Yo contemplé la extensión infinita de montañas nevadas que se alzaban a nuestras espaldas. Las nubes se separaron un instante y el sol de la mañana creó un efecto de ondas de luz en las cumbres de los cerros, dejando los valles más oscuros, en sombras. La vista me llenó de admiración, como si alguna parte de mí comprendiera al fin aquella tierra.

Cuando volví a mirar a Wil, él me estaba mirando a su vez.

—Quizá —continuó— debiéramos repasar todo lo que dicen las leyendas sobre el Campo de Oración. Debemos entender cómo se conecta todo esto.

Asentí.

—**TODO COMIENZA** —prosiguió Wil— **CON EL ACTO DE DARSE CUENTA DE QUE LA ENERGÍA DE LA ORACIÓN ES REAL, QUE FLUYE DE NOSOTROS Y AFECTA EL MUNDO.**

"UNA VEZ QUE TOMAMOS CONCIENCIA DE ESO, PODEMOS COMPRENDER QUE ESTE CAMPO, ESTE EFECTO QUE TENEMOS EN EL MUNDO, PUEDE EXPANDIRSE, PERO DEBEMOS COMENZAR CON LA PRIMERA EXTENSIÓN. PRIMERO TENEMOS QUE MEJORAR LA CALIDAD DE LA ENERGÍA QUE ABSORBEMOS FÍSICAMENTE. LOS ALIMENTOS PESADOS Y PROCESADOS PRODUCEN SÓLIDOS ÁCIDOS EN NUESTRA ESTRUCTURA MOLECULAR, LO CUAL DISMINUYE NUESTRA VIBRACIÓN Y ACABA POR CAUSAR ENFERMEDAD. LOS ALIMENTOS VIVOS SURTEN UN EFECTO ALCALINO Y REALZAN NUESTRA VIBRACIÓN.

"CUANTO MÁS PURA ES NUESTRA VIBRACIÓN, MÁS FÁCIL RESULTA CONECTARSE CON LAS ENERGÍAS MÁS SUTILES DISPONIBLES DENTRO DE NOSOTROS. LAS LEYENDAS AFIRMAN QUE APRENDEREMOS A ABSORBER EN FORMA CONSISTENTE ESTE NIVEL DE ENERGÍA MÁS ELEVADO, USANDO COMO MEDIDA NUESTRA PERCEPCIÓN INTENSIFICADA DE LA BELLEZA. CUANTO MÁS ALTO NUESTRO NIVEL DE ENERGÍA, MÁS BELLEZA VEMOS. PODEMOS APRENDER A VISUALIZAR QUE ESTE NIVEL DE ENERGÍA MÁS ELEVADO FLUYE DE NOSOTROS HACIA EL MUNDO, TAMBIÉN UTILIZANDO EL ESTADO EMOCIONAL DEL AMOR COMO MEDIDA DE QUE ELLO ESTÁ SUCEDIENDO.

"DE ESTE MODO NOS CONECTAMOS EN NUESTRO INTERIOR COMO APRENDIMOS EN PERÚ. SÓLO QUE AHORA HEMOS APRENDIDO QUE, AL VISUALIZAR QUE LA ENERGÍA ES UN CAMPO QUE VA DELANTE DE NOSOTROS ADONDEQUIERA QUE VAYAMOS, PODEMOS PERMANECER CONSISTENTEMENTE MÁS FUERTES.

"LA SEGUNDA EXTENSIÓN COMIENZA CUANDO DISPONEMOS ESTE CAMPO DE ORACIÓN EXTENDIDO PARA REALZAR EL FLUJO SINCRÓNICO DE NUESTRA VIDA. ESTO LO LOGRAMOS PERMANECIENDO EN UN ESTADO DE ALERTA CONSCIENTE Y DE EXPECTATIVA DE LA SIGUIENTE INTUICIÓN O COINCIDENCIA QUE HACE AVANZAR NUESTRA VIDA. ESTA EXPECTATIVA ENVÍA NUESTRA ENERGÍA AÚN MÁS LEJOS Y LA FORTALECE MÁS, PORQUE AHORA ALINEAMOS NUESTRAS INTENCIONES CON EL PROCESO DEL CRECIMIENTO Y LA EVOLUCIÓN ESTRUCTURADO EN EL UNIVERSO EN SÍ.

"LA TERCERA EXTENSIÓN TIENE QUE VER CON OTRA EXPECTATIVA: QUE NUESTRO CAMPO DE ORACIÓN SALGA A IMPULSAR EL NIVEL DE ENERGÍA DE LOS DEMÁS, ELEVÁNDOLOS A SU PROPIA CONEXIÓN INTERIOR CON LO DIVINO Y HACIA LA INTUICIÓN DE SU YO MÁS ELEVADO. ESTO, POR SUPUESTO, AUMENTA LAS PROBABILIDADES DE QUE NOS DEN INFORMACIÓN INTUITIVA CAPAZ DE INTENSIFICAR AÚN MÁS NUESTRO NIVEL DE SINCRONICIDAD. ES LA ÉTICA INTERPERSONAL QUE APRENDIMOS EN PERÚ, SÓLO QUE AHORA SABEMOS UTILIZAR EL CAMPO DE ORACIÓN PARA FORTALECERLA.

"LA CUARTA EXTENSIÓN COMIENZA CUANDO APRENDEMOS LA IMPORTANCIA DE FIJAR Y MANTENER EL EFLUVIO DE NUESTRA ENERGÍA, A PESAR DE SITUACIONES DE MIEDO O IRA. ESTO LO LOGRAMOS MANTENIENDO SIEMPRE UNA POSTURA PARTICULAR DE DESPRENDIMIENTO HACIA LOS HECHOS A MEDIDA QUE OCURREN, INCLUSO MIENTRAS ESPERAMOS QUE EL PROCESO EN SÍ SIGA SU CURSO. SIEMPRE DEBEMOS PROCURAR UN SIGNIFICADO POSITIVO, Y SIEMPRE, SIEMPRE, ESPERAR QUE EL PROCESO NOS SALVE, SIN QUE IMPORTE LO QUE ESTÉ SUCEDIENDO. TAL POSTURA MENTAL NOS AYUDA A PERMANECER ENFOCADOS EN EL FLUIR Y NOS EVITA DEMORARNOS EN IMÁGENES NEGATIVAS DE LO QUE PODRÍA OCURRIR SI FALLAMOS.

"EN GENERAL, SI NOS ACUDE A LA MENTE UNA IMAGEN NEGATIVA, DEBEMOS CONSIDERAR SI ES UNA ADVERTENCIA INTUITIVA O NO, Y, SI ES ASÍ, EMPRENDER LAS ACCIONES APROPIADAS, PERO SIEMPRE DEBEMOS REGRESAR A LA EXPECTATIVA DE QUE UNA SINCRONICIDAD MÁS ELEVADA NOS GUIARÁ A SUPERAR EL PROBLEMA. ESTO FIJA NUESTRO CAMPO, NUESTRO EFLUVIO DE ENERGÍA, CON UNA EXPECTATIVA PODEROSA QUE SIEMPRE SE HA DENOMINADO FE.

"EN SUMA, LA PRIMERA PARTE DE LA CUARTA EXTENSIÓN TIENE QUE VER CON MANTENER FUERTE NUESTRA ENERGÍA EN TODO MOMENTO. UNA VEZ QUE DOMINAMOS ESTO, PODEMOS AVANZAR Y EXTENDER NUESTRA ENERGÍA AÚN MÁS LEJOS.

"EL PASO SIGUIENTE DE LA CUARTA EXTENSIÓN COMIENZA CUANDO ESPERAMOS PLENAMENTE QUE EL MUNDO HUMANO AVANCE HACIA EL IDEAL EXPRESADO EN LA DÉCIMA REVELACIÓN, CUYO MODELO ES SHAMBHALA. HACER AVANZAR AÚN MÁS NUESTRA ENERGÍA Y TOMARLA TODAVÍA MÁS FUERTE DE ESTE MODO EXIGE VERDADERA FE. POR ESO ES TAN IMPORTANTE COMPRENDER SHAMBHALA. SABER QUE SHAMBHALA LO HA LOGRADO EXTIENDE NUESTRA EXPECTATIVA DE QUE TAMBIÉN PUEDE LOGRARLO EL RESTO DE LA CULTURA HUMANA. PODEMOS VER CON FACILIDAD CÓMO LOS HUMANOS DE TODAS PARTES SON CAPACES DE DOMINAR NUESTRA TECNOLOGÍA PARA UTILIZARLA AL SERVICIO DE NUESTRO DESARROLLO ESPIRITUAL, Y LUEGO COMENZAR A CONCENTRARNOS EN EL PROCESO DE LA VIDA EN SÍ, EN LA VERDADERA RAZÓN POR LA QUE NOS HALLAMOS EN ESTE PLANETA: PARA CREAR EN LA

TIERRA UNA CULTURA QUE SEA CONSCIENTE DE SU PAPEL EN LA EVOLUCIÓN ESPIRITUAL Y PARA ENSEÑAR ESA COMPRENSIÓN A NUESTROS HIJOS. Calló y me miró un momento.

—AHORA VIENE LA PARTE MÁS DIFÍCIL —continuó—: **PARA EXPANDIRNOS MAS LEJOS AÚN, NO DEBEMOS LIMITARNOS A PERMANECER POSITIVOS EN GENERAL Y EVITAR IMÁGENES DE SUCESOS NEGATIVOS. TAMBIÉN DEBEMOS MANTENER FUERA DE NUESTRA CABEZA TODO PENSAMIENTO NEGATIVO CONCERNIENTE A OTRAS PERSONAS. COMO ACABAS DE VER, SI NUESTRO MIEDO SE CONVIERTE EN IRA Y CAEMOS EN EL ERROR DE PENSAR LO PEOR DE LOS DEMÁS, EMANAMOS UNA ORACIÓN NEGATIVA QUE TIENDE A CREAR EN ELLOS EXACTAMENTE EL COMPORTAMIENTO QUE ESPERAMOS. POR ESO LOS MAESTROS QUE ESPERAN GRANDES COSAS DE SUS ALUMNOS EN GENERAL LO CONSIGUEN, ASÍ COMO OBTIENEN MALOS RESULTADOS CUANDO ESPERAN COSAS NEGATIVAS.**

"LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS CREE QUE ES MALO DECIR ALGO NEGATIVO DE LOS DEMÁS, PERO QUE ESTÁ BIEN PENSARLO. NOSOTROS SABEMOS QUE NO ES ASÍ; LOS PENSAMIENTOS IMPORTAN.

MIENTRAS WIL DECÍA ESTO, YO REFLEXIONABA EN LOS SUCESOS RECIENTES, EN VARIAS ESCUELAS DE LOS ESTADOS UNIDOS, EN QUE ALGUNOS ALUMNOS HABÍAN DISPARADO CON ARMAS DE FUEGO A SUS COMPAÑEROS Y PROFESORES. SE LO MENCIONÉ A WIL.

—EN TODAS PARTES —RESPONDIÓ— LOS CHICOS TIENEN MÁS PODER QUE NUNCA, Y LOS MAESTROS YA NO PUEDEN SEGUIR IGNORANDO A LAS TÍPICAS CAMARILLAS QUE SIEMPRE SE HAN FORMADO EN LAS ESCUELAS. CUANDO SE DESPRECIA A CIERTOS CHICOS, O SE LOS HACE BLANCO DE BURLAS O SE LOS TRATA COMO A CHIVOS EXPIATORIOS, LA ORACIÓN NEGATIVA LOS AFECTA MÁS QUE NUNCA ANTES. AHORA, DE VEZ EN CUANDO DEVUELVEN LOS GOLPES DE MANERA EXPLOSIVA.

"Y ESTO NO ESTÁ OCURRIENDO SÓLO CON LOS CHICOS, SINO CON TODA LA CULTURA HUMANA. SÓLO MEDIANTE LA COMPRENSIÓN DEL EFECTO DE LOS CAMPOS DE ORACIÓN PODEMOS ENTENDER LO QUE ESTÁ SUCEDIENDO. TODOS NOS VOLVEMOS POCO A POCO MÁS PODEROSOS, Y SI NO PRESTAMOS COMPLETA ATENCIÓN A NUESTRAS EXPECTATIVAS, SIN QUERER PODEMOS CAUSAR GRAN DAÑO A LOS DEMÁS. Wil dejó de hablar y enarcó una ceja.

—Eso nos trae adonde nos encontramos ahora, creo. Asentí, consciente de cuánto lo había echado de menos.

—¿Adónde dicen las leyendas que debemos ir a partir de aquí? —pregunté.

—Al tema que más me ha interesado —respondió—.
Las leyendas dicen que no podemos expandir más nuestro campo hasta tener pleno conocimiento de los dakini.

Me apresuré a contarle de mis muchas experiencias con las extrañas figuras y las zonas iluminadas que había vivido desde mi llegada al Tíbet.

—Ya tuviste esas experiencias antes del Tíbet—observó Wil.

Tenía razón. En ciertas ocasiones, mientras buscábamos la Décima Revelación, me había parecido que me ayudaban unos extraños haces de luz.

—Es cierto —convine—. Cuando estábamos juntos en los Apalaches.

—También en Perú —agregó.

Traté de recordar, pero no me acudió nada a la mente.

—ME CONTASTE DE UNA VEZ EN QUE TE HALLABAS FRENTE A UNA ENCRUCIJADA Y NO SABÍAS QUÉ CAMINO TOMAR —me dijo—. Y UN CAMINO

PARECÍA MÁS CLARO QUE EL OTRO, MÁS LUMINOSO, Y ELEGISTE TOMAR POR ALLÍ.

—Sí —repuse, ya recordando con claridad el suceso—. **¿Crees que fue un dakini?**

Wil se había puesto de pie y estaba cargando su mochila.

—**Sí** —contestó—. **Ellos son las luminosidades que te guían por tu camino.**

Quedé perplejo. Ello significaba que, cada vez que experimentamos un objeto luminoso o un sendero que parece más brillante y atractivo, o un libro que nos salta a la vista y nos llama la atención... es obra de estos seres.

—¿Qué más dicen las leyendas acerca de los dakini? —quise saber.

—Que son lo mismo para todas las culturas, todas las religiones, sin importar cómo los denominemos. Le eché una mirada interrogante.

—Podríamos llamarlos ángeles —continuó Wil—. Pero, ya se denominen ángeles o dakini, son los mismos seres... y actúan de la misma manera.

Tenía otra pregunta que hacerle, pero Wil ya subía de prisa por la pendiente, evitando los puntos de mucha nieve. Lo seguí, mientras docenas de interrogantes me colmaban la mente. No quería dejar pasar la conversación.

En un momento Wil se volvió a mirarme.

—**LAS LEYENDAS DICEN QUE ESTOS SERES HAN AYUDADO A LOS SERES HUMANOS DESDE EL COMIENZO DE LOS TIEMPOS Y SE LOS MENCIONA EN LA LITERATURA MÍSTICA DE TODAS LAS RELIGIONES. SEGÚN LAS LEYENDAS, TODOS COMENZAREMOS A PERCIBIRLOS CON MÁS FACILIDAD. SI EN REALIDAD LOS RECONOCEMOS, LOS DAKINI SE NOS REVELARÁN**.

La manera como enfatizó la palabra "reconocer" me hizo pensar en que tenía un significado especial.

—¿Pero cómo lo logramos? —le pregunté mientras trepaba por una roca que sobresalía en el sendero.

Más arriba, Wil se detuvo para permitirme alcanzarlo y respondió:

—**DE ACUERDO CON LAS LEYENDAS, TENEMOS QUE RECONOCER QUE ELLOS ESTÁN AQUÍ. ES ALGO MUY DIFÍCIL PARA LAS MENTES MODERNAS. UNA COSA ES PENSAR QUE LOS DAKINI O LOS ÁNGELES SON UN TEMA FASCINANTE, Y OTRA MUY DIFERENTE, ESPERAR QUE SEAN PERCEPTIBLES EN NUESTRA VIDA**.

—¿Qué dices tú que deberíamos hacer?

—Permanecer alerta a todo matiz de luminosidad.

—Entonces, si mantenemos elevada nuestra energía y los reconocemos —dije—, ¿podemos comenzar a ver más luminosidades?

—Así es —repuso—. Lo difícil es entrenarnos para buscar los sutiles cambios en la luz que nos rodea. Pero si lo hacemos, podemos detectarlos más.

Pensé en lo que me decía y lo comprendí, pero aun así me quedaba una pregunta.

—¿Y los casos en que los dakini o ángeles intervienen directamente en nuestra vida cuando no los esperamos o reconocemos? A mí me pasó.

A continuación le conté de la figura alta que vi cuando Yin me empujó del jeep al norte de Ali, y que apareció de nuevo cuando surgió el fuego en el monasterio en ruinas, antes de mi entrada en Shambhala.

Wil asentía.

—Parecería que tu ángel guardián se ha mostrado. Las leyendas dicen que todos tenemos uno. Callé un momento, mirándolo.

—Entonces los mitos son ciertos —dije al fin—. Y todos tenemos un ángel

guardián.

Mi mente funcionaba a ciento cincuenta kilómetros por hora. La realidad de esos seres nunca me había resultado tan clara.

—¿Pero por qué nos ayudan en determinadas ocasiones, y no en otras? —pregunté.

Wil alzó una ceja.

—Ése —contestó— es el secreto que hemos venido a descubrir.

Íbamos alcanzando la cumbre de la montaña. Detrás de nosotros comenzaba a aparecer el sol a través de las densas nubes, y daba la impresión de que aumentaba la temperatura.

—Me dijeron —comentó Wil, a poca distancia del pico de la montaña— que los templos están del otro lado de este cerro.

Se detuvo a mirarme.

—Tal vez ésta sea la peor parte. Sus palabras me sonaron siniestras.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Tenemos que unir todas las extensiones y mantener nuestra energía lo más fuerte posible. Las leyendas dicen que sólo conseguiremos ver los templos si logramos mantener nuestra energía lo bastante elevada.

Exactamente en ese momento oímos helicópteros a la distancia.

—Y no olvides lo que acabas de aprender —me advirtió Wil—. Si te pones a pensar en la maldad de los militares chinos, si sientes ira o aversión, debes desplazar de inmediato tu atención hacia el alma que puede emerger en cada soldado. **Visualiza que tu energía fluye de ti y entra en los campos de ellos, elevándolos a una conexión con la luz interior, de modo que puedan descubrir sus intuiciones más elevadas. Hacer lo contrario es enviar una oración que les dé más energía para ser malvados.**

Asentí y bajé la vista. Estaba resuelto a mantener el campo positivo.

—Ahora, ve más allá de eso para reconocer a los dakini y esperar las luminosidades.

Contemplé la cumbre que se levantaba más adelante; Wil tomó la delantera. Cuando llegamos a lo alto, no alcanzábamos a ver nada del otro lado, salvo una serie de picos y valles cubiertos de nieve. Escrutamos el paisaje con atención.

—¡Allá! —gritó Wil, señalando a nuestra izquierda. Hice un esfuerzo para ver. Al borde de la cima había algo que parecía brillar tenuemente. Cuando traté de enfocarlo, sólo vi que esa área lucía luminosa. Sin embargo, cuando la miré por el rabillo del ojo me di cuenta de que brillaba el espacio en sí.

—Vamos —me urgió Wil, y me tironeó del brazo mientras nos abríamos paso entre la nieve profunda hasta el sitio que habíamos visto. Del otro lado había una serie de enormes agujas de piedra que desde la distancia daban la impresión de estar alineadas una junto a otra. Al inspeccionarlas de más cerca, sin embargo, descubrimos que una se hallaba más atrás que el resto, lo cual dejaba un estrecho pasaje que doblaba más adelante hacia la izquierda y bajaba por la ladera de la montaña. Cuando llegamos al pasaje, descubrimos que en realidad había unos escalones, cortados en la roca, que llevaban abajo. También los escalones parecían luminosos y estaban despejados de nieve.

—Los dakini nos están mostrando adónde ir —observó Wil, que todavía avanzaba tirándome del brazo.

Pasamos agachados por la abertura y seguimos el sendero descendente. A ambos lados se elevaba una escarpada ladera de piedra, de entre seis y nueve metros de alto, que bloqueaba casi toda la luz. Durante más de una hora continuamos bajando los escalones, descendiendo en forma constante y gradual hasta

que al fin se ensancharon los riscos por encima de nuestras cabezas.

Varios metros más allá el suelo se nivelaba y terminaban los escalones. Nos encontramos de frente a un precipicio plano que envolvía la faz de roca, a la izquierda.

—Por allá —indicó Wil.

Doscientos metros más adelante parecía haber un antiguo monasterio, totalmente en ruinas, como si tuviera miles de años de antigüedad. Mientras caminábamos hacia allí, la temperatura se tornó aún más cálida y se elevó de las rocas una bruma nebulosa. Frente al monasterio, el precipicio se ensanchaba en una amplia plataforma que se introducía en el costado de la montaña. Cuando alcanzamos las ruinas, con cuidado avanzamos entre los muros derrumbados y las grandes piedras hasta salir al otro lado.

Allí nos detuvimos sobre nuestros pasos. La superficie rocosa por la que caminábamos se había convertido en un piso de piedras chatas y lisas, de color ámbar claro, colocadas en forma pareja sobre el suelo que pisábamos. Miré de reojo a Wil, que tenía la vista fija adelante. Frente a nosotros había un templo intacto, de unos quince metros de alto y el doble de ancho. Era de color marrón herrumbre con vetas grises en las junturas de las paredes de piedra. En el frente había dos puertas gigantescas, de cinco o seis metros de alto.

Algo se movió en la bruma cerca del templo. Miré a Wil, que me hizo un gesto afirmativo y me indicó que lo siguiera. Avanzamos hasta unos veinte metros de la estructura.

—¿Qué fue ese movimiento? —le pregunté a Wil. Señaló con la cabeza una zona que se extendía frente a nosotros. A menos de tres metros había una especie de forma.

Me esforcé por enfocar y al fin conseguí detectar el levísimo contorno de una figura humana.

—Debe de ser uno de los adeptos que habitan los templos —conjeturó Wil—. La persona está vibrando más alto que nosotros. Es por eso que sólo podemos ver una forma vaga.

Mientras observábamos, la forma fue hasta la entrada del templo y desapareció. Wil me condujo hasta la puerta. Parecía hecha de algún tipo de piedra, pero cuando Wil tiró de ella aferrando el picaporte de piedra tallada, se abrió deslizándose, como si no pesara nada.

Adentro había una gran habitación circular que bajaba en declive en una serie de niveles escalonados hacia una zona central, semejante a un escenario. Mientras observaba la estructura, divisé otra figura a medio camino hacia el escenario, sólo que esta persona resultaba clara a nuestra percepción. Se volvió y pude verle la cara. Era Tashi. Wil ya iba hacia él.

Antes de que alcanzáramos a Tashi apareció una ventana espacial en un punto situado justo encima del centro de la habitación. La imagen entró en foco en. forma gradual, cautivando nuestra atención y tornándose tan brillante que ya no podíamos ver a Tashi. Era una imagen de la Tierra vista desde el espacio.

La escena cambió en rápida sucesión a una vista de una ciudad de algún lugar de Europa, y luego a una área metropolitana de los Estados Unidos, y por último a una de Asia. En cada caso veíamos gente caminando por calles ajetreadas, o en oficinas u otros ambientes de trabajo. Cuando la escena volvió a cambiar a distintas ciudades de diferentes regiones del planeta, vimos que los individuos, mientras trabajaban e interactuaban, elevaban poco a poco sus niveles de energía.

Comenzamos a ver y a oír individuos que pasaban de un tipo de ocupación a otro, siguiendo sus intuiciones, y al hacerlo así se tomaban más inspirados y

creativos, gracias a lo cual inventaban tecnologías nuevas y más veloces y servicios más eficientes. Al mismo tiempo también empezamos a ver escenas de personas que aún eran presa del miedo, se resistían a los cambios e intentaban obtener más control.

A continuación enfocamos un establecimiento de investigaciones, el interior de una sala de conferencias donde un grupo de hombres y mujeres realizaba un acalorado intercambio de ideas. Mientras nosotros observábamos y escuchábamos, el contenido de la conversación se volvió claro: la mayoría de las personas estaban a favor de una nueva coalición entre las empresas más grandes de comunicaciones y computación y un grupo internacional de servicios de inteligencia. Los representantes de los servicios de inteligencia argumentaban que la lucha contra el terrorismo necesitaba tener acceso a todas las líneas telefónicas, incluidas las comunicaciones de Internet, y a los mecanismos secretos de identificación de todas las computadoras, de modo que las autoridades pudieran entrar y vigilar los archivos de todo el mundo.

Pero había más. Querían más sistemas de vigilancia. Varias de esas personas incluso especulaban que, si continuaba el problema de los virus de computadoras, podría ser menester vigilar toda Internet, junto con todas las computadoras comerciales vinculadas de todas partes. El acceso podría controlarse mediante un número especial de identificación que se exigiría para realizar cualquier negocio con base electrónica.

Uno planteó la hipótesis de que para este uso podrían implementarse nuevos sistemas de identificación, como el control de los iris o las palmas de las manos o quizás incluso algo basado en los esquemas de ondas cerebrales de los individuos.

Otras dos personas, un hombre y una mujer, discutieron con vehemencia contra estas medidas. Uno mencionó el Libro de las Revelaciones y la marca de la bestia. Mientras nosotros continuábamos mirando y escuchando, me di cuenta de que podía ver al otro lado de la ventana de la sala de conferencias. Pasaba un auto por una calle cercana al edificio. En el trasfondo distinguí cactus y kilómetros de desierto.

Miré a Wil.

—Esta discusión se está llevando a cabo en este mismo momento —me dijo—, en tiempo presente, en algún sitio. Parece el sudoeste de los Estados Unidos.

Directamente detrás de la mesa donde se hallaba reunido el grupo noté otra cosa. El espacio que los rodeaba se agrandaba. No, se iluminaba.

—¡Los dakini! —le dije a Wil.

Continuamos observando mientras la conversación comenzaba a cambiar. Nos dio la impresión de que las dos personas que discutían contra la vigilancia extrema atraían mayor atención por parte del grupo. Los otros daban la impresión de reconsiderar su posición.

De pronto nuestra atención se distrajo de la imagen que se desarrollaba frente a nosotros, debido a una intensa vibración que sacudió el piso y las paredes del templo. Corrimos hacia otra puerta, en el extremo del edificio, tratando de ver entre el polvo. Oímos piedras que se derrumbaban afuera. Cuando nos hallábamos a unos diez metros de la puerta, ésta se abrió y pasó por ella una figura que no conseguimos distinguir enseguida.

—Debe de haber sido Tashi —comentó Wil mientras se apresuraba a abrir la puerta de un tirón.

Mientras pasábamos corriendo por el umbral otro estrépito resonante llenó el aire a nuestras espaldas. La antigua ruina que habíamos visto antes se desmoronaba en una implosión de piedras y polvo. Detrás, en alguna parte, oímos

ruido de helicópteros.

—Parece que el coronel nos sigue otra vez —comenté—. Pero estoy sosteniendo sólo imágenes positivas en mi mente... ¿Entonces por qué hace esto?

Wil me miró con expresión interrogante. Recordé el comentario del coronel Chang al respecto de que, ahora que él disponía de la tecnología necesaria, yo nunca podría escapar. Él poseía el registro de mi esquema cerebral.

Me apresuré a contarle a Wil lo sucedido y agregué:

—Tal vez yo debiera ir en otra dirección, para desviar de los templos a los soldados.

—No —contestó Wil—. Tienes que estar aquí. Vas a hacer falta, deberemos llevarles la delantera hasta encontrar a Tashi.

Seguimos un sendero de piedra que pasaba ante varios otros templos, hasta que de pronto mis ojos se demoraron en un umbral que se alzaba a la izquierda.

Wil lo notó y se volvió.

—¿Por qué miras esa puerta? —me preguntó.

—No sé —respondí—. Me llamó **la** atención.

Me echó una mirada incrédula.

—Está bien —me apresuré a decir—. Vayamos a echar un vistazo.

Corrimos adentro y encontré otra habitación circular, ésta mucho más grande, de varias decenas de metros de diámetro. En el centro había otra ventana espacial. Cuando entramos, vi a Tashi a unos metros a nuestra derecha, y codeé a Wil.

—Lo veo —me dijo, y se adelantó en la casi oscuridad al encuentro del chico.

Tashi se volvió y nos vio; sonrió aliviado y volvió a concentrarse en la escena que se veía por la ventana. Esta vez contemplábamos una habitación llena de cosas de jóvenes: fotos, pelotas, diversos juegos, pilas de ropa. Una cama desordenada en un rincón, una caja de pizza en un extremo de una mesa. En la otra punta de la mesa, un adolescente de unos quince años trabajaba en algo, una especie de aparato con cables. Vestía shorts sin camisa y su cara mostraba enojo y determinación.

Mientras continuábamos observando, la escena de la ventana cambió a otra habitación, donde había otro adolescente, vestido con vaqueros y camiseta, sentado en una cama mirando fijo un teléfono. Se levantó, caminó de un lado a otro del cuarto varias veces y luego volvió a sentarse. Tuve la impresión de que se empeñaba en tomar una decisión. Por fin tomó el teléfono y marcó un número.

En ese momento la ventana se amplió de modo que pudiéramos ver las dos escenas. El chico sin camisa atendió el teléfono. El de la camiseta parecía rogarle, y el otro se enojaba cada vez más. Por fin el chico sin camisa cortó de un golpe la comunicación, se sentó y se puso a trabajar de nuevo en la mesa.

El otro adolescente se levantó, se puso un abrigo y salió apresurado por la puerta. En pocos minutos el chico de la mesa oyó un golpe, se levantó, fue a la puerta de su habitación y a la abrió. Era el chico que antes lo había llamado por teléfono. Trató de cerrar la puerta, pero el otro abrió de un empujón y continuó hablándole con gestos suplicantes, al tiempo que señalaba el aparato que descansaba sobre la mesa.

El otro adolescente lo empujó, abrió un cajón, sacó un arma y apuntó al visitante. Éste retrocedió, pero continuó suplicando. El joven del arma estalló de ira y empujó a su víctima con fuerza contra una pared, al tiempo que le apoyaba el cañón del arma contra la sien.

En ese momento, en la zona de atrás de los dos, comenzamos a detectar un cambio: se tornaba más luminosa.

Miré de soslayo a Tashi, que me sostuvo la mirada un instante y enseguida volvió a enfocar la escena. Los dos sabíamos que de nuevo estábamos presenciando

la acción de los dakini.

Mientras mirábamos, un chico continuaba rogando y el otro lo sostenía con firmeza contra la pared. Pero poco a poco el chico del arma comenzó a relajarse. Por fin dejó caer el arma a un costado y fue a sentarse en el borde de la cama. El otro muchacho se sentó en una silla frente a él.

Ahora podíamos oír los detalles de su conversación, que dejaba en claro que el chico del arma quería que los demás lo aceptaran en la escuela, pero no lo había conseguido.

Muchos de sus pares sobresalían en actividades extracurriculares, expandiendo su talento, y él no tenía confianza suficiente para ponerse a la misma altura. Los demás se le burlaban, lo calificaban de perdedor, y él se sentía un don nadie. La situación lo llenaba de miedo y un falso sentido de fuerza, lo cual lo había llevado a decidir contraatacar. El aparato en que estaba trabajando era una bomba casera.

Lo mismo que antes, sentimos un sacudón bajo los pies, y todo el edificio se estremeció. Corrimos todos a la puerta y apenas habíamos salido cuando medio templo se derrumbó a nuestras espaldas.

Tashi nos indicó que lo siguiéramos; corrimos varios metros y nos detuvimos junto a una pared.

—¿Pudieron ver a las personas del templo —nos preguntó Tashi—, las que enviaban energía de oración a los muchachos?

Los dos confesamos que no.

—Había cientos allí —continuó—, trabajando en el problema de la ira juvenil.

—¿Qué hacían exactamente? —pregunté. Tashi avanzó unos pasos hacia mí.

—Extendían su energía de oración, visualizando que los muchachos de esa escena se elevaban a una vibración más alta, para poder superar su miedo e ira y encontrar sus intuiciones más elevadas para resolver la situación. Su energía ayudó a uno de los muchachos a encontrar ideas mejores y más persuasivas. En el caso del otro joven, la energía de oración extra lo elevó a una identidad por encima y más allá del yo social que sus pares rechazaban. Ya no sentía que, para poder ser alguien, necesitaba la aprobación de los demás. De modo que su ira se mitigó.

—¿Y eso era lo que estaban haciendo también en el otro templo? —pregunté—. ¿Ayudar a contrarrestar a los que quieren controlarlo todo?

Wil me miró.

—La gente del templo enviaba un Campo de Oración destinado a ayudar a elevar el nivel de energía de todos los que participaban en la discusión, lo cual surtió el efecto de reducir el miedo de los que presionaban para imponer más vigilancia, y ayudó a los otros a encontrar el coraje de hablar, aun dentro de ese tipo de organización.

Tashi asentía.

—Se suponía que nosotros lo viéramos. Éstas son algunas de las situaciones clave que deben ganarse si ha de continuar la evolución espiritual, si es que hemos de superar este punto crítico de la historia.

—¿Y los dakini? —pregunté—. ¿Qué hacían ellos?

—También ayudaban a elevar el nivel de energía —respondió Tashi.

—Sí —repliqué—, pero todavía no sabemos por qué van allá e intervienen. La gente de los templos está haciendo algo más, algo que nosotros aún ignoramos.

En ese momento otro ruido fuerte llenó el aire, al tiempo que detrás de nosotros se desplomaba la otra mitad del templo.

Tashi saltó sin querer, y luego bajó corriendo por el sendero.

—Vengan —dijo—. Tenemos que encontrar a mi abuela.

CAPÍTULO 11
EL SECRETO DE SHAMBHALA

Durante horas vagamos entre los templos, buscando a la abuela de Tashi, apresurándonos para llevar en todo momento la delantera a los militares chinos, y observando el trabajo que estaban haciendo en los templos. En cada uno encontramos a personas que contemplaban una situación crítica que se desarrollaba en las culturas exteriores.

Un templo se concentraba en otros problemas relacionados con la alienación juvenil: la proliferación de experiencias violentas inducidas por películas y videojuegos con asesinos, que creaban la ilusión de que podían llevarse a cabo actos violentos en momentos de ira y luego borrarlos sin que causaran consecuencias, una falsa realidad que constituía el núcleo de los tiroteos en escuelas.

En estas instancias, observamos mientras a los creadores de esos juegos se les enviaba energía que surtía el efecto, lo mismo que antes, de elevarlos a una perspectiva intuitiva más elevada con la que podían repensar los efectos que sus creaciones surtían en los chicos. Al mismo tiempo, se elevaba del modo similar a ciertos padres y madres a estados de energía más alta, en que podían investigar sus corazonadas sobre lo que hacían sus hijos y encontrar más tiempo para modelar una realidad diferente.

Un templo se concentraba en el actual debate, dentro del campo de la medicina, con respecto a los enfoques preventivos alternativos, enfoques que se demostraban beneficiosos en cuanto a la eliminación de la enfermedad y el aumento de la longevidad. Los custodios de la medicina
—las organizaciones médicas de diversos países, los directores de clínicas de investigación, los institutos de salud del gobierno que distribuían grandes subvenciones, las empresas farmacéuticas— operaban todos sobre la base de un paradigma del siglo XVIII, que combatía los síntomas de la enfermedad sin prestar mucha atención a la prevención.

Sus blancos eran diversos microbios, genes defectuosos y células de tumores, y la mayoría creía que tales problemas eran resultado inevitable de la vejez. Desde este punto de vista, la enorme mayoría del dinero de las subvenciones iba a parar a los grandes centros de investigación que buscaban balas mágicas: productos farmacéuticos que podían patentarse y venderse para matar los microbios, destruir las células malignas o reprogramar de algún modo los genes. Casi ningún dinero se destinaba a la investigación para descubrir maneras de mejorar el sistema inmune y prevenir tales enfermedades.

En una escena que observamos, una reunión en que conferenciaban representantes de muchos campos médicos, algunos científicos argumentaban que, si se pretendía solucionar alguna vez el acertijo de la enfermedad humana —incluidas las lesiones arteriales de la enfermedad cardiaca, los tumores cancerosos y las enfermedades degenerativas como la artritis, el lupus y la esclerosis múltiple— , todo el ámbito de la medicina debía cambiar su punto de vista.

Estos científicos planteaban —lo mismo que antes lo había hecho Hanh**— que la verdadera causa de todo tipo de enfermedad era la contaminación del medio básico del cuerpo, a través los alimentos que ingerimos y otras toxinas, que desplazaban el cuerpo del estado sano, vibrante y alcalino de la juventud a un estado opaco, ácido y de baja energía, que producía un clima en el cual los microbios prosperan y comienzan a descomponer el cuerpo en forma sistemática. Toda dolencia —afirmaban— es el resultado de esta lenta descomposición de nuestras células por parte de los microbios, pero éstos no**

nos atacan sin causa. Son los alimentos que consumimos lo que nos predispone a estos problemas.

A las otras personas presentes en la sala les costaba aceptar estos hallazgos. Pensaban que algo debía de estar mal. ¿Cómo podía ser tan simple la enfermedad humana? Ellos estaban involucrados con industrias de la salud que veían a los consumidores gastando miles de millones de dólares en drogas complejas y cirugías caras. Las autoridades sanitarias presentes en la sala tenían que creer que todo esto era necesario. Algunos se hallaban consagrados a la propuesta, cerca de ser aceptada en muchos países, de que debían colocarse chips en todos los individuos para almacenar información sobre salud y drogas, una capacidad de control e identificación que también querían los servicios de inteligencia. Esa gente estaba comprometida con su programa; sus posiciones de poder dependían de ello, y sus medios de vida se hallaban en juego.

Además, personalmente les encantaban los alimentos que comían. ¿Cómo podían recomendar a la gente que cambiara su alimentación, si ellos mismos se consideraban incapaces de hacerlo? No, no podían aceptarlo.

Aun así, los médicos de la nueva investigación continuaban planteando su caso, sabiendo que era el momento adecuado para cambiar el paradigma. Les pedían que observaran cómo se estaban talando y destruyendo los bosques tropicales para criar ganado para los países de Occidente, un problema del que cada vez más gente tomaba conciencia.

También contribuía el hecho de que la generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial comenzaba a alcanzar la edad en que atacan las enfermedades, y ya habían visto fracasar con sus padres el *establishment* médico. Ahora buscaban nuevas alternativas.

Lentamente vimos que el conflicto comenzaba a moderarse en la reunión que observábamos. Los que argumentaban a favor de los enfoques alternativos empezaban a ser escuchados.

En otro ejemplo fuimos testigos del mismo tipo de debate en la profesión jurídica. Un grupo de abogados urgía a que se impusieran controles en la profesión. Durante años, abogados de buena reputación habían visto a sus colegas comprometerse en la práctica de urdir juicios, entrenar a los testigos para que ocultaran la verdad, inventar defensas imaginarias e hipnotizar a los jurados. Ahora surgía un movimiento para elevar las pautas. Ciertos abogados argumentaban que debían avanzar a una visión más elevada de lo que hacían, que debían comprender el verdadero papel de los abogados: reducir el conflicto, no promoverlo.

De manera similar, varios de los templos que vimos contemplaban la situación de la corrupción política en diversos países. Vimos escenas de autoridades electas en Washington, D.C., debatiendo a puertas cerradas si respaldar o no la reforma en cuanto al apoyo financiero a las campañas electorales. Se debatía en forma especial la capacidad de los partidos políticos de recibir cantidades ilimitadas de contribuciones de parte de grupos de intereses especiales y gastarlos en promociones televisivas que distorsionaban la verdad de cualquier forma que se les antojara. La dependencia de grandes corporaciones en cuanto a obtener estos fondos obviamente obligaba a los políticos del partido a retribuir con ciertos favores. Y todos lo sabían.

Estos políticos se resistían a los argumentos de los reformadores de que la democracia jamás podría alcanzar su ideal hasta que se basara, no en avisos de televisión distorsionados, sino en debates públicos, en los cuales los ciudadanos pudieran juzgar tangiblemente el comportamiento, la expresión facial y la veracidad de los candidatos, y así utilizar su intuición para elegir al mejor.

Mientras continuábamos avanzando por los templos, se tornó claro que todos ellos se concentraban en forma similar en alguna área en particular de la vida humana. Vimos a muchos líderes mundiales temerosos, incluidos los del gobierno chino, a quienes se ayudaba a unirse a la comunidad global e implementar reformas económicas y sociales.

Y en todos los casos se iluminaba el área de atrás de la gente involucrada, y luego los más temerosos, dispuestos a actuar para controlar o manipular con el objeto de asegurarse ganancia o poder personal, poco a poco comenzaban a disminuir la obstinación de sus posiciones.

Mientras seguíamos recorriendo el laberinto de templos en busca de la abuela de Tashi, no cesaban de acudirme las mismas preguntas. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Cuál era la relación entre los dakini o ángeles y las extensiones de oración que se realizaban? ¿Que sabía la gente de los templos, que nosotros ignorábamos?

En determinado momento nos paramos frente a varios kilómetros cubiertos de templos hasta donde alcanzaba la vista. Los senderos iban en todas direcciones. En el fondo alcanzábamos a oír los helicópteros. Mientras nos hallábamos allí, otro gran templo, a ciento cincuenta metros detrás de nosotros, se derrumbó con estrépito.

—¿Qué les sucede a las personas que están en esos templos? —le pregunté a Tashi.

Miró fijo la columna de polvo que se elevaba de los escombros.

—No te preocupes; están bien. Pueden pasar a otro punto sin que los vean. El problema es que su papel de enviar energía se ve trastornado.

Nos miró a ambos.

—Si ellos no pueden ayudar con estas situaciones, ¿quién va a hacerlo? Wil se acercó a Tashi.

—Tenemos que decidir adónde ir. No disponemos de mucho tiempo.

—Mi abuela está allá en alguna parte —dijo el chico—. Mi padre me dijo que está en uno de los templos centrales.

Miré el laberinto de estructuras de piedra.

—No hay ningún centro físico, al menos que yo pueda ver.

—Mi padre no se refería a eso —me contestó Tashi—, sino a que la abuela está en un templo enfocado en los temas centrales de la evolución humana. —Mientras hablaba, escrutaba los templos a la distancia.

—Tú puedes ver a la gente de aquí mejor que nosotros —le dije—. ¿Podrías hablarles y preguntarles adónde ir?

—Traté de hablar con ellos —respondió—, pero mi energía no es lo bastante fuerte. Posiblemente, si pudiera quedarme aquí un rato…

Antes de que completara lo que iba a decir, cayó otro templo, esta vez mucho más cerca.

—Tenemos que mantenernos adelante de la energía de los soldados —nos recordó Wil.

—Espera un momento —dijo Tashi—. Creo que vi algo.

Miraba hacia el laberinto de templos. También yo escruté el panorama, sin ver nada diferente. Cuando miré a Wil, se encogió de hombros.

—¿Dónde? —le pregunté a Tashi.

El chico ya se dirigía por un sendero de la derecha, y nos indicó que lo siguiéramos.

Después de caminar de prisa durante veinte minutos, nos detuvimos frente a un templo cuya arquitectura era muy similar a la de todos los otros, excepto que era más grande y sus piedras marrón oscuro tenían un matiz levemente más azulado.

Tashi permaneció inmóvil, mirando directamente a la enorme puerta de piedra.

—¿Qué pasa, Tashi? —le preguntó Wil. A lo lejos oímos un estrépito al desmoronarse otro templo.

Tashi me miró.

—El templo de tu sueño, en el que me dijiste que encontrábamos a alguien... ¿era azul? Contemplé de nuevo el edificio.

—Sí —respondí—. Era azul. Wil fue hasta la puerta y nos miró. Tashi asintió y Wil empujó la enorme puerta. El templo estaba lleno de gente. Lo mismo que antes, yo sólo podía distinguir ligeros contornos de muchos cuerpos. Todos parecían hallarse en movimiento, reuniéndose alrededor de nosotros, y me sentí colmado de una característica sensación de dicha. Se movían de un modo que me dio la impresión de que iban hacia el centro del templo. Yo mismo me dirigí hacia allí, donde vi que se abría una ventana espacial. Comenzamos a ver diversas escenas del Medio Oeste estadounidense, seguidas por imágenes del Vaticano, después de Asia, todas las cuales indicaban, en apariencia, un diálogo creciente entre las más importantes religiones institucionales.

Observamos escenas que mostraban que se iba desarrollando una mayor tolerancia. En el cristianismo, tanto en la tradición católica como en la protestante, comenzaba a comprenderse que la verdadera experiencia de conversión dentro de la cristiandad y las verdaderas experiencias devocionales y de esclarecimiento de las religiones orientales, el judaísmo y el Islam —la experiencia en sí— eran exactamente lo mismo, salvo que cada religión enfatizaba aspectos diferentes de esta interacción mística con Dios.

Las religiones orientales subrayaban los efectos de la conciencia en sí, la experiencia de iluminación, una sensación de unión con el universo, la liberación de los deseos del ego y un cierto desapego. El Islam enfatizaba el sentimiento de unidad, producto de compartir esta experiencia con los demás y el poder inherente a la acción de grupo. El judaísmo enfatizaba la importancia de una tradición basada en esta conexión, de la experiencia de ser elegidos, y de que cada persona viviente es responsable de llevar adelante la evolución de la espiritualidad humana.

El cristianismo enfatizaba la idea de que el espíritu se manifiesta en los seres humanos no sólo como una mayor conciencia de formar parte de Dios sino también como un yo más elevado, como que nos volvemos una versión expandida de quiénes somos, más completa, capaz, con una guía y una sabiduría interiores que nos conducen a actuar, como si la personalidad de Dios, el Cristo, estuviera ahora mirando por nuestros ojos.

En la escena que se desarrollaba ante nosotros podíamos ver los efectos de estas nuevas tolerancia y unidad. Cada vez más se ponía el foco en la experiencia de la conexión en sí, no en las diferencias de énfasis. Parecía haber una creciente disposición a resolver conflictos étnicos y religiosos, una mayor comunicación entre líderes religiosos, y una nueva comprensión de cuán poderosa podía ser la oración, si todos extendían sus campos en unidad religiosa.

Mientras miraba, comprendí plenamente lo que me habían dicho tanto el lama Rigden como Ani acerca de la unificación de la religión, de que ello sería una señal de que comenzaban a conocerse los secretos de Shambhala.

En ese punto cambió la escena que se veía por la ventana. Vimos un grupo de personas que hablaban y celebraban alegremente el nacimiento de un bebé. Todos reían y se pasaban al recién nacido de uno a otro. Las personas eran de aspecto diferente entre sí; representaban varias nacionalidades. Mientras yo observaba, tuve

la clara impresión de que representaban también diversas creencias religiosas. Al mirar con más atención, distinguí a los padres del bebé. Me resultaban conocidos. Sabía que no eran ellos, pero los rasgos faciales de los padres eran muy similares a los de Pema y su marido.

Me esforcé por ver, con la sensación de que ahora se nos mostraba algo de inmensa importancia. ¿Qué era?

La escena cambió de nuevo, y de pronto estábamos mirando una región tropical semejante al sudeste de Asia o quizá China. Lo mismo que antes, la escena se transformó en una casa donde una cantidad de gente, de diversa apariencia, se turnaba para sostener a un recién nacido y brindar por los padres.

—¿No ves lo que se nos está mostrando? —me dijo Tashi—. Ahí van los embarazos desaparecidos. Están yendo a diferentes familias de todo el mundo. Debe de haber habido un proceso de canalización. De algún modo los niños habían alcanzado la energía genética más elevada de Shambhala antes de partir.

Wil tenía la vista fija en el piso, pensativo; luego nos miró a nosotros.

—**Ése es el cambio** —dijo—. **De eso hablaban las leyendas. Shambhala no se muda a un solo lugar; su energía está mudándose a muchos lugares diferentes de todo el globo**.

—¿Qué? —pregunté.

Tashi me miró.

—**Ya conoces la leyenda que dice que los guerreros de Shambhala saldrán del este, derrotarán a los poderes de la oscuridad y crearán una sociedad ideal. No sucederá con caballos y espadas, sino con el efecto de nuestros campos extendidos, a medida que el conocimiento de Shambhala salga al mundo. Si las personas de todas las religiones que creen con fuerza en una conexión con lo divino evitan la oración negativa y trabajan juntas, todos podremos usar las extensiones de la oración para desempeñar el papel de Shambhala.**

—Pero no conocemos todo lo que están haciendo —repliqué—. ¡No conocemos el resto del secreto!

En el instante en que lo dije, la escena de la ventana espacial cambió de nuevo. Ahora veíamos una gran extensión de montañas cubiertas de nieve y un grupo de helicópteros militares chinos que se dirigían hacia nosotros. Vimos más templos que comenzaban a derrumbarse a medida que ellos se aproximaban, y adquirían la apariencia de antiguas ruinas y luego desaparecían del todo, como polvo. La escena cambió al exterior del edificio grande donde nos hallábamos, y luego al interior.

Nos vimos a nosotros mismos de pie en el edificio, y todo alrededor no había brumosos contornos de personas sino imágenes claras de ellas. Muchas iban ataviadas con el atuendo formal de los monjes tibetanos, pero muchas otras vestían de manera diferente. Algunos lucían las ropas de las religiones orientales; otras, el atuendo tradicional de los judíos jasídicos; otras aún, las túnicas y los crucifijos del cristianismo, o los *mullahs* islámicos.

Una me recordó a una persona que vivía cerca de mi casa en el valle, y mis ojos se posaron en ella. Caí en un ensueño acerca de mi hogar. En mi mente pude ver todo con gran claridad: las montañas tal como se las veía desde mi ventana del frente, y luego la misma vista desde el manantial. Pensé en el sabor de esa agua. Me vi agachándome y bebiendo.

De nuevo oímos el rugido de los helicópteros, muy cerca, y el ruido de otro templo que se estrellaba contra el suelo.

Tashi se volvió y fue a nuestra derecha. En la escena de la ventana espacial veíamos lo que estaba haciendo. Tashi enfrentaba a uno de los monjes tibetanos.

—¿Quién es? —le pregunté a Wil.

—Debe de ser la abuela —respondió Wil.

Veíamos que hablaban entre sí, pero yo no podía entender las palabras. Por fin los dos se abrazaron y Tashi volvió apresurado hacia nosotros.

Yo seguía mirando a Tashi por la ventana, pero cuando llegó a mi lado la escena desapareció. La ventana continuaba allí, pero las imágenes de su interior eran borrosas, como un televisor sintonizado en un canal inexistente.

Tashi resplandecía.

—¿No entiendes? —me dijo—. Éste es el templo - donde los han estado observando a ti y a Wil durante todo el tiempo en que trataban de alcanzar Shambhala. Estas personas son las que han estado utilizando su Campo de Oración para ayudarlos. Sin ellos, ninguno de nosotros se encontraría aquí.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que ya no conseguía distinguir los contornos de ninguno de los que nos rodeaban.

—¿Adónde fueron? —grité.

—Tuvieron que marcharse —respondió Tashi, que miraba fijo la ventana vacía que flotaba en medio de la habitación—. Ahora depende de nosotros.

En ese momento un enorme estruendo reverberó en todo el templo y en la parte exterior se desmoronaron varias piedras.

—¡Son los soldados! —gritó Tashi—. ¡Están aquí!

—Miraba hacia el lugar de donde venía el ruido de los helicópteros.

Sin advertencia, la ventana espacial se aclaró y pudimos ver a los chinos que bajaban de los helicópteros ante el templo. El coronel Chang iba al frente, dando órdenes a sus tropas. Le vimos la cara con claridad.

—Tenemos que elevarlo con nuestros campos —dijo Wil.

Tashi hizo un gesto de aprobación y se apresuró a conducimos a lo largo de las extensiones. Visualizamos que nuestros campos de energía rebosaban hacia los campos de los soldados chinos, en especial el de Chang, elevándolos a una nueva conciencia de sus intuiciones más altas.

Mientras le observábamos el rostro, pareció que se detenía y miraba hacia arriba, como percibiendo la energía más elevada.

Busqué con atención cualquier expresión de su yo más elevado, y noté algo semejante a un ligero cambio en sus ojos, quizás hasta una semisonrisa. Daba la impresión de estar mirando a sus soldados.

—Concéntrense en la cara —dije—. En la cara. Mientras lo hacíamos, él volvió a detenerse. Uno de los soldados, en apariencia el siguiente en la cadena de mando, se le acercó y se puso a hacerle preguntas. Por un momento Chang ignoró al oficial más joven, pero lentamente el subordinado ganó su atención, al tiempo que señalaba el templo en que nos encontrábamos. Chang recobró el foco y una expresión airada retornó a su rostro. Indicó a los soldados que lo siguieran mientras se dirigía hacia nosotros.

—No está funcionando —dije. Wil me miró.

—Los dakini no están aquí.

—¡Debemos irnos! —gritó Tashi.

—¿Cómo? —preguntó Wil. Tashi nos miró.

—Tenemos que atravesar la ventana. Mi abuela me dijo que podíamos partir por la ventana a las culturas exteriores. Pero sólo si recibíamos ayuda desde ese punto para elevar la energía del otro lado.

—¿Qué quiso decir con "ayuda"? —pregunté—. ¿Quién ayudaría?

Tashi meneó la cabeza.

—No sé.

—Bueno, tenemos que intentarlo —gritó Wil—. ¡Ya! Tashi se mostró confundido.

—¿Cómo atravesabas las ventanas allá, en el perímetro? —pregunté.

—Allá teníamos amplificadores —respondió—. No sé si puedo hacerlo sin ellos. Le toqué un hombro.

—Ani dijo que cualquier persona del perímetro estaba al borde de poder manifestar sin la tecnología. Piensa. ¿Cómo lo hacías?

Tashi se debatía.

—No sé, de veras. Era una especie de acción automática. —Calló un instante. —Supongo que sólo esperaba que ocurriera, y sucedía al instante.

—Hazlo, Tashi —lo urgió Wil, señalando la ventana—.Hazlo ya.

Vi que Tashi se concentraba por completo, pero enseguida me miró.

—Tengo que saber adónde quiero ir, así puedo visualizar el lugar. ¿Adónde se supone que vamos?

—Aguarda —le dije—. ¿Y el sueño que tuviste? ¿No veías agua?

Tashi pensó un momento y repuso:

—Era un lugar que daba a una fuente de agua. Un pozo, quizá, o un...

—¿Un manantial? —grité—. ¿Un manantial con un estanque de piedra?

Me miró fijo un momento.

—Creo que sí. Miré a Wil.

—Sé dónde es. Un manantial que queda en el cerro septentrional de valle donde vivo. Ahí es adonde debemos ir.

En ese momento el templo volvió a sacudirse con violencia. Me llenaron la mente imágenes del templo derrumbándose o explosiones que nos hacían volar, pero las ahuyenté e imaginé en cambio que conseguíamos escapar. Comencé a sentirme como mi padre, atrapado en una batalla que no había pedido pero que, a causa de lo que estaba en juego, no podía evitar. Sólo que la mía era una batalla de la mente.

—Concéntrate —grité—. ¿Qué hacemos?

—Primero debemos visualizar adónde vamos —respondió Tashi—. Descríbenos el lugar.

Me apresuré a contarles hasta el último detalle: el sendero de la montaña, los árboles, cómo fluía el agua, el color del follaje en esa época del año. Entonces todos tratamos de ayudar mientras Tashi se concentraba en la imagen. Mientras observábamos, la ventana cambió a ese mismísimo sitio. Podíamos ver con claridad el manantial.

—¡Sí, es ése! —exclamé. Wil se volvió hacia Tashi.

—¿Y ahora qué? Tu abuela dijo que necesitaríamos ayuda.

A través de la ventana distinguimos a una persona en el fondo, y nos concentramos en la borrosa imagen. Me empeñé en distinguir quién era, y advertí que era un individuo joven, de la edad de Tashi.

Por fin se aclaró la imagen y reconocí de quién se trataba.

—¡Es Natalie, la hija de mi vecino! —grité, recordando mi primera intuición de ella. Era de esta escena. Tashi esbozaba una amplia sonrisa.

—¡Es mi hermana!

En ese momento, afuera se derrumbó otro gran pedazo del templo.

—¡Ella está ayudándonos! —gritó Wil, y nos empujó hacia la ventana—. ¡Vamos!

Con un sonido sibilante, Tashi pasó, seguido por Wil.

Justo cuando yo me aproximaba a la ventana, cayó la pared posterior del templo y allí, del otro lado, estaba el coronel Chang.

Me volví y lo miré de soslayo; luego avancé hacia la ventana.

Su cara mostraba resolución cuando tomó de su cinto una radio de onda corta.

—¡Ya sé adónde van! —gritó mientras comenzaba a caer el resto del templo—. ¡Lo sé!

Cuando pasé por la ventana, mis pies aterrizaron en suelo conocido y sentí el aire cálido en la cara. Había vuelto a casa.

Mientras echaba un vistazo alrededor, noté que Tashi y Natalie estaban parados juntos, mirándose a los ojos y hablando con rapidez. Sus rostros mostraban júbilo, como si acabaran de descubrir algo. Wil se hallaba junto a ellos.

Detrás estaba el padre de Natalie, Bill, y varios otros vecinos de toda la comunidad, incluidos el padre Brannigan, Sri Devo y Julie Carmichael, una ministra protestante. Todos parecían ligeramente confundidos.

Bill se me acercó.

—No sé de dónde viniste, pero gracias a Dios que estás aquí.

Señalé a los religiosos.

—¿Qué hacen todos acá?

—Natalie les pidió que vinieran. Ha estado hablando de leyendas y mostrándonos cómo crear Campos de Oración, todo tipo de cosas... En apariencia estas ideas simplemente le han acudido. Dijo que podía ver lo que te estaba sucediendo, y hemos visto que alguien vigilaba tu casa.

Miré colina arriba y estaba por decir algo, cuando Bill me interrumpió:

—Natalie dijo también algo extraño. Dijo que tenía un Hermano. ¿Quién es el chico con el que está hablando?

—Te lo explicaré más tarde —le respondí—. ¿Quién ha estado vigilando mi casa?

Bill no me contestó. Observaba a Wil y los demás, que venían hacia nosotros.

En ese momento oímos vehículos que se aproximaban por la colina. Una camioneta azul se detuvo ante mi casa. Bajaron dos hombres, que nos vieron y fueron hasta un saliente, a unos treinta metros por encima de nosotros.

—Son de la inteligencia china —dijo Wil—. Chang debe de haberlos alertado. Tenemos que crear un campo.

Yo esperaba que los religiosos preguntaran de qué hablábamos, pero en cambio hicieron gestos de aprobación. Natalie comenzó a conducimos por las extensiones, con Tashi a su lado.

—Empiecen con la energía del creador —indicó Natalie—. Déjenla entrar en su cuerpo y llenarlos. Déjenla emanar de lo alto de sus cabezas y a través de los ojos. Déjenla rebosar hacia el mundo en un Campo de Oración constante hasta que vean sólo belleza y sientan sólo amor. En un estado de alerta intensificada, esperen que este campo rebose e impulse los campos espirituales de los hombres que están allá arriba, y los eleve a sus intuiciones.

En lo alto de la colina, los hombres nos miraron con aire ominoso y comenzaron a bajar por el sendero rumbo a nosotros.

Tashi miró a Natalie y asintió.

—Ahora —comenzó Natalie— podemos dar poder a los ángeles.

Miré de reojo a Wil.

—¿Qué?

—**Primero** —continuó Natalie— **debemos asegurarnos de que nuestros campos estén plenamente dispuestos para entrar en los campos de los hombres de allá arriba. Véanlo sucediendo. No son enemigos; son personas, almas presas del miedo. Después debemos reconocer plenamente a los ángeles, y en forma muy deliberada visualizarlos yendo hacia los hombres.**

"**Luego, con todas nuestras expectativas, visualicémolos amplificando nuestros Campos de Oración. Demos pleno poder a los ángeles para que energicen los yoes más elevados de esos hombres más allá de lo que podemos lograrlo nosotros solos, y los eleven hacia una conciencia incapaz de hacer mal.**

Yo no cesaba de mirar a los hombres de la colina, buscando el área más luminosa que me indicaría la presencia de los dakini; aunque me esforzaba por enfocar, no veía nada.

—No está funcionando —le dije a Wil.

—¡Mira! —exclamó—. Allá arriba, a la derecha. Cuando me puse a observar comencé a detectar una luz que se aproximaba, y luego noté que la luz rodeaba a una persona que caminaba hacia los dos hombres. El hombre rodeado de luz vestía uniforme de subcomisario.

—¿Quién es ese oficial? —le pregunté a Bill—. Me parece conocido.

—Espera —dijo Wil—. No es una persona.

Miré de nuevo y vi que el subcomisario se ponía a hablar con los dos hombres. La luz los rodeó y al final regresaron a su vehículo. Aunque el oficial permaneció donde estaba, la luz se extendió hacia ellos y rodeó la camioneta. Se marcharon enseguida.

—La extensión funcionó —dijo Wil.

En realidad yo no lo escuchaba. Mis ojos seguían fijos en el subcomisario, que se había vuelto hacia nosotros. Era alto y tenía cabello negro. ¿Dónde lo había visto antes?

Lo recordé cuando se marchó. Era el mismo hombre al que había visto en la piscina de Katmandú, el primero en hablarme de la investigación sobre el poder de la oración, el mismo al que yo había vislumbrado en varias otras ocasiones, el que Wil había llamado mi ángel guardián.

—Siempre han pasado por seres humanos cuando ha sido necesario —comentó Tashi, al tiempo que se me acercaba junto con Natalie.

"Acabamos de completar la última extensión —agregó el chico—. Por fin conocemos el secreto de Shambhala. Ahora podemos comenzar a actuar como lo ha hecho la gente de Shambhala. Ellos han contemplado el mundo y encontrado situaciones clave que estaban ocurriendo y luego intercedieron no sólo con la fuerza de sus Campos de Oración sino también con la fuerza de los reinos angélicos. Éste es el papel de los ángeles: amplificar.

—No entiendo —dije—. ¿Por qué no funcionó cuando tratamos de detener a Chang poco antes de atravesar la ventana?

—Yo no conocía el último paso —respondió Tashi—. No me di cuenta de lo que estaba haciendo la gente de los templos, hasta que pude hablar con Natalie. Habíamos elevado a Chang, lo cual era necesario, pero no sabíamos cómo dar poder a las fuerzas angélicas para que aumentaran nuestra energía e intervinieran. Debemos empezar por reconocer a los ángeles, pero luego, en este nivel de energía, **TENEMOS QUE DARLES PODER PARA ACTUAR. ES PRECISO HACERLO EN FORMA MUY INTENCIONAL. DEBEMOS PEDIRLES QUE VENGAN.**

Tashi calló y miró pensativo hacia el horizonte; una sonrisa le iluminó la cara.

—¿Qué pasa, Tashi? —le pregunté.

—Es Ani y el resto de Shambhala —dijo—. Están conectándose con nosotros. Los siento. Pidió la atención de todos.

—Hay una cosa más que podemos hacer. Podemos dar poder a los ángeles de una manera general para que protejan este valle.

Natalie nos condujo por el proceso de disponer un campo especial para que fluyera de las cimas de los cerros boscosos en todas direcciones por todo el valle, y para dar poder a los ángeles para que nos protegieran.

—Visualicemos un ángel posado en cada cerro —nos dijo—. Shambhala estaba siempre protegida. También nosotros podemos estar protegidos.

Todos continuamos concentrándonos en las montañas durante varios minutos

más, y luego los dos jóvenes iniciaron otra intensa conversación entre ellos, mientras nosotros escuchábamos.

Hablaban sobre los otros chicos que habían venido a través de Shambhala, y la necesidad de que despertaran, dondequiera que estuvieren. Nos dijeron que los chicos que van llegando en este momento son más poderosos que nunca antes. Son más grandes, más fuertes, más inteligentes de una manera por entero nueva. Muchos más que antes participan en actividades extracurriculares. Cantan, bailan, practican una mayor variedad de deportes, hacen música, escriben. Entre ellos son más numerosos los que desarrollan sus talentos a una edad más temprana que en las generaciones anteriores.

—Hay un solo problema. La fuerza de su expectativa es mucho más grande, pero todavía no han aprendido a controlar del todo los efectos de sus pensamientos, deben aprender cómo funcionan los Campos de Oración, y nosotros podemos ayudarlos.

Nos quedamos mirando mientras los religiosos echaban a andar hacia la casa de Bill, junto con Natalie y Tashi, aún profundamente sumidos en su conversación.

Me inundó un momento de escepticismo. Incluso después de todo lo que había visto, tenía mis dudas de que los seres humanos de veras pudiéramos dar poder a los ángeles.

—¿De veras piensas que podemos convocar a los ángeles para ayudarnos a nosotros mismos y a los demás? —le pregunté a Wil—. ¿Se nos daría tanto poder?

—No es tan fácil —respondió—. De hecho, es imposible que siquiera lo intente alguien que alberga intenciones negativas. **Nada de esto funciona a menos que estemos plenamente conectados con la energía del creador, y enviemos nuestra energía en forma muy consciente delante de nosotros, para que toque a los demás. Si se halla presente en nosotros la menor pizca de ego o ira, toda la energía se derrumba y los ángeles no pueden responder. ¿Entiendes lo que digo? Somos agentes de Dios en este planeta. Podemos afirmar y sostener la visión de la voluntad divina, y si nos alineamos genuinamente con ese futuro positivo, tendremos suficiente energía de oración para pedir a los ángeles que actúen.**

Asentí; sabía que tenía razón.

—¿Comprendes lo que es todo esto? —preguntó—. Toda esta información es la Undécima Revelación. El conocimiento de los Campos de Oración lleva a la cultura humana un paso más adelante. Cuando comprendimos la Décima, en cuanto a que el propósito humano en este planeta era el de crear una cultura espiritual ideal mediante el acto de sostener la visión, algo faltaba todavía. No sabíamos con exactitud cómo sostenerla. No conocíamos los detalles de cómo usar nuestra fe y nuestra expectativa de manera energética.

"Ahora lo sabemos. La realidad de Shambhala, el secreto de los Campos de Oración, nos lo ha dado. Ahora podemos sostener la visión de un mundo espiritual y actuar de modo de producirlo a través de nuestro poder creativo. La cultura humana no puede progresar más hasta que utilicemos en forma consciente este poder al servicio de la evolución espiritual. Tenemos que hacer lo que hace la gente de los templos: disponer metódicamente nuestros Campos de Oración en todas aquellas situaciones clave capaces de establecer una diferencia. El verdadero papel de los medios, en especial la televisión, es el de señalar esas áreas problemáticas. Debemos reparar en toda discusión, todo debate científico, toda lucha que alguien esté librando entre la oscuridad y la luz, y tomarnos tiempo para utilizar nuestros campos.

Miró alrededor.

—Podemos hacerlo en comunidades pequeñas, iglesias, círculos de amigos en todo el mundo. Pero... ¿y si el poder de todas las religiones se combinara en un solo, gigantesco y unificado Campo de Oración? En este momento el campo se encuentra fragmentado, incluso cancelado, por la oración negativa y el odio. La gente buena deja que sus pensamientos aumenten el mal, pues creen que no tienen importancia.

"Pero, ¿y si eso cambiara? ¿Y si dispusiéramos un campo, más grande que lo que nunca ha visto el mundo, que abarcara todo el planeta para elevar a las fuerzas insidiosas de todas partes que pretenden centralizar el poder y controlar a todos los demás? ¿Y si cada grupo de reforma de todas las profesiones y ocupaciones supiera cómo hacerlo? ¿Y si la conciencia del campo se difundiera hasta ese punto?

Wil hizo una breve pausa.

—¿Y si todos creyéramos de veras en los reinos angélicos —continuó— y supiéramos que es nuestro derecho de nacimiento darles poder? No existiría ninguna situación que no pudiéramos afectar de inmediato. El nuevo milenio podría ser muy diferente de como es ahora. Seríamos verdaderamente los guerreros de Shambhala ganando la batalla de cómo será el futuro.

Dejó de hablar y me miró muy serio.

—Es el verdadero desafío de esta generación. Si no tenemos éxito, todos los sacrificios de las generaciones anteriores podrían haber sido en vano. Acaso no superemos el daño ambiental que tiene lugar hoy en día... ni los actos insidiosos de los controladores.

"Lo importante —prosiguió Wil— es comenzar a construir una red consciente, "pensada", que vincule a los guerreros... A cada persona que sepa conectarse con todos los demás que deseen saber.

Guardé silencio. Lo que decía Wil me hizo pensar en Yin y en los otros que vivían bajo la tiranía china. ¿Qué había sido de él? Yo no habría logrado llegar a Shambhala sin su ayuda. Le comenté mis reflexiones a Wil.

—Todavía podemos encontrarlo —me respondió—. Recuerda que la televisión es sólo la precursora del perfeccionamiento de nuestros ojos mentales. Trata de encontrar una imagen de dónde se halla.

Intenté poner la mente en blanco, pensando sólo en Yin. En cambio, apareció la cara del coronel, y me sobresalté. Le conté a Wil.

—Recuerda la expresión que tenía —me aconsejó Wil— cuando parecía estar despertando, y encuentra esa expresión en la imagen.

Encontré esa expresión con mis ojos mentales, y entonces, de pronto, la imagen cambió a Yin en una celda, rodeado de guardias.

—Vi a Yin —dije, al tiempo que extendía mi Campo de Oración y daba poder a los reinos más elevados, hasta que la escena se volvió más luminosa todo alrededor de él. Luego visualicé que la luz se difundía a todos los que lo mantenían prisionero.

—Visualiza a un ángel junto a Yin —dijo Wil—... y junto al coronel.

Asentí, pensando en el código de compasión tibetano.

Wil enarcó una ceja y sonrió mientras yo volvía a concentrarme en las imágenes. Yin se encontraría a salvo. El Tíbet acabaría por ser libre.

Esta vez no tuve dudas.